

PARA TODOS

M. R.



HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO

N.º 83

\$ 1. 20

Nº 41777 *
Concurso COTY



**RECIA DENTADURA...
BUENA SALUD... Y
SONRISA DESLUMBRANTE.**

La buena salud considérase hoy la consecuencia lógica de una sana dentadura. Por eso millones de personas se cepillan los dientes todos los días con la excelente

PASTA ESMALTINA

PARA TODOS M.R.

REVISTA QUINCEÑAL
AÑO IV N.º 83
Santiago de Chile, 9 de diciembre de 1930
Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente
a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



Nuestra manera de vivir ayer y hoy

Un muchacho norteamericano, hijo de padres polacos, respondiendo a la pregunta sobre el idioma que empleaba, conversando con su madre, respondió sorprendido, "Yo no hablo con mi madre. Salgo junto con terminar la cena". La enorme transformación en nuestras maneras y en nuestras costumbres durante los últimos treinta años, es sorprendente.

A fines del siglo pasado, para los miembros de una familia, jóvenes y viejos, el hogar siempre atraía. La noche era "la hora de la familia", en la que los diversos miembros de ella se reunían con la misma naturalidad que un grupo de animales al anochecer. La madre, ocupada durante el día de los menesteres de la casa o de los deberes sociales, el padre en su trabajo, los niños en el colegio o en sus juegos, todos contemplaban la reunión de la noche como parte del orden establecido de cosas.

La familia se reunía para la comida con regularidad absoluta. Una vez terminada, los niños iniciaban sus tareas para el día siguiente, en el "salón" o en sus dormitorios. El padre leía un libro o los periódicos, al paso que la madre cosía o leía también. A veces se leía en alta voz, o se conversaba. Se entretenía también la familia en los "juegos", siempre que los niños hubieran terminado sus tareas.

Si el padre pertenecía a algún club, lo frecuentaba regularmente una noche a la semana para conversar con sus amigos o jugar al billar. Las "comidas", generalmente los sábados y los domingos, se ofrecían siempre a las relaciones en la propia casa. No existía la costumbre de dar comidas en los restaurantes. En las noches libres los niños visitaban también las casas de sus amistades o recibían en la suya. De vez en cuando se les llevaba al circo y aún a la ópera, pero siempre con sus padres. Los bailes y las tertulias se daban también en las casas particulares.

No existían en aquel tiempo casi ninguno de los innumerables inventos mecánicos actualmente en uso. El vapor, por cierto, había reemplazado ya al caballo y al velero para los viajes a larga distancia. La electricidad empezaba a emplearse en las ciudades para el alumbrado y para las campanillas. Los teléfonos comenzaban a instalarse. No existía ni el automóvil, ni el cine, ni el radio, ni cien cosas más corrientes hoy día. En general, el carácter del contenido de una casa no había sufrido alteración durante generaciones. Había, si, lábres, cuadros, el amoblamiento corriente, alfombras, etc.

Ciertos resultados importantes se derivaban de estos sencillos hechos, que influenciaban la vida de familia. En primer término, no había gran cambio en las instalaciones de

las casas, ni en el momento mismo en perspectiva. Esto permitía a los hombres calcular más o menos, lo que serían sus gastos para adelante. Había estabilidad en los gastos y de consiguiente, en la vida misma.

Con motivo de la ausencia de toda clase de medios de comunicación, salvo el caballo, la vida social era esencialmente de familia y de vecindad, y esta "vecindad" era muy restringida. Los padres conocían los amigos de sus niños y éstos los de sus padres. Había continuidad y estabilidad en las vidas de ambas generaciones. No era pequeña la ventaja y la satisfacción para un niño el saber que al final de un día activo y agradable estaría la comida y la noche en familia aguardándole con la misma seguridad que el lecho y el sueño.

De las noches de hoy día no es necesario hablar extensamente. En las grandes ciudades de Europa y de los Estados Unidos la casa de hace treinta o cuarenta años ha sido reemplazada por el estrecho departamento, con su falta de independencia para los viejos y los jóvenes. En el campo y en la ciudad la noche

ha dejado de ser la hora del reposo o de la reunión familiar. En muchos casos la familia come reunida tan rara vez como en los antiguos tiempos comía aparte. Toda la organización de la vieja vida de familia ha sido despedazada. El cambio no ha venido repentinamente, sino a medida que los inventos mecánicos han ido utilizándose sin pensar en sus consecuencias sociológicas.

Alrededor de 1890, el mundo de la juventud era, como hemos dicho, el de la muy limitada vecindad. El primer cambio radical en el viejo orden de cosas, se produjo en tiempos remotos según nos parece hoy día, con la invención de la bicicleta en 1889. "La adquisición de una "Columbia", en 125 dólares", dice un antiguo residente de Nueva York, "considerada como una extravagancia, inmediatamente cambió los límites de mi vecindad hasta Coney Island, a diez millas de distancia".

Aunque el empleo del automóvil debería tardar todavía quince años, la bicicleta inició la "revuelta de la juventud", transportando a los niños fuera de los límites de la vecindad y de la vigilancia paterna. Los padres ya no podían saber, en cualquier momento, dónde estaba Juanito y Teresita.

En cuanto al cine, podemos citar el caso de Springfield, la que en 1914, era una típica ciudad pequeña norteamericana de 58,000 habitantes. Un estudio sociológico hecho en dicho año, demostró que de los 857 alumnos de los cole-

(Continúa en la pág. 17)

EL TERCER COMPLICE

Durante muchos años, John Johns trabajó en el jardín del Sr. Heathcote. Mañana, tarde y noche, pasaba pendiente de transformar ese jardín, cuidando las flores y haciéndole la guerra a las malezas. Sentíase como un artista, con su paleta llena de colores, pintando sobre la tierra. Una tarde se sentó meditando un nuevo plan: ahora serían lirios, al lado del macizo de begonias y luego a la Primavera serían nomeolvides.

¿Por qué sería que el dueño de ese jardín, el viejo Heathcote, insistía en ocupar a un sujeto Fleming, que no tenía imaginación más allá de los geranios?... Esto fastidiaba a John.

Heathcote tenía ochenta años, y sin embargo, estaba lleno de vida y de energías. Sus dos hijas Kate y Lena, se turnaban para ir a acompañar a su padre, y encontraban en John un individuo sumamente servicial. El jardinero cada día más enamorado de su jardín, sufrió de la intervención de Fleming; pero se daba cuenta de que sería imposible deshacerse de él mientras el viejo Heathcote viviera; pero el dueño seguía firme; semejante a un reloj descompuesto, fué arreglado de nuevo y aprendió el secreto de no pararse jamás.

Ese año, el invierno fué muy frío, muy largo y muy lluvioso. En ese tiempo, era cuando Kate gozaba más yendo donde su padre, que vivía lejos de la ciudad, en una altura donde no llegaban las luces del camino. Era una aventura llegar hasta allí, en la tarde, cuando las calles se cubrían de nieve; pero esto era muy apropiado para el alegre y juvenil carácter de Kate. Lena era diferente; imaginativa, histérica de temperamento, muy susceptible, llena de ideas raras. De modo, que no le llamó la atención a Kate esa mañana, encontrarse con que Lane no iría donde su padre, a pesar de que era su turno. Resultaba que Lena había tenido una horrible pesadilla. Kate no le hizo caso; pero tuvo que volver donde su padre otra noche más, para que a Lena se le calmaran los nervios.

Ese día fué muy oscuro, y a las cuatro de la tarde, cuando Kate le sirvió el té a su padre ya estaban corridas las cortinas en el comedor. Caía la lluvia con fuerza, y era agradable estar al lado del fuego imaginándose cómo estaría el frío afuera. Más avanzada la tarde, Kate corrió una cortina para mirar si cesaba la lluvia, y por primera vez se dió cuenta de que los árboles que rodeaban la casa, estaban demasiado cerca de las ventanas; podían servir para ocultarse.

Después de jugar su acostumbrado juego de paciencia, Heathcote procedió a su diaria inspección nocturna por toda la casa. Pasaba de pieza en pieza para cerciorarse de que todas las ventanas estuvieran cerradas.

Kate se quedó sola en la pieza, pensando que, seguramente su padre no daría su vuelta por fuera esa noche, porque había estado muy resfriado todo el día. Y de pronto se levantó:

—Padre, gritó, yo pasará revista esta noche en lugar suyo.

En un instante se dió cuenta de que esto no se le ocurrió sino en el momento de sentir que su padre entraba al comedor; corrió, pero ya era tarde, Heathcote había salido a la terraza; al momento se acordó del sueño de Lena que había contado esa mañana; podía repetir las palabras de la hermana: «Era allá en la casa, en el comedor; en el rincón, entre la pared y el reloj vi un hombre, la sombra de él, estaba en cucillas, pegado a la pared del dormitorio de papá. Desde donde estaba podía verlo perfectamente; vi su cuchillo y sus ojos que brillaban».

Y ahora, sintiendo el paso débil de su padre en la terraza y acordándose de los árboles que rodeaban la casa, Kate tembló; se fué al hall, dando las luces y pensando que en realidad debería dormir un hombre en la casa, todas las noches. Subió la escala decidida a decirle a John Johns, al día siguiente, sin que su padre supiera, que podía dormir en la casa.

Heathcote cerró todo como de costumbre, y subió a los altos, y Kate, hasta que no sintió a su padre tranquilo, no pudo dormirse.

Esa misma noche, John Johns oyó en su radio un poema

cantado; nunca había escuchado música semejante, y le hizo mucha impresión oír cómo las fuerzas de la naturaleza tomaban posesión del hombre y lo obligaban a hacer tal o cual cosa, y lo transformaban en un ser bueno o en un ser maligno... la tragedia... el crimen... Esta música extraña quedó sonando en los oídos de John durante largo rato, y no se movió cuando anunciaron otro número. En la cocina, alumbrada solo por el fuego de la chimenea, los dos se quedaron en silencio; John y su mujer.

John pasaba por esos momentos en que se espera algo extraordinario, que sucede algo grave, algo grande que le abriría la puerta de algo más que la fortuna; el poder. La radio siguió funcionando, y parecía que todo el programa de esa noche estaba confecionado especialmente para el estadio de ánimo.



—Te agradezco, hay algo penoso esta noche. Entonces, ¿ella también había escuchado?...

Y desde el fondo de su inconsciencia, en el silencio de la noche, John Johns fué sacudido por un golpe. Oyó el ronroneo furioso de la campanilla de la puerta. Iluminando con una lata llamó a su mujer. Era justamente lo que siempre había pensado. Un llamado de noche, el viejo Heathcote enfermo

de repente, el doctor que se necesita... meumonia... corazon...

Cuando abrió la puerta era lo que esperaba. Kate pálida, casi sin respiración. No había teléfono en la casa, así que tenía que ir a buscar al doctor; luego el corazón de John dió un brinco... Kate decía que su padre no estaba enfermo, sino que asesinado... Seguramente lo s

rezó porque no muriera; había deseado mucho su muerte; pero una muerte natural, no así con sangre y terror.

Cuando supo que ya había descansado, Jhon sintió un miedo y una angustia terribles. Eran dos los asesinos; pero ¿y el tercero?... ¿el que utilizó la fuerza de su deseo, el que realmente deseó la muerte?...

Jhon no podía libertarse de sus horribles pensamientos; no había duda de la existencia del destino.

Se puso su abrigo y se fué a la ciudad. Todo le pareció extraño y desconocido. Encamino sus pasos al «Evening Post». Allí un grupo de curiosos comentaba un aviso muy iluminado. Un retrato, y bajo él este letrero: «Se le busca por asesino». John Johns lo miró y miró hasta que todo el rostro del individuo se grabó en su mente. Se dió vuelta, paseando su mirada entre la multitud que miraba el aviso. Y allí estaba el hombre que se necesitaba. Mirando su propio retrato, parecía paralizado. Atraído por esa fuerza desconocida, el hombre dió

vuelta su cabeza, y fijó sus ojos en los del jardinero. Se dio cuenta de que lo reconocía; pero no se movió. Jhon comprendió; en la esquina estaba la comisaría, dos segundos... y caía preso. Podía entregar al asesino; pero creyó que no debía hacerlo. Jhon miró fijamente al hombre, y luego moviendo su cabeza quitó los ojos; el otro, entonces, como libre de una fuerza superior, se perdió entre la multitud.

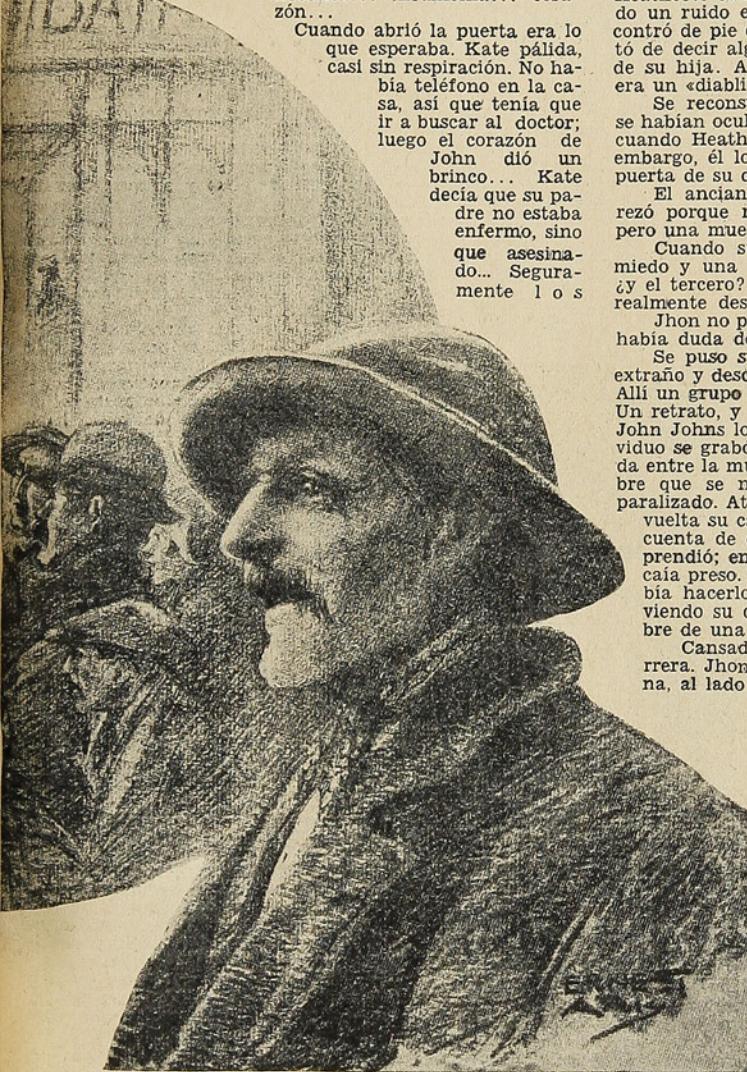
Cansado y débil, como si hubiera corrido una gran carrera. Jhon Johns llegó a su casa. Sentado allí en la cocina, al lado del fuego, lo mismo que «esa noche», la cabeza

entre las manos, sintió perfectamente lo que estaría sintiendo el asesino. Era a no dudarlo, un hombre feliz ese asesino, pues podía entregarse a la justicia; pero el tercer cómplice en el crimen no podía hacerlo, a riesgo de pasar por loco. No podía hablar, no podía contar a nadie su sufrimiento, tendría que llevarlo toda la vida.

Y fué un misterio para todos, especialmente para su mujer, cuando John Johns dejó su ocupación, y se fué a vivir a otra parte; días antes de que se ejecutara al asesino, el mismo hombre del retrato del «Evening Post».

Pero, ¿cómo podría John trabajar en su querido jardín, plantar lirios y podar las rosas, sin tener, sin sentir, una sombra detrás de él, una sombra que no era la propia?

M. P. WILLCOCKS



Vidrios para los rayos ultravioletas

Por transparentes que nos parezcan los vidrios comunes, como entra en su composición determinada cantidad de plomo, no permiten el paso de los rayos ultravioletas, rayos invisibles que, como se sabe, juegan tan importante papel en la higiene y en el mantenimiento de la salud, porque, además de ser poderosas bactericidas, desarrollan las llamadas vitaminas D, indispensables para la vida orgánica. Esto hace que las habitaciones que reciben el sol a través de ventanas cerradas, no logren los beneficios saludables del sol, porque éste llegue a entibiar el ambiente, circunstancia que se hace más apreciable en el invierno, en que, debido a las inclemencias del exterior, las dueñas de casa se abstienen de abrir ampliamente las ventanas de las casas.

Para subsanar este inconveniente, la ciencia ha puesto al servicio de la higiene doméstica los vidrios de nuevo tipo, capaces de permitir el paso de los rayos ultravioletas. Difieren poco de los vidrios comunes. Pueden usarse indistintamente

en los ventanales antiguos, de madera, o en los nuevos, con armazón de hierro. Y si en algo se distinguen, es precisamente ventajoso: se rompen con menos facilidad que los comunes.

Estos cristales, en cuya preparación entran substancias hasta ahora no empleadas en esa industria, permiten, como decimos, el libre paso de los rayos ultravioletas, y así, las habitaciones que los poseen disfrutan de todas las ventajas que proporciona el ambiente al aire libre, a pleno sol, sin los inconvenientes que supone ese ambiente libre en el invierno. Y como los rayos ultravioletas tienen propiedades curativas definidas en enfermedades tales como la tuberculosis, el rascito, los catarros, las neuralgias, los eczemas, el reumatismo, etcétera, e influyen poderosamente en el estado general del organismo, especialmente en el de los niños durante el período del crecimiento, tales vidrios comportan un progreso científico de trascendencia higiénica.

EL RASTRO DEL PERFUME

—¿Le gusta esa mujer?

—Me interesa...

La respuesta provocó una sonrisa en los labios del que había preguntado, que no se conformó con aquellas palabras, e insistió:

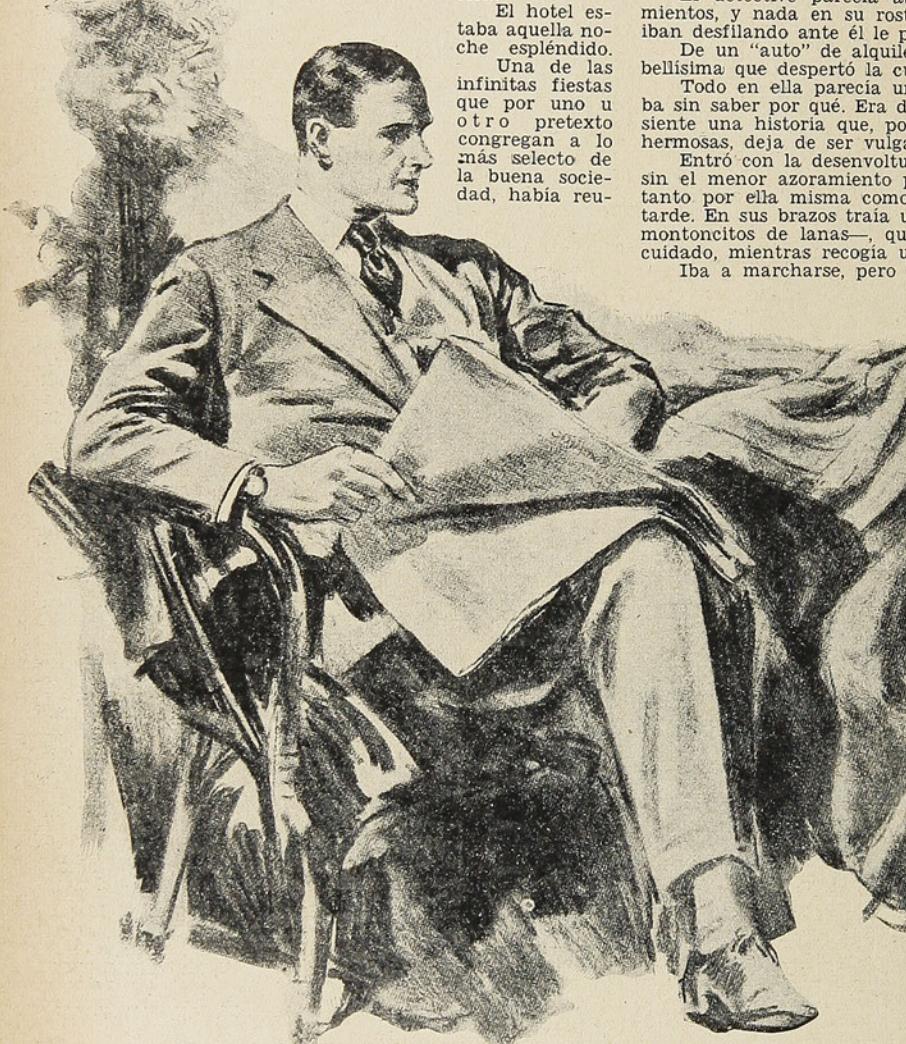
—Un amor?

—O un delito!

Ahora fué una franca carcajada, que se esforzó presto por apartar al notar que llamaba la atención.

El hotel estaba aquella noche espléndido.

Una de las infinitas fiestas que por uno u otro pretexto congregan a lo más selecto de la buena sociedad, había reu-



nido toda aquella multitud de damas enjoyadas y caballeros de frac en los salones del hotel.

—¿Qué había llevado allí al joven policía?

El mismo no sabía decirlo.

No fué el deseo de divertirse ni de ver cómo se divertían los demás.

El día anterior había coronado con el mejor éxito un trabajo importante, y los periódicos de la noche encomiaban su labor señalándolo como el más hábil detective de la población.

Sus nervios habían estado en tensión mucho tiempo y pensó en pasear al acaso, buscando en la calma de la noche el sedante que precisaba.

Pero el anuncio de la fiesta le atrajo sin saber por qué. Dijérase que presentía el delito, que lo sentía llegar, y quería salir a su paso.

Ya en el hotel, cambió de pensamiento, pero empezaba a llover y esto le detuvo en la puerta unos momentos dudando.

Después la llegada de un amigo le hizo salir de nuevo del guardarropa y ocupó con él, en el amplio hall, una mesita que parecía preparada a propósito en la penumbra de un rincón.

En realidad, no tenían de qué hablar, y se distrajeron en contemplar a las mujeres que llegaban y subían los pocos escalones de la puerta de entrada, con paso menudito, huyendo del agua que caía cada vez más fuerte, y que, pese al paraguas del portero, las amenazaba en los breves segundos que duraba su paso desde el "auto" al hall del hotel.

El detective parecía absorto en saber Dios qué pensamientos, y nada en su rostro decía si aquellas mujeres que iban desfilando ante él lo parecían bien o mal.

De un "auto" de alquiler que se detuvo, bajó una mujer bellísima que despertó la curiosidad del policía.

Todo en ella parecía un poco extraño. Su porte intrigaba sin saber por qué. Era de esas mujeres en las que se presenta una historia que, por ser de ellas y porque ellas son hermosas, deja de ser vulgar.

Entró con la desenvoltura de quien está en su ambiente, sin el menor azoramiento por la curiosidad que despertaba tanto por ella misma como por el contraste de su traje de tarde. En sus brazos traía uno de esos perritos pequeños —montoncitos de lana—, que depositó en el suelo con sumo cuidado, mientras recogía unas cartas.

Iba a marcharse, pero la detuvo una curiosidad.

Una señora de edad, tía y acompañante de la esposa de un diplomático extranjero que ocupaba parte del piso principal del hotel, había llegado a retirar unas joyas que deseaba ponerse su sobrina aquella noche, y la obligaron a abrir los estuches para que comprobara la existencia en ellas de las alhajas.

Las piedras lanzaron mil destellos sobre el fondo de terciopelo de los estuches. La desconocida se detuvo un momento clavando los ojos en las joyas, con esa mirada de codicia instintiva con que contemplan las mujeres las piedras preciosas, y, vuelta a la realidad cuando los estuches se cerraron de nuevo y la dama desapareció en el ascensor, dió un pequeño grito al no encontrar aquel montoncito de lana que había dejado en el suelo.

El montoncito de lana había aprovechado el descuido para ganar una amplia puerta de cristales que conducía al jardín y que alguien había abierto.

Pero la puerta se cerró tras él, y allí estaba luchando por entrar de nuevo para librarse de la lluvia.

La desconocida lo descubrió en seguida y fué por él sin esperar a que nadie le hiciera aquel servicio; y el

perro y el ama tomaron el ascensor con los piecitos llenos de barro.

El policía lo había observado todo, y, sin saber por qué, le intrigaba aquella mujer.

El ascensor tardó un poco en bajar. Cuando lo hizo, llamó discretamente al muchacho que lo conducía.

—¿Sabes quién es esa señora que acaba de subir?

—¿Cuál de ellas?

—La del perro.

El muchacho quedó pensativo un poco.

—¡Ah! Pregunta usted por la del perro? Es que como

no lo ha traído nunca...

—¿Lo ha comprado ahora?

El muchacho sonrió.

—No sé. La camarera de su habitación me ha dicho que es un regalo de un novio que tiene y que viene todas las tardes a buscárla; pero lo único que sé es que no lo ha traído hasta ahora, y eso porque ha logrado que se lo autorice.

ya sabe usted que en las habitaciones no se pueden tener perros — porque se va mañana por la mañana. Si el señor quiere saber cómo se llama, puedo preguntarlo; en realidad, aquí lo único que sabemos de ella es su nombre, y que debe tener dinero, porque da muy buenas propinas.

—¿Y nada más?

—Si el señor quiere saber algo más...

El detective dudó un momento.

—En qué piso tiene su habitación?

—En el principal.

—¿Y una señora que ha subido un momento antes que ella?

—¿Una señora que llevaba unos paquetes? En el principal también.

El policía no quiso ser menos que la desconocida, y dando la conversación por terminada, puso unas monedas en la mano del muchacho, que se alejó satisfecho de haberse ganado con tan poco trabajo.

Su amigo había oido el diálogo sin darle mucha importancia; pero las vacilaciones del policía acabaron por intrigarlo.

—Conoce usted a esa mujer?

—No; es curiosidad profesional. Tiene algo extraño que me ha intrigado; pero no haga usted caso.

Había pasado casi una hora, cuando la desconocida apareció de nuevo, más bella aún, con un elegantísimo traje de noche y cubierta de alhajas.

El detective la miró con una fijeza extraña, mientras ella cruzaba indiferente al parecer. Pero el policía hubiera jurado que aquella mujer acababa de pasar unos momentos de gran tensión nerviosa.

Fué entonces cuando su amigo le había interrogado de nuevo.

La última respuesta le había hecho reír; pero la seriedad del policía acabó por ahogar su risa.

—¿Habla usted en serio?

—Completamente. Es a mujer, que parece tan tranquila, tan indiferente, acaba de pasar un susto o algo análogo.

—¿Y eso es un delito?

—A veces es la nerviosidad que despierta el cometerlo.

—Explíquese, por Dios!

—Para qué? ¿Quién me dice que no me equivoco?

Desde dentro llegaba la cadencia pegajosa de un tango invitando a bailar.

El policía disimulaba una secreta inquietud llevando el compás golpeando con los dedos en el brazo del sillón, y sin dar señales de pensar moverse de allí.

Si su amigo trató de decidirlo.

—Vamos?

—Espere.

—Pero, ¿qué aguarda usted?

—Una sola cosa: que llegue una señora que ocupa unas habitaciones del piso principal, que hace una hora envió a buscar sus alhajas.

—Pero, ¿qué piensa usted?

—Una sola cosa también: que si a esa señora le han robado alguna joya, el que se sorprenderá menos al enterarse será yo, porque tengo la evidencia de que le han robado, o, al menos, de que le han intentado robar.

Unos minutos después el director del hotel llamaba apresuradamente a la policía para darle cuenta de que a la señora de un diplomático extranjero, que ocupaba parte del piso principal del hotel, le habían robado un magnífico pendiente de brillantes.

—Es un absurdo, sencillamente absurdo! Pocas veces ha



estado más claro un hecho, y, sin embargo, usted insiste en negar lo innegable y explicarnos lo que aparece claro, contándonos una historia inversimil.

La desconocida fumaba con toda tranquilidad un cigarrillo, dirigiendo una mirada de reto al joven policía que se empeñaba en hacerla confesar lo que creía evidente.

—No lo comprende usted? ¿No ve usted que su negativa es absurda?

—Más absurda es su acusación, que carece de base. Lo han registrado ustedes todo. Me han hecho hasta registrar a mí misma, y la joya no la tengo yo ni está en mi habitación; usted lo sabe.

—¡Bah! Había que ser muy torpe para tenerla aquí.

—Y cuándo he podido hacerla desaparecer? Cuando la robaron yo no estaba aquí.

—Perdón, señora! Usted no estaba aquí, en su habita-

(Continúa en la pág. 17)

LAS TRES DE

LA MADRUGADA

Por
J. J. BELL

—¿Quién anda ahí?

La pregunta, hecha bruscamente por un hombre envuelto en las tinieblas del umbral, iba dirigida a una poco visible figura agachada al lado de una caja de caudales, colocada en un ángulo de la vasta habitación, que iluminaba débilmente la luna de septiembre.

Como no obtuviese respuesta, sir Edmundo encendió una de las luces de la habitación. Vestía el dueño de la casa una bata obscura de seda y calzaba zapatillas turcas.

Aparentaba de cuarenta y cinco a cincuenta años. Su

rostro, de correctas facciones y de atractivo aspecto, estaba ensombrecido por una expresión amenazadora. Su mano derecha empuñaba una pistola automática. Dejando la puerta entreabierta avanzó hacia el interior de la habitación, amueblada a la de biblioteca y despacho, y se detuvo al lado de la mesa escritorio sobre la cual había, entre otras cosas, un aparato telefónico.

—¡Incorpórese encogida — ordenó — y responda a mis preguntas!

La agachada figura, que era de una mujer, irguióse y se levantó.

Tenía un rostro fresco y juvenil con grandes ojos oscuros y tez fina y blanca. Vestía traje, medias, zapatos y sombrero negros. En el suelo, a sus pies, había unos paquetes de documentos atados con cintas de seda.

Sir Edmundo, luego de mirarla unos instantes con sorpresa, le preguntó:

—¿Quién es usted y qué hace en mi casa?

La joven no contestó.

—¡Responda sin dilación! — ordenó secamente. — Quiero saber quién le ha dado la llave de mi caja y qué es lo que me ha quitado.

La interpelada continuó silenciosa. La lámpara estaba al extremo opuesto de la habitación y la joven quedaba en la penumbra. Sir Edmundo, volvió, impaciente, a las llaves de la electricidad y encendió una luz que caía directamente sobre la intrusa.

—¡Ah! Ya la reconozco ahora — exclamó en seguida. — Es la nueva camarera. El asunto se simplifica.

Sentóse a la mesa escritorio y ordenó:

—Venga y explíquese.



lo que ha tomado? — La muchacha lanzó un profundo suspiro y continuó callada.

—Le ordeno que me conteste! — exclamó sir Edmundo, recobrando sus bruscas maneras.

Sola con usted no contestaré a nada — articuló la joven con voz clara y firme, pero sin apartar su mirada de la puerta.

—Entonces... le traeré compañía! Pensaba que arreglaremos el asunto entre los dos; pero puesto que lo prefiere, avisaré a la policía.

—¡Oh, la policía no!

—Yo lo creía así — dijo él con una sonrisa de ironía en los labios. — Quiere contestar ahora a mis preguntas?

Ella movió la cabeza negativamente.

—¡Ya comienzo a impacientarme! Por última vez: ¿quiere contestar a mis preguntas?

—Nó.

Su voz se había dulcificado un tanto. La muchacha era sumamente linda y las muchachas lindas constituyan su pasión. Aunque contaba cuarenta y ocho años, se mantenía en una empoderada soltería. Bruscamente ella dió dos pasos en dirección a la más próxima de las tres ventanas.

—¡No pierda el tiempo! — dijo él, vivamente, apuntando con la pistola. — Si durante la semana que lleva en casa hubiese atendido a su obligación sabría que ninguna de esas ventanas se abre lo suficiente para dar paso a su lindo cuerpo.

—¡Y osaría disparar contra una mujer! — exclamó la joven con indignación.

Dispararía contra una ladrona... Y a fe que es usted muy bonita y sentiría desfigurara.

—¡Desalmado! ¡No crea Ud. que me asustar.

Sir Edmundo sonreía.

—No sé si es mi imaginación — dijo, — pero encuentro en Ud. unos rasgos fisionómicos que me son familiares. Quitese el sombrero y acérquese.

La joven no hizo el menor movimiento. Tendía la mirada fija en la puerta.

—No crea que se va a marchar botónicamente — dijo él, después de una pausa, al observar su mirada. — Supongo que las llaves las ha tomado de mi armario donde las dejé puestas cuando salí a cenar. Pero lo que quiero saber es qué buscaba usted en esta caja; si dinero, valores o joyas. ¿Qué es lo que ha tomado?

La muchacha lanzó un profundo suspiro y continuó callada.

—Le ordeno que me conteste! — exclamó sir Edmundo.

—Sola con usted no contestaré a nada — articuló la joven con voz clara y firme, pero sin apartar su mirada de la puerta.

—Entonces... le traeré compañía! Pensaba que arreglaremos el asunto entre los dos; pero puesto que lo prefiere, avisaré a la policía.

—¡Oh, la policía no!

—Yo lo creía así — dijo él con una sonrisa de ironía en los labios. — Quiere contestar ahora a mis preguntas?

Ella movió la cabeza negativamente.

—¡Ya comienzo a impacientarme! Por última vez: ¿quiere contestar a mis preguntas?

—Nó.

—Muy bien; entonces, avisaré a la policía.

Extendió el brazo hacia el aparato telefónico, cuando una mano que asomó por encima de su hombro, retiró el teléfono de su alcance.

—Sir Edmundo — dijo al mismo tiempo un joven, llegado silenciosamente por haber amortiguado la espesa sombra el ruido de sus pasos. — hágale otra intimación primero.

—¿Quién le ha dado a usted permiso, Derwent, para que intervenga en este asunto? — exclamó con cólera el dueño de la casa. — ¡Y qué hace levantado y vestido a estas horas?

—Usted ha olvidado, sir Edmundo, que voy a pasar mis vacaciones en el Norte y que he de salir en el primer tren de la mañana.

—Ahora lo recuerdo.

—El taxi que tengo encargado no ha llegado aún — continuó el joven. — He bajado para asegurarme de que dejaba en orden las cosas de usted y al oír ruido aquí...

—No tiene necesidad de dar más explicaciones. Puede retirarse... ¡Oiga! Antes de marcharse llame a la comisaría de policía. ¡Me ha oido?

—Sí, señor; lo he oido, pero le ruego que...

—Yo le pago a usted como secretario, para que obedezca mis órdenes, no para que me haga observaciones. A esta mujer la he interrogado repetidamente, sin obtener respuesta de ella.

—¿Qué ha hecho, señor?

—¡Imbécil! — exclamó sir Edmundo, exasperado. — ¡Está usted ciego? Mire la caja.

Derwent dirigióse a la joven y le preguntó dulcemente:

—¿Realmente la ha abierto Ud., Maggie?

—¡Ella "realmente" la ha abierto! — dijo con ira sir Edmundo. — ¡A pesar de su carita de inocente!

Derwent hizo un gesto de amargura, pero dijo reposadamente:

—No creó que haya tomado nada.

—La he interrogado y no me ha querido responder. Lo mejor será telefonear a la policía.

—Maggie — dijo el joven, suavemente, — ha tomado alguna cosa?

La interpelada no respondió.

—Ya lo sé — dijo sir Edmundo dejando la pistola sobre la mesa escritorio. — ¿Quiere telefonear ahora?

—Maggie habrá tenido alguna razón para...

—¡Calle, Derwent, y haga lo que le tengo ordenado!

—Yo creo, sir Edmundo, que aquí debe haber un error. Maggie lleva muy poco tiempo en la casa, pero yo estoy...

—¡Enamorado como un imbécil de esta linda ladronzuela! ¡Quiere usted...

—No, señor; no quiero!

—Entonces, con taxis o sin él se marcha en seguida para no volver. Recaja todos sus efectos y váyase.

Pronunciadas a estas palabras, sir Edmundo trató de utilizar el teléfono.

Pero Derwent, que se había puesto lívido, se le anticipó y cogiendo el aparato hizo además de arrojarlo contra el suelo.

—¡No gritó al mismo tiempo; en este asunto no intervendrá la policía!

—¡Cálmese! ¡Espero! — exclamó la joven. — Ahora que hay un caballero presente hablaré. Hablaré, sir Edmundo, y lamentaré que no haya seguido guardando silencio.

La joven avanzó unos pasos; su rostro había recobrado el perdido color; ya no parecía asustada.

—Hace diez días que entré a servir en esta casa — dijo con voz firme y clara — con el único objeto de abrir esta caja. — ¡No

sabía usted para qué, sir Edmundo? Usted no me ha conocido hasta que he entrado en su casa, pero no ha visto ninguna persona que se me pareciese? Fíjese en mí — añadió la joven quitándose el sombrero.

Sir Edmundo sintió que una oleada de sangre subía a su rostro; sin embargo, respondió con frialdad:

—Seguramente, he visto alguna vez muchas. Realmente, para sirvienta tiene usted un aspecto demasiado distinguido; más bien me parece...

—¡No olvide que habla con una señorita! — exclamó Derwent interrumpiéndole.

Sir Edmundo volvióse furioso ha-

cía él.

—No le dije que se marchara — gritó.

—Si; mas hay el ligero inconveniente de que no me quiero ir. Como he sido despedido no tengo que recibir órdenes de usted.

Sir Edmundo dirigió una mirada a la pistola.

—¡Bah! No plense tonterías — le dijo su ex secretario. — ¡No ve que eso le costaría ir a la cárcel? Yo no me marcharé hasta que Maggie haya contado lo que tiene que contar.

—Ya se acordará de esto cuando necesite mi informe para su próxima colocación.

—Pues aguarde hasta entonces. Entretanto, ya que ha obligado a Maggie a que hable, va usted a oírla.

—Gracias, Derwent — dijo la muchacha.

Y dirigiéndose a sir Edmundo, agregó:

—Me llamo Florencia Fairweather y soy hermana de Linda Fairweather.

—¡La señorita Fairweather! — dijo sir Edmundo sardónicamente. — Pero yo no sé qué quiere decirme con eso.

—Usted ya supone a qué ha venido a esta casa.

—Ciertamente. Ha venido en busca del dinero y de las joyas que había en esta caja.

(Continúa en la pág. 28).



LA UNICA CONDICION

Cuando comprendió que su marido quería divorciarse, la señora Duhetra creyó morir de pena. Nada tenía que reprocharse. Nunca había dejado de adorarle, cerrando los ojos ante las aventurillas que le procuraban su naturaleza fácil y su situación de pintor en boga. ¡Y después de veinte años deseaba recobrar su libertad! Bien adivinaba ella como la gastaría. Estaba enamorado de la hija de uno de sus amigos, una ambiciosa que ni siquiera tenía la excusa de un sentimiento leal. Poco a poco la intrigante se deslizaba en la casa, la invadía, hacía necesaria, trataba de dejar atrás a la esposa, de robarle su sitio. ¡Iba a conseguirlo! ¡Diantre! Su rival poseía el resplandor de la juventud, una aparente pureza, toda esa fragancia embriagadora que exhala la muchacha, sobre todo a juicio de un hombre que ya camina a la vejez. ¡Lucha desigual!... La infeliz mujer aproximaba a la cuarentena. Los signos de la edad hincaban su frágil gracia en los rasgos arqueados y menudos y en su piel tan fina que —según la expresión de Marcel Prévost— se hubiera desgarrado con un beso. ¡Quién dirá la angustia de la mujer cuya belleza fué su única razón de ser y su sola fuerza de atracción y que ve poco a poco a los años deshacer, marchitar la viviente obra maestra y preparar astutamente su dispersión final! No hay, tal vez, un drama más espantoso. Sentir que disminuye el poder de seducción, que se deja de agradar a aquél a quien siempre se ha agrado...

Duhetra preparaba sus caminos, desde luego, se había alejado. La decoración de un distante castillo, obra de largo aliento, explicaba la separación. Sus cartas, las palabras de un amigo complaciente, aleccionado por él y enviado ante la esposa, dejaban transparentar sus deseos. Pretendía decidir a la desgraciada al supremo sacrificio. Invocaba la fatalidad del amor, la ausencia de hijos en el matrimonio, la posibilidad de recomenzar cada uno su vida. Es decir, sugerencias que se adivinaban inspiradas por la ambiciosa rival a aquél hombre débil, indeciso, siempre sometido a la influencia del momento.

¿Qué hacer? ¿Procurar convencerlo? Pero, la pasión acoraza al hombre con triple acero. Se hace sordo, ciego al mundo exterior. Y las palabras ya no entran en un corazón colmado con un nombre...

¿Expulsar a la intrigante? Excitado por ella, tomaría pretexto del escándalo para huir en su compañía...

¿Rehusar simplemente, sin dar razones? La vida entonces se haría insopportable. Y con ello no conseguiría su propósito: conservar a cualquier precio al ingrato, al infiel.

Siembra, el amigo que se interponía entre ella y el marido se hacia más insistente. Enloquecida, la desgraciada que hasta entonces había guardado ocultas sus penas, se resolvió a pedir consejo. Tomada esta decisión, todo se lo confesó a una tía de su marido, la tía Augusta, mujer de edad, fina y juiciosa, llena de recursos y de experiencia, que pasaba por conocer a fondo a su sobrino. La entrevista duró largo rato. Cuando la señora Duhetra se despidió, la esperanza animaba sus bellos ojos en los que durante tanto tiempo no brillaron sino lágrimas.

Esperó con un corazón más firme al embajador que le enviaba su marido.

No tardó en venir. Y abordó claramente la cuestión. Describió a su amigo, convertido en esclavo y juguete de una pasión irresistible, pronto —en caso de resistencia— a tomar cualquiera actitud desesperada. Mejor sería, por la dignidad de ambos cónyuges, resolver con toda franqueza una situa-

ción que se estaba haciendo intolerable. En suma, se imponía el divorcio.

Entonces la señora Duhetra guardó breve silencio y después dijo:

—Dígale a mi marido que acepto el divorcio, pero, con una condición: que me devuelva todo lo que le he dado.

Contentísimo de haber triunfado en una comisión tan difícil, el complaciente amigo se apresuró en llevar la respuesta al marido.

Este se sintió feliz. Todo se arreglaba, no tratándose ya sino de un poco de dinero. Sabría mostrarse pródigo y delicado. No solamente le devolvería su dote y la dejaría que se apropiara de cuanto quisiera, en el mobiliario, sino que iría más allá de lo que exige la ley. Bien le debía semejante compensación por su sacrificio.

La señora Duhetra había demostrado el deseo de que su marido en persona viniera a tratar con ella esta situación. Acudió a su llamado, invadido de contra dictarios sentimientos, avergonzado de su debilidad, conmovido por los recuerdos de la pasada vida —al aproximarse a la casa— y reconoció de su mujer por ese gesto liberador, aunque sorprendido, sin embargo, de que demostrara ser tan interesada.

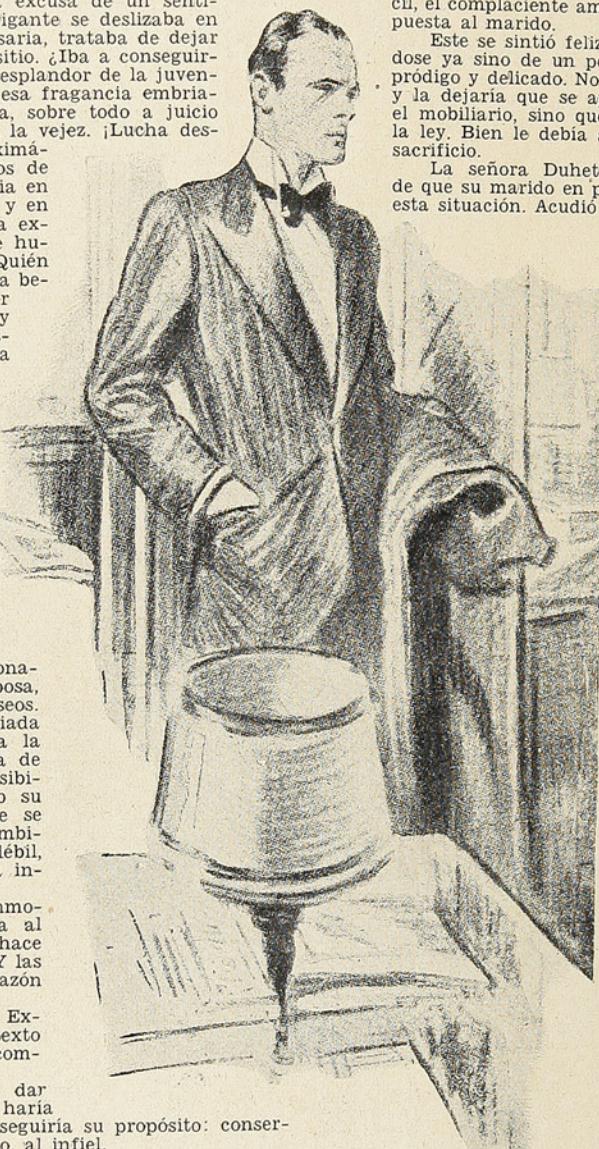
Le agradeció todo un poquito torpemente, con entrecortadas palabras. Ella levantó entonces la cabeza y le dejó ver su asombro:

—¿Qué? ¿Se ha creído usted que se trata de dote, de valores, de muebles, de alhajas?... No me ha comprendido usted... ¡Dinero, dinero!... ¿Pero, qué significa el dinero, comparado con todos los inestimables bienes que le he prodigado?... ¿Sabe usted lo que le he ofrecido?... Se trata de mi juventud, de toda mi juventud, de mis ilusiones, mis sueños y mi pureza. De todo esto me he despojado para convertirme en veinte años, en la mujer que ahora soy. Estos son los verdaderos tesoros que le he confiado, que le he dado; que sólo a usted han pertenecido. Esta es mi verdadera dote; esta es mi verdadera riqueza. Esto es lo que usted debe entregarle ahora, si quiere reconquistar sin remordimientos su libertad. Ya usted que no lo puede.

Consciente de su indigüedad, del injusto suplicio que imponía a la infortunada, tocado en las más profundas fibras de la honestidad y la piedad, meditó, bajó la frente. Despues cogió y besó la mano que se le tendía.

—Te pido perdón... — dijo. — No me dejes ir.

MICHEL CORDAY.



UTILES
PARA
OFICINAS

UNIVERSO
AHUMADAS³²
SANTIAGO

A G O N I A

Respondió tan amablemente a su saludo que él se atrevió a poner la valija enfrente de ella, y dijo, besando la mano de la viajera:

—Doy gracias al cielo que me ha permitido encontrar este asiento en el tren.

—Es usted muy amable — repuso la interpelada maliciosamente; — pero tranquilícese usted. Tengo una provisión de diarios y revistas y no le impediré dormir.

Visiblemente desconcertado, él prolongó sus arreglos de instalación retardando el momento que debía elegir entre un nuevo tema de conversación o la lectura del libro que fina-gia buscar en la valijita de mano.

—¿Para qué me habrá saludado tan risueña? — decíase malhumorado, — si me rechaza a las primeras palabras? Decididamente sigue siempre tan fantástica. Se burla de todos y especialmente de los hombres. Parece que sintiera la necesidad de hacerlo y su malicia es una verdadera perfidia.

Aprovechando el que su compañera de viaje se ocultaba tras un diario desplegado, abrió un libro y fingió leer. Pero su pensamiento estaba muy lejos de aquellas páginas.

Las personas de inteligencia clara — decíase — seducen en general por la justicia de sus pensamientos. Pero dicha justicia no está en la naturaleza. Y si las mujeres son más dueñas de su destino, es porque los hombres llamamos a eso imprecisión, no siendo en realidad más que una combinación de su instinto, su ciencia de nuestras debilidades y una cierta voluntad que no está desprovista de crueldad. Hay que convenir, con toda imparcialidad, que si nosotros manejamos a los acontecimientos y seres inferiores, las mujeres nos manejan a nosotros.

Los espíritus claros buscan los sistemas, pero el sistema de la máquina humana, es decir, del alma, es más complicado que cualquier otro y sólo es asimilable por la inteligencia complicada de las mujeres.

Prefieren dejarnos el orgullo de una superioridad de as-

pecto y se reservan el papel de "eminencias grises" que les permite escribir la historia con nuestra mano. Y no es éste un de los lazos menos curiosos de su concepción de la vida.

Lamentaba sinceramente haber subido a aquel vagón, en donde debía permanecer largo tiempo frente a una mujer que le turbaba por su afirmación de una voluntad burlona cuyo alcance no llegaba a sospechar. Pero tuvo que resignarse a la situación y la idea de que pronto llegaría la noche y podría dormir le alivió algo.

Rápidamente todo se hundió en un crepúsculo violáceo y las luces del tren se encendieron.

Santiago Morland dejó descansar su cabeza sobre el almohadón de terciopelo y, molido por la calma crepuscular, cerró los ojos y acabó por dormirse.

Frente a él, su compañera de viaje le miró con un reflejo de malicia en los ojos y puso el diario en el asiento. Volvió

a asegurarse, con una ojeada, de que Santiago Morland seguía durmiendo, y empezó a leer la carta que se sabía de memoria: "¿Crees, Dolly, que pueda inventarse suplicio más cruel que el de la separación, aunque breve, de dos seres que se pertenecen uno al otro?"

— ¡Ay!... ¡Con qué trágica exactitud se imponía esto a su espíritu, desde un mes atrás, en que había recibido aquella carta, a raíz de un viaje que había tenido que hacer al Havre!

A su regreso a París le dieron la noticia de que Pablo había muerto en el Hospital Lariboisiere. Allí le habían conducido después que un camión le atropellara en el calle, des-haciendo casi su pobre cuerpo.

Para ella fué el vacío brutal, sin remedio. Pablo se había ido para siempre sin darle el último abrazo, el postrero beso. Había creído siempre que antes del supremo viaje podrían despedirse y jurarse que cualquiera de ellos que estuviera en trance de muerte llamaría al otro, ocurriese lo que ocurriese.

Y aquel suplicio atroz ella lo revivía diariamente. Su alma torturada se debatía en el fondo de aquel abismo donde Pablo había desaparecido. Sin duda, la carta que ella tenía en su poder era lo último que había escrito. Releyó las cariñosas frases, el último pensamiento de su amante.

Luego, sintiendo frío, se envolvió en su amplio chal y se acurrucó, cerrando los ojos para dedicarse por entero al recuerdo.

El tren seguía su ritmica marcha; en el corredor varios hombres fumaban, charlando alegremente. Santiago Morland seguía durmiendo.

De pronto un objeto cayó a los pies de la viajera: era el libro que tenía sobre sus rodillas Santiago. Este, despertado súbitamente, pidió disculpas y se inclinó a recogerlo. De entre las hojas del volumen saltó un sobre, cuya escritura, al reconocerla hizo estremecer a la joven. ¡Era letra de Pablo!

Con su agudo instinto de mujer, que es un arma tan poderosa, entrevió de golpe la posibilidad de saber algo sobre su querido muerto, de quien había ignorado que fuese amigo de aquel hombre.

Sin detenerse a reflexionar sobre la modificación un poco extemporánea de su actitud, la joven inició amablemente una conversación que antes había rehusado empezar.

Con suma habilidad iba guiando a Santiago, sin que éste se diera cuenta, hacia el camino por donde quería llevarlo. Así llegaron, naturalmente, a hablar de sus relaciones comunes y de aquel por quien se interesaba.

—Murió a la hora de ser internado en el hospital — explicaba Santiago — y sin recobrar el conocimiento.

— ¿Está usted seguro de que fué el martes? — preguntó Dolly. — Conozco a personas que me han dicho que hablaron con él ese día a las seis de la tarde.

— El accidente ocurrió a las siete y media. Me

(Continúa en la página 80).





Greta Garbo y Nils Asther, en «Orquídeas Salvajes», de la Metro-Goldwyn-Mayer.

No puede negarse que el arrollador avance del cine, ha contribuido poderosamente en la transformación y refinamiento del arte de besar. Los sinceros ósculos, tímidos o apasionados que entre si cambiaban nuestros abuelos, han llegado a ser, al reflejarse en la pantalla, algo sutil y complido, en el que se mezcla el artificio con la atracción.

La teoría y la práctica han avanzado juntas a saltos, hasta el punto de que el conocido director de escena muda, Francio Dillon, declara que, según su profesional experiencia, existen nada menos que treinta y cuatro sistemas de besar. «Entre ellos se cuentan — dice el citado director con evidente cinismo — desde el prosaico roce de labios matrimonial, hasta las fogosas demostraciones de pasión que tan bien han interpretado John Gilbert y Greta Garbo».

En los últimos años, la censura se ha hecho más rigurosa para los besos en la pantalla, y sus héroes tienen que limitar sus expansiones a un número de segundos más o menos corto, según los diferentes países. En los principios de la era cinematográfica no existían tales limitaciones, actores y actrices podían dar rienda suelta a sus impulsos, y aun se recuerda en la historia de la pantalla a una miss Irwin, no muy joven ni muy bella, pero expresiva en exceso, que si pega-

Ann Harding y Robert Ames, en «Holiday», de la P. D. C.



CUANDO CON TODA

ba los labios a una boca masculina, sostenía la postura de veinte a treinta segundos.

Durante el apogeo de las vampiresas, hace de esto unos diez o quince años, se concedió campo libre a las Theda Bara, Luisa Glaums, Dorothy Dalton y otras no menos peligrosas sirenas, para manifestar sin cortapisas sus artes de seducción. Mas llegaron los austeros y lógicos censores, y al fijar su atención en los besos lanzaron la concluyente orden: «La duración de los besos no debe exceder de diez segundos». Y los clasificados por Mr. Dillon, bajo la subvisión de «besos de alta presión», fueron suprimidos de raíz. Hoy puede decirse que el beso cinematográfico ya no dura más de tres a cuatro segundos, limitación que ha tenido buena acogida en toda Europa.

Una de las más interesantes, cuanto inesperadas fases de la conquista del mundo por los films americanos, consiste en el hecho de que éstos hayan impuesto una nueva técnica de besar a los países de aquende los mares, pues según expertos de Cinelandia muy versados en la materia, en Europa era, hasta hace poco, desconocido el beso con los labios separados.

La novísima revelación llegó a las películas americanas desde el oeste, y en la actualidad el estilo de Hollywood se ha extendido por todo el mundo civilizado, con la rapidez de un reguero de pólvora.

En cambio, los convencionales besos de la escena, sancionados por la costumbre, jamás ejercieron ninguna influencia sobre los hábitos de besarse la humanidad. Esto se explica, porque los besos de teatro nunca fueron verdaderos, y en los momentos más culminantes, apenas si los labios de los protagonistas llegaban a rozarse y si por casualidad tenían que besarse auténticamente, representaba el personaje masculino una mujer para que no escandalizaran los ósculos. En el cine es otra cosa, y desde un principio, tanto los actores y actrices como sus besos, siempre fueron auténticos.

Se cuenta por los Estudios, que un famoso actor alemán, contratado por una de las principales casas productoras, al filmar una escena de pasión, en la que tenía por compañera a una linda americana, al ofrecerle ésta francamente sus tentadores labios, el tudesco, a pesar de sus cuarenta años cumplidos y de su larga experiencia de teatro, quedó confuso, y dió lugar a que el director, impacientado, le dijera: «Bésela usted, hombre, que no le morderá!»

Es notorio en Hollywood que Jack Mulhall es el afortunado mortal a quien ha cabido la dicha de besar mayor número de bellezas cinematográficas, que a cualquier otro actor de la panta-

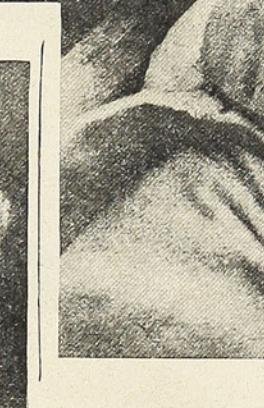
BESAN EL ALMA

lla. El mismo ha hecho el cálculo de las mujeres que ha besado ante la cámara, y la cifra asciende a noventa y nueve.

Por poco expresivo que haya sido, y teniendo en cuenta los necesarios ensayos, puede llegarse a un total aproximado de setecientos sesenta y cinco ósculos, entre los que, seguramente, se encontrarán de todas clases, desde el instantáneo roce de labios conyugal, según Dillon, a los de la ya prohibida duración de veinticinco segundos.

A juicio del bien documentado Mulhall, una de las actrices cuyos besos causan emoción más intensa es la genial Greta Garbo, maestra en la expresión de toda la gama del sentimiento.

No hay más que ver el voluptuoso renunciamiento con que se abandona en los brazos del arrogante Nils Asther, en la escena de pasión de «Orquídeas salvajes», para comprender lo refinadamente separados.



sual de tan exquisito y vibrante organismo. La opinión femenina, o al menos una opinión femenina, la encontramos en la hermosísima Billie Dove, que después de manifestar haber sido besada por una larga serie de los más apuestos y arrebatadores astros de la pantalla, termina diciendo que el simpático y varonil Antonio Moreno es el actor de cine cuyos besos le han causado sensación más intensa. Nadie que haya visto la película «Adoración», podrá poner en duda la sinceridad de la hermosa actriz.

Los besos que en ella cambian los protagonistas (Antonio Moreno y Billie Dove), aunque sean conyugales, nada tienen de común en el «frío roce de labios», clasificado por el director Dillon. Los expresivos rostros de ambos cónyuges (en la pantalla) demuestran con asombrosa realidad el amoroso delirio que se apodera de ellos, producido por el cambio de apasionadas caricias.

EL AMOR Y LA ABEJA

El Amor no había visto a una abeja adormecida en una rosa. Fué a tomar ésta y el insecto le picó en un dedo. Corriendo y llorando, fuése donde estaba su madre, la bella Cíterea.

—Estoy perdido, madre mía —le dijo, sollozando—; estoy perdido, me muero. Una pequeña serpiente me ha picado; los labradores la llaman abeja.

—¡Ah! —respondió su madre—, si el dardo de una abeja hace tanto mal, piensa, amor, en lo que deben sufrir aquellos a quienes tú hieres.

LA VUELTA DEL MANTEL

La afición de la humanidad por la lencería, la mantería y las ropas de cama finas, data de muchos siglos, y aunque parezca extraño, ya hace cuatro mil años, los habitantes del antiguo Egipto se dedicaban al cultivo de los elementos que se empleaban en su confección. La lencería ha sido siempre considerada como un símbolo de confort y de civilización, y los tiempos modernos están ayudando a mantener esta tradición.

La variedad en sus colores y en sus modelos es asom-

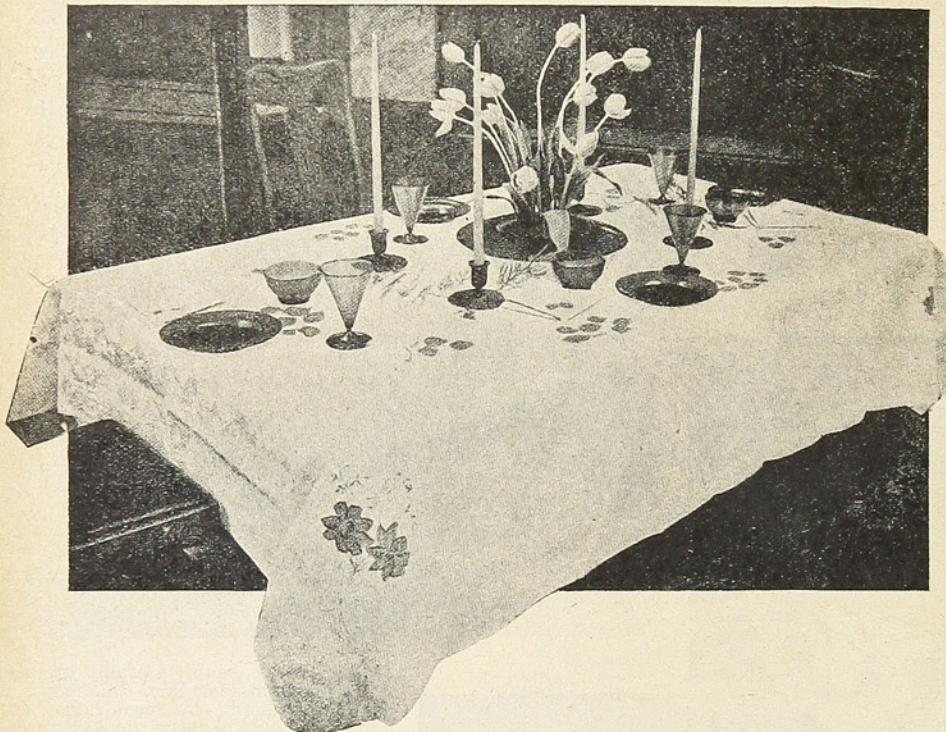
brosa, siendo notable la manera cómo los manteles de damasco han vuelto a merecer el favor público.

Hace pocos años, nadie pensaba en cubrir su mesa con un mantel, decorándose las mesas barnizadas con pequeños pisos de encaje. Hoy día, la mayoría de las personas de gusto están implantando de nuevo la tan antigua moda usando manteles de damasco y con buenas razones para ello.

Un discreto mantel de damasco hace lucir mucho más la cristalería y la platería de lo que puede una mesa barnizada.

Una buena demostración de este hecho me fué ofrecida hace poco al almorzar con una amiga muy conocida por su buen gusto. La mesa estaba cubierta por un delicioso mantel de damasco color crema, decorado con aplicaciones de tulipas. Las servilletas hacían juego. El centro de la mesa veíase decorado por una amplia pieza de cristal verde de formas modernas, llena de una masa de tulipas de diversos colores.

El conjunto ofrecía distinción y sencillez, como también novedad y gracia. La lencería en todas sus variedades es hoy día un elemento primordial en la decoración de todo "hóme" moderno, y continúa manteniendo su reputación como símbolo del buen gusto refinado.



LOS SENTIMIENTOS DE LAS ARAÑAS

En mi jardín, donde todo está preparado para la investigación, jardín que más que tal es un laboratorio al aire libre, he podido seguir todo el proceso del amor en las arañas. Es sumamente curioso. La pareja se encontró en un rincón protegido por las enredaderas y el macho se acercó a la hembra con el visible propósito de enamorarla. Cuando, por lo visto, la estaba ya convenciendo de que merecía ser amado por ella, apareció otro macho y el galán entabló con él dura batalla, de la que resultó vencido el intruso, el cual se alejó cojeando.

La hembra, seducida sin duda por el valor de su pretendiente, le dió el si que él anhelaba y la pareja procedió en el acto a reunir provisiones para la despensa del hogar que iba a formarse. La construcción de la casa corrió exclusivamente a cargo de la hembra, la cual, dando mil vueltas por el sitio elegido, tejió un maravilloso laberinto de hilos de seda blanca. Diariamente añadía nuevos hilos a la red, hasta que ésta ofreció el espesor suficiente. El macho casi nunca estaba visible, pues se pasaba el día enfrascado en la caza. La hembra, en cambio, no se movía de casa y desde ella se precipitaba rápidamente sobre toda mosca que tenía la desgracia de caer en la tela de araña.

A la llegada del estío, la pareja decidió mudarse. Por segunda vez, fué la hembra la única constructora de la casa, que por cierto resultó más sólida que la primera.

Muy cerca del centro, depositó la araña un racimo de huevecillos de color de ámbar, hecho lo cual se situó a la entrada del nido, donde montó la más atenta guardia. Si otra araña se atre-

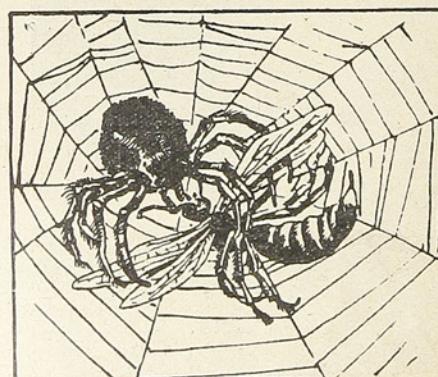
vía a acercarse, la atacaba con tanta ferocidad, que la hacia huir inmediatamente.

Una mañana llegó una avispa al hogar de nuestra araña. Detuvo su vuelo al borde del nido y la araña retrocedió hasta el centro, muy alerta y dispuesta a la lucha. La avispa estaba muy confiada, pero, antes de que pudiera darse cuenta, se vió atacada por la araña. Aquella apercibió su poderoso agujón para herir a su contrincante, pero la araña, conociendo el peligro de la terrible arma, se valió de sus fuertes patas para mantener alejada a la avispa.

Los luchadores rodaron por encima del nido, y estas vueltas sirvieron a la araña para envolver con sus hilos a la avispa. Esta advirtió el peligro y trató de alzar el vuelo para huir, pero una de sus alas estaba ya sujetada y pronto se encontró la avispa sólidamente embalada como un fardo. Entonces la araña se puso sobre su indefenso enemigo y comenzó a devorarlo.

Pocos días después aparecieron las arañitas, esparciéndose por su maravilloso hogar de seda, y la madre, que tan gallardamente había cumplido la tarea impuesta por la naturaleza se envolvió, tejiéndolo ella misma, en el manto de la muerte.

OLIVE G. PIKE.



Faquires de Smoking y faquires verdaderos



El doctor Brink realizando una de sus experiencias en un centro científico de Copenhague.

El fakirismo tiene cada vez más partidarios y admiradores. De aquí que no haya compañía de circo ni teatro de variedades que deje de presentar un par de ellos cada temporada, y de aquí que más de un grave doctor se dedique al estudio de esa misteriosa ciencia e incluso haga demostraciones en público.

En Copenhague hay uno de estos doctores, Luis Brink, que se ha hecho famoso con semejantes experiencias.

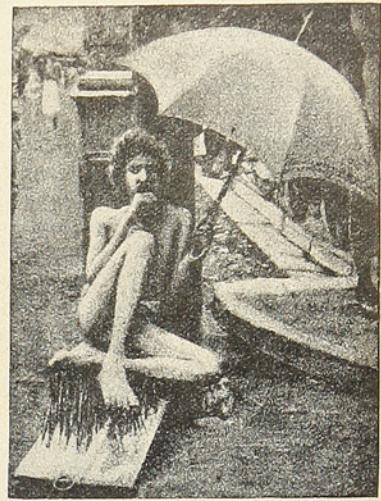
El doctor Brink hipnotiza a varias especies de animales, lagartos, palomas, tortugas, gallinas, serpientes, y prolonga su estado cataleptico tanto tiempo como quiere, haciéndoles volver en si mediante una simple orden.

Entre las experiencias conocidas, el señor Brink realiza la de enterrarse vivo y permanecer bajo tierra varias horas; la de hacer brotar una planta a los pocos minutos de haber sembrado la semilla, y la de atravesarse la carne con punzones, sin dar muestras de dolor ni derramar una sola gota de sangre.

Lo más curioso es que esta última experiencia la realiza también en la persona de cualquier espectador que se preste a ello, hipnotizándola y haciéndola subir descalza sobre una tabla erizada de púas afiladísimas o por una escalera formada con sables de buen filo. En uno y otro caso, las púas o los sables se hunden en la carne sin que el sujeto sienta dolor ninguno ni derrame sangre.

Sin embargo, la ciencia de este doctor, como la de la mayoría de los fakires de smoking que se exhiben en sociedades o círcos, no es más que una sombra del fakirismo verdadero.

Por las calles de Bombay, de Calcuta, de Bengala y de otras muchas poblaciones hindúes pululan a docenas los fakires que realizan las mismas experiencias que han servido al doctor Brink para enriquecerse. Es más, el fakir hindú no se contenta con enterrarse por un par de horas, sino que permanece bajo tierra varios días, saliendo al cabo de ellos de su transitoria sepultura sin aparecer la menor molestia. El hacer brotar una planta en pocos minutos es un juego de prestidigitación, con su correspondiente trampa, que allí no se practica por estar demasiado desacreditado. El perforar el cuerpo con clavos y punzones es considerado entre ellos como una vulgaridad que la mayoría de los hindúes puede hacer, aún sin ser fakires.



Un fakir verdadero, "descansando" sobre una tabla erizada de clavos, en una calle de Bengala, en espera de quien quiera hacerle una caridad.

En cuanto al hipnotismo, en poder del doctor Brink es tan sólo una pálida sombra de la portentosa facultad de los verdaderos fakires, capaces de fascinar, sin preparación ninguna, por sorpresa, a una colectividad.

Sin embargo, los fakires auténticos vienen más que de su ciencia, de la caridad pública. Sus maravillosos experimentos son para ellos los que la guitarra o el acordeón para nuestros músicos callejeros.

ACCESORIOS PARA LA NOCHE

POR
LUCIEN LENLONG

El resorte mágico de la elegancia está en sus detalles. Una verdadera elegante lo sabe; y todo el artístico conjunto de una silueta impecable se derrumba si sus zapatos, cartera, guantes, etc., estuviesen en desacuerdo con la armonía del conjunto.

Un color chilón en una simple flor o alhaja puede ser una nota discordante. Especialmente para la noche, la elección de los accesorios es de suma importancia.

En los zapatos, la moda de las telas teñidas del mismo color del traje es un alto grado de la elegancia femenina. Pero voy un poco más lejos, y con mis trajes de noche florados pongo los zapatos en un tono más oscuro que el color del traje. Así, para un traje azul perla, los zapatos serán azul ahumado. Con un traje color glicina, zapatos violetas, y zapatos color verde hoja con un traje verde pálido, y color rosa con rosa ceniza. Con un traje de moaré aconsejo zapatos de espumilla, porque resultarían pesados en la misma tela.

Este mismo principio debe aplicarse para las carteras. Deben armonizar con los trajes, pero no ser exactas. Muchas elegantes tienen sus carteras y zapatos en la misma tela del traje, pero esto resulta demasiado exagerado.

He creado para la noche carteras que reflejan el color de mis principales creaciones, en telas como crepe de Chine, satén opaco y moaré de aguas finas. Para éstos recomiendo zapatos en seda, haciendo juego con el colorido de las medias,

que, naturalmente, deben ser color beige pálido.

La cartera de noche será pequeña, para que no corte la delicadeza de la silueta.

El pañuelo grande en chiffon de un color liso, que nos vuelve en esta moda, es uno de los accesorios más bonitos. Sea saliendo de la cartera o llevado en la mano, es muy elegante, porque no creo que en esta estación se use atado en la muñeca.

El último (pero no el menos importante) de los accesorios para la noche son las alhajas. He creado varios modelos en cristal y strass. Mi collar favorito se compone de tres vueltas de diminutas cuentas de cristal cortado que bajan en tres hileras curvas por delante, donde se intercambian con cuentas más grandes del mismo cristal y cuentas redondas grabadas en cristal opaco. Atrás las tres hileras, que se afilan, se pasan a través de un aro de strass y cuelgan en la espalda, terminadas con borlas finas en cuentas de cristal, las que se anudan o caen rectas. Este collar se usa también ciñendo el cuello por delante y cayendo por detrás hasta la cintura.

Una pulsera de mucho éxito es una en ébano y cristal de roca formando rosetas.

Todos estos detalles contribuyen a realzar un traje o conjunto e imprimen ese "cachet" particular que tienen las verdaderas elegantes.

"LE SANCY"

\$ 5.00

EN TODO TOCADOR DE BUEN GUSTO CONSERVA SU LUGAR DE PREFERENCIA, LA CIENTIFICA LOCION
"LE SANCY"

Los Cuidados Femeninos

La belleza y la utilidad en el arte, y la belleza y la salud en la persona, son a menudo confundidas erróneamente por los que, en teoría, se dedican a la difusión de ambos temas. Estos mal llamados apóstoles de una o de otra doctrina, pretenden hacernos creer que una gran fábrica sólidamente construida, bien ventilada, con suficiente luz y llenando prácticamente todos los requisitos para que ha sido proyectada, merece el calificativo de bella con tanta justicia como la puede merecer un templo griego. Y, del mismo modo, hay devotos entusiastas de la cultura física que afirman que toda persona saludable puede ser considerada como bella.

Ciertamente que, según nos dice Emerson, "la belleza descansa en los cimientos de lo útil" y que una persona no puede ser completamente bella si no es sana, pero ésto no quiere decir que la belleza y la salud sean idénticas.

La belleza necesita el estímulo constante del cuidado material y hay muchas mujeres que, por dejadez o negligencia, se resignan a ser feas, o simplemente vulgares, del mismo modo que el inválido se resigna con su mal. Y esto es un grave error, porque el supremo deber de la mujer, como mu-

gusta a ofrecer unas cuantas poses, con las que ilustraremos este artículo.

En primer lugar, habremos de llamar la atención hacia el lavado de la cara, operación sencillísima al parecer, pero que casi todas las mujeres practican de modo muy distinto al que deben, dando la preferencia al lavado matinal, cuando en realidad el más importante es el que debe hacerse por la noche, antes de acostarse. La razón no puede ser más lógica: el rostro se halla expuesto al aire durante todo el día y el polvo de la calle, de las fábricas, de las tiendas o del teatro, va recogiéndose y acumulándose en la piel, llenando la cavidad de los miles de poros que tenemos en el rostro. Si la persona se satisface simplemente limpiándose la cara con el pañuelo o la toalla seca, — lavando en cambio las manos cuidadosamente, — antes de acostarse y dejando la verdadera limpieza para el siguiente día por la mañana, no debe extrañarse, después, de la aparición de barros, espinillas y tantas otras calamidades que arruinan el cutis.

La limpieza del rostro por la noche ha de hacerse o con un buen cold-cream, o con leche, en cualquiera de las dos formas siguientes:

Si se prefiere el cold-cream, se aplicará suavemente con las yemas de los dedos por todo el rostro y por el cuello, dejándolo puesto durante dos o tres minutos, para quitarlo después con una toalla o paño fino, que con toda seguridad saldrá completamente negro. Repítase la operación una segunda vez y, si es necesario, una tercera, hasta que el paño salga limpio, y póngase después una ligera capa de crema sin grasa, que se conservará durante la noche, si el cutis es muy seco, pues si es graso no hay necesidad de la crema durante la noche.

Si el lavado se hace con leche, deberá ser en la siguiente forma:

A medio litro de leche añádase una onza de una buena agua de colonia en la que previamente se habrá desleido un terroncito muy pequeño de alcancí, del

La belleza del rostro femenino no está completa sin la sombra obscura de las ojeras y los párpados. ESTHER RALSTON sombra sus ojos con delicadeza de experta.

de la Belleza

tamaño de un piñón, y otro análogo de azúcar cande. Consérvese esta mezcla en una botella en lugar fresco — si es posible, en la nevera — y lávese la cara con ella cuantas veces al día se desee, pero especialmente por la noche, antes de acostarse, repitiendo el lavado dos o tres veces, hasta que el paño salga limpio, como con cold-cream. La leche se conserva así indefinidamente y es muy raro que se corte, y el cutis obtiene un beneficio incalculable con este procedimiento.

Por la mañana, siguiendo las indicaciones de

Esther Ralston, envuélvase primero la cabeza en una toalla que se sujetá en la nuca con un imperdible; para evitar que el pelo tenga contacto con los cosméticos. En seguida, aplíquese sobre el rostro y sobre el cuello la crema de limpiar, extendiéndola su-

Los ojos vienen en último término y completan el make-up. ESTHER RALSTON. Después de pasarse una pomada oscura por las cejas, coloca el rímel en sus largas pestañas con un pequeño cepillito.



Después de limpiar el rostro y de aplicarse los polvos, ESTHER RALSTON se preocupa de hacer resaltar el delicioso atractivo de sus labios rojos.

vemente con las puntas de los dedos y quitándola, después de una par de minutos, con un pañito fino. Luego, puede pasarse por el rostro un tónico astringente, para quitar toda rastro de la crema, o simplemente un trocito de hielo envuelto en un paño limpio, no secándose en ninguno de estos dos casos, sino enjugándose con ligeros golpecitos sobre la piel que estimulan la circulación.

Viene después de esto el arreglo que pudiéramos llamar



ESTHER RALSTON, la linda artista de la Paramount comienza el proceso de su bellecimiento aplicándose la crema para limpiar el cutis.

artificial del rostro. En primer lugar está la aplicación de los polvos, que se pondrán primero en las dos mejillas, con la borla o mota, extendiéndolos después con la misma borla por el rostro y por el cuello, sin olvidar la frente y la nuca, y teniendo cuidado en seleccionar los polvos de acuerdo con el color del cutis de la persona.

EL

LEON

ENAMORADO

Amaba un león a una zagal hermosa:
Pidióla por esposa
A su padre, pastor, urbanamente.
El hombre temeroso más prudente,
Le respondió: "Señor, en mi conciencia,
Que la muchacha logra conveniencia;
Pero, la pobrecita acostumbrada
A no salir del prado y la majada,
Entre la mansa oveja y el cordero,
Recelará tal vez, que seas fiero.
No obstante, bien podremos, si consientes,
Cortar tus uñas y limpiar tus dientes,
Y así verá que tiene tu grandeza,
Cosas de magestad, no de fierza."

Cosas de magestad, no de fierza".
Y el buen hombre le dejó desarmado,
Da luego su silbido:
Llegan el Matalobos y Atrevido,
Perros de su cabaña; de esta suerte
Al indefenso león dieron la muerte.
Un cuarto apostaré a que en este instante
Dice, hablando el león, algún amante,
Que de la misma muerte haría gala,
Con tal que la diese la zagal.

Deja, Fabio, el amor, déjalo luego;
Más hablo en vano, porque siempre ciego.
No ves el desengaño,
Y así te entregas a tu propio daño.

ESTHER RALSTON, de Paramount, observa con atención la simetría de su hermoso cabello rubio en la nuca y sobre las orejas, una vez concluido su tocado.

jer, es el de ser tan bella como puedan hacerla, primero las reglas de la higiene y después el arte del tocador. Al hacerlo así, obedece al instinto de su sexo, definido por deseo divino en el simbólico instante de la creación, cuando la mujer fué destinada a ser "el objeto más hermoso del mundo".

La atención de la salud, en materia de régimen dietético, ejercicio, higiene y cultivo del espíritu y de la inteligencia, no nos interesa en este momento, en que nuestro propósito es el de dar a conocer a las lectoras los más elementales cuidados del rostro; para lo cual Esther Ralston, la artista, se ha prestado



Del último libro de Juana de Ibarbourou

"La Rosa

de los

Vientos"

Fruto del Trópico

Es un coco.

Tiene cáscara obscura y el exterior es áspero.
Mas, cuando la corteza se ha roto,
la carne, casta y firme, parece raso.

Cruzó el mar para mí. Un jadeante navío
me lo trajo del bravo Brasil deslumbrador.
Cuando hundo los dientes en su pulpa compacta,
me parece que bebo agua del Amazonas
y muerdo sol.

Todo el trópico de oro, de escarlata, de
añil,

le dió zumos vitales al materno palmar.
El ha visto la luna más grande de la tierra
y conoce la luz total.

Conoce las tremendas brasas del mediódia,
los crepúsculos lentos, las vivas madrugadas,
y el olor de las selvas que cabalga en el viento
para encender los sueños y las ansias.

Este día lluvioso, por él, para mí tiene
un íntimo resplandor solar.
Mordiendo su carne blanca y prieta
estoy en Pernambuco, en Río o en Pará.
Y esta juventud mía, quieta y reconcentrada,
por él se va loca, a viajar.

El ensueño la lleva de la mano
más allá del "río como mar".

¡Ay, luna nueva fresquita
como una hilacha del día
que en el cielo azul y claro
la tarde dejó perdida!

¡Ay, luna recién llegada
que en el fondo del aljibe
pareces una pestaña
caída en el agua triste!

Voy a pedirte una gracia...
(Dicen que es bueno pedirla
cuando la luna es así,
delgada y recién nacida).

Haz que ella crezca contigo
y que me alumbe la cara,
como tú, cuando semejas
una medalla dorada.

Luna fina de septiembre,
sobre el mar y sobre el campo:
sé cordial a mí dulzura
como lo fuliste a mí llanto.

La Noche

Ríos del atardecer,
ríos de música y silencio
por los que llega el navío de la última noche
todo empavesado de banderas azules
bajo el signo geométrico de las constelaciones.

Convergen hacia mí,
porque mi alma es una antena
que recoge todas las ondas de la emoción nocturna
I no son sólo los astros
los que despliegan para ellos
el chirípido de sus fuegos.
Desde lo alto de su atalaya,
mi alma sesga sobre los cauces sombríos
la garúa luminosa de su esperanza.

¿Cuándo me traerán al riflero invencible
que de un tiro certero derribe a mis pies
el juguete soñado
de las siete cabritas estelares?

¿Cuándo llegará el cazador
que matará a la Hidra
y cobrará para mí la pieza celeste del centauro

Ninguna amante de la tierra
sería capaz de darme
el brillante puro de Aldebarán,
ni el cintillo claro de las Tres Marías.

Hace daño mirarse
en los ríos morados de la noche.
El sol jucioso siempre ha de sorprendernos

con los labios febriles
y las manos vacías.

Durmamos.
No hay que sustraerse
a las matemáticas saludables de la luz plena.
La noche es arbitraria y es tóxica.
Sólo el día puede salvarnos.

El vendedor ambulante

En sus grandes zapatos carga polvo de todos
los caminos de América. Nuestro violento sol
tostó en su rostro ancho la blancura nativa
y puso como un selló el moreno color.

En el cajón que curva su dorso de gigante
lleva apresado el iris y la codicia plena
del indio, cuyos ojos retintos se encandilan
con la riqueza burda y alegre de las cuentas.

Se ha hecho amigo íntimo de albas y ocasos.
Conoce el sabor acre de las frutas selváticas
y de los labios duros de la mujer indígena,
fetichista, callada, cetrina, lenta, pálida.

Nunca tendrá una casa tibia como la mía,
y si le nace un hijo, quizás no sepa nada.
Trajo al mundo el destino viajador de los vientos:
hoy un pueblo; otro día, la montaña o la pampa.

Lo miro pasar llena de una emoción compleja.
Yo, la mujer que nunca ha dejado su casa,
la de ojos que jamás ven cambiar su horizonte,
no sé si lo que siento es envidia o es lástima.

Sobre sí, como dentro del cajón millonario,
¡Cuánta mirada atónita se llevará prendida!
Los seres que contemplan las cosas invisibles
creerán que arrastra un mazo multicolor de cintas.

(Continuación de la pág. 1)

NUESTRA MANERA DE VIVIR AYER Y HOY

gios superiores interrogados, prácticamente todos asistían a los címinos, sin ir acompañados en la mayoría de los casos, por otros miembros de sus propias familias.

En la fecha mencionada, en el caso del 61% de los niños y el 48% de las niñas, las fiestas en las casas particulares para entretenir a los niños eran ya muy poco frecuentes.

No es necesario discutir otras influencias que han tenido su parte en la transformación, tales como las del ascensor que ha hecho posible el rascacielos, eliminando, por lo menos en Estados Unidos, la casa, ya pasada de moda en un sólo edificio. El fonógrafo, el radio, han concluido con los antiguos métodos de expresión. El automóvil, aunque sus plenos efectos sociales, no han recibido todavía un estudio adecuado, ha multiplicado los cambios introducidos en el ambiente familiar hasta el noveno grado, si se le compara con la bicicleta.

Todos estos inventos han obrado directamente sobre los hábitos y las costumbres de la vieja vida de familia — de las noches de treinta años atrás — los que también han influido, pero en forma más sutil, sobre nuestras mentalidades.

La intranquilidad ha desplazado al reposo. Las características básicas de las noches de antaño eran el descanso, la estabilidad, las relaciones personales estrechas.

Exactamente al revés ocurre ahora.

La intranquilidad domina todo. Por ejemplo, el desgaste nervioso del padre ha aumentado inmensamente a medida que las exigencias de dinero para hacer frente a un standard de vida que aumenta sin cesar se hacen más apremiantes. Las condiciones variables de los negocios, la inseguridad de las inversiones y aún del trabajo, la imposibilidad de poder calcular los gastos, la fascinación de la bolsa, todo tiende a hacer del hombre un ser más nervioso y más inquieto.

Los antiguos medios de distracción han sido reemplazados por medios mecánicos de excitación que son siempre gratos a la juventud. Un muchacho o una muchacha, por ejemplo, que han hecho durante la tarde una excursión a sesen-

ta millas por hora, no es probable que se sientan atraídos después con una tranquila comida en familia. Si se transforma la tarde, se transforma también la noche.

Y así, puede argumentarse en este sentido, sin fin.

"Comer y correr", es la filosofía de la satisfacción física y de la inquietud sin objetivo. Lleva en sí las semillas de su propia destrucción. No puede satisfacernos permanentemente y de consiguiente no puede durar. Una vez que hayamos bebido hasta saciarnos de todas las nuevas cosas de nuestra era y cuando ya nada nos satisfaga, entonces desearemos de nuevo, irresistiblemente, por las cosas del pasado, por la tranquilidad, por el amor, por el sacrificio. Volveremos a nuestro hogar a cenar con la familia como en los viejos días.

La noche corona el día.

(Continuación)

EL RASTRO DEL PERFUME

ción, cuando se descubrió el robo; pero lo que no sabemos es si estaba usted, o no, cuando se cometió.

— ¿Es que usted sabe cuándo se cometió?

El inspector y unos agentes recién llegados, y que eran testigos del interrogatorio, cambiaban entre sí miradas significativas.

Tenían fe en el policía famoso, pero, a pesar de todo, les parecía que en aquella ocasión pisaba un terreno resbaladizo.

La desconocida no perdía su sangre fría, y si era culpable, seguramente abrigaba el convencimiento de que el detective no podría probar nada contra ella; que procedía más por instinto que por lógica.

El detective había presentido aquel robo. Cuando la dueña del pendiente dió la voz de alarma, él se había dado a conocer al director del hotel y le fué abierta en seguida la puerta de la habitación de la desconocida.

Lo registró todo minuciosamente. El hecho no había aún trascendido al público, y cuando llegó el inspector de Policía con los agentes, aun estaba solo en aquella habitación. El

(Continúa en la pág. 19)

EL BOLSO



Por
LOPEZ
NUÑEZ

Tenía sospechas de ella. Una voz secreta e íntima le decía que aquella mujer no le quería. En vano le juraba la mujer que era suyo su cariño; pero las dudas, los celos, la terrible incertidumbre de su alma no se disipaba con palabras ni juramentos.

Conviene advertir que aquella mujer era para el hombre su último y primer amor. Consagrado a ella vivía para quererla únicamente. Y no lo hacía con la irreflexión de los pocos años, sino con la serena y reflexiva conciencia de lo que hacía.

Era—o procuraba ser—bueno. A fuerza de inquietudes y complicaciones su alma se había hecho, en el mundo, más sencilla y más noble, y había llegado a comprender que la verdad, la mejor ver-

dad de nuestra vida, es la de no decir ninguna mentira inútil.

Y por eso no mentía, no mentía nunca. ¿Para qué mentir, después de todo, si la mentira, la relativa mentira de nuestro corazón y de nuestros labios es un arma que suele volverse contra nosotros cuando la empleamos? Era mejor para sí y para los que le rodeaban que él fuese veraz y procurara ser sincero.

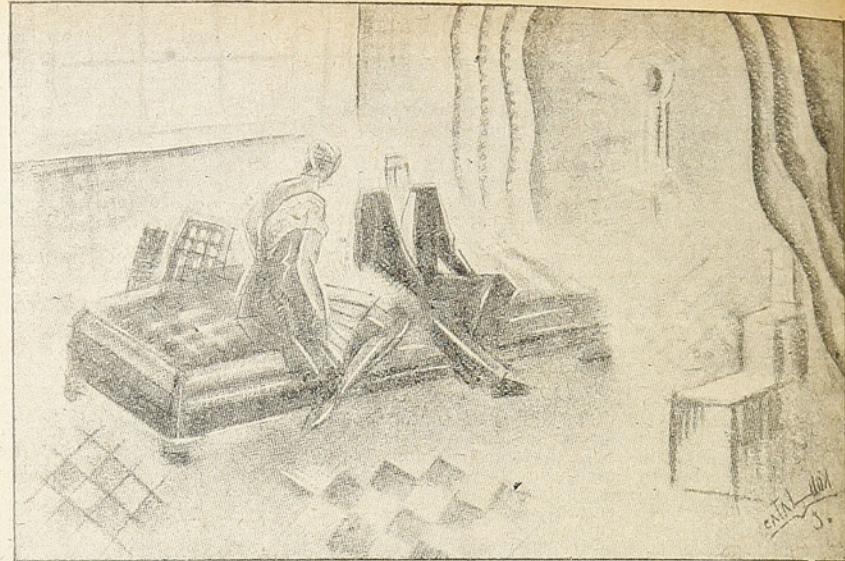
Y precisamente a esta idiosincrasia del hombre obedeció el primer choque — la primera sombra — que puso enfrente a aquellas dos almas tan diferentes y desiguales.

El hombre comprendió desde el primer instante que había entre ellos un abismo. Y como la quería se dedicó a borrarlo con toda su abnegación y todo su sacrificio. Todo el dolor del mundo le parecía poco para la empresa que deseaba llevar a cabo; empresa en la que no pensó nunca que podía estrellarse. Era un hombre: era un luchador. Acostumbrado a vivir en el mundo con su solo esfuerzo, y acostumbrado a vencer en la vida también por sí mismo y sin ayuda de nadie, creyó que vencería en aquella nueva lucha que iba a emprender y no tenía más objeto que la de ser el escultor de un alma que no le respondía.

Y porque no le respondía era tan rebeldé, tan indómita y tan extraña para el hombre que cuando quiso retroceder ya no tenía tiempo.

Era muy tarde, muy tarde. Si en las luchas del corazón no puede haber más que víctimas o verdugos, a él le correspondió el primer papel: el de víctima. Verdugo no quería serlo, no podía serlo tampoco. Toda su nobleza se rebelaba contra el solo pensamiento de torturar a nadie. Y así se dió el caso — el eterno caso — de que en el drama del mundo hubiera un hombre que libremente eligiera el dolor y el sufrimiento para ver si con ellos podía vencer la resistencia de un alma que le planteaba en el terreno sentimental la terrible lucha de sexos, a la que él no quería responder de manera alguna.

Y fué sumiso. Y fué débil. Y fué... co-



barde, siempre del modo consciente con que él procedía en la vida. Y sintiendo que aumentaban sus inquietudes, sus incertidumbres, sus celos, y sus sospechas, las devoraba en silencio con un heroísmo digno de mejor causa y hasta de mejor empleo.

Pero el mundo es así y la vida es así también y el hombre de nuestra historia era... lo que era. No creía en los vodeviles, ni en las tragedias grotescas del corazón y del sentimiento. Sólo creía en sí mismo cuando llegó el momento en que se sintió solo en el mundo, solo, cada vez más solo, sin tener adónde volver los angustiados ojos en busca de un consejo, de un consuelo o una alegría.

(Continúa en la pág. 80)

EL SOMBREO DE PAJA....

rejuvenece tanto al hombre como
a la mujer



Y a la mujer joven no le agrada salir acompañada de un hombre que aparenta viejo por el solo hecho de llevar sombrero de paño en verano.

¿Verdad Señora?

DEPILATORIO IDEAL KRAUSE

M. R.

SEÑORITA, extirpe de raíz ese vello que afea su gracia juvenil; use el rey de los depilatorios.

«EL DEPILATORIO IDEAL «KRAUSE», y lo adoptará para siempre. No irrita la piel, no deja huellas.

Pedirlo a Casilla 988; y a Bilbao, 257.

Se remite por encomienda postal contra reembolso. Se hacen demostraciones gratuitas a domicilio.

inspector quería, como primera medida, prohibir que nadie saliese del hotel, y el director aseguraba que aquello era su ruina; que sus clientes eran personas dignísimas, y que aquello parecía una sospecha, que habría de molestarles grandemente.

El detective acudió en su ayuda.

—No hace falta eso, señor inspector. Basta con prohibir la salida al ladrón.

—¿Sabe usted ya quién es?

—Sí.

—¿Tiene usted las pruebas?

—Las estoy buscando; pero es cosa breve.

Abrío el balcón y continuó en él su examen, después de lanzar una breve exclamación.

El inspector no pudo contener su curiosidad.

—¿Ha encontrado usted algo?

—Tal vez; un poquito de tierra.

—¿Y eso quiere decir...?

Luego se lo explicaré a usted todo. De momento sepa usted que la habitación contigua a ésta es la que ocupa la señora a quien le han robado la joya. Su balcón da, como éste, al jardín, y los dos están muy próximos y entre ellos hay un saliente que haría fácil el ir de uno a otro **aún para una mujer** con zapato de tacón alto, y más aún si se vale de alguna ayuda... Después, sepa usted que este balcón estaba abierto y el de la habitación contigua, también. Una usted a ello ésto.

—Esto, ¿qué es?

—Un bastón de los que se usan para alpinismo. La señora que ocupa esta habitación tiene en su equipaje muchos útiles de alpinismo; se dedica al deporte.

El inspector intentó coger el bastón, pero se lo impidió el detective.

—No lo toque; observe usted si tiene algo de particular.

—No ve usted unas señales de agua?

—En efecto.

—Son gotitas, salpicaduras de lluvia seguramente. Usted sabe que hace tiempo que no llueve. Esta noche, hace un par de horas, ha comenzado a llover. La dueña de este bastón no lo ha sacado hoy a la calle. Aparte de que sería absurdo, yo estaba en el **hall** del hotel cuando ella entró y no lo traía; hacia unos minutos que había comenzado la lluvia. ¿Qué deduce usted de ello? Sólo cabe una hipótesis; que este bastón se ha mojado porque lo han expuesto a la lluvia desde este balcón. Y ahora, vea usted.

El inspector y los agentes salieron al balcón. El detective extendió el brazo con el bastón, enganchando la cayada en la balaustrada del de la habitación contigua.

Después pasó el extremo por una de las columnas de aquel en que estaba asomado.

—¿Ve usted qué fácilmente se improvisa una barandilla para evitar una caída? Finalmente, mire usted. Aquí está una chapita con el nombre del comerciante. Este bastón ha sido comprado aquí y su dueña lleva en este hotel muchos días más de los necesarios para haberlo planeado todo; es decir, que este bastón lo ha comprado a la medida como ha comprado unas bandas alpinas, una boina y otras cosas para poderse defender.

—¡Es admirable! ¡Y cómo sospechó usted de esa señora?

El detective refirió en cuatro palabras cuánto el en **hall** del hotel había presenciado.

—Como ve usted, no había que ser muy listo para descubrirlo todo. Sólo me falta saber cómo ha hecho desaparecer la alhaja, si es que no la tiene encima.

El inspector dirigió una mirada al balcón.

—No, no piense usted que la arrojó por ahí. He inspeccionado del jardín. Fui a ver si esta tierra era igual y si había huellas de haber estado alguien al pie del balcón: la lluvia lo hubiera descubierto fácilmente. Pero no había ninguna señal. Pero, ¿no le parece a usted que será mejor preguntárselo a ella misma? ¿Quiere usted, señor director, enviarle un aviso discreto y dejarnos solos con ella?

La desconocida llegó pronto y tuvo un gesto de sorpresa, que si era estudiado lo estaba maravillosamente, al ver su habitación invadida por aquellos señores.

El policía no la dejó prepararse de la sorpresa, abrumándola con sus cargos. Ella se defendió sin perder la serenidad ante la ironía del detective.

—¿Quiere usted decirme para qué ha comprado este bastón?

—Voy a Suiza.

—¿Puede usted decirnos a qué?

—En viaje de novios. Espero casarme dentro de unos días.

—¿Con quién?

—Eso es asunto particular mío. Convengo en que he sido un poco misteriosa; pero le juro que mi misterio no tiene nada que ver con este robo.

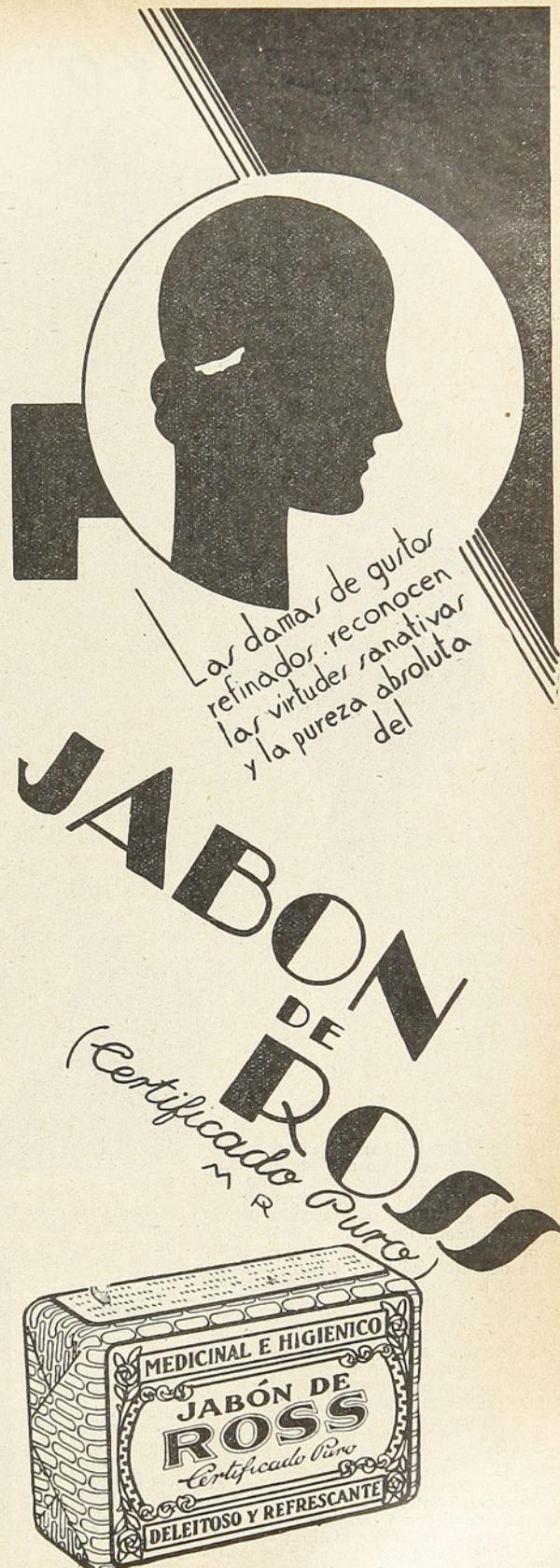
—¿Para qué ha salido usted al balcón esta noche, cuando subió a vestirse?

—Lo abrí porque hacía calor.

—¿Se viste usted con el balcón abierto?

—No he dicho que me vistiera. Lo abrí al llegar para refrescar un poco la atmósfera. Después lo cerré para vestirme. La doncella que ha estado conmigo todo el tiempo puede confirmarlo.

(Continúa en la pág. 21)



The Sydney Ross Co. — Newark, N. J.

Encuentro Angustioso



Es imposible contar las emociones que he llegado a tener en mi vida con motivo de las empresas llevadas a cabo. Durante veinte años he desempeñado el cargo de agente de policía, ya a pie, ya en motocicleta. En cierta ocasión se me comisionó para descubrir un importante robo de automóviles y luego para perseguir el tráfico de estupefacientes en los Estados Unidos. Durante la guerra fui incluso profesor de aviación. Pero la emoción más intensa y a la vez el susto mayor de mi vida lo sentí, cuando el roce de una navaja sobre el suavizador de cuero me reveló el nombre de un individuo a quien fundamentalmente podía temer en aquel momento.

En 1915 eran tan frecuentes los robos de automóviles, que a casi todos los policías libres de servicio se nos encargó perseguir cuadrillas de ladrones. Como generalmente trabajábamos por parejas, se me asignó como compañero a Adolfo Levy, que tenía la maravillosa cualidad de obtener datos cuando todos los demás habían fracasado en el empeño.

Semanas enteras nos pasamos investigando un caso determinado. Después de hacer un registro en los barrios bajos de la ciudad, estábamos tan desalentados, que teníamos la intención de desistir de nuestra empresa. Mas Levy tuvo providencialmente una confidencia que le ofreció una nueva pista. Gracias a ella conseguimos prender a algunos

ladrones, cuya edad oscilaba entre diecinueve y veintitrés años. Ya en nuestras manos, se declararon convictos y confesos, a excepción de uno llamado Luis Harding, jefe de una cuadrilla, no obstante su corta edad, escasamente veintiún años.

(Continúa en la pág. 70).

¡No sufra!
Una cucharadita de la famosa
**LECHE DE MAGNESIA
DE PHILLIPS**
basta para aliviarlo de la indigestión,
la biliosidad y la acidez del estómago.

Recetada por los médicos
desde hace más de 50 años

Leche de Magnesia.—M. R.—A base de hidróxido de Magnesia.

LA RESPUESTA

—¡No me casaré! — dijo Emilia secamente.

El señor Parenteau tenía en la mano la carta de la señora de Gambernet, que pedía la mano de Emilia para su hijo Enrique.

* * *

Los dos jóvenes se habían conocido desde niños, y todos los años se encontraban en Luc-sur-mer, en donde los Parenteau y los Gambernet pasaban los veranos. Los Gambernet vivían en Chartres, donde el hijo ayudaba a su padre en la dirección de una gran fábrica de muebles. Los Parenteau vivían en Pau, donde el Sr. Parenteau estaba al frente de una sociedad de seguros.

Fortunas saneadas, buenas relaciones, estimación reciproca; nada parecía oponerse a un matrimonio que todo el mundo preveía desde hace tiempo.

El señor Parenteau miró a su hija con asombro.

—Pero qué te ocurre? ¿Qué tienes que decir de Enrique Gambernet?

—Nada, que no lo amo. Además no me casaré.

El señor Parenteau dobló la carta cuidadosamente y la entregó a su mujer.

—Está bien. Si ese matrimonio, que tu madre y yo veríamos de tan buena gana, crees que no te haría feliz, no queremos obligarte. Lo malo es que tenemos que contestar a esa carta.

—Eso es lo de menos — dijo la señora de Parenteau.

—Les dirás...

—¿Yo? Tú eres la que tienes que contestar.

—¿Y qué quieras que conteste yo?

—Les dirás que Emilia profesa gran afecto a Enrique, pero... En fin, arréglatelas como quieras.

—No discutáis más — interrumpió Emilia. — Yo escribiré a Enrique.

—Es lo mejor. Así le expondrás las razones que no quieras decir a nosotros.

Emilia empezó a escribir: "Querido Enrique... Y se detuvo.



—¿Qué iba a decirle? ¿Qué razones la obligaban ahora a rechazar una unión que hubiera sido tan de su agrado a principios de verano?

Nada tenía que reprochar a Enrique. ¿Qué culpa tenía el pobre muchacho, tan delicado, tan serio, de que ella se hubiera enamorado del tambor de Lormoy. Había prometido volver a verla en París.

Juan Alberto Lormoy, elegante, distinguido, buenmozo, llamaba la atención de todas las muchachas y de las madres de niñas casaderas.

Se dedicaba a la Bolsa. Hablaba con indiferencia de sus ganancias y pérdidas. Pasaba rápido en su automóvil...

Emilia no había vuelto a hablar a sus padres de Lormoy desde que un día oyó decir al señor Parenteau:

—Es un sujeto de cuidado. No quisiera yo ser su sastre ni su camisero.

La señora de Parenteau — mujer al fin — había contestado:

—En la Bolsa se gana mucho.

—Y era por Lormoy por

quien Emilia rechazaba a su camarada, el más fiel, el más seguro!

—¿Qué iba a decirle?

Maquinalmente cogió un periódico, lo abrió y leyó:

—En un bar de Montmartre ha sido detenido un joven J. A. L., autor de una estafa de cien mil francos.

No dudó un momento que el detenido fuera Juan Alberto.

Lanzó un gemido doloroso, como si hubiera recibido un fuerte golpe en el pecho.

Hubiera querido no llorar; pero una lágrima cayó sobre el papel, precisamente donde había escrito "Mi querido Enrique". Rompió el pliego, dejó el periódico sobre la mesa y secó sus lágrimas.

—Mi querido Enrique: Ven mañana. Te espero. No quiero escribirte más. Ven.

—¿Qué? — preguntó el señor Parenteau.

—He contestado. Le he dicho que venga mañana (un sollozo contenido)... Me caso con él.

Por la noche, la señora de Parenteau decía a su marido:

—Creo que el matrimonio le sentará bien, porque me parece que nuestra hija no está en estos momentos muy en su juicio.

ROBERT DIEUDONNE



Así me gusta mi "KUFFEKE"

Exija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
del mundo

Cuatro o cinco días después, cuando el detective abrió los periódicos de la mañana, no pudo reprimir un grito ante unos grandes titulares que decían así:

"Se encuentra un **pendentif** robado hace unos días en el hotel X. — Un fracaso de nuestro gran detective".

Sin leer más se encaminó a toda prisa a la Inspección de Policía.

El inspector esperaba sin duda su llegada.

—¡Tranquílcese usted! ¡No todos han de ser triunfos!

Aquella mujer era inocente.

—Pero, ¿cómo lo ha averiguado usted?

—Yo, no; fué uno de mis agentes, y la pista se la dió Ud.

—¿Yo?

—Sí; su famoso perfume. Al cruzar por una de las galerías del hotel, le pareció que una doncella que pasaba oía de un modo parecido; pero el muy tunante se lo calló para ganarse solito la gloria. La espió, y aquí tiene usted el resultado: el **pendentif** en poder de su dueña, la doncella en la cárcel y la otra creo que se casa mañana y se va de verdad hacia Suiza con su famoso perrito, que contra lo que ella creía, el primer día le dió un disgusto de los que no se olvidan.

El detective callaba pensativo.

—Aún duda usted?

—Es una sola cosa la que me hace dudar. Aquel perfume es muy caro para una doncella.

El inspector soltó una carcajada.

—Es que hay más, amigo mío. Es que la doncella le robaba el perfume a la señora del perrito...

RAFAEL DE MORALES.

(Continuación de la pág. 7)

L A S T R E S D E L A M A D R U G A D A

—¡Cuidado con sus palabras!—exclamó Derwent.

—Ya sabe usted, caballero, que no soy capaz de eso—contestó Maggie friamente—. He venido por las cartas de mi hermana.

Sir Edmundo quedó sobrecogido por unos instantes, pero en seguida se repuso y dijo pausadamente:

—No creo que en sus declaraciones ante la policía mezcle el nombre de su hermana. Sería mancharlo con un escándalo. Mejor será que pase como una ladrona vulgar, cosa que tal vez sea.

Derwent iba a replicar coléricamente, pero la joven le contuvo con una mirada de súplica. En seguida, dirigiéndose al dueño de la casa, Maggie respondió con calma:

—Supongo que ahora querrá usted llamar a la policía, sir Edmundo.

—¿Y por qué no? Todo lo que había en esa caja era de mi propiedad. Las cartas son propiedad del que las recibe. Y usted no dejará esta habitación hasta que yo esté convencido de que no se lleva nada de mi pertenencia. Escoja usted: o la registro yo o la registra la policía.

Hubo una ligera pausa que Maggie quebrantó diciéndole al ex secretario particular:

—Permítame contarte, Derwent, una breve historia. Hace dos años mi hermana Linda, que acababa de cumplir los diez y ocho, estaba con una familia amiga en un hotel veraniego. Allí conocíó a este hombre, al que equivocadamente creyó un caballero. Sir Edmundo le hizo la corte asiduamente y mi hermana acabó por enamorarse de él. Ultimamente, Linda le escribió una carta en la que, a instancias suyas, le prometía una entrevista a solas en una posada. En el último momento mi hermana percatóse de la gravedad del paso que iba a dar y no cumplió la promesa, pero este maduro señor no ha querido devolverle la carta. Más aún; sabedor de que Linda va a casarse con un joven bueno y digno, la ha amenazado con entregarle a éste todas sus cartas si ella no se aviene a cumplir la loca promesa de tener una entrevista a solas con él.

—Y cumpliré mi amenaza!

La joven volvió a contener a Derwent con la mirada.

—Mi hermana—continuó Maggie—no se atreve a contarte a su novio lo sucedido porque, aunque es un excelente muchacho, tiene el defecto de ser sumamente celoso. Tampoco hemos osado contártelo a nuestro padre, por temor a que mate a este mal caballero... Y después de muchas deliberaciones yo me ofrecí a entrar en la casa en clase de camarera, en busca de una ocasión propicia para apoderarme de las cartas. Ahora ya sabe usted, Derwent, por qué estoy en esta casa y por qué se me ha encontrado a las tres de la mañana al lado de la caja abierta. He podido observar que este hombre es muy ordenado y que tiene las cartas en paquetitos. ¿Quiere usted buscar en la caja las cartas de mi hermana? Son once y están escritas en papel azul.

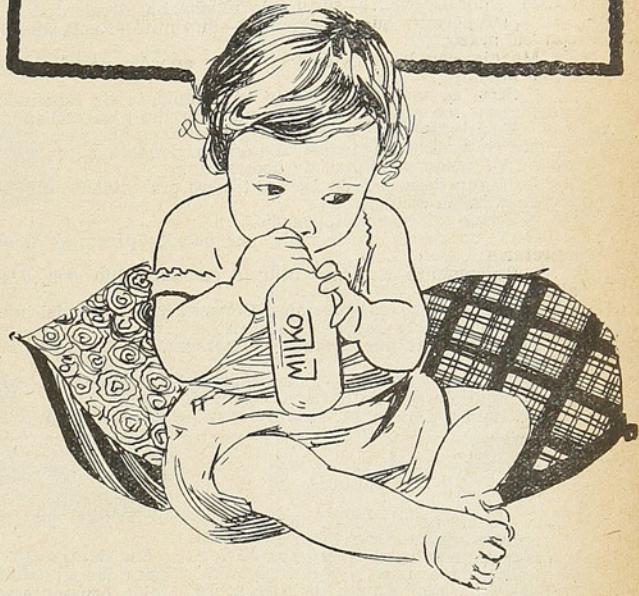
—Con mucho gusto, señorita Fairweather.

Sir Edmundo, que había escuchado el anterior relato con afectada indiferencia, exclamó en aquel momento empuñando la pistola:

(Continúa en la pág. 24)

Está a su Alcance...

MILKO
M.R.



La mejor leche desecada, conserva intactas las vitaminas y es tan fresca como la leche de vaca recién ordeñada.

Recomendada especialmente en los casos de insuficiencia de la leche materna.

Fabricada por la
COMPÀNIA AGRICOLA SAN VICENTE
Los Andes

En venta en todas las Boticas y Droguerías

Precio: \$ 4.80 el tarro en las provincias de
Santiago y Aconcagua.

A base de leche desecada

—¡Si pone la mano en la caja lo mato como a un perro!

—No me asusta con sus bravatas—dijo el joven, pálido de ira—, y si no le devuelves las cartas a la señorita Fairweather seré yo el que las busqué en la caja.

—¡Oh, no! No demos escándalo—suplicó Maggie, dirigiéndose a Derwent. —¡No quiero que el nombre de mi hermana corra de boca en boca!

—¿Qué hacemos, entonces, señorita Fairweather?

La joven no respondió.

Parecía haberse operado un cambio en ella. La energía comenzaba a abandonarla; quiso dar un paso adelante y hubo de sentarse, desfallecida, en una silla. Derwent corrió a su lado.

—¡Está usted desfallecida, y no me extraña!—le dijo tiernamente.

—¡No puedo más, no puedo más!—¡Mi valor ha desaparecido, señor Derwent!—suspiró la muchacha, desalentada.

—¿Me permite que la sostenga?—murmuró él enlazándola con su brazo.

Maggie, con los ojos casi cerrados, apoyóse pesadamente en su defensor.

—¡Esto es encantador!—dijo burlonamente sir Edmundo, sacando de una pitillera de plata un cigarrillo y encendiéndolo. —Y parecían dos mosquitas muertas! Creo que ya es hora de que se marchen ustedes—añadió dirigiéndose a los jóvenes. —Yo tengo ya ganas de acostarme.

La joven desasióse de Derwent, pero era evidente que su fortaleza había cedido.

—Yo me iré en cuanto pueda.

—¿Y no puedo hacer nada por usted?—preguntó el ex secretario.

—Unicamente dejarme utilizar su taxi—dijo con desaliento.

—Venga, entonces—murmuró Derwent tomándola del brazo y conduciéndola hacia la puerta.

Pero al pasar por delante de la mesa, sir Edmundo les cerró el paso.

—¡Quietos!—exclamó. La señorita Fairweather no saldrá de aquí sin que yo la haya registrado.

No habría pasado por ello, Derwent, si la joven no le hu-

biese suplicado que se retirase unos pasos y dejara que sir Edmundo realizase su propósito.

Aunque de mala gana, el ex secretario obedeció y desde la puerta pudo ver cómo Maggie era registrada desde los hombres a las rodillas.

—Ya puede usted marcharse—le dijo sir Edmundo a la muchacha—, y asegúrela a su hermana que su novio recibirá las cartas. Yo cumple lo que prometo.

Maggie se acercó a Derwent.

—Vámonos—le dijo con voz tan débil que parecía un susurro.

El taxi esperaba a la puerta.

Maggie dió la dirección de su casa y Derwent, que conocía bien la ciudad, supo, asombrado, que la joven era hija de Fairweather, el magnate de la Banca.

—Mi hermana me espera. Hablé con ella por teléfono cuando me apoderé de las llaves—dijo Maggie.

Y después quedó silenciosa, aunque parecía haber recobrado la energía perdida. El joven no sabía qué decir. Por último ella quebrantó el silencio.

—Nunca te agradeceré en todo su valor el favor que me ha hecho.

—No tiene que agradecerme nada... Por desgracia no he podido serle útil.

—¿Cómo que no? Métase la mano en el bolsillo izquierdo de la americana.

Derwent obedeció y sacó del bolsillo un paquetito de sobres azules.

—Cuando sir Edmundo me sorprendió, yo acababa de escondérme en la media, —dijo la joven sonriendo; pero sin usted no habría podido sacarlo de la habitación. Cuando fingí el desfallecimiento y usted se me acercó para sostenerme, le metí las cartas en el bolsillo.

—¡Maggie, Maggie! ¡Es usted maravillosa!... ¡Oh! Perdóname que la haya llamado tan familiarmente, señorita Fairweather.

—Puede seguir llamándome así—dijo la joven dulcemente. Y su mirada se posó en la de Derwent, haciendo entrever insospechadas felicidades.

J. J. BELL.

Las Ideas Nuevas

LAS TRANSFORMACIONES

Las damas aprecian en la moda presentes las transformaciones que ella permite constantemente.

Una hábil combinación le comunica ciertos aspectos, tan seductores como otros.

Con las capitas se compone toda suerte de sorpresas, entre las que la más divertida consiste, indudablemente, en el abrigo, para los hombres, transformado en un abrir y cerrar de ojos en la túnica de una falda o el delantalito de otra, solamente prendiéndolo

alrededor de la cintura en lugar de colocarlo en el cuello.

Con la falda «pañó», superpuesta y cerrada, pueden llevarse a un tiempo dos trajes: un sobrio traje sastre, matinal o para viaje, y un vistoso vestido de tarde, estampado o liso, complicado o sencillo. Todo depende de la voluntad.

Finalmente, existe la blusa combinación-pantalón, que se presta admirablemente para deportes, y que usada con una falda cualquiera se convierte en correcto «tailleur». Es, si se desea, la indumentaria ideal para jugar al tennis «a la americana».

UN AROMA

de pureza perfecta y exquisita es la característica de los productos

KALODERMA

Conocidos desde muchos años en todos los países del mundo gozan, entre los preparados para el cuidado y la belleza del cuerpo, de una particular reputación entre las personas que prefieren una calidad excelente a los caprichos pasajeros de la moda.



F. WOLFF & SOHN
KARLSRUHE / ALEMANIA



RECETAS PARA COCINA

Polvorones. — Entran en juego, para ajustarse a los cánones, 400 gramos de azúcar pasada por tamiz, 800 gramos de harina flor, 400 gramos de grasa de cerdo. Con estos elementos, y luego de limpia la mesa y espolvoreada con harina, se mezcla y se amasa todo ello. Bien hecha la casa, se forma con ella un cilindro que se irá cortando en porciones iguales. Se colocan sobre placas untadas y forradas de papel, y pasan a horno fuerte.

Guiso de repollos. — Los repollos se lavan, se cortan, se ponen en una cacerola con un poco de grasa de pato o de ganso y se doran revolviéndolos de cuando en cuando con una cuchara de palo. Después se pasan a una marmita pequeña y se agrega un muslo de pato o en su defecto un pedazo de jamón o de tocino magro se mojan con caldo sin salar y se cuecen lentamente. Cuando los repollos están cocidos se preparan una o dos buenas rebanadas de pan de una pulgada de ancho, que a su vez se cortan de través y al sesgo. Póngase en una cazuella capas alternadas del pan y del repollo, de modo que la última capa sea de éste. Mójese con un poco de grasa y caldo y déjese un rato a fuego moderado.

Huevos a la moda de Niza. — En una sartén grande se calienta una cucharada de aceite bueno de oliva, se agregan 6 rebanadas finitas de hongos secos, 6 aceitunas cortadas y se doran durante 5 minutos, revolviendo lentamente. Luego se añaden 2 tomates pelados y machacados. Se sazona con media cucharadita de sal, un poco de pimienta y azúcar, y se cuecen durante otros 5 minutos. Echese adentro una docena de huevos sazonados igualmente con media cucharadita de sal y un poquito de pimienta blanca y luego colóquese en el horno durante 6 minutos. Después pásese con cuidado a una fuente caliente. Espolvóreese con perejil picado muy fino y sírvase en seguida.

Lechón asado. — El lechón puede asarse al horno o al asador. En ambos casos se escala y limpia prolíjamente y se deja orear colgado al aire. Para asarlo al horno se frota con sal y pimienta y se arregla en una asadera. En el interior del cuerpo se coloca un trozo de manteca amasada con un puñado de perejil y cebollitas picadas. En cuanto el lechón comienza a cocer, se le rocia con aceite a fin de que la piel adquiera buen color y se ponga crocante. Como es imposible impedir las grietas irregulares que se forman en la piel del lechón mientras se cuece, se aconseja de cortarla con regularidad de trecho en trecho antes de ponerlo a asar. Cuando se asa al asador se rociará continuamente con salmuera mezclada en una botella con aceite y ajos.

Lengua a la marinera. — Se cuece una lengua de vaca, se pela bien y se corta en ruedas. El caldo en que se coció, se cuela y se desgrasa y se echa en una cacerola junto con las ruedas cortadas. Se agregan 2 vasos de vino tinto cebollitas fritas en manteca, setas y un trozo de manteca fresca amasada con un poco de harina tostada. Se deja reducir la salsa y se sirve con lonjas de pan tostado.

Lenguado a la dominicana. — Se cortan filetes de lenguado, se sazonan bien y encima se extiende una capa de relleno de albóndiguitas que contenga manteca de cangrejos. Se saltan con manteca en la sartén. Despúes se ponen con papel enmantecado y se prensan. Se pasan por pan rallado y huevo y se

asan a la parrilla. Sírvanse con salsa tartara.

Corvina frita con salsa de maní. — Se corta la corvina en trozos de igual tamaño, se sal, se pasa por harina y se frie. Cuando los trozos están dorados, se colocan en una fuente y se agrega la salsa siguiente: se muele maní tostado y se le echa una taza de leche con la cual se han disuelto dos cucharadas de harina de trigo. Al servir se puede añadir jugo de limón.

Crema de ciruelas. — Medio kilo de ciruelas (sin carozo), 250 gramos de azúcar y 1 taza de agua se cuecen durante 15 minutos. Se pasa por el tamiz,

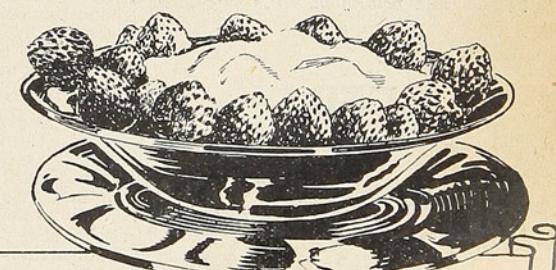
y cuando está frío se agrega media taza de crema chantilly y la clara de un huevo. Se vierte en un molde previamente humedecido con agua fría y se pone en el hielo durante 2 horas. Se sirve volcado en una fuente con compota de ciruelas alrededor.

Croquetas de crema. — Con leche y harina se hace una crema muy espesa que se deja enfriar. Se toman cucharadas de la crema y se envuelven con el pan rallado y después con la clara de huevo, y se frien en manteca. La crema puede sazonarse al paladar con sal y pimienta.

Su postre favorito...

Frutillas y "CREMORA", leche pura de vacas, esterilizada y concentrada con toda su gordura a la consistencia de la crema.

Reemplaza ventajosamente a la leche natural para todos los usos domésticos. Es un alimento ideal para todos y es indispensable para los NIÑOS Y ENFERMOS. Da un sabor delicioso al té, café, chocolate y puede emplearse con provecho para pasteles, tortas, helados, etc., y como crema para postres.



Fabricada en Graneros (Chile) por

W E I R, S C O T T & C I A.



EL GRAN DÍA...

...día de innenarrable felicidad para la joven que ve colmadas sus aspiraciones. Es ese un día de infinitas pequeñas y grandes preocupaciones, y, entre éstas, no menor es la que se refiere al natural deseo de presentar a los ojos del novio un rostro de cutis perfectamente inmaculado, libre de manchas, barrillos, ronchas y demás defectos.

La belleza general de la persona puede ser de muy diversos tipos, pero el cutis puede ser bello sólo a condición de ser perfecto, y esto se lo consigue solamente sobre la base de un esmerado cuidado de la piel. Impónese la más rigurosa higiene. Los poros cutáneos no deben ser nunca obstruidos por cremas, polvos y coloretes nocivos. Hay que eliminar todas las partículas muertas de la piel exterior, para que a la superficie venga a aflorar el nuevo cutis que toda mujer, a toda edad, posee inmediatamente debajo de la tez vieja. La ciencia contemporánea conoce una sola substancia capaz de estos resultados y esa substancia

es la

CERA MERCOLIZADA

En todas las farmacias
de todo el mundo.

M. R.

Espinacas a la princesa. — Se baten 2 cucharadas grandes de manteca con 2 de harina y una de jugo de limón y se agrega una taza grande de espinacas cocidas picadas finas y sazonadas con sal y pimienta. Se enmantecan moldeitos como quimberas grandes y se ponen en «baño de María» en el horno en una asadera con agua. Se sirven con zanahorias cocidas cortadas redondas que se ponen sobre las espinacas y con una salsa blanca a la que se agregará una o dos yemas.

Espárragos a la milanesa. — Se salchan los espárragos. Cuando están blancos se escurren y se colocan en una fuente con las puntas hacia el medio; se les pone pimienta, nuez moscada, queso rallado y manteca frita.

Filetes de pescado a la catalana. — Friéñase en manteca los filetes asados y polvoreados con harina; colóquense sobre berenjenas cocidas y cortadas por la mitad y agréguese una salsa compuesta de vino blanco, cebolla picada, manteca, tomates, hierbas, papas cortadas finas y póngase a cocer al horno.

Flan de naranjas. — $\frac{1}{4}$ litro de jugo de naranjas dulces, 450 gramos de azúcar, 12 yemas y una clara. Se mezcla el azúcar con el jugo de naranja y se cuece un poco hasta obtener almíbar clarito, luego se cuela y se deja enfriar. Se baten las yemas y cuando están crecidas se les añade la clara batida a nieve mezclándola bien con el almíbar frío. Se vierte en un molde bañado de azúcar quemada y se cuece en «baño de María».

Gallina ajerezada. — Se mecha con tocino salpimentado la pechuga de una gallina. Se pone en una cazuola con 2 lonjas de tocino, 2 de ternera magra, 2 de jamón, 2 cebollas, 2 zanahorias, laurel, tomillo, sal y pimienta. Se agrega una taza de caldo y un vaso de vino de Jerez. Se tapa bien y se hace cocer a fuego lento durante 1 hora. Terminada la cocción se saca la gallina, se cuela el caldo, se reduce y se espesa con una requemada de harina y manteca a la que se agrega otro vaso de Jerez. Se sirve con esta salsa.

Huevos empanados. — Se cortan rebanadas de pan para «sandwiches» de 2 centímetros de espesor. Con una copa se marca en cada una un redondel de un centímetro de hondo, se vacía la migaja señalada y quedará un hueco que se alisa humedeciendo un poco el pan con agua. En una sartén con aceite o manteca caliente se echan las rebanadas con la parte vaciada hacia arriba y en cada hueco se pone un huevo. Se frien rociándolos con la manteca hasta que el pan se dore.

Humita con leche. — Se rallan 18 choclos tiernos. En una cacerola se frien en grasa 4 tomates, 1 aji, pimienta, pimentón, azúcar al paladar y sal; cuando está frito se le echa el choclo rallado conjuntamente con un vaso de leche y se cuece a fuego lento revolviendo continuamente hasta que se sirve. Si se seca puede agregársele un poco más de leche.

Liebre a la casera. — Se corta la liebre en pedazos, se pesa y por cada 500 gramos se añaden 6 gramos de sal, especias y 60 gramos de tocino. De éste se cortan tiritas con que se mechan los trozos de la liebre, y el resto se corta en cuadritos; colóquese todo mezclado en

una fuente honda, agréguese un vaso de vino y un poco de zanahoria, mézclense bien todo y póngase a cocer en una olla de barro, en la que se haya echado antes una cucharada de manteca de cerdo. Debe cocerse a fuego lento; tape la olla con un papel grueso para que no se escape el vapor; cuando la liebre empiece a cocer, revuélvase y después échese en ella la sangre, y llíase bien.

Carne enrollada. — Ingredientes: Medio kilo de filetes de carne o ternera iguales de tamaño, cien gramos de jamón, cien gramos de tocino, un pimiento encarnado, unos cogollitos de lechuga, manteca de cerdo o aceite a discreción, harina. Se macean los filetes, dejándolos muy finos. Se cortan del mismo tamaño unas tiras de jamón y tocino se colocan en los filetes y se enrollan atándolos con un bramante. Se envuelven en harina y se frien a fuego moderado hasta que tomen color dorado. En la misma grasa se fríe la cebolla, el pimiento encarnado y se echa en una tartera todo reunido. Se añaden unos cacillos de caldo y se deja que cuece por espacio de una hora. Se saca la carne y se pasa la salsa por un colador. Si no queda bastante espesa, se echa una cucharada de harina tostada. Puede adornarse con pan frito.

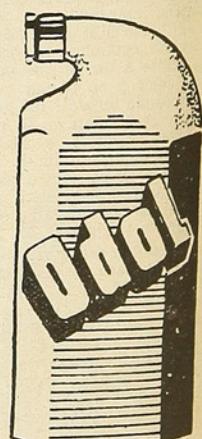
Sirokflay. — Ingredientes: Cuatro huevos, 50 gramos de pan rallado, 25 de pasta de almendra, un vaso de almíbar en punto. Se batirán los huevos clara y yema; se añade el pan rallado, la pasta de almendra y, por último, el almíbar. En un molde liso untado con manteca de vaca se echa la pasta, se mete en el horno al baño de María por espacio de una hora escasa. Se cubre con una mermelada de albaricoque, fresa o grosella.

UD.
EVITA
FUTURAS
RECRIMI-
NACIONES

si acostumbra
a sus hijos a
tiempo a la higiene
bucal
diaria con

O D O L
El fuerte poder bactericida de ODOL evita la carie y da a los niños un aliento sano y perfumado.

ODOL significa para el niño buena salud y alegría.



Base: Orthoxybenzalcohol.

M. R.

EL LABORATORIO MODERNO AL SERVICIO DE LA BELLEZA

Mil millones de dólares se invierten anualmente en los Estados Unidos en artículos destinados al tocador de las damas; perfumes, pomadas, tratamientos especiales y otras modalidades de la farmacopea moderna absorben la enorme cifra. ¿Cómo puede llegarse a semejante dispendo?

La North American Newspaper Alliance solicitó de Miss Jane Dixon notable periodista y distinguida escritora, que efectuara un reportaje en la Babel neoyorkina. El lector encontrará a continuación el resultado ofrecido por la original misión encomendada a Miss Dixon.

Cifras recopiladas por los organismos oficiales, nos dicen que las mujeres de este país gastan mil millones de dólares anuales en embellecerse y conservar la hermosura.

No obstante la magnitud de la suma, comprendo que existe una base para ello: un fundamento muy siglo XX. Lo complejo de la vida moderna, sus exigencias, el ritmo agitado en que se desenvuelven nuestras existencias, obligan más y más a que nos olvidemos de lucir la cualidades estéticas de que estamos dotadas, a la par que tratamos de mantenerlas todo el tiempo que sea posible. Tengamos presente que la atracción máxima femenina depende del grado de hermosura que brindemos al hombre, nuestro compañero.

Claro está que hay muchos que atribuyen esos millones a fines vanidosos; inspirados por el afán de ostentación. Hay parte de verdad en ello, pero si también hemos de convenir que la muchacha soltera, la esposa, la novia, etc., deben aparecer siempre con los atractivos propios de su juventud. Y no digamos de las damas cuya edad ha sobrepasado los treinta.

Incio, pues, mi excursión, por la Quinta Avenida, sitial máximo donde celebran sus ritos complicados los que son maestros en convertir la anclanidad en juventud y en belleza la fealdad.

La primera visita es a las oficinas de un notable especialista de la calle 57, quien, a juzgar por los comentarios que he escuchado, es una especie de mago ginebrino en pleno siglo XX.

Dícese—y se asegura también—que ese malabarista del tiempo ha encontrado la fórmula ideal para determinado líquido, el cual, aplicado convenientemente en la faz de la candidata a Venus, significa la desaparición total de las imperfecciones de la piel: arrugas, manchas y demás tormentos del espejo. Desde luego no interviene para nada el estilete ni materia alguna que sea corrosiva.

Se me permite ver una de las maravillas. Trátase de rejuvenecer el rostro de una artista de Broadway, cuyos éxitos datan de la época en que el «villano» llevaba grandes mostachos y la luna iluminaba desafíos.

El resultado es decisivo y deja espacio para los elogios que deseé el lector. La mitad de la cara de la actriz daba la sensación de un cutis que no ha rebasado los treinta; el resto justificaba las seis décadas con que cuenta la señora.

Pregunto el precio del tratamiento: \$ 500 por una cara nueva y \$ 1.000 por todo el cuerpo. Y tengo más clientes de los que puedo atender, me dice el doctor en belleza. No se empiezan a ver ahora los mil millones de dólares?

Hablo con la encargada de una lujosa tienda, en plena Quinta Avenida, donde se despachan las pomadas y los cosméticos más costosos del mercado.

—No prestamos atención al valor de los productos—explica la elegante dependiente—y las materias de que se componen son todas de primerísima clase. Hemos venido a la deducción de que las señoras no miran el precio, si la calidad rinde los resultados que ellas esperan. Vea, por ejemplo, este jarrito...

Aguzo el oído. Espero escuchar otro precio fantástico... \$ 18. Casi respiro de satisfacción, aunque las proporciones del frasquito son lo suficientes para que se necesiten bastantes de ellos una vez en plan de rebellecimiento.

—La receta de esa pomada—expone mi interlocutora—está integrada por tres elementos que llenan los requisitos de otros tantos productos destinados a limpiar los poros, nutrir los tejidos de la piel y empolvárla la misma. Esto hace que las damas no tengan que usar varios cosméticos al día, cuando en éste se hallan concentradas todas las virtudes de los demás.

La máscara de plata es otra de las últimas invenciones, si hemos de creer a los especialistas que dirigen el establecimiento que ahora visito.

Es como he dicho, una máscara de plata que se moldea de acuerdo con la fisonomía de la persona que la ha de usar.

El peculiar implemento se aplica al rostro del «paciente»; el operador pone en contacto la corriente rejuvenecedora de que hablan los expertos y lo demás es cuestión de minutos. ¡Ah! La máscara vale \$ 300.



EL SECRETO DE LAS MUJERES ESBELTAS

Para adelgazar, las *Tabletas*

“KISSINGA”

MANTIENEN UNA SILUETA FINA Y ELEGANTE. Reducen la obesidad sin efectos perjudiciales sobre el corazón.

Para evitar el estreñimiento, que es una de las principales causas de la acumulación de grasas, tome usted las

PILDORAS LAXANTES

“KISSINGA”

Son el laxativo más agradable y más seguro. Evite usted siempre el estreñimiento, que acarrea tantos trastornos y avenjata prematuramente. Tome usted las Pildoras laxantes KISSINGA para purgarse.

Pildoras laxantes. Base: Sal term. Kissingen. Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Cortesa frangul, Sapo medio. Tabletas para adelgazar. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Manes, ust. Natr. cholein.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

M. R.



¡Qué fea
se encuentra!

Su cutis no tiene hoy su frescura y encanto que todos admirán en él. Las preocupaciones de ayer y la falta de sueño anoche, han dejado marcadas huellas en su rostro. ¿Por qué no tomó Vd. las Tabletas de ADALINA? que sin causar efectos nocivos proporcionan un sueño sano y reparador, fiel guardián de su hermosura.

Tomando las Tabletas de ADALINA, se levantará Vd. contenta, con nuevos ánimos, y verá todo de color de rosa.

Tabletas de
Adalina
La cruz Bayer M.R. - Adalina M.R.:
a la base de Bromodietilacetilureal

SE SIENTE FELIZ SIN HEMORROIDES

Cuanto podría decirles de sus SUPOSITORIOS ANOGEN, sería poco, escribe un agradecido, por meses me volvía loco la picazón y como resultado de las almorranas me encontraba siempre irritado. Después de aplicarme los

SUPOSITORIOS ANOGEN

todo malestar desapareció.

Los SUPOSITORIOS ANOGEN se venden en cajas cerradas de 5 y 10 supositorios, nunca sueltos.

Distribuidores:

DROGUERIA DEL PACIFICO, S. A.

Suc. de Daube y Cia.,

Valparaíso, Santiago, Concepción y Antofagasta

Base: Benzoato de aluminio, Alcohol benzílico, Amino-benzoato de etilo.

Idilios Reales: Los Reyes de España

El idilio del rey de España y de la princesa Ena de Battenberg, fué diferente al de los reyes de Inglaterra. La joven pareja. En cierto sentido puede decirse que fué la tragedia la que los unió.

La emperatriz Eugenia, madrina de la princesa Ena, se había propuesto que contrajera un matrimonio brillante. Se había sido uno de sus grandes consuelos después de la muerte de su hijo único en la guerra sudafricana. De haber sobre vivido éste al nacimiento de Ena, hubiera sido probablemente el elegido para desposarla, no obstante la gran disparidad de edades. Obstinada en el deseo de casar bien a su ahijada, patrocinó su noviazgo con el rey de España.

El llamado del amor—

No hubo obstáculo para la consumación de su deseo. Cuando el rey de España conoció a la bella princesa de ojos azules Eugenia se alegró mucho al recibir la noticia de este compromiso.

Estaba tan enamorado el rey Alfonso, que cuando la princesa visitó Biarritz ya formalizado su noviazgo, el rey solía abandonar San Sebastián antes de las ocho de la mañana para así poder estar más tiempo con su novia.

Una mañana, un gendarme que no había reconocido al rey, detuvo su coche. Otro oficial, al reconocerlo, se apresuró a decir a su compañero:

—Déjalo pasar; es Su Majestad el rey de España. Este oyó lo que decían, y asomándose por la ventanilla respondió:

—No; me debéis dejar pasar porque soy un hombre que va a ver a su novia y esto es por el momento lo más importante.

Como España es un país católico, la princesa Ena tuvo que convertirse a la fe romana, y al bautizarse cambió su nombre por el de Victoria Eugenia.

Historia extraña—

Hay una historia muy extraña concerniente a Ena y a este periodo de su vida.

En la época de su noviazgo el anarquismo estaba en su apogeo. Se habían cometido varios atentados contra el rey de España, y se tenían noticias de que se preparaban muchos otros para cuando visitara Inglaterra. La policía tomó especiales precauciones. Agentes vestidos de paisano seguían continuamente los pasos del rey. Se arrestaba sin mayor miramiento a cuantas personas parecían sospechosas.

Una señora católica, residente en Londres, que tenía conocimiento de todas estas medidas, envió una carta al rey, en la que le rogaba que él y la princesa Ena aceptaran dos medallas de una virgen milagrosa de su culto. En cuanto obtuvo respuesta afirmativa remitió las medallas.

El milagro—

Poco después, mientras el rey asistía a una función religiosa en Inglaterra, un asesino descargó contra él su revólver. Pero el proyectil fué desviado por la medalla milagrosa y el rey resultó ileso.

De nuevo se atentó contra la vida de los jóvenes esposos durante las ceremonias de su casamiento en Madrid. Tan cerca estuvo de ellos la muerte en esta ocasión que la sangre de las víctimas de la explosión salpicó la blancura del traje de novia de la reina, y tiñó de rojo sus zapatos de raso. Sin embargo, ni ella, ni su esposo sufrieron el menor daño.

Tengo entendido que el rey de España erigió más tarde un altar en acción de gracias por su milagrosa salvación. Porque fué realmente milagrosa. Se diría que la providencia protege los idilios.

Vida y amor—

La vida sería insoportable si no existiera el amor. Tal vez no merecería llamarse vida si tal ocurriera. Vida y amor son inseparables. La princesa Ena puede agradecer a la suerte que le ha deparado la gracia de esta unión.

La bomba arrojada a la carroza real que conducía a los soberanos de regreso de la ceremonia nupcial, mató a dos de sus ocho caballos. Un trozo del proyectil fué a dar contra el pecho del propio rey. Muchos espectadores murieron y otros quedaron seriamente heridos.

Hubo una terrible confusión. En medio de ella la reina de España, joven e inexperta, permaneció serena e impenetrable, sin mostrar el menor signo de pánico. Cuando su marido se le aproximó para preguntarle si había sido herida,

logró esbozar una sonrisa y contestó: «Ya verás que sabré ser reina».

Reina por todos conceptos—

Evidenció su valentía al recorrer con su esposo las calles de Madrid, sin escolta alguna. Al pueblo le conmovió tanto esta prueba de intrepidez, que acudió desde los barrios más alejados a vitorear de nuevo a sus reyes y rodeó de tal modo el carro, que tuvo que intervenir la fuerza pública para abrirle paso. Y el pueblo agració intimamente esta demostración de confianza. España entera repudió el criminal atentado. El criminal, Mateo Morral, fué tomado preso en un pueblecito de los alrededores de Madrid y se subtrajo a la justicia descerrajándose un tiro. En un último arranque de desesperación mató, antes de suicidarse, al infotunado policía que lo arrestó. Nadie alcanzó a comprender qué se proponía con tantos crímenes. Sólo pudo justificarlos la irresponsabilidad de la locura.

El amor triunfa—

A pesar de los trágicos episodios que ensombrecieron el comienzo de este idilio, se ha mantenido felizmente hasta ahora. Esto demuestra que el amor triunfa en todas las dificultades.

La princesa Ena se ha convertido de bella muchacha que era, en una mujer de presencia augusta y soberana. De niña pasó largas temporadas con su abuela, la reina Victoria, y ha heredado de ella parte de su dignidad y de su porte imponente.

La reina Victoria llamaba siempre a la princesa Ena «el bebé del Jubileo» pues su nacimiento ocurrió en esa época de júbilo nacional. El carácter de la reina refleja la alegría de aquel tiempo y por eso ha sabido acoger con graciosa sonrisa peligros y desgracias que hubieran amilanado el ánimo de muchas mujeres.

T U I M A G E N

¡Oh, mujer, cuyos ojos son estrellas, cuya sonrisa es magia singular, cuyo rostro es hermoso y placentero, del vergel de la India tulipán! ¿Quién eres tú, cuya flotante túnica de seda resplandece como el sol, y es áurea como el cáliz que contiene del nenúfar azul el corazón? ¿Eres la Gloria, acaso? ¿La Fortuna? ¿La Belleza? ¿La Dicha o el Placer? ¿Eres tal vez la Vida que se encarna en tu forma perfecta de mujer? Blanquissimos e iguales son tus dientes y es tu talle flexible, escultural; tus cejas arqueadas y sedosas sombrean de tus ojos el ardor,

de tus mejillas, tan frescas cual tu boca son de brillante nitido color, suspirando tu célica belleza a nuestros ojos muda admiración. Tus manos transparentes, de las venas nos dejan ver la fina red azul, que recuerdan los pétalos del loto cuando los baña matutina luz. Tiene tu risa armónicos acentos, todo es en tí simétrico y gentil: tus diminutos pies que ahora se cruzan conservan en su forma la infantil delicadeza de sus lindos dedos. Por su forma y purísimo blanco aparecen cual bellas flores niveas que surgen del sendero en el verdor.

Tus piernas tan derechas y tan finas cual columnas de rosa capitel, sostienen de tu cuerpo la estructura armonizando fuerza y esbeltez, y tus ojos, estrellas de azabache, que el blanquísimo esmalte hacen lucir resaltan con sus círculos de púrpura que un pincel dibujara con carmín. Magnifica es tu negra cabellera que miro con sus rizos ondulante; tu cintura flexible y diminuta con las manos se puede circundar. No, no he visto jamás sobre la tierra tan admirable y tan perfecto ser, y las ninjas y diosas no igualaron tu atractivo infinito de mujer...

VALMIKI

8

BUICK
para
1931

8

De cada cinco dueños de BUICKS

cuatro vuelven a comprar Buicks. ¿Qué mejor prueba de la satisfacción que brinda? No obstante los grandes triunfos alcanzados anteriormente por Buick, puede usted tener la seguridad de que los modelos Buick para 1931 superan a sus predecesores.

No deje de verlos donde

MORRISON Y CIA

VALPARAISO

SANTIAGO



PAGINA DE BELLEZA FEMENINA

Es sabido que las personas en extremo delgadas tienen mal cutis y, además, son por lo regular muy irritable. Ello se debe a excesiva nerviosidad, lo que por sí solo constituye un estado patológico.

Los brazos y piernas muy delgados son antiestéticos y van en desmedro de la armonía del cuerpo. El rostro enjuto suele ser hosco y con tendencia a arrugarse prematuramente.

Las nuevas modas han desplazado prácticamente la silueta «garconne»; los nuevos modelos de vestido requieren, en verdad, líneas curvas a fin de realzar el conjunto.

A muchas personas parecerá emprender simple aumentar algunos kilos de peso, pero es dudoso que, al cabo de larga dieta, durante la cual generalmente se ha abusado de los astringen-

tes, la digestión sea normal y el organismo conserve su poder de asimilación.

LA RECETA DE NINON DE LENCIOS

La más hermosa de las mujeres nos trasmite a través de los siglos el secreto de su juventud persistente y de su triunfante frescura:

Agua de azahar	350 gramos
Agua de rosas	350 "
Bergamota	3 "
Tintura de iris	30 "
Leche de almendras dulces	30 "

Esta es el agua maravillosa que usaba, según parece, Ninón de Lenclos, reina por su belleza y con la que desafía el ultraje de los años.

PARA TENER CODOS BONITOS

Los codos manchados o de piel gruesa son muy feos; para esto hay un sencillo remedio: frotarlos con sal fina, después lavarlos con agua caliente, secarlos y darles una pequeña fricción de alcohol o agua de colonia.

PARA TENER MUÑECAS Y TOBILLOS ARISTOCRATICOS

Todas sabemos que las muñecas y los tobillos finos son el mejor adorno de la mujer; para lograrlo basta hacer un poco de gimnasia, dejando la pierna rígida y moviendo sólo el tobillo, haciendo un círculo; lo mismo se hace con las muñecas.

Por la noche, compresas húmedas con ayuda de vendas de tela sólida, no muy apretadas para no dificultar la circulación.

Darse después masajes diarios con: Almendras pulverizadas . . . 500 gramos Iris de Florencia 60 Glicerina 20 Harina de arroz 50

Si se desea transformar esta pasta en leche para facilitar el masaje, debe agregarse simplemente:

Agua de rosas	100 gramos
Agua de azahar	100 "

Mezclando esta leche con un poquito de agua hirviendo tendrás con qué poner las compresas, que he recomendado para los tobillos y muñecas.

PARA TENER BLANCAS LAS MANOS

Para que las manos sean completamente blancas; por la noche, antes de acostarse, lavarlas muy bien y untarlas con vaselina líquida, secarlas en una servilleta y a la mañana siguiente, después de bien lavadas, darles un baño por algunos minutos de agua tibia, donde debe ponerse una cucharada de esta solución (para medio litro de agua):

Alumbre	100 gramos
Agua de rosas	300 "
Alcohol de 90°	100 "

Evitar el agua demasiado caliente y el agua demasiado fría.

LA VIDA Y NOSOTRAS

Para distraer el tedio veraniego tienen los parisinos—esa inmensa mayoría de parisinos, que no pueden considerar Deauville y La Baule como el extrarradio de su capital—tienen dos pleitos de esos que la prensa del país vecino se complace en calificar de «bien parisien».

El «procés» de Tonia Navar y de Marthe Chenal. Los dos por causas, si no idénticas al menos similares en espíritu. (Si espíritu os parece aquí demasiado trascendente, pongamos «en el fondo»).

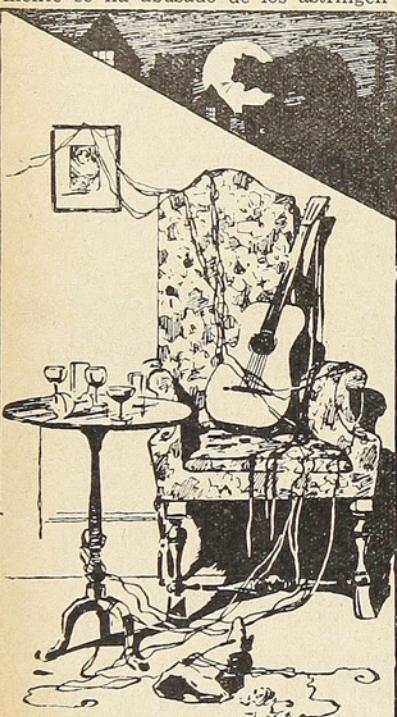
Tonia Navar pide a una casa productora cinematográfica una crecida indemnización por haberla sacado en un film «engordada y avejentada». Ella es esbelta y joven. Todo lo joven que puede ser, claro está, una primera actriz de la Comedia Francesa, lo cual nos llevaría para nuestros cielos, a una juventud relativa; pero todo lo joven que puede parecer esa misma actriz entre los cuarenta y los sesenta años, lo cual equivale, indiscutiblemente, a unos veinticinco o treinta «bien llevados». Novata en lides cinematográficas, no ha sido bien dirigida en su maquillaje, ni tampoco bien «iluminada» en sus escenas. Pero el público que verá la película, juzgará por lo que sus ojos le digan. Y Tonia Navar arguye, ante un tribunal que toma reverentemente en serio sus argumentos, que la deformación del físico de una artista es, para esta artista tan grave en la pantalla como en la realidad.

Los «motivos» de la querella de Marthe Chenal, famosa cantante de ópera, no son menos peregrinos: su modista a quien encargó varios sombreros cuando lucía una cabellera de un dorado fogosamente veneciano, le ha entregado dichos sombreros cuando sus cabellos pretendían recordar el tono gris perla de las pelucas dieciochescas. Lo que le sienta bien a una modelo del Ticiano no le va a una modelo de un pastel de La Tour; la Chenal se niega a pagar sus sombreros si no se los rehacen.

¿Tanto se tardó la entrega? dirá el lector ingenuo. Ahí está, precisamente, el quid: para convertirse de rubia en «grisácea» le han bastado a la Chenal muy pocas semanas.

Pleitos pintorescos, mas en los cuales el resultado, o sea la sentencia, será de menos. Lo importante en ambos es la importancia; más aun, la trascendencia que tiene para una artista todo cuanto puede favorecerla o disminuirla en su belleza.

Es preciso ser una artista muy grande para que la esbeltez de la figura o el color del sombrero no ejerzan una influencia decisiva sobre el espectador.



A NOCHE, ¡qué horas tan deliciosas! Pero hoy... qué dolor de cabeza y qué cansancio. Cuanto antes una dosis de

CAFIASPIRINA
BA
Y
ER

Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y no afecta el corazón ni los riñones

Tubos de 20 tabletas y "Sobrecitos" de una.

¡No acepte tabletas sueltas!

A base de Eter compuesto étanico del ácido orto-benzoico con 0.05 gr. Caffeina.

USE
VADEMECUM



PARA LA HIGIENE DE LA BOCA Y CONSERVACION DE LOS DIENTES

M. R. A base de Salol.

Formulario de belleza—

Y es que en la artista el público siempre busca, ante todo, a la mujer. De aquí el éxito de las «recetas de belleza». De esos formularios dictados medio en serio y medio en broma, por aquellas cuya misión primera es la de demostración, en carne y hueso de esa ciencia que pudiéramos llamar estética usual.

Ciencia de todos los tiempos, sus catedras confunden en amable y democrática mescolanza grandes damas, damas a medias, artistas legítimamente célebres y artistas que han penetrado en el templo del Arte por la puertecilla falsa de los encantos que Dios les dió. Pero ciencia unánimemente acatada.

Este año la luz nos llega—una vez más—de Cinelandia. Norma Talmadge es quien pregoná, impertérrita, la siguiente receta de juventud: beber agua helada con limón; comer mucha fruta cruda y mucha verdura; abstenerse totalmente de conservas y de arroz (qué le habrá hecho el arroz?) y preferir el azúcar moreno al azúcar blanco.

A estas horas habrá seguramente, en ambos mundos, mujeres de todas edades y «estados», decididas a renunciar por siempre—es decir, hasta otro «formulario» del verano que viene— a la sabrosa paella y a saciar su sed con agua clara. Menos mal que Norma Talmadge ha sido compasiva y no ha declarado que se alimenta de rabos de lagartija o de algún otro plato igualmente inédito y sensacional.

El cambio más radical...—

El cambio más radical en la apreciación de la belleza es, seguramente, el del color. Más aun que las normas de «volumen» han cambiado las de «colorido». La delgadez extremada no se tolera ya más que en Greta Garbo y demás vampiresas, y los hombres de gusto más refinado y exquisito vuelven a confesar en alto lo que nunca dejaron de proclamar «en mente»; esto es, que los huesos precisan de un poco de «onateado». Poco a poco, la silueta femenina de 1930 se va pareciendo—«toiletes» aparte— a la del tiempo en que unos «hombres caídos» y unos «brazos bien torneados» eran peldano decisivo para escalar un trono de emperatriz. La diferencia esencial, radical, está en el color.

Una dama de Gutiérrez de la Vega o de Madrazo podría, por su silueta, vestir a la moda de hoy; le bastaría a la primera con olvidar un punto su gesto de musa para poetas meléndulos, y a la segunda con agitar, en un partido de tennis o de golf, la expresión atiesada que formaba parte intrínseca de su distinción. Pero, ¿a dónde iban con su té de nieve? ¿Dónde iban a presentarse «normalmente», es decir, sin hacer figura de enfermas o de pobres arruinadas, condenadas a labores forzadas de costura en un cuarto sin aire ni luz, a dónde iban con esa palidez que ellas cuidaban y conseguían a fuerza de persianas echadas y de tragos de vinagre?

Porque Josefina Baker podrá o no gustar como bailarina. Su baile podrá incluso parecer (cual, verbi gracia, a nosotros), una simple ilustración de la teoría de Darwin. Pero todas las «blancas» someterían con gusto a una sesión de ondulación permanente—pongo por supuesto chino—con tal de adquirir el tono «regreso de veraneo» de la mula-tita de los plátanos.

Margarita NOLKEN

El sol, el viento, el aire de mar, no dañarán su cutis si usted lo protege con las cremas Pond

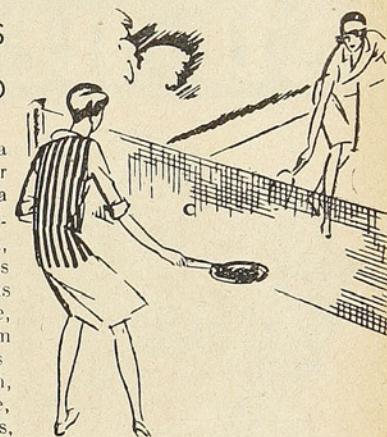


GOCE de la vida al aire libre, déjese acariciar por las brisas del mar, agudas y penetrantes; juegue al tennis o al golf, bajo un sol abrasador; al galope de su caballo, reciba el latigazo del aire puro; tome baños de sol en la playa, durante todo el tiempo que quiera; su cutis se mantendrá terso, suave, aterciopelado, si usted lo cuida con las cremas Pond.

El tratamiento es sumamente sencillo

LIMPIE prolijamente el cutis con la Cold Cream Pond que, al penetrar en los poros, alimenta, refresca y aclara la piel, tornándola más flexible. Aplíquela abundantemente en la cara, en el escote y en los brazos. Las substancias oleaginosas quitarán todas las impurezas. De noche, al acostarse, un ligero masaje con la Cold Cream dará tersura y transparencia a su cutis. Al final, un toque de Vanishing Cream, que protege la piel de la intemperie, le dá finura y elasticidad y es, además, base excelente para los polvos. Con estos cuidados usted podrá practicar cualquier deporte. ¡Siga el tratamiento a diario! ¡Quedará encantada! Es el preferido de las mujeres elegantes.

Pida una muestrita de estas dos



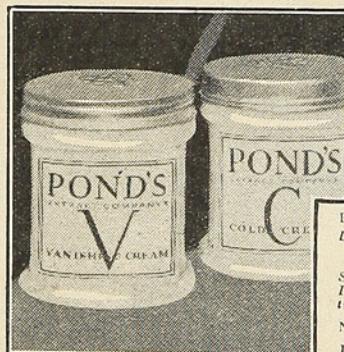
deliciosas cremas. Se las mandaremos por correo, gratis.

Distribuidores: Duncan Fox & Co. Ltd. Casilla Correo 35 V, Valparaíso - Casilla Correo 103 D, Santiago de Chile.

La Cold Cream limpia y refresca; la Vanishing es base excelente para los polvos.

Precios: Pomos 8.200
Tarro chico 4.00
Tarro grande 8.00

¡ENVIE ESTE CUPON HOY MISMO!



POND'S EXTRACT COMPANY

Distribuidores: Duncan Fox & Co. Ltd. - Casilla Correo 35 V, Valparaíso - Casilla Correo 103 D, Santiago de Chile.

Sírvase mandarme gratis las muestras de Cremas Pond. Incluyo 30 cts. para el franquio o 65 cts. para certificado.

Nombre.....

Dirección.....

P.T. 12

REMATES Y COCKTAILS

Es necesario vivir bien y divertirse. Y el mundo, el gran, el verdadero, se esfuerza sin descanso en animar y en vivificar sus placeres, sus famosos placeres, sin los cuales, según Ludovic Halevy "la vida sería quién sabe soportable".

Cada año la sociedad, para disipar su tristeza y rejuvenecer su alegría, inventa algunas diversiones nuevas. Y con toda justicia hay que rendirle homenaje por su imaginación. Desde hace mucho tiempo la gente que se aburre en su casa, va a aburrirse en grupo. Pero ahora se ha hallado otra cosa... ¡es prodigioso y consolante!

Y mientras tanto los elementos de acción, los campos de maniobras, son de una indigencia, de una estrechez desalentadoras. Pero, después de todo, innovan, crean, lanzan.

¿Qué nos ha traído el año 1930? Los cortejos matrimoniales excentricos estilo "music-hall". Deauville y sus pijamas audaces. París y sus remates americanos. Y para terminar la moda de los "cocktails".

1930 es el año del "cocktail"; como 1904 fué el del Bourgogne rojo; 1914 el del Bordeaux blanco; y 1920 el del Champagne.

Hemos tomado gusto a estas mezclas matizadas y hechizadoras que saben encerrar en sus armas capciosas la dulzura y la violencia, el ardor y la calma, la realidad y la poesía, la acción y el ensueño.

El plesbíctito del "cocktail" nació en Biarritz en setiembre de 1929 para triunfar en la capital francesa ese otoño y alcanzar un "succés" formidable en 1930. El plesbíctito fué el si-

guiente: sólo podían tomar parte en él las representantes del sexo débil, con la condición de crear bebidas... fuertes. Señoras y señoritas detrás de un "bar" bien provisto, compónian según receta personal y secreta "cocktails" inéditos que concurrencia masculina encantada y pronto bamboleante jugaba con toda sinceridad. Cada asistente debía probar todas las mixturas y tener su lista de ganadoras. La idea es dividida y afirma sin retardo su virtud consoladora. Al cabo de pocos instantes, gracias a las repetidas PRUEBAS la mayor alegría reinaba en la sala.

Componer hoy día un nuevo "cocktail" es una empresa difícil. Todos los ensayos han sido ya realizados. Todas las mezclas ejecutadas. Muchos de estos "cocktails" pueden llamarse "cocktails-hésitación" porque el deseo de equilibrar los efectos, mata el sabor que debía predominar en ellos. Muchas mujeres mezclan los licores con demasiado liberalismo, contando con la magia de la coktelera y su agitación frenética, para transformar elementos de discordia en una sinfonía de armonía.

Las parisinas, sin embargo, han adquirido tal experiencia en la mezcla de perfumes (a pesar de que esta química apasionada haya pasado un poco de moda) que ellas logran crear "cocktails" desconocidos y bautizarlos. Porque si el frasco importa poco, según Musset, la denominación influencia incontestablemente al jurado.

Existe ahí una pintoresca ocasión de probar su sentido de actualidad. Es de este modo, que en el último concurso habido el mes pasado en el Hotel Claridge, la señorita Verly triunfó con su "Dernier round" título bien modesto. La condesa de Salverte se clasificó segunda con su "Inch Allah", audacia gustativa meritaria, cuando se conoce la repulsión ritual de los mahometanos por el alcohol. La condesa de Rocquigny alcanzó el tercer premio con su "Prise directe", lo que es todo un programa. Y la señorita Galli obtuvo un gran "succes" con su "Gaucho", de licores exóticos y afiebrados...

Los remates americanos son definidos por su nombre. Ellos no tienen de americano sino su filosofía y su publicidad.

Durante un día se pone en remate un autógrafo, un abanico, un beso, un cuadro de Van Dongen, un automóvil, un recuerdo histórico, todo lo que se quiera. Un "speaker" discursa y las apuestas suben. Esta diversión está infectada de vanidad y saturada de snobismo. Cuántos mundanos hacen subir el remate por orgullo, por pura ostentación, y abandonan al martillo una pequeña fortuna, que mañana tomarán de las alhajas de familia.

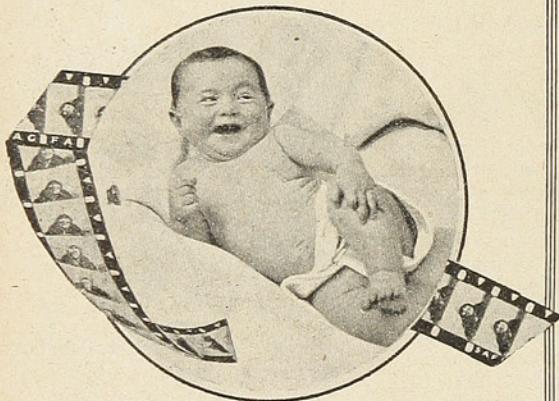
Innovación sin grandeza ni moralidad. El fin filantrópico salva del ridículo. Pero el juego es muchas veces peligroso. Hace algunas semanas se organizó en París "Le Gala des Ailes" para socorrer a los aviadores civiles.

El casco de Foch alcanzó 20.000 francos, el "carnet" de ruta de Le Brix 30.000 francos, los anteojos gemelos de Costes 18.000 francos. Fane Marnac por sólo 15.000 francos adquirió una fotografía de Guibaud. El kepi de Nungesser, a pesar de los generosos esfuerzos de Saint-Granier, se demoró media hora para llegar a 50.000 francos. Y en cuanto a un guante de Guymemer (el otro se vendió en 5 millones en Nueva York) no llegó a 50.000 francos.

Remates mundanos... jueguecitos peligrosos. Concursos de "cocktail"... ensayos audaces. Pero qué más dá, nosotros amamos el riesgo y lo imprevisto.

FIFI.

SU NENE



se lo agradecerá si usted le entrega como dote, cuando sea grande, una película propia que le permita admirar en la pantalla bellas escenas de su niñez y juventud, casi caídas en el olvido. Aprecie el inmenso valor que representa la película cinematográfica que retiene para siempre el recuerdo vivo de nuestros seres queridos.

LAS CAMARAS CINEMATOGRÁFICAS NO SON MÁS CARAS QUE LAS BUENAS MAQUINAS FOTOGRÁFICAS

PIDA DEMOSTRACIONES O FOLLETO EXPLICATIVO A

Casa Hans Grey

SECCION KINOS

SANTIAGO — VALPARAISO — ANTOFAGASTA — COPIAO — TEMUCO — CONCEPCIÓN — VALDIVIA — LA SERENA — COQUIMBO.

C U P O N

Nombre
Ciudad
Calle y N.º



LA CATEQUISTA.—Bueno, digame ahora quién fué el que convirtió el agua en vino.
LA HIJA DEL ALMACENERO.—Yo lo sé, señorita. Fué mi padre.

(De "Life", Nueva York)

Cuidado moral y cuidado físico

¿Cuáles son las condiciones que una muchacha debe poseer para tener éxito?

En el sentido a que usted se refiere, amiga, el elemento que más y mejor ha de contribuir al éxito de una joven es la mediocridad.

Si; la mediocridad, que consiste en poseer todas las dotes femeninas sin sobresalir en ninguna. Pues únicamente de este modo podrá una joven llegar a inspirar cierta admiración sin provocar la envidia.

Así, deberá ser ésta — la joven en cuestión — suficientemente bonita, sin serlo demasiado. Todo el mundo se complaice en contemplar un rostro lindo. A los hombres les halaga que se les vea en compañía de una mujer hermosa. Las dueñas de casa gustan de

invitar a sus reuniones a muchachas bonitas, que adornen el cuadro de sus fiestas.

Pero si una mujer es demasiado guapa, la cosa varía. Su belleza ensombrece la de las demás, y despierta, por tanto, su envidia. Igualmente, son muy pocos los hombres, aunque se extasien ante la hermosura de su efígie, que la quisieran para adorno de su hogar. Consideran — acaso con razón — que el marco que semejante imagen requiere es mucho más suntuoso que el que ellos pueden proporcionarle. Y su sentido práctico hace que consideren a esa mujer como un utensilio doméstico demasiado poco práctico. Advirtiendo que lo que desean los hombres, más que manejar ellos el incensario, es recibir el incienso; es decir, ser adorados y no adorar.

Para triunfar del modo aludido, la muchacha en cuestión ha de ser, además inteligente; pero no demasiado inteligente. Nadie tiene, hoy día, tiempo sobrante para perderlo en explicaciones. El hombre moderno no quiere cargar para toda la vida con una especie de adoquín. Además de un utensilio doméstico práctico, desea que su esposa le sirva de entretenimiento, de distracción; que sea una persona con quien poder discurrir.

Mas, ¡Dios le libre a ninguna mujer de dejar ver a su marido que sabe más que él en cualquier cuestión y de hacer alarde de sus conocimientos! ¡Y Dios y toda la Corte Celestial le ampare si comete la locura de mostrarse irónica!... Más de una mujer ha malogrado su porvenir con una sonrisa irónica.

Es condición precisa en una joven, para triunfar, el saberse vestir bien, aunque tampoco demasiado bien. Al hombre le gusta que su esposa no desmerezca en la apariencia entre las demás mujeres; pero no le agrada que se destaque de las demás.

Y así sucesivamente con todas las demás dotes llamadas femeninas; en la mediocridad, amiga, está el secreto del triunfo.

CIRUGIA ESTETICA

Hubo una vez una princesa a cuyo nacimiento acudieron, para derramar sobre ella sus dones, todas las hadas. Todas, excepto una, a quien el rey olvidóse de invitar. Y sucedió así que para vengarse de la ofensa recibida, esta hada maligna hubo de privar a la infeliz princesa de todo encanto físico.

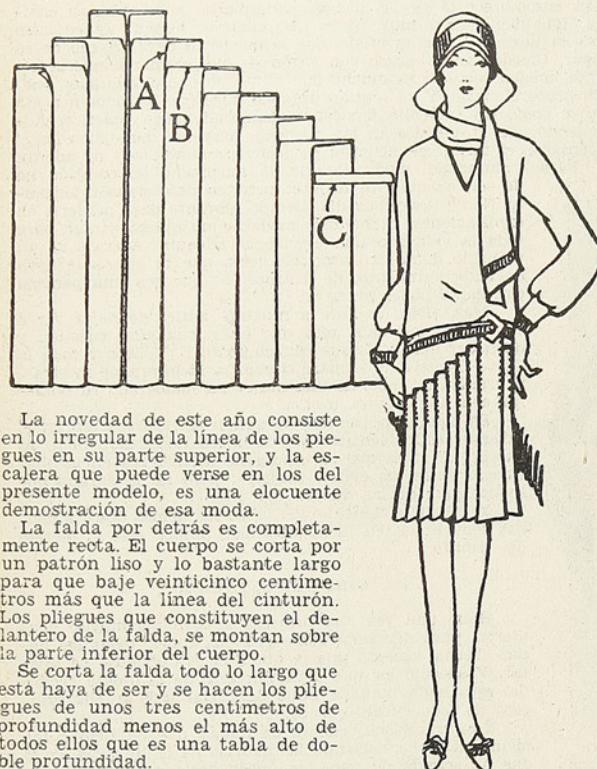
Este tradicional cuento de hadas, que de tiempo inmemorial viene haciendo las delicias de la infancia, es el que ha servido de tema, se puede decir, a Henri Duvernois para laborar su novela *Beauté*. Sólo que...

(Continúa a la vuelta).



PHOTO METRO GOLDWYN MAVER

Plegado Original de un Traje de Mañana



La novedad de este año consiste en lo irregular de la línea de los pliegues en su parte superior, y la escalera que puede verse en los del presente modelo, es una elocuente demostración de esa moda.

La falda por detrás es completamente recta. El cuerpo se corta por un patrón liso y lo bastante largo para que baje veinticinco centímetros más que la línea del cinturón. Los pliegues que constituyen el delantero de la falda, se montan sobre la parte inferior del cuerpo.

Se corta la falda todo lo largo que esta haya de ser y se hacen los pliegues de unos tres centímetros de profundidad menos el más alto de todos ellos que es una tabla de doble profundidad.

Una vez que los pliegues hayan sido hilvanados y planchados, se cortan por la parte de arriba formando escalones, sin que haya más que un centímetro de diferencia de uno a otro.

Los pliegues se cortan de la manera siguiente: primero, como enseña la A, se corta la parte interior del pliegue, y seguidamente la exterior, cual puede verse por la B.

El borde superior de los pliegues (C), se vuelve hacia el interior, y después de hacer los pespuntes, cuidando de que todos terminen a la misma altura, como vemos en el figurín, no queda más que aplicar los pliegues, sobre el delantero del cuerpo.

CUIDADO MORAL Y CUIDADO FÍSICO

Continuación

Sólo que el príncipe que libra a la princesa de su triste fealdad, en lugar de ser un príncipe maravilloso, se convierte en un personaje real: el cirujano, cuya varita mágica se trueca en un bisturí, quedando así el cuento fantástico reducido a una historia de palpitar actualidad.

El libro de Henri Duvernois es la novela de la moderna cirugía estética. Para escribirlo, su autor nos dice que ha estudiado con detenimiento este progreso científico. A este fin, ha asistido a varias operaciones, comprobando sus resultados maravillosos.

Se borran — nos asegura — las arrugas más profundas; se rectifica el perfil más defectuoso; se reemplaza una nariz judía por una griega, etc., etc. Y, sin embargo, en medio de su asombro, el autor no se pronuncia en favor de la cirugía estética.

Henri Duvernois, en *Beauté*, ha querido analizar las consecuencias psicológicas a que pueden dar lugar este género de intervenciones quirúrgicas. Para ello toma como ejemplo a la mujer que se hace embellecer con semejante procedimiento por amor a un hombre, quien, empero, se enamoró de ella cuando ésta no poseía encantos físicos. Mas la belleza adquirida a costa de tan crueles su-

Los Remates de las Blusas Sastre

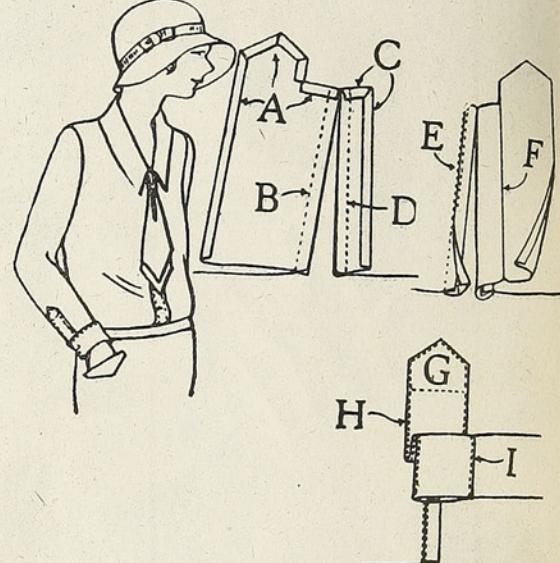
¿Vale la pena de que una blusa de corte sastre se haga en casa? Esta es una pregunta que hemos oido muchas veces, siendo nuestra invariable respuesta: "sí; pues se puede tener una blusa de la mejor seda cruda, o toile inglesa, por el mismo precio que costaría hecha una de un tejido muy inferior".

Esto en lo relativo al costo, pero después surge la dificultad de hacerla. Casi todas las señoras se asustan del precio que exigen los remates de esa clase de prendas, muy principalmente en las mangas. Las siguientes indicaciones bastarán para demostrar la facilidad con que puede rematarse una blusa del género de las que nos ocupan.

Describiremos el remate de la manga por ser el más complicado.

Una vez cortadas las dos piezas que han de rematar la abertura de la manga, se vuelven los bordes de aquélla hacia el revés como vemos por la A. Vuélvase la manga del revés y cósase la pieza, derecho con derecho cual señala la B. La pieza que remata la hoja inferior es una sencilla tira recta de tres centímetros de ancho y un centímetro más larga que la abertura de la manga y cuyos bordes también se vuelven como indicada la C y lo mismo que la otra pieza, se cose al borde de la manga (D).

Vuélvase esta pieza sobre el derecho de la manga y se

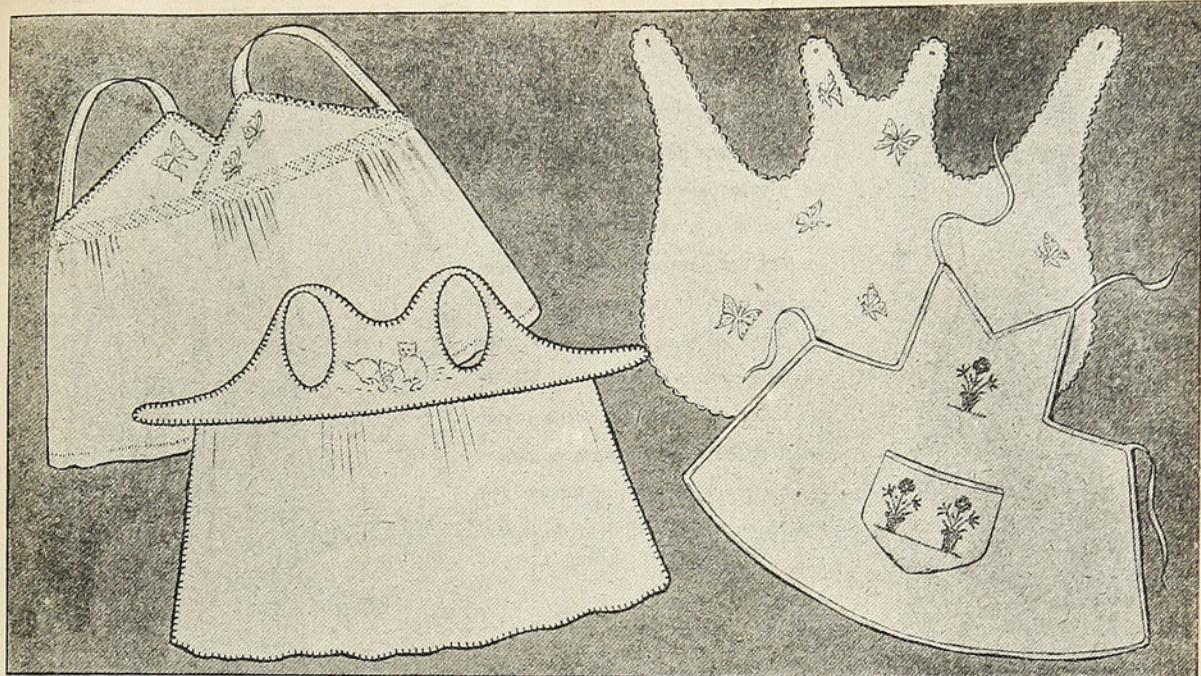


hilvana y cese cual enseña la E. También se vuelve la pieza de la parte superior (F) y la punta de arriba se cose como muestra la G, teniendo mucho cuidado de que el pespunte transversal coja el extremo superior de la pieza que remata la hoja de abajo. La H y la I señalan cómo se cosen los lados.

frimientos no sirve a retener el amor de aquel cuyo corazón supo conquistar, a pesar de su fealdad.

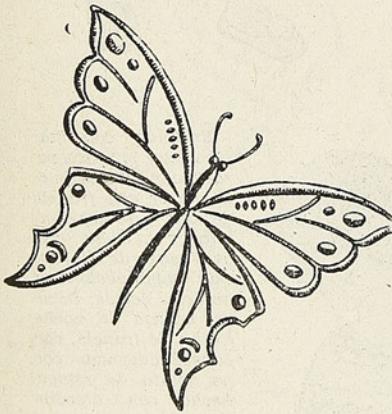
Con este asunto el autor condena la cirugía estética, denostándonos que por más que una mujer se haga estirar la piel, enderezar la nariz, levantar el pecho, aplastar el vientre, desengrasar el cogote, afinar los tobillos y otros milagros análogos que la trae en una Venus, puede estrellarse contra un imbécil incapaz de apreciar semejante maravillosa transformación, y lo que es peor, incapaz de comprender a lo que así aspira la mujer. Si; estamos conformes en que si el amor atendiera a razones dejaría de ser amor. Mas esto no nos impide reconocer las ventajas que la cirugía estética puede aportar en ciertos casos. Por ejemplo, en el de la artista a quien un defecto físico pudiera relegar a la sombra. Una nariz torcida bastaría para anular el talento artístico de una bailarina, de una actriz...

Y sin ir tan lejos, sin referirnos al caso de estas profesiones especiales, ¿en cuántos casos una operación de esta índole no sería suficiente para cambiar, mejorándolo, el destino de una persona? Un defecto físico causante de una fealdad ridícula puede constituir la desdicha de toda una vida. ¿No merecería, en tal caso, la pena de someter unas horas de tal vida a un sufrimiento intenso, pero limitado, si con ello se pudiese pasar de la desdicha siquiera a la esperanza de una vida más feliz?

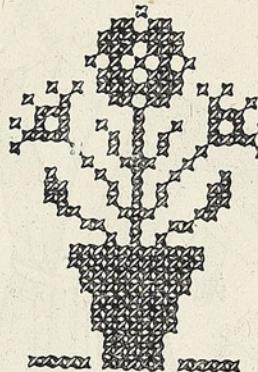


Delantalitos para Campo y Ciudad

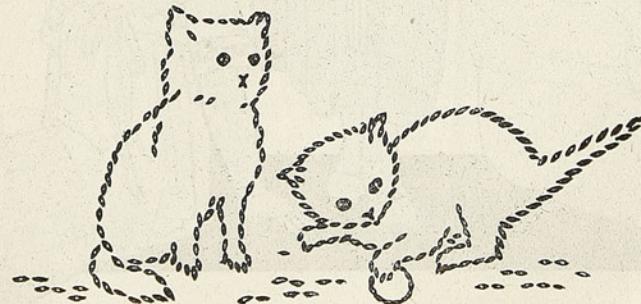
En la parte superior, ved cuatro encantadores delantalitos, cuyas formas sentarán a maravilla a niñas de dos a siete años. Los de la izquierda, montados sobre un canesú, se harán con un tejido ligero, de algodón, linón o batista de hilo.



Esta mariposa y la del otro lado deben bordarse al realce y punto de cordón y adornan el delantal de canesú de la parte superior que se hará con un linón (las mariposas del mismo color del tejido) y el delantal de la derecha se podrá hacer en tejido de hilo, bordándose las mariposas con algodón lavable de color contraste.



Este tiesto se bordará a punto de cruz, con algodón de bordar de colores vivos, indigo, rojo, sobre tela amarilla, rojo, sobre tela blanca, amarillo sobre tela azul claro.



Los de la derecha se harán con tejidos más resistentes, de hilo o de algodón. Unos y otros se adornan con los motivos dibujados a tamaño de ejecución en esta página y se ribetean con puntos de festón en bies o un calado.



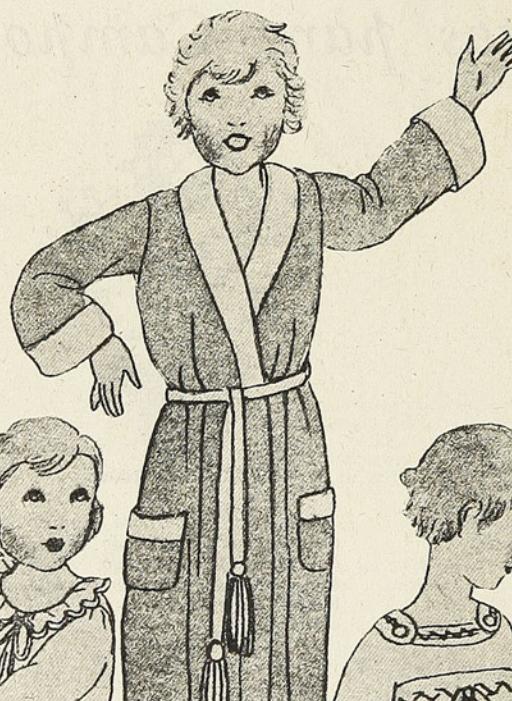
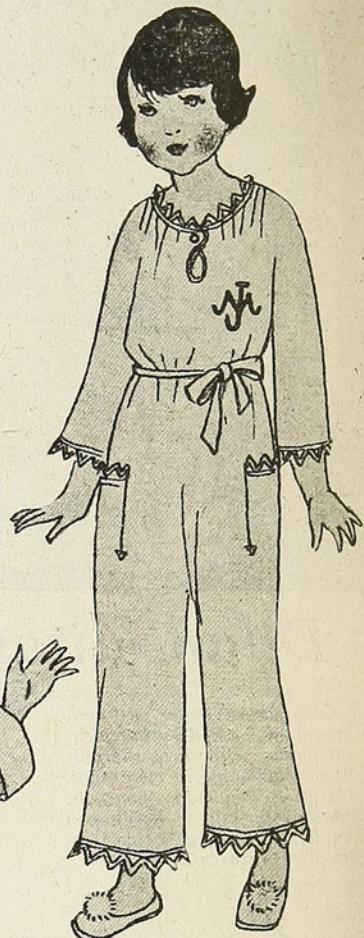
Estos gatitos serán la alegría de más de una nenita; su ejecución es sumamente sencilla, pues se bordan a punto de tallo y adornan el canesú de uno de los delantalitos montados sobre un canesú que se ve en la parte superior de la página. El punto de festón abierto que ribetea los contornos y los gatos, se harán con algodón del mismo color.

¡BUENAS NOCHES!



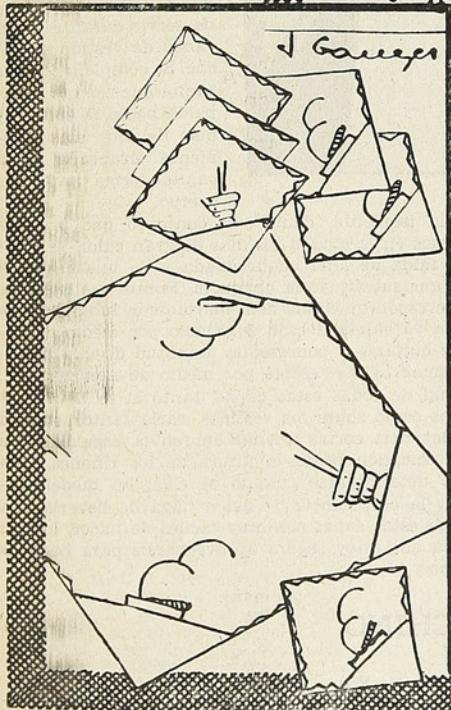
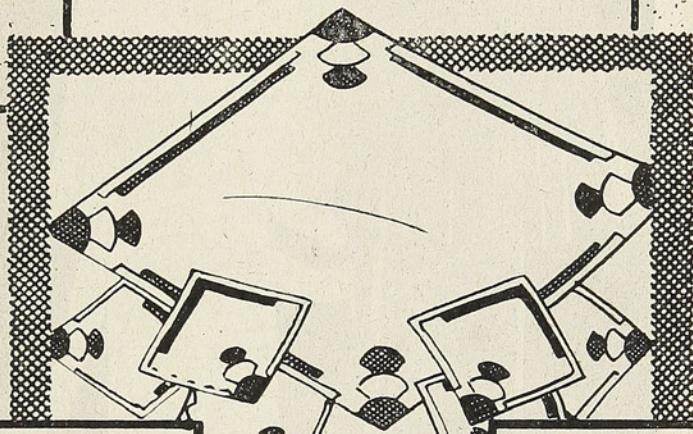
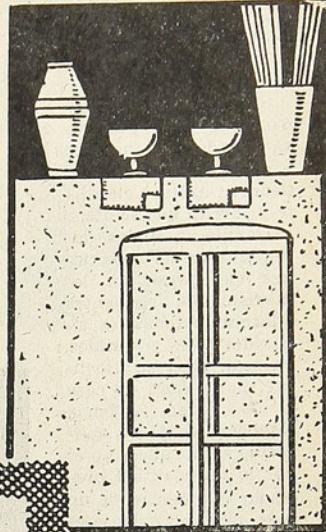
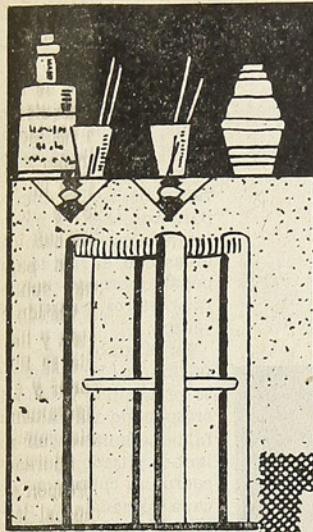
Desde los tres años pueden llevar los niños por la noche un pijama. Este es de franela y está ribeteado con un galón o trenzillo de fuerte color. Bajo estas líneas podéis ver una encantadora camisa de noche hecha de muletón rosa pálido y adornada con festones bordados con aigüa o azul. En el centro: confortable oata de lana de dos caras.

Las camisas de noche, bata y pijama dibujados en esta página, están destinados a servir durante el invierno. Tal vez parezca prematuro preocuparse ya de la rigurosa estación del frío, pero las mamás que por sí mismas han de hacer muchas, cuando no son todas, las cosas, necesitan prepararse con anticipación para no dejarse sorprender por el mal tiempo. Por esta razón hablamos ahora de la lencería de invierno.



Encima: combinación muy práctica para noche, que se puede hacer con franela de lana o de algodón; una trenzilla "croquet" sirve de adorno; esta combinación se abrocha detrás. Debajo: camisa de noche hecha de franela, con canesú adornado con un punto de espiga, hecho con algodón Mercerizado, de color rojo.

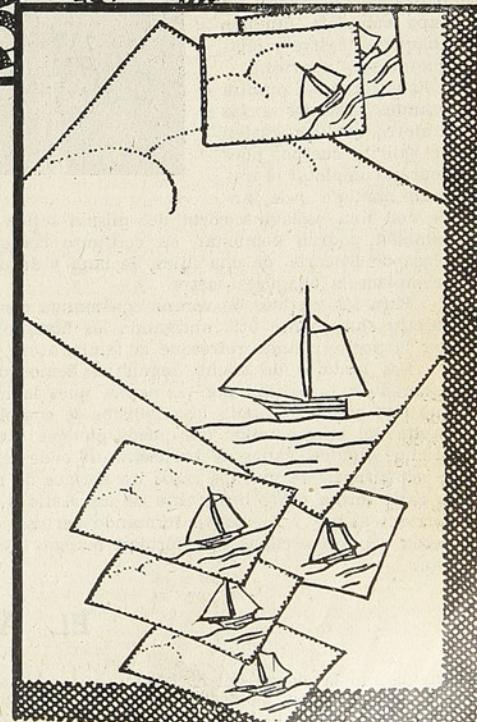
LA HORA DEL COCKTAIL



Para las que gustan de los cocktails, he aquí tres servicios de una graciosa originalidad, y de inspiración tan moderna como es preciso. El primero va guarnecido en los cuatro extremos de su mantel, de tres abanicos de tonos opuestos superpuestos, e incrustados. Bandas de dos tonos subrayan el borde.

Las pequeñas servilletas cuadradas hacen juego, con un sólo grupo de abanicos en un extremo.

El vaso de cocktail y el cenicero bordado en tono vivo, forman el decorado del segundo servicio, cuadrado como el primero. En cuanto al tercero, lleva un pequeño velero bordado en punto de cadeneta, que será se adorno, juntamente con un ancho festón bordado.



CAPAS A GRANEL

Os gustan las capas? Yo así lo deseo, pues esta prenda que jueguea alrededor del cuerpo tiene un aspecto elegante y juvenil que sienta a maravilla a todas las mujeres. En las colecciones que presentan los modistas se encuentran adornando todos los tipos de trajes y vestidos, ya sean para el aire libre, para estar en casa o para sarao. Además, también la capa ha aparecido en la calle y no es por lo tanto difícil pre-sagiar que dentro de un mes todas las mujeres tendrán en su guarda-ropas un vestido que lleve una capa.

Los abrigos de deporte, de viaje y de tarde llevan capas de formas variadas, pues algunas cubren enteramente la espalda y los hombros, otras dejan por completo libre la parte delantera, otras están cortadas detrás y hasta hay algunas que no cubren más que los brazos. La capa completa también chaquetas sastre y chaquetas tres cuartos.

Esta prenda rendirá grandes servicios a las mujeres que no gusten de salir a cuerpo, pues podrán completar el traje de mañana o de tarde con una esclavina corta del mismo tejido del vestido y también podrán combinar un conjunto compuesto de una blusa de lencería, de una falda de lana y de una capa que reemplace la chaqueta sastre.

Para los vestidos de verano con manga corta la capa resultará sumamente útil, abrigando los hombros y los brazos por la noche cuando refresque la temperatura.

Los vestidos de noche, según ya hemos dicho, no han escapado a la afición por las capas, pues la mayoría de los que nos han presentado los modistas se completan con una capa del mismo tejido que puede ponerse o quitarse a capricho. Algunas capas de breitschwant o de tejido semejante substituyen en muchos casos los abrigos de noche. En fin, la capa forma parte integrante de los vestidos de tarde muy corrientemente y se la ve formando bertas, capas canesú, capas echarpe, capas que forman mangas y capas pañolleta.



Como veis, amigas lectoras, el papel de la capa en la moda actual es muy grande y por esta razón he hecho dibujar para vosotras los modelos que ilustran estas páginas con el fin de que podáis reproducirlas para vuestros vestidos de verano.

En el grabado de esta página, a la izquierda, se ve un lindo vestido de crespón de China, cuya falda termina en un volante plisado y cuyo cuerpo se cubre con una capa plisada en parte que hace juego con la falda. El otro vestido es de crespón satén y lleva una capa que se puede quitar y poner y que está cortada ligeramente en forma, la cual como el vestido está adornada con fajas de crespón satén puestas por el lado mate.

En la presente página, en la parte superior, se ve un vestido de crespón estampado que puede servir durante el veraneo de vestido de noche. Se completa con una capa que cae por la espalda hasta la cintura y que delante es ligeramente drapeada. Esta capa forma parte del cuerpo.

Deabajo, a la izquierda, damos un conjunto que prestará grandes servicios en la ciudad los días de gran calor, se compone de una falda de lana cuadrículada y de una capa del mismo tejido que substituye la chaqueta. Frente a ellas se ve un abrigo de crespón de China azul marino con lunares blancos, cuya capa va sujetada debajo del cuello por medio de botones y puede quitarse y ponerse; la amplitud de ella disminuye en los hombros y el escote por medio de nervaduras.

La longitud de todas estas capas, tanto si se llevan sobre los abrigos como sobre los vestidos, varía tanto como su forma, pues las más cortas apenas cubren la espalda y las más largas descienden hasta la altura de los riñones. Esta longitud debe determinarse cuando se elige un modelo según la talla y la corpulencia de quien haya de llevarlas. La mayor parte de estas capas son muy fáciles de hacer, lo cual es una ventaja que estoy segura aprovecharéis para hacerlas vosotras mismas.

EL ASNO Y EL COCHINO

Enviando la suerte del cochino,
Un asno maldecía su destino.
—Yo, decía, trabajo y como paja;
El come harina y no trabaja;
A mí me dan de palos cada día;
A él le rascán y halagan a porfía.

Así se lamentaba de su suerte;
Fero luego que advierte
Que a la pocilga alguna gente avanza
En guisa de matanza,
Armada de cuchillo y de calderas.

Y que con maña fiera
Dan al gordo cochino fin sangriento,
Dijo entre si el Jumento:
Si en esto para el ocio y los regalos,
Al trabajo me atengo y a los palos.

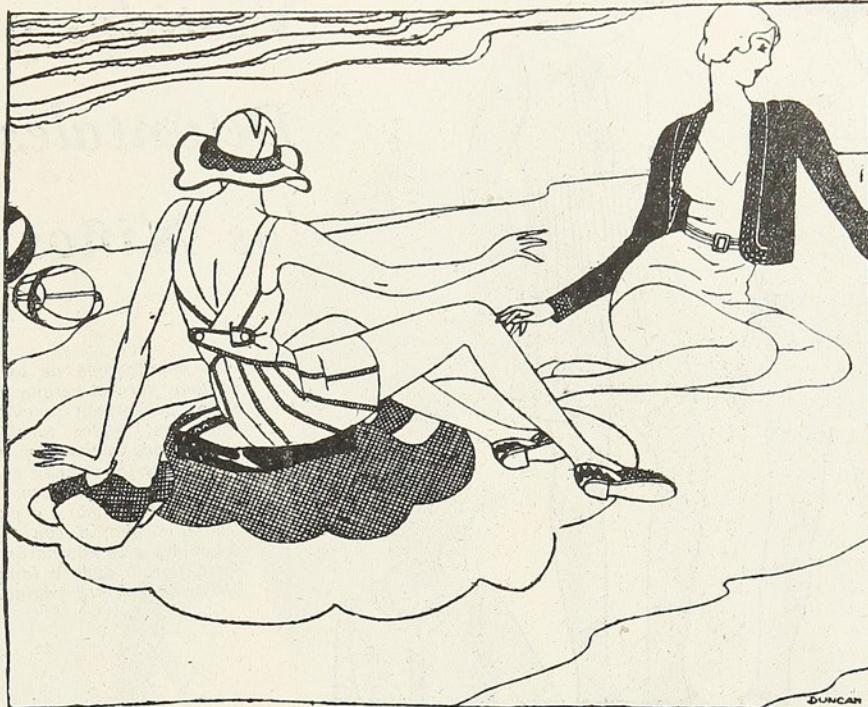
ALGUNOS CONSEJOS PRACTICOS PARA APRENDER A NADAR

Estamos ya en la época de la natación, y no hay ninguna razón para que las personas de toda edad aprendan a nadar.

Muchas de ellas no intentan siquiera este saludable ejercicio, porque se figuran, seguramente, que se trata de una cuestión muy difícil, que no se logra aprender en la edad madura, ni siquiera en la juventud, cuando no se ha aprendido en la niñez. Pues esto es un lamentable error, que priva a muchas personas de entrenarse en la natación, distracción tan higiénica como agradable.

Vamos a dar aquí unas cortas lecciones, elementos de natación, para que nuestros lectores y lectoras vean que, para nadar, no hay sino desearlo, y que todo el aprendizaje inicial para mantenerse a flote, no es tarea que pueda ocupar más de media hora. Hagamos un intento de nadar de espaldas. Este ensayo como todos los otros, ha de hacerse en la parte baja de la piscina, pues de tal manera, en cualquier momento, os pondréis de pie tranquilamente. Convencidos que no os vais a ahogar, porque ello es literalmente imposible, extenedes valientemente sobre el agua. Sentiréis que vuestros pies tienen tendencia a levantarse, y esta es la mejor prueba de la flotabilidad del cuerpo humano. Permaneceréis un instante tranquilos, sin sacudidas. En seguida, con un rápido movimiento, os pondréis de pie. ¿Notáis como podéis nadar?

No hágais movimientos. Sobreentendido que mantendréis los brazos en cruz. Esta actitud es la salvaguardia del equilibrio. Si por una razón cualquiera plegáis los brazos, disminuiréis la superficie flotable y os hundiréis. Segunda lección. Cuando adquiráis la seguridad necesaria, cuando os dejéis flotar con seguridad y serenidad sobre la espalda, ensayareís esto: Llevad los brazos dulcemente hacia el cuerpo, siempre en la superficie del agua. ¡Cerrareís vuestras alas, en suma!



Recomendaréis. Abrid los brazos... ¡Cerrad los brazos! Muy bien. De tiempo en tiempo podéis pararos para descansar.

Vamos a ensayar ahora a teneros sobre el vientre, pero de manera diferente. Adosaos al borde de la piscina contra el muro y siempre por la parte en que ésta es menos profunda. Es preciso que en todo momento podáis poneros de pie en caso de perder el equilibrio. Inclinaos hacia adelante con los brazos extendidos, como lo habréis visto hacer a los nadadores. Las dos manos juntas y extendidas, una al lado de la otra. Estás así, inclinados sobre el agua, hasta tocarla con

vuestro pecho y con vuestros dos brazos extendidos. Bien. Coge una inspiración. No muy fuerte. Es inútil. No infléis vuestros pulmones desesperadamente. Una buena inspiración, y basta. Levantad una pierna en el agua y apoyadla contra el muro, detrás de vos. Gracias a esta pierna, empujáis bruscamente y os dejáis ir. El impulso hará que vuestro cuerpo se deslice hacia adelante. Flotareís. Evidentemente no flotareís durante horas, ni quizás muchos segundos, pero obtendréis la prueba que podéis manteneros en el agua tan bien sobre el vientre como lo hicisteis antes sobre la espalda. Como la piscina en esa parte no es profunda, podréis fácilmente poneros de pie y recomenzar muchas veces.

Cuando sepáis flotar sobre la espalda y sobre el vientre, aunque sólo sea durante unos muy cortos instantes, estaréis en condiciones de tomar lecciones de natación. Habréis adquirido confianza. Ya no tendréis miedo de sentir el agua en la cara. Luego adquirireís la costumbre de los movimientos que no rompen el equilibrio y os sentiréis en perfecta seguridad al cabo de la cinta en que os mantendrá atados el profesor de natación, cinta que servirá para manteneros en la certeza que no podéis hundiros. Y como por otra parte ya sabéis poneros de pie...

COMO SE SUICIDAN LOS ARBOLES

Suicidio, o la práctica de una especie de hari-kari es mucho más común entre los árboles que lo que generalmente se conoce. Muchos buenos ejemplares de maple, pino, caoba u olmo, se han privado de la vida por su propio gusto. No han sido muertos por agentes extraños, tales como insectos, enfermedades, viento, rayos, hambre o mala clase de tierra, sino por un hábito pernicioso de enlazar sus raíces alrededor del tronco, regularmente, inmediatamente debajo de la superficie, y gradualmente, pero seguro se va estrangulando su propia savia y cortando su circulación.

Los árboles trasplantados están más propensos al suicidio que los que crecen en su estado natural, según dice A. Bartlett, en su libro «Tree Talks». Un árbol perfectamente normal, tiene su tronco bien redondeado y sus raíces se extienden en todas direcciones.

«Supongamos,—dice el señor Bartlett,— que en la «infancia» de un árbol una de sus raíces en lugar de extenderse directamente, se desvía y enreda alrededor del tronco, inme-

diatamente debajo de la superficie, cubriendo dos terceras partes de la circunferencia, y que su fuerza va aumentando constantemente. El diámetro del árbol crece anualmente también y llegará el día en que la presión de la raíz contra el árbol será tan grande que paralizará la corriente de savia y empezará a debilitarse el árbol y la raíz. Año tras año la presión aumenta considerablemente, hasta que la circulación de la savia es cortada por completo. Como no hay crecimiento en la parte superior de la raíz, esta parte comienza a secarse hasta que al fin muere. Los insectos pronto encuentran entrada, y el árbol termina su existencia.

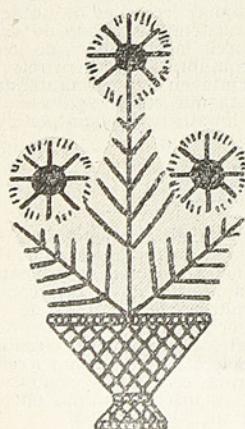
Bajo ciertas condiciones especialmente cuando se trata de un árbol muy vigoroso, la tentativa de destrucción propia muchas veces fracasa por la irritación o estimulación del crecimiento, que muchas veces pone en contacto las celdas vivas del árbol y de la raíz, en cuyo caso se verifica una abertura por donde pasa nuevamente la savia. En estos casos la herida puede ser muy ligera».

Bordemos los Vestidos y los Delantales de los Niños

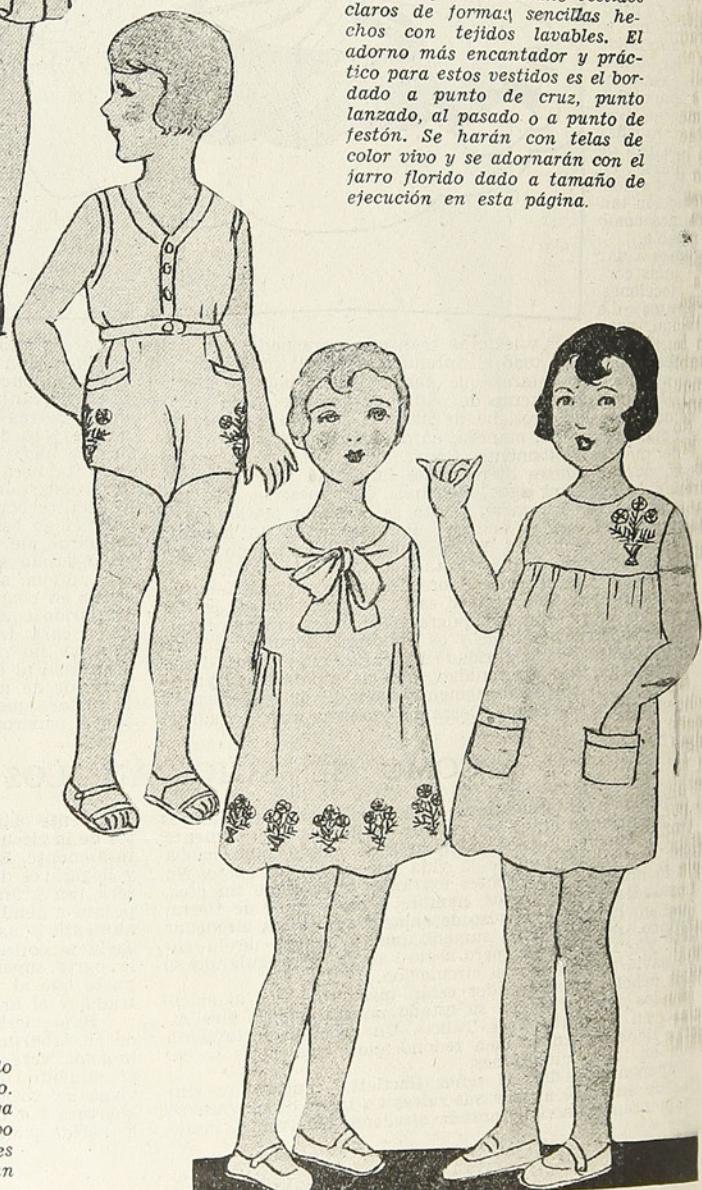
El guardarropa de los niños reclama para el verano vestidos claros de formas sencillas hechos con tejidos lavables. El adorno más encantador y práctico para estos vestidos es el bordado a punto de cruz, punto lanzado, al pasado o a punto de festón. Se harán con telas de color vivo y se adornarán con el jarro florido dado a tamaño de ejecución en esta página.



Encima, a la izquierda, práctico delantal en tejido de algodón azul sujetado detrás con un cinturón anudado; en los dos bolsillos se borda el jarro con algodón amarillo. A su lado, vestidito de tejido rosa con cuerpo corto y falda montada a frunces. El motivo se borda sobre el cuerpo.



En el centro, pelele de algodón adornado a cada uno de los lados con un bordado. Junto a él, vestido de linón azul cielo, cuya parte baja se adorna con el mismo motivo colocado regularmente. El último modelo es un delantal para juego, montado sobre un canesú y con bolsillos superpuestos.



Una madre feliz



Bonito retrato de la DUQUESA DE YORK, posible futura Reina de Inglaterra, con su hijo menor, después de darle su leche cotidiana

GALERIA DE ESCRITORES CHILENOS



HERNAN DIAZ ARRIETA
(Alone), ha publicado
recientemente, en una
edición, una selección de
cartas de Portales, con
un fino estudio suyo.
Una vez más el crítico
demuestra cuán vasta y
amplia es su curiosidad
por las cosas chilenas.
Este retrato de Hoch-
haussier ha sorprendido
la tranquila expresión
del crítico y del artista.

LO QUE HACE LA ACTRIZ FAY WRAY

¡Pálidas, suaves, delicadas, adorables manos femeninas! ¡Manos bellas! Aspiración de todas las mujeres, privilegio de algunas afortunadas que las recibieron como regalo al nacer y supieron conservarlas en toda su belleza.

Y, sin embargo, no son bellas—positiva, perfectamente bellas—todas las manos que lo parecen: una piel fina y tersa y unas uñas brillantes, sonrosadas y



PARA TENER UNAS MANOS BONITAS

pulidas, cubren una multitud de defectos. ¿Es muy difícil conseguir esto? Fay Wray, la encantadora actriz cinematográfica, asegura que es tan sencillo como económico y, para demostrar que ella no promete en vano, descubre a nuestras lectoras el secreto de los cuidados que la permiten conservar la belleza intachable de las suyas, tantas veces admiradas en los primeros planos de sus "films".



La cutícula requiere una continua vigilancia y un minucioso cuidado, mediante el bastoncito de naranjo, envuelto en algodón y empapado de aceite de tonador o crema suavizadora.



Nada de esmaltes, que se resquebrajan en seguida y prestan a la uña un rojo agresivo o un nacarado artificial. El brillo natural de la uña se conserva, sencillamente, con el uso diario de un buen espolloiro forrado de gamuza.



Para aumentar la belleza de las manos es indispensable, mañana y noche, un ligero masaje con crema o loción. Este masaje debe hacerse bajando desde la punta de los dedos hasta la muñeca.



Unas gotas de perfume, esparcidas en la palma de la mano, terminarán de manera exquisita el arreglo matutino.

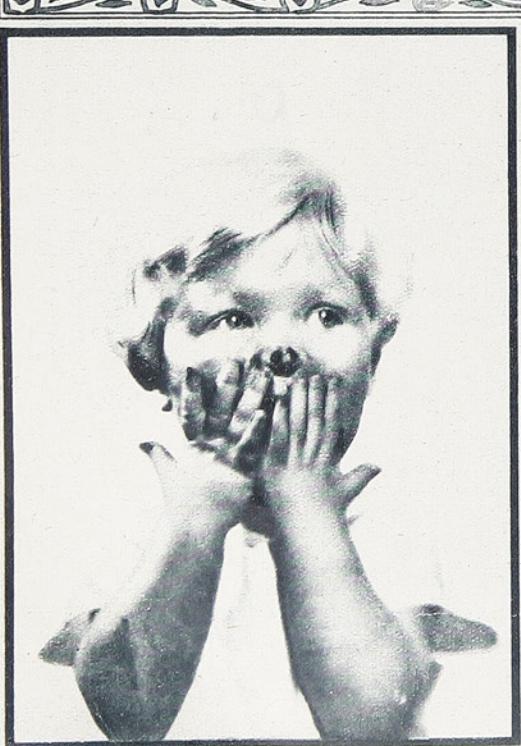


En cambio, por la noche, la operación final será espolvorear con talco unos guantes blancos



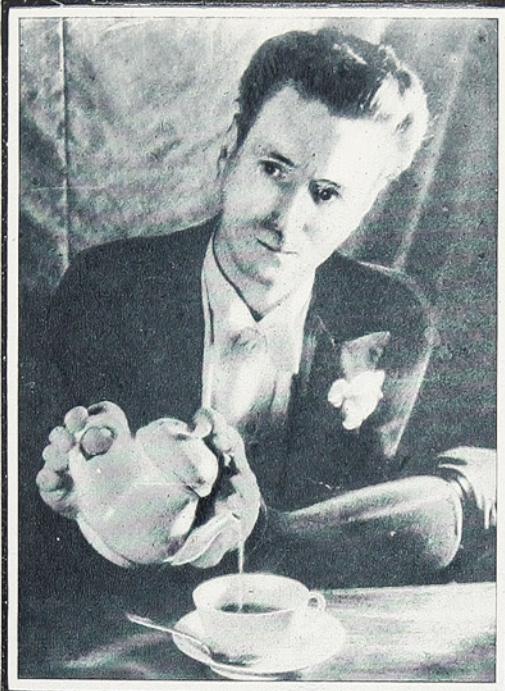
y conservarlos puestos, bien abrochados hasta la mañana siguiente, para evitar asperezas y rojeces de la piel.

¿LE GUSTA ESTE RORRO?



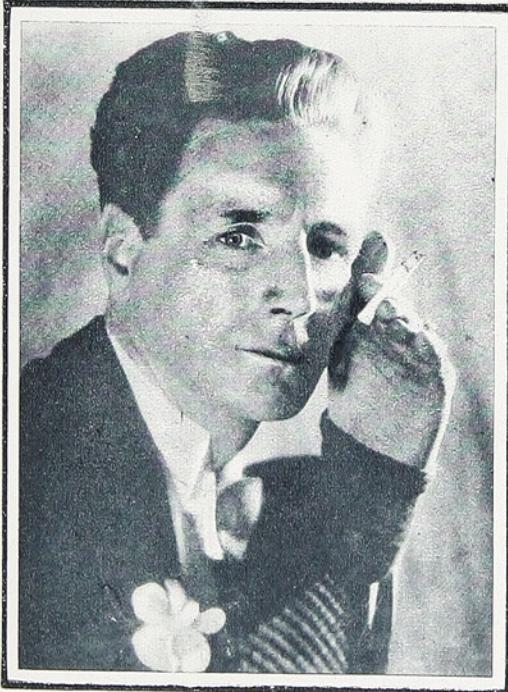
¿Le gusta este rorro? Es un amor, ¿verdad? Con su cara limpia y con su cara sucia le gustaría a cualquiera madre.

El hombre que carece de manos.



Con elegancia ofrece el café, que sirve, y enciende un cigarrillo

En una película, Lon Chaney, que ha muerto recientemente, aparece utilizando los pies a falta de sus manos, ni más ni menos que este actor, Jim Elroy, que bebe, fuma y hace todo con los pies hábilmente



Y toma bien el cigarrillo

Y aún hace otros menesteres

UN
LINDO
TRAJE
DE NOVIA



Los tejidos rígidos y pesados como la faya y el moaré, sirven para hacer bellísimos vestidos de novia de aspecto majestuoso. La moda quiere que este tipo de vestidos se completen con un velo, no de tul sino de encaje que se prolonga en larga cola. El bellísimo vestido creado por Jean Patou, cuya fotografía damos en esta página, está hecho siguiendo las citadas reglas, con una rica faya que produce unos pesados pliegues; la falda está compuesta de secciones cortadas muy en forma. Observad las amplias mangas pagoda y el ramito colocado en el centro de la cintura. El velo de rica blonda va colocado sobre una toquilla de tul que sujetá los cabellos. La fotoarata de la parte superior de la página nos muestra la gran simplicidad de este tocado.



Cómo se Defiende la Mujer



La mujer inglesa, sobre haber conseguido el voto a los veintiún años, trata ahora de aprender a defenderse en lucha contra el hombre. He aquí cuatro instantáneas de los progresos que hacen las discípulas de una escuela de Londres, progresos como para augurar que dentro de poco habrá desaparecido el sexo débil.



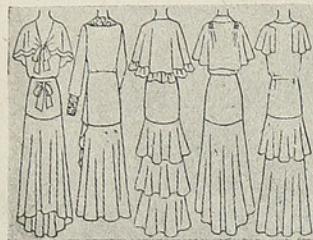
Acaba de morir en La Paz esta dama distinguida de la sociedad boliviana: la Sra. MARTA PINILLA GUTIERREZ, pintora, artista, dos de cuyas obras, "El lustrabotas" y "La abuela de los suplementeros", publicó "Para Todos" en su portada.

VESTIDOS de NOVIA



Tul y satén blanco se armonizan maravillosamente entre si, pues si la ligereza del primero necesita de la brillantez del segundo, los reflejos de éste resultan mucho más atractivos cuando están atenuados. ¡No tiene el aspecto de una aparición de cuento de hadas esta linda novia envuelta en una nube de tul con su sencillo traje! el detalle del cuerpo se ve en la fotografía reproducida en la parte superior de la página, en la falda lleva dos secciones en forma que hacen pliegues no planchados y se prolonga en larga cola. Ni diadema ni redecilla de perlas ni adornos complicados, tal es la ley dictada para los nuevos tocados de novia. Esta elegante novia sigue esta ley y su velo está sencillamente sostenido a cada lado de la cabeza por dos grupos de flores de nácar. Modelo de Jean Patou.

*Estilos, muy Bonitos
con Influencias Griegas*



5201



5210

5201.—Estilo sencillo y femenino; falda con vuelos circulares, suspendidos adelante, largos atrás, talle con alforzas tomadas en la cintura; capa larga atrás, tomada adelante.

Madeleine
5211.—Vestido de tarde, falda circular, acabando adelante con una amarre a un lado; bolero recogido y cerrado a un lado.

5220.—Vestido sin mangas; capa larga en la espalda, tomada adelante con un lazo o amarre, falda circular, alforzas en la cintura.

5210.—Los encajes están muy favorecidos por la mujer elegante para trajes de tarde y noche. Este lindo vestido es hecho todo de encajes con vuelos espirales, hasta la cintura.

ESTILOS
MUY
BONITOS
CON
INFLUENCIAS
GRIEGAS



5229

5207

5206

5243.—Este traje con paletó, es con alforzas en la cintura y capa desde los hombros.

5226.—Vestido con falda aparte y blusa paletó con alforzas atrás, en el cuello.

5236.—El bolero de este traje es sin mangas; el corpiño un poco recogido adelante, falda circular con rebeccas bien armada a la cintura.

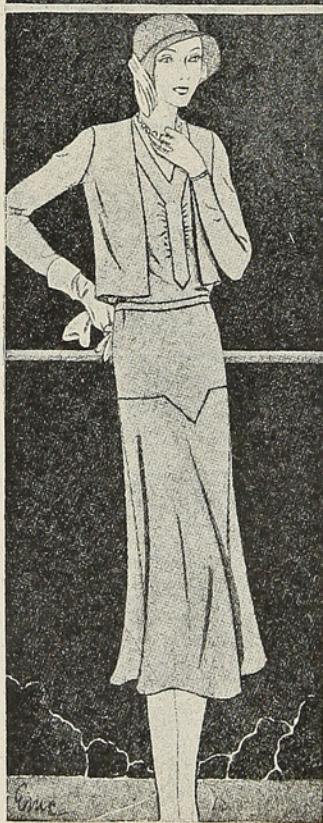
5196.—Traje de sport, sin mangas, la falda formando rebeccas unida a la blusa, cerrada a un lado.

5207.—Falda y blusa de género floreado distintos. Bolsillitos en la rebeccas.

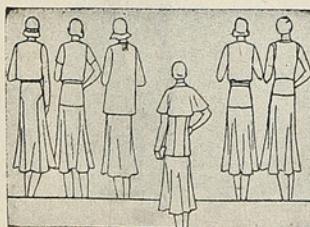
5229.—Traje de tres piezas; falda bolero y blusa. El bolero tomado con una lazada adelante.



5243



5196



5236



La Moda Agradable y Sencilla

5228.—Mangas aglobadas; cuello de dos vueltas, lacetas en la cintura, muy juvenil.

5226.—La falda tableada; puños y cuello blanco, ribeteados de color.

5204.—Abrigo con capa abrochada adelante, en las vueltas.

5209.—Trajecito encantador con vuelecitos recogidos, amarra de cinta en la cintura y hombro, mangas ribeteadas.

5225.—La moda repercute en los niños. Trajecito con pollera campana y capita.

5238.—Trajecito para niñito.

5327.—Trajecito para niñitas, iguales.

5203.—De género floreado, muy dije.

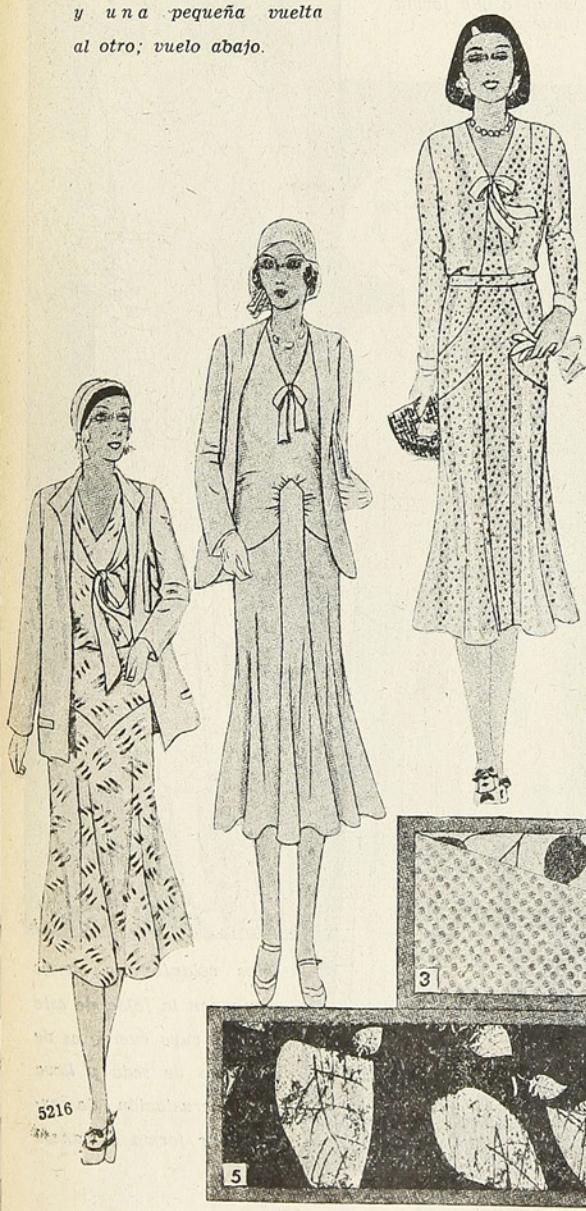
5227.—Trajecito para niñito, pantaloncito de cretona, blusa adornado también con cretona.

LA MODA AGRADABLE
Y SENCILLA

5230.—Es siempre necesario tener un paltocito para ponerte sobre los vestidos delgados. Este modelo tiene una gran rosa a un lado y una pequeña vuelta al otro; vuelo abajo.



5230



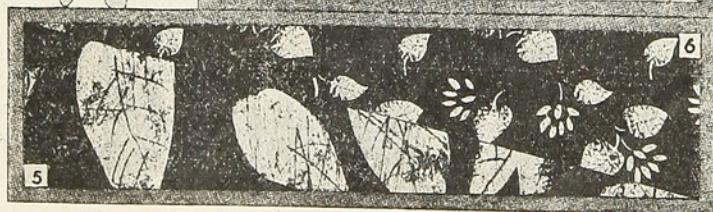
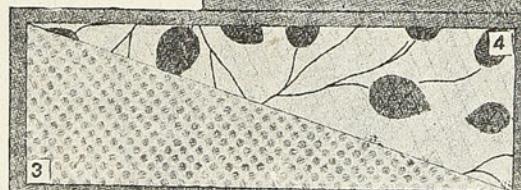
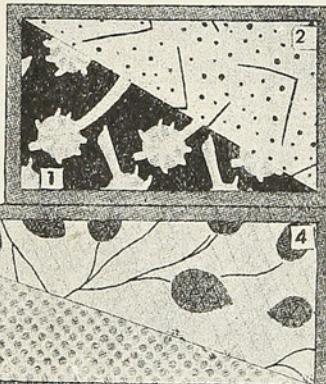
5216

5223.—Chaqueta muy juvenil para usarla sobre falda de una pieza.

5216.—Combinación muy bonita de vestido estampado con chaqueta de género de un color.



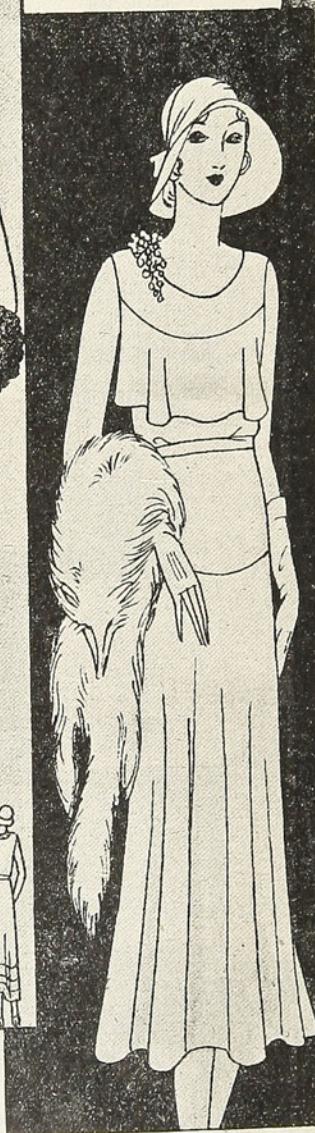
5223





Algunos vestidos muy elegantes para señoritas de un cortejo de boda

Debajo, a la izquierda, vestido de crepón de China de color claro, adornado con una incrustación de tul del mismo color; el cuerpo es liso y la falda cortada en forma. A la derecha, vestido de crepón georgette azul pastel, cuyo cuerpo se completa con un volante que forma bolero.



Encima, a la izquierda, vestido de línea muy nueva por su largo cuerpo terminado por tres volantes; la falda está finamente plisada; anchos bieses de satén ribetean el escote y las bo-camangas. A su lado, vestido de muselina de seda estampada adornado con volantitos de muselina de seda lisa.

Tres volantes de encaje componen la falda de este vestido, cuyo cuerpo es de muselina de seda y lleva una incrustación de encaje que forma el canesú

ALGUNOS VESTIDOS NEGROS



Encima: vestido de crespón de China negro, con cuerpo largo y falda en forma; un cuello de crespón de China blanco bordea el escote y pasa adelante por una anilla.



Este vestido de crespón marroquí es de forma muy nueva; la línea princesa ciñe el cuerpo hasta la base de las caderas y se ensancha allí en godetos; el cuerpo forma bolero. A la derecha, vestido de crespón de China grueso, que lleva unas secciones en forma incrustadas en los tres volantes que forman la falda. Cuello y cinturón blancos.

El negro es siempre muy elegante y de boga duradera, por lo que hay pocas mujeres que no posean en su armario un vestido negro útil para gran número de ocasiones. Es el vestido práctico por excelencia. Bajo estas líneas, a la izquierda, vestido de crespón marroquí negro, adornado con secciones y encajes en el escote y en los puños; una sección en forma está incrustada en el delantero de la falda. A la derecha, vestido de crespón georgette negro, de largo cuerpo y falda fruncida con un gran cuello berto que cubre los hombros.



Vestidos de tarde

Toilette de tarde en crepe Juliette. Escote con doble plastrón. Falda muy ceñida; ruedo amplio. Traje de seda estampada para la tarde. Pieza en las caderas.

Traje de tarde en crepe de China. Dos piezas. El



traje no lleva mangas. El paltocito lleva un gran cuello con plisados.

Traje para la tarde en terciopelo chiffón rosa viejo. Capa hasta la cadera.

Traje en crepe de China gris pálido. Volantes; medias mangas; cinturón y nudo.

Traje para tarde, muy veraniego, en velo de seda estampado.

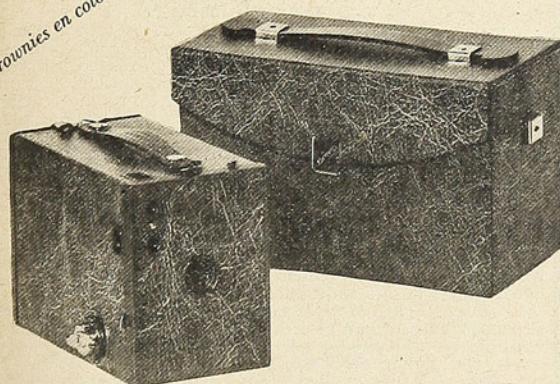
Traje en crepe Elisabeth, estampado. Volantes; pechera en crepe blanco.

Traje en crepe de China; pieza en las caderas; ruedo amplio; bolero.

Innovaciones de 1930

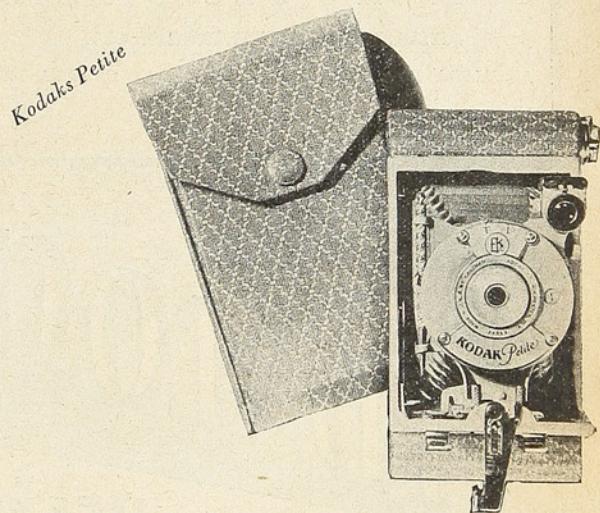
Nuevas Kodaks y Brownies,
a precios módicos, en
su color favorito

Brownies en colores



LAS Kodaks "Petite" no tienen de pequeño nada más que el tamaño. Ahora, en colores, resultan verdaderas preciosidades. Las damas elegantes las llevan pendientes de sus muñecas—*dernier cri*—y los caballeros les dan cómodo alojamiento en cualquier bolsillo. Arte exquisito y sencillez mecánica distinguen a las Kodaks "Petite." Asequibles en los colores azul, gris, rosa, lila y verde.

LA modesta pero excelente Brownie no ha querido ser menos que sus hermanas mayores, las Kodaks, y se presenta hoy ricamente ataviada en modernos y atractivos colores. ¡Qué bella luce esa sencilla y gentil camarita—deleite de niños y adultos—en sus nuevas galas! Cinco son los colores que la embellecen: rojo, verde, gris, castaño y azul.



KODAK CHILENA, LTD.

Casilla 2797

Santiago

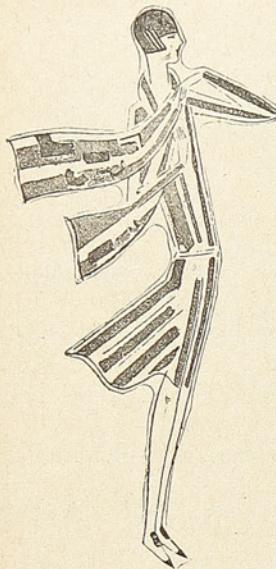
EXCESO DE AYUDA

Por
LEONORA BAILEY

Juanita, eso está mal; ven aquí, que mamacita lo hará por ti.

Lo que trataba afanosamente de hacer Juanita era, senillamente, atarse las cintas de sus zapatos.

Al oír las palabras de su madre, interrumpió la tarea, frunció las cejas vacilante y por fin se acercó a ella.



UNA SILUETA ELEGANTE

obtendrá usted en muy poco tiempo, haciendo desaparecer la obesidad y gordura excesiva tomando:

Tabletas Phytolina

M. R.

Concesionarios para Chile, de este producto:

BOTICA DEL INDIO

ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.

AHUMADA ESQ. DELICIAS — CASILLA 959

SANTIAGO

Base: Phyt.B.

Pero más tarde las palabras de la madre de Juanita fueron éstas:

—Pase adelante, señora; espéreme un minuto nada más, mientras termino de vestir a la nena.

Mientras la vecina y una amiga conversaban con la señora, que ya había terminado de vestir a su hija, Juanita se apoderó de una tijeras y de una revista vieja y comenzó a recortar las figuras.

—¡Pero, Juanita, mira lo que haces! ¿No ves que le cortas la cabeza a esa señora? Déjame a mí, que yo lo haré por ti — exclamó la madre, añadiendo luego:

—Pues ya lo ve usted señora; esto me apena muchísimo. Juanita ya tiene sus cinco años bien cumplidos y parece que no fuera capaz de hacer nada... No es capaz de vestir a la muñeca, por no decir que no se sabe vestir ella misma; es incapaz de colorear una figura cualquiera. A veces me pregunto si no será una criatura retardada...

—Oh, señora, por favor, no diga esas cosas! — replicó la vecina. — La niña está perfectamente bien. Lo que tiene que hacer usted es no preocuparse excesivamente por los progresos de la niña; no espere que con los pocos años que tiene Juanita lo haga todo a las mil maravillas...

—Sí; pero es el caso que Berta, que es menor que ella, lo hace todo mejor. Siempre tiene mejor arregladas sus cosas. Berta se viste sola; ¿por qué Juanita no lo hace también?

—Sí, ya sé que algunas chicas tienen más habilidad que otras para ciertas cosas. Claro está que yo ayudo en algo a mi nena cuando se trata de cosas demasiado complicadas.

—Sin embargo, yo tengo que hacerle completamente todo a Juanita, se lo aseguro — suspiró apesadumbrada la dueña de casa. — ¡Créame que hay momentos en que me siento descorazonada!

—¿Me permite que sea franca con usted y le diga dónde radica el error?

—¡Cómo no, señora! Me alegraría mucho sabiendo cómo remediar esta situación. Tenga la seguridad de que cualquier cosa que me diga no ofenderá mis sentimientos, sino que, por el contrario, tendré muy en cuenta sus puntos de vista.

—Bueno; para decirlo claro y con pocas palabras, creo que usted ha caído en el error de hacer demasiadas cosas por Juanita.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No sé si me explico bien; pero en lugar de decirle o demostrarle que está equivocada, usted tiene la costumbre de hacer las cosas por ella, sin darle ocasión de corregirse, por lo menos. En consecuencia, en cuanto la niña tropieza con la misma dificultad otra vez, se ve en el mismo apuro de antes, ya que no sabe cómo resolverlo. Es decir, hablando claro, que su afán de hacerlo todo por ella impide a su hija avanzar por el sendero del progreso.

—Ahora empiezo a comprender que soy yo la que hago todo, y como usted dice, no le doy ocasión para que aprenda.

—Esa es una de las más grandes dificultades que tenemos que aprender a vencer las madres, señora. Desde luego, reconozco, que es mucho más fácil y quebranta mucho menos los nervios el hacer las cosas una misma, que explicarles a las criaturas el modo correcto de hacerlas y observarlas mientras sus deditos, poco hábiles tratan de vencer las dificultades que le ponen las cintas de los zapatos, por ejemplo, y como ellas tardan varios minutos en hacer lo que nosotros haríamos en pocos segundos, dejamos las enseñanzas para más adelante...

Recién pude observar atentamente lo que pasó cuando usted le pidió las tijeras a Juanita para recortar las figuras; el gesto de la niña dijo bien a las claras que prefería hacerlo con sus propias manos y no mirar el trabajo que usted hacia para ella.

Tenga la seguridad de que el impulso natural de los niños es hacer lo que quieren por sus propias manos. Las madres, en cambio, también siguiendo un impulso muy natural y muy poco comprensible, tratamos de allanarles el camino... pero no pensamos en el futuro, cuando tenemos que resolver problemas sin nuestra ayuda y se encuentran con que no saben hacer nada solas.

SÉDANOSE
M.P.
SEDANTE
DEL SISTEMA
NEURO-VEGETATIVO

estados espasmódicos
excitación nerviosa
neurastenia
psicastenia
melancolía
insomnio

LABORATORIOS
LICARDY
38, B^e BOURDON
NEUILLY-PARIS

Fórmula: (Solución 40 cm³). Passiflora incarnata (extracto fluido); Cratoegus Oxyacantha; Béneño (extracto blando) sesenta centígrados; Glicerina; Jarabe de cáscaras de naranjas amargas C.S.P.

LA DAMA DEL PARACAIDAS

He volado en avión varias veces. Conozco la sensación de dejar la tierra y verla huir hacia abajo y hacia atrás, y apastarse mientras vamos subiendo.

Pronto, las casas se convierten en juguetes de niños. Los caballos, no son más grandes que ratones, y las vacas parecen topos. Lejos, se ve un minúsculo convoy que se arrastra ridículamente. La locomotora empenachada de humo, corre y corre, pero no logra alcanzar al avión.

Y lo creo, como que si ella corre a ochenta kilómetros por hora, ya corre mucho. Mientras que nuestro aparato alcanza con una dulce facilidad 160, o sea el doble. Pero aun no conozco la sensación del paracaídas. Hace falta, sin embargo, que un día..., pero nada diré de ellos a los que me aman. Se me ocurre que aquello se debe parecer muchísimo al famoso salto en el vacío. ¿Ustedes saben?... Tal vez hayáis soñado que os caéis de una grande altura. Procura uno cogerse de algo, pero no es posible. Se agita uno en el espacio, ruega por no sé qué muro invisible que no puede reteneros, los pulmones se hinchan hasta amenazar estallar y el sudor de la angustia os perla la frente.

Y cuando habéis probado todas estas premisas de la muerte anticipada os despiértis, todavía anhelantes, y miráis en torno vuestro con ojos espantados.

¡A Dios gracias no era más que un sueño! ¡En lo sucesivo, no comeré jamás higado trufado por la noche!

He conocido a una paracaidista, que había convertido a toda su familia. Se

llamaba Granveaud. Su mujer y su propio hijo, de cuatro años de edad, se lanzaban al espacio y se dejaban conducir por la brisa con un sólido paracaídas en las espaldas. Una vez, Granveaud imaginó, para experimentar un nuevo paracaídas, el lanzarse desde el famoso puente de los suicidas en Buttes-Chaumont. Era terriblemente arrasgado, porque mientras mayor es la altura, menor es el peligro, en razón al tiempo acordado al paracaídas para abrirse. Se trataba de unos cuantos segundos, e iba a saberse si se estrellaba o si vencía.

Innecesario es decir que aquello se hizo clandestinamente. La policía lo habría prohibido sin remisión.

En el día y en la hora señalada, Granveaud, que no había convocado sino a algunos amigos, apareció en lo alto del puente,—qué nombre!— el Puente de los Suicidas... Significativo, y sin decirnos siquiera adiós con la mano, montó en el parapeto y saltó.

Esperamos, con el corazón palpitante. Granveaud se abatió como una masa sobre el suelo pero sin embargo el paracaidas había alcanzado a funcionar, y se alzó en seguida con una pierna fuertemente confundida y una parte de la pierna que había llegado demasiado tarde para impedir la hazaña.

—¿No ha tenido usted miedo?—pregunté yo a Granveaud.

—No. Tengo demasiada costumbre de usar estas máquinas.

El pobre muchacho debería matarse algunas semanas más tarde en Algeria,

en el curso de una exhibición. Su mujer y su hijo estaban presentes. ¡Qué destino!

Es fácil, pues, comprender que las demostraciones en paracaídas, no están al alcance de cualquiera. Ante todo, se exige una perfecta estabilidad del aparato y serios conocimientos de acrobacia. En Alemania, especialmente, ningún aviador, mujer o hombre, está autorizado para exhibiciones, sin haber sufrido una serie de exámenes muy severos. Para ello, hay que salir bien en seis pruebas. Cuando se satisface a todas, se obtiene la autorización. No de otra manera. Para dar una idea de la temeridad del pobre Granveaud en su experiencia de Buttes-Chaumont, diremos que la mayor parte de los paracaídas no se abren sino después de 30 a 50 metros de descenso, y el tal puente no cuenta sino con una altura de 27 metros. La atracción del paracaídas es muy grande. Es una sensación que buscan avidamente numerosas personas, especialmente mujeres. La señora Granveaud continuando la obra de su marido, que había fundado «El Paracaídas Club». Como su nombre lo indica, esta sociedad tiene por fin el procurar a sus socios la posibilidad de descensos en paracaídas. Hay allí alrededor de un tercio de mujeres. Si ellas no experimentaran numerosas dificultades tales como autorización marital o paternal, serían muchas más que hombres.

He aquí una anécdota que me contó el propio Granveaud: Después de un meeting organizado en Champagne, re-

Der-Ven



Todas las personas entendidas compran únicamente la media de seda DER-
VEN, que unen a la refinada elegancia
su duración y bajo precio.

SUBIENESTAR

depende de su salud.

TEL
LUXOR

le proporciona salud y alegría.
TELUXOR es estomacal, digestivo, agradable al paladar, laxante suave.

EL MEJOR TE
PARA AGUAS CALIENTES

Ayuda a adelgazar

En las buenas Farmacias.

cibió la visita de una joven que conocía mucho de vista por haberla encontrado en diferentes ocasiones análogas. Quería hacer un descenso en paracaídas.

—Pero, si esto no se improvisa! Hay que sufrir una serie de pruebas.

Pero la joven insistía:

—Quiero hacer un descenso en paracaídas y lo haré!

Fatigado, el hombre consintió. Creyó que una vez colocada al lado del muro, la joven iba a arrepentirse. Pero nada de eso. Lanzando un grito de alegría, se precipitó para que la ajustaran las correas del aparato en los hombros. Se la condujo. Era Granveaud quien pilotaba el avión. A 400 ó 500 metros, ella saltó. El paracaídas se desplegó majestuosamente y aterrizó con dulzura.

—Está usted satisfecha, señorita—le dijo el aviador, contando con sus agradamientos. Pero la joven se echó a llorar.

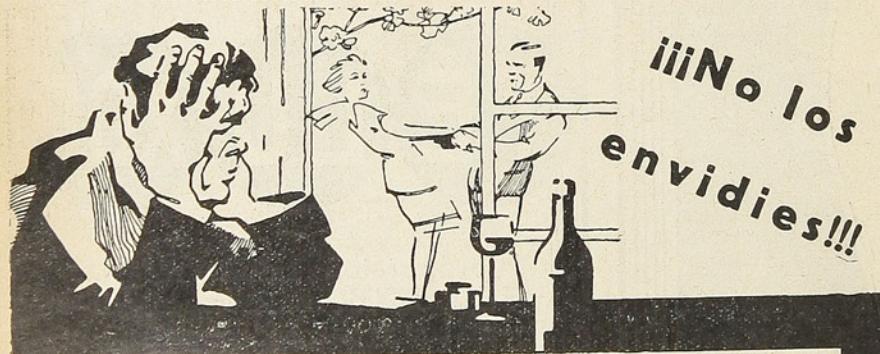
Ella creía que el aparato no funcionaría. Era una desesperada que había querido suicidarse de aquel modo original, pero poco discreto.

¡Encantador!

HENRY MUSNIK

LA DIGESTION DESPUES DE LOS CUARENTA

En todas épocas y más después de los cuarenta hay que preocuparse de la digestión de las substancias ingeridas. Los primeros dolores estomacales que se observan periódicamente y a los que frecuentemente no se les da la importancia debida, son los síntomas que demuestran que cesó para siempre la digestión activa de la edad juvenil. Las molestias digestivas que se inician en el transcurso de los años, tienen casi siempre su origen en la hiperclorhidria. Media charadita de las de café de Magnesia Bisurada, en un poco de agua, después de las comidas, neutralizará la acidez excesiva. El estómago podrá terminar sus funciones digestivas de un modo natural y sin molestias de ninguna clase, ya que la Magnesia Bisurada (M. R.), combate rápidamente los ardores, pesadeces, eructaciones ácidas, hinchazones e indigestiones, sin que su empleo constituya un hábito en el organismo. Se vende en todas las Farmacias. Base: Magnesia y Bismuto.



Si te quejas, padeces y no puedes trabajar... tuyas es la culpa. Ahí tienes las TABLETAS DE HELMITOL

Cualquier dolor es en la vida un gran impedimento: pero las dolencias causadas por las enfermedades de la orina, son terribles. — Nada hay tan insopportable y doloroso como los males abrasadores y punzantes de las vías urinarias.

Para su alivio y curación tenemos las TABLETAS DE HELMITOL, las cuales, gracias a su fuerza desinfectante en las vías urinarias y riñones, regularizan las funciones de esos órganos, volviendo el enfermo a poder orinar normalmente y sin molestias.

No debéis esperar hasta que los dolores se presenten, sino de vez en cuando, por medio de la cura de HELMITOL, limpiar las vías urinarias.

Tabletas de Helmitol

(M. R.: a base de anhidrometilencítrato de hexametilentetramina)

adornos, que será de buen tono no despreciar.

GRANDES Y PEQUEÑOS MONOS

Un poco por todas partes y posados en diferentes puntos, tal como las mariposas, ya sobre los corpiños, ya sobre las faldas, aparecen los monos.

Algunos, importantes, se abren con suntuosidad amplificando una silueta esbelta, de talle grácil, de caderas angostas. Otros, alargados, desarrollan una línea, deslizándose desde los hombros o desde el centro de un escote, o continuando un movimiento del corpiño.

Pequeños monos complementan un cuello o se fijan sobre el puño de la manga. Es un capricho muy femenino.

CASCADAS DE VOLADOS

La silueta femenina exige movimientos, irregularidad y fantasía, para que ella proporcione esa expresión de juventud con que sueñan las elegantes.

Los volantes, que se escalonan sutilmente sobre las faldas, y que animan con espíritu y gracia los tejidos livianos, responden mejor que ninguna otra guardería a ese deseo, de modo que se les emplea con profusión. Así, se verán, tanto de día como por la noche, muchas túnicas, superponiendo volados chatos, apenas sostenidos por algunos frunces; y, sobre todo, existirá el capricho bonito de los volantes.

EL ZORRO Y EL GALLO

Un zorro encontró un día a un gallo en un campo lindero a un gallinero. El pobre gallo, muy asustado, se puso a gritar. El zorro que temía la llegada del colono trató de hacerlo callar.

—Amigo—le dijo—no grites tan fuerte, ¿no sabes que somos primos?

El gallo creyéndose salvado se puso a cantar alegramente.

—¡Ah, primo, qué linda voz tienes!— exclamó el zorro—Es un placer el oírte. Me parece, sin embargo, que tu padre cantaba aún mejor, pero él cerraba los ojos para hacerlo.

El imprudente gallo se puso nuevamen-

te a cantar, pero temiendo una sorpresa, sólo cerró un ojo.

El zorro marcaba el compás con sus manos, aplaudiendo.

—Está mucho mejor así—dijo—pero si cierras los dos ojos, todos los gallos de los alrededores se morirán de envidia o pedirán ellos mismos que los echen al pucherero.

El gallo, muy orgulloso con su voz, creyendo realmente que podía cantar mejor, cerró los ojos, pero no tuvo tiempo de volverlos abrir, pues el zorro saltó sobre él y lo mató.

EL CAZADOR Y EL CIERVO

Un ciervo que había en cierta fuente recreábase mirando su bella imagen en el agua, muy satisfecho de sus cuernos, pero renegando, en cambio, de sus delgadas y largas patas.

Mientras nuestro ciervo se admiraba llegaron hasta él los gritos de un cazador y los ladridos de unos perros, ya poco distantes, y tuvo que recurrir a la ligereza de sus patas para escapar de sus enemigos.

Pero sucedió que al entrar en el bosque se le enredaron los cuernos en las ramas de un arbusto, gracias a lo cual el cazador lo pudo alcanzar sin mayor dificultad. El ciervo al considerar el estado en que le pusiera la parte más bella de su persona, cambió de parecer, alabando lo que antes menospreciaba y despreciando lo que antes ponderaba.

Muchas veces lo que más agrada es lo más perjudicial.



El laberinto de los espejos

He venido al mundo, con el programa definido de dejar vivir a los otros a su antojo, y a que me permitan por grado o mal que les pese, vivir mi propia vida, sin más cortapisas que las que me dicta mi corazón y les pone visto bueno mi conciencia. Por nada ni por nadie, me torceré mi ruta, el decir y el opinar de los demás; sólo acato el juego movible de las circunstancias, que obedecen siempre a los dictados de Dios. Estamos conformes en que soy una persona rebelde, un carácter discoño, como pretenden mis congéneres.

Debo reconocer en alguien una superioridad manifiesta y ostensible y un interés desprovisto de mezquinos egoismos, para que me tome el trabajo de pesar las razones que me opone a mi propia decisión. No niego que a solas las aquilato y las discuto, y después de maduro examen, en veces he variado mi línea de conducta, en plena libertad. Acepto la fuerza que me doblega, por ser fuerza; pero me rebelo a la idea que sin convencerme trata de imponérseme.

Es tal vez porque así soy, celosa de mi libre albedrio, que nunca inculpo a nadie por mis fracasos y acepto integramente la responsabilidad de mis decisiones hasta sus últimas consecuencias. Tengo una responsabilidad, mala o buena, pero del todo definida, y es por tal que me apena, con lástima despectiva, el vivir de aquellos y de aquellas que andan metidos siempre en el laberinto de espejos.

El laberinto está formado por los juicios disímiles y las opiniones dispares de los demás; por los juicios que han de merecerle nuestras actitudes, nuestros pensamientos y nuestra conducta; los temores a la crítica ajena, al qué dirán, al qué pensarán las gentes. Para una gran mayoría de las mujeres, la vida resulta tan desconcertante como un laberinto de espejos, en el que hubiera: lunas cóncavas y convexas, biconcavas, planas y biconexas, de todas las formas y todos los colores, que reproducen y deforman nuestra imagen hasta lo indefinido. Aquella que quiere mirarse a la vez en esta diversidad de lunas azogadas, ha de concluir por no moverse de su sitio.

Estéril esfuerzo el de tratar de acordar su conducta, al ilogismo de los reflejos que creemos captar en el ambiente social que nos rodea. Inútil intento el de tratar de ponernos a tono con el opinar caprichoso o exótico de tanta "gente bien" como andan por este pícaro escenario de la vida, y subordinar nuestras naturales espontaneidades a ese eterno lecho de Proscusto, que se llama la opinión de los demás. ¿Por qué subordinar personalidad e iniciativa, si nunca hemos de satisfacer a todas las interpretaciones de los bien intencionados, que son pocos, y de los mal intencionados, que son muchos?

¿Qué dirán, qué pensarán las gentes? Lo que mejor les pareciere, si es que procedemos en concordancia con nuestros propios conceptos de la virtud, del honor y del amor. Importa, sobre todo y más que todo, ser consecuentes con nosotros mismos; tener el valor moral de decidir por sí: el camino, la cima o el abismo. Vivir pendiente de los quereres o pensares de los demás, significa el renuncio de la conciencia individual, la

venta mezquina del libre albedrio por un plato de lentejas. Corazones y voluntades sin rumbo, que aceptan esclavitud de falsos convencionalismos y mentiras convencionales, con la vana esperanza de contentar a una sociedad incontentable.

Desgraciada en su cobardía y pobreza de espíritu, la que no teniendo luz propia, vive del reflejo ajeno. La que volviendo las espaldas a los imperantes dic-

tados de sus sentimientos más íntimos y perdurables, teme al amor, a la verdad o al bien. La que no se da a sí misma, prohibida por el temor a los otros. Vida mezquina y reptante, que no se alzará nunca hacia las altas cimas, en donde descubre sus velos la belleza y la emoción se ofrece como la suprema dádiva de la vida.



EL JABON PREFERIDO

de la gente de refinado gusto. Uselo siempre
y conservará la hermosura de su cutis.

Flóres de Pravia

(M. R.)

TALENTOS FEMENINOS

Hubo una época en que las artistas pintoras cultivaban exclusivamente las flores y los bodegones. Salvo alguno que otro retrato, los sobredichos géneros eran los predilectos de las artistas en todas las exposiciones. Hoy las circunstancias han cambiado bastante. Todavía parece que la mujer consagra su atención a esos géneros y a los paisajes, pues conviene añadir esta pintura a la cultivada por los talentos femeninos. Pero ya se ha lanzado la mujer a obras pictóricas de mayor empuje.

Se nos ocurren estas reflexiones al ver en el Salón, llamado de las Tulle-

rias, un apreciable número de trabajos en que sus autoras se han separado de la pasada monotonía. No es éste el primer Salón donde se ha manifestado la nueva tendencia, pero si es ya demostrativo del progreso que el feminismo ha realizado en ese concepto.

Entre estas pintoras, que pudiéramos llamar emancipadas de la tradición, son de citar algunos nombres que haremos bien en retener para lo futuro. El primero de ellos es el de una pintora francesa, Madame Lucien Simón, que presenta un cuadro religioso, destinado a una iglesia parroquial y cuyo tema es "El

sueño del Niño Jesús." Un crítico dice de este cuadro que "encierra candidez y ternura." Otra pintora, Madame Odette des Garets, expone un "Desayuno" cuadro de género, de gran frescura y transparencia de color. Adrienne Jouclard muestra dueña de la técnica del movimiento en sus "Patinadores en el Doubs," y sumamente delicada en su "Escuela de párvulos."

Esta nueva tendencia no excluye el cultivo de la antigua. Así es de notar el retrato de Albert Roussel, de Mela Muter. Todos cuantos han visto este retrato están conformes en dos cosas: primamente en la maestría y vigor del pinzal, y después, o mejor dicho al mismo tiempo, en la maestría del dibujo; lo que lleva a la semejanza con el modelo. Es una fórmula enteramente nueva, pues sin sacrificar el parecido, condición indispensable en el retrato, la autora ha sabido poner de relieve el carácter y la individualidad del retratado.

El "gallo" y las "flores amarillas" de Mme. Goltier también están en la tradición de las aficiones femeninas; lo mismo que los "paisajes de París" de Ghy-Lem, la "Vista de Toledo" de Mme. Longuin y la "Marina" de Mme. Guerzoni. Lo más femenino, en concepto de la crítica, de cuando en este salón aparece, son los "paisajes de nieve," de Mme. Fouffie.

Paisajistas, al modo tradicional, pero con talento moderno, por decirlo así, son Lisa Eran y María Navro. Mme. Vaury, Mlle. Dayot y algunas más. Por los nombres podemos observar que hay muchas extranjeras. En efecto, hay expositoras japonesas, escandinavas, italianas, rusas, polacas y algunas españolas, como la señora de Villanueva, que presenta unos "retratos de mujer," muy bien estudiados.

Más arriba, mencionando a Mme. Fouffie, hemos dicho que sus paisajes son muy femeninos en su técnica y en su expresión. Pues lo contrario se dice de Georgette Nivert, que presenta una "Negra" y un detalle de desnudo "que tiene un vigor muy masculino," según escribe un crítico.

En cuanto a la escultura, hallamos una "cabeza de mujer" de la escultora rusa, Gordin, unos bustos de la escultora griega, Janacópulos y otros de Mme. Debayer.

Con todo esto, somos de parecer que donde el talento femenino brilla con luz propia es, tratándose de pintura, en los retratos y figuras de mujer y de niña, como en esta exposición acontece con la "Niña azul" de Magdalena Noufflard y la "Siciliana" de Navro, antes nombrada. Lo que en el modo de decir pictórico se llama "brutalidad" y "fanqueza," disuelta en el talento femenino; es decir, sueña a falso y, cuando es verdadero, sólo consigue sus efectos costa de la sensibilidad penetrante, tan suave y atractiva en la obra artística femenina.

No hemos de confundir delicadeza con inconsistencia. En fuerza de querer afinar en pintura, se llega a la transparencia casi incolora. Pero lo que sienta mal en la mujer, esto es lo que el talento femenino expresa mal, porque no lo siente y sólo por artificio se le impone, es lo desordenado e impetuoso, esa manera de tratar los temas, buscando efectos en el derroche de color y un desdibujamiento impresionista. A estas conclusiones llegamos, conducidas por la Exposición del Salón llamado de las Tullerías, el más independiente de todos.

MISS ANY

RUDYARD KIPLING, el autor que sabe impresionar, nos muestra en forma magistral cuán acerbos son los sufrimientos en esta vida, cuánta crueldad existe, ¡cuántas bajas pasiones!

"LA LUZ QUE SE APAGA" nos muestra toda la fuerza de su pluma, su gran valía como uno de los más grandes escritores ingleses.

"LA LUZ QUE SE APAGA" estamos seguros satisfará a la persona más reacia, al que por primera vez tome un libro en sus manos le enseñará cuán agradable es la pasión por la lectura.

"LA LUZ QUE SE APAGA" hasta ahora ha costado \$ 8 adquirirla, hoy sólo por UN PESO CUARENTA CENTAVOS la adquirirá usted en el N.º 2 de COLECCIÓN UNIVERSO, y le aseguramos le encantará.

"LA LUZ QUE SE APAGA" nos enseña cuántos trastornos puede ocasionar en un hombre el amor no correspondido; qué maldad, qué crueldad encierra el corazón de una mujer, si se entorpecen sus deseos.

"RUDYARD KIPLING" llevará a usted a través de esta obra, sin que usted se de cuenta. Le interesará desde la primera línea y sentirá que haya terminado.

ADQUIERA EL N.º 2 de

"COLECCIÓN UNIVERSO"

por \$ 1.40 y lea

«LA LUZ QUE SE APAGA», de Rudyard Kipling

Subscripciones a «COLECCIÓN UNIVERSO»:

Anual, correspondiente a 26 números. \$ 32.00
Semestral, correspondiente a 13 números. . . . 16.50

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRESORA Y LITOGRAFÍA

La indumentaria de la futura mamá

No hay mujer elegante que no desee aparecer lo mejor posible ante los ojos de sus amigas y conocidos durante el tiempo que precede a la llegada del nene. El arte mismo de vestir la ayudará en este caso, como en otras crisis femeninas.

El primer paso, y casi el más obvio en este sentido, es la resolución inquebrantable de llevar en todo ese tiempo únicamente los colores más sentaduras y los accesorios que más favorecen la silueta. Este es el momento para los suaves tonos azules, que—aunque no estén precisamente de moda—quedan siempre bien; para los delicados encajes y volados de "chiffon", que ordinariamente son considerados demasiado tenues; para el sombrero grande, si está de acuerdo con el tipo; para las perlas, en fin, para todas esas prendas que contribuyen al aspecto atractivo, no sólo de la figura, sino también del cutis y de su tonalidad, y hasta de los cabellos.

El buen gusto propio de cada mujer evitará asimismo, en ese tiempo, el sombrero exagerado, aunque vistoso; las alhajas demasiado llamativas, aunque fascinadoras; el color brillante, pero de difícil porte.

A veces una blusa con amplias solapas y una falda fruncida y recogida dan un efecto bien equilibrado; en otros casos, se recomienda más bien un faldón de corte circular o un amplio cinturón, atado en un moño flojo a un costado, u otro detalle semejante, que tiende a comunicar armonía a la linea general.

Una medida muy conveniente y que presta singular gracia a quien la adopta, es el uso de una chaqueta semilarga, de corte recto, abriendo sobre una blusa provista de voladitos, de un moño o de alguna otra fruslería de líneas quebradas en el delantero. La presente tendencia por los conjuntos de seda en tonos pastel constituye una agradable solución para la temporada de verano, y puede ser realizada—para los días más frescos—en fino "crépe" de lana u otros materiales flexibles, adaptables para el uso dentro o fuera de la casa.

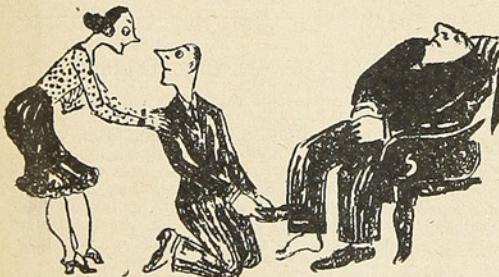
Semejante saco corto puede llevarse sobre distintos vestidos, sin llamar la atención, puesto que se ha generalizado mucho el empleo del "cardigan" de tono contrastante.

Para la noche es el "cocktail-coat", la misma chaqueta o una capita breve, en satén negro, bordado con lentejuelas o en encaje castaño bordado en oro y plata, lo que resulta tan elegante como apropiado.

Durante las últimas semanas, es un precioso auxiliar para distilar contornos poco atractivos un "tea-rown" de material tenue, amplio y provisto de mangas anchas y elaboradas, que concentran los distintos tonos de la prenda. Algunas damas jóvenes encuentran que en este tiempo es muy adecuado el pijama para el uso entre casa.

Un amplio chal cuadrado, preferiblemente de encaje y siempre diáfano, es mejor que un "écharpe" largo. Lo mismo que la chaqueta, suavizará las líneas del dorso, pudiendo recogerse graciosamente adelante. Con un chal similar, de seda o terciopelo de color correspondiente al traje, podrá disfrutarse del teatro o análogas diversiones nocturnas, sin que esto desdiga de la elegancia.

HOMBRE PREVENIDO



—Por qué le quitas los zapatos a papá?

—Es porque tengo la intención de pedirle en seguida tu mano.

No sea Ud. el esclavo de su estómago

Toda clase de desórdenes gástricos e intestinales, como:

FLATULENCIA

ERUCTOS ACIDOS

GUSTO PUTRIDO

ESTRENIMIENTO

desaparecerán rápidamente con:

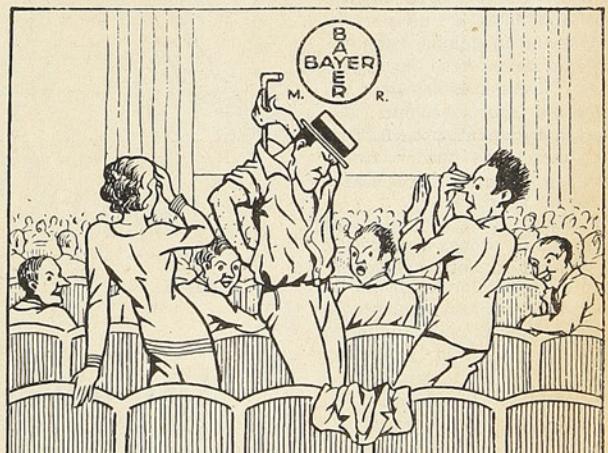
GOTAS JERUSALEN

BOTICA DEL INDIO

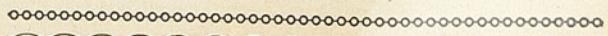
ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.

Ahumada esq. Delicias — Casilla 959
SANTIAGO

Base: Calom. Absenth. Gent. Chin.



Mitigal De efectos incomparables contra picazones, sarpullido, eczemas, comezón, sarna, etc.
M.R.- Sulfido.



CONTRA LOS ZANCUDOS

Estamos ya en plena época de la plaga de los zancudos, huéspedes molestos del verano.

Los zancudos, que se reputaban solamente incómodos, se sabe hoy día que pueden inocular diversas enfermedades. De ahí la utilidad de los medios preventivos.

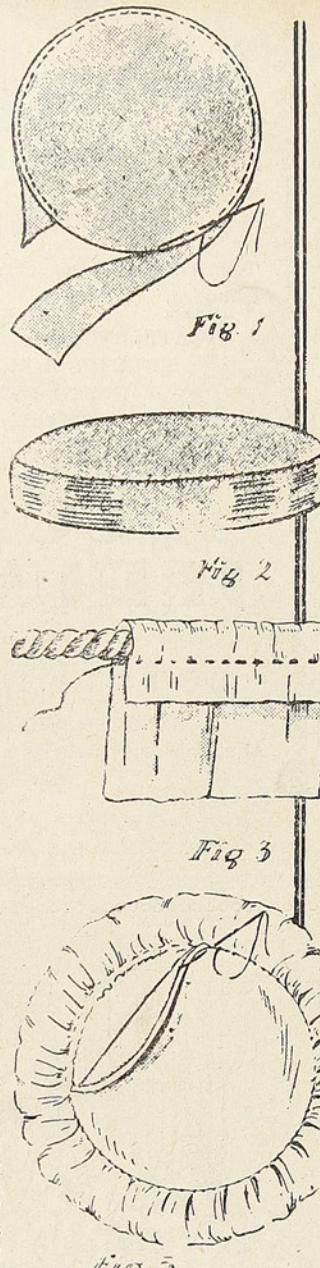
Será bueno habitar casas situadas sobre una colina o en los barrios elevados de la población; los dormitorios se dispondrán de preferencia en el piso alto. En el campo se escogerán las localidades despejadas de veredor, como no sean las plantaciones de eucaliptos, pinos e higueras infernales (ricino).

Para ahuyentar los mosquitos, basta poner en el centro de la habitación una esponja empapada en esencia de eucaliptos o de lavanda. Mientras no se exageren las dosis, estas esencias no causan dolores de cabeza, como sucede con el pelítre o con las combinaciones a base de la propia materia.

Uno de los mejores medios consiste en rociar la habitación valiéndose de un pulverizador, con un líquido compuesto como sigue: Agua, eucaliptol y éter acético, 100 gramos de cada uno; agua de colonia, 400; tintura de crisantemos, 500. Con esta mezcla se pueden frotar también la cara y los brazos antes de acostarse.

Cuando en el campo no se disponga de drogas a propósito, de mosquitera u otro medio análogo de protección, no basta tomar la cosa filosóficamente; a falta de procedimiento mejor se puede colgar en la habitación pedacitos de carne cruda, cuyo olor atrae a los mosquitos; allí se sacian de sangre y nos dejan en paz.

Es recomendable poner por la noche, a cierta distancia de la casa, faroles encendidos colocados en platos llenos de petróleo; los mosquitos son atraídos por la luz y mueren en el petróleo. Los dormitorios se deben cerrar temprano, teniendo cuidado de no dejar ver luz exteriormente por la noche.

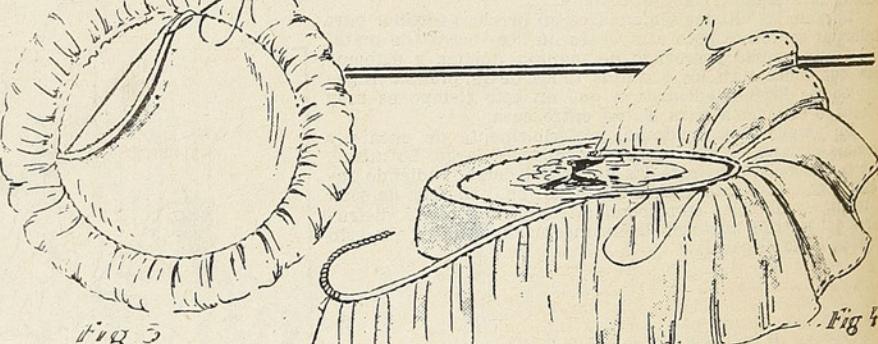


Cómo se hace un almohadón redondo fruncido

He aquí cómo hay que proceder para hacer un almohadón redondo con el borde fruncido. Primeramente se hace un almohadón interior de tejido grueso (fig. 1) que se compone de dos círculos iguales, que tengan la división deseada y de una tira de unos ocho centímetros de ancho, con una longitud igual a la de la circunferencia, y se cose esta tira uniendo los dos círculos, quedando entonces según se indica en la fig. 2, dejando únicamente libre una pequeña abertura para rellenarlo de pluma, miraguano, crin o aserrín de corcho, y cuando está lleno se cose la abertura. Después, sobre uno de los lados se fija por medio de puntos largos, hechos en el borde, el círculo que debe servir de centro de almohadón en el que puede hacerse un bordado o ser un motivo pintado o estampado.

Cortad una tira de satén que tenga el doble de la longitud de la circunferencia del círculo y de treinta centímetros de ancho. Se doblan los extremos, se cosen y se pasa por ellos un cordón (fig. 3) que sirve para fruncir la tira alrededor del círculo, de modo que llegue a dar la totalidad o circunferencia que haya de cubrirse sobre el fondo del almohadón; se cose sobre él con punto atrás (fig. 4) procurando repartir bien los frunces. Después se hace lo mismo sobre el otro lado forrándolo por fin (fig. 5) con un círculo que puede ser de satén igual al de la tira fruncida o al de la parte superior.

J. M.



Las alas, la mariposa y el buitre

LA MARIPOSA.—Si yo tuviese tus alas subiría al cielo.

EL BUITRE.—El cielo está muy alto. ¿Y para qué fatigarme inútilmente? La comida está aquí, en la tierra; no allá, en el cielo. En el cielo no hay más que nubes.

LA MARIPOSA.—Oh, las nubes! Son como granjas flores blancas que vuelan.

EL BUITRE.—Ni las nubes son flores ni vuelan, porque no tienen alas. Se mueven empujadas por el viento, nada más.

Las nubes son estúpidas como los buitres.

LA MARIPOSA.—Sin embargo, si yo tuviese tus alas, subiría hasta las nubes. Segura estoy de que no han de ser lo que tú dices. Son tan bellas que, por ser bellas, han de ser un néctar dignísimo. ¿No has reparado en que las flores más bellas y de más exquisito aroma son las que poseen más sabroso polen?

EL BUITRE.—¡Puf!... Olvidé que estaba hablando con una loca. Despreciable ser que sólo te alimentas de flores; ¡no merecías tener alas!

EL MIEDO

Muchos gritos, un gran bullicio insólito, cierto rumor siniestro llenaban el gran inmueble, sucio, triste y sombrío, con sus ventanas estrechas, sus escaleras oscuras y complicadas por una red de corredores, lo mismo que un cuartel.

La chiquillada había dejado de correr por el patio, donde veíanse tinas de lavar.

Unas comadres en enaguas formaban rueda, consternadas, y, en un rincón, un grupo más silencioso rodeaba a una mujer tirada sobre la baldosa.

Unicamente, la conserje vió todo.

—Hallábame lavando la ropa, dijones, mirando de vez en cuando, a la vieja que limpia los vidrios del segundo piso.

Hasta parecíome muy temeraria de permanecer parada, de ese modo en el borde de la ventana, a su edad, pues, debe de andar por los cincuenta años, y quizás más. Ya van unos 15 que trabaja en esta casa, ayudando en la limpieza de los aposentos. Ayer mismo, me barrió la escalera, porque fui al hospital a ver a mi marido.

—Entonces, ¿se cayó?

—Naturalmente, que se cayó, puesto que ahí está tirada en el patio. Oí un ruido sordo, y la vi como la están viendo. Un montoncito sin monumento.

En aquel momento sólo se ven allí las mujeres y dos ancianos. Los hombres están trabajando. Aquellas no se atreven a avanzar y se empujan con el objeto de mirar. Todas lloran.

—De cualquier modo, es menester llamar un médico.

—Ya fueron por él, pero había salido. Mi hija fué al teléfono del comercio de enfrente para telefonear al hospital.

El sol que cae derecho en el patio, alumbría a la mujer herida, una vieja rara de rasgos duros, arrugas profundas, ropas descoloridas y zapatos grandes.

—Si será desgraciada! Ya la vida le resultaba tan ingrata! Le costaba tanto vivir!

—Debíramos ponerla en una cama.

La herida gemió. A veces abre los ojos y dirige en su derredor una mirada asustada.

Si por casualidad alguien se le acerca, da un grito ronco y procura moverse como si quisiera huir.

Debe tener las piernas fracturadas.

Forman una masa inerte, bajo la enagua de la cual salen los pies que parecen desmesuradamente grandes.

—No os mováis. El doctor vendrá pronto, le dicen despacio.

—Hablan en voz queda de la "vieja frengona", como le llaman, una desgraciada, algo así como una ruina que por unos centésimos, barría, limpia y fregaba siempre callada, mirando con recelo, como si abrigara miedo de todo.

—Echan a los chicuelos. Uno que todavía no sabe caminar y que pusieron en el suelo, en un rincón, grita desesperadamente, frotándose los ojos con las manos sucias.

Por fin, oyóse un auto, la portezuela que se golpea y un paso apurado.

Todos se aprietan y se apartan.

—Señor doctor, es una vieja que...

—Cerraba una ventana en el 2.º piso... El médico interno de servicio se hallaba ocupado con un llamado de urgencia. Entonces os hemos enviado a buscar.

El médico se inclina. Con una sola mirada, le ha comprendido todo.

—Retírense un momento. Déjenme solo, dice con voz imperiosa.

Reconoce los músculos, y mira detenidamente, en tanto que un fulgor de demente brilla en los ojos de la persona herida.

Las miradas del médico parecen todavía más extrañas.

—Un hombre! — murmura para sí—

—Con esta vestimenta!...

El otro procura alejarse, gritar, pero se aplasta, se halla sin fuerzas.

Tiene los muslos fracturados, o más bien triturados por la espantosa caída. Una herida leve deja ver un poco de sangre en la frente.

—Llamad al enfermero y al chauffeur. Transportan aquel ser raro, cuya pollera barre el suelo, en tanto que el médico interroga las comadres.

—Quince años! ¿Están seguras que hace quince años que él... que ella anda por aquí?

—Era una desgraciada, que vivía con muy poca cosa...

El carro de la ambulancia arranca con un movimiento suave. El doctor va inclinado sobre aquel ser acostado. Le toma el pulso.

Ahoga un grito de estupor, porque acaba de descubrir una larga cicatriz que cruza el dedo pulgar en todo lo ancho.

—¡Hé! douin!

—balbuceó. Los ojos del herido se clavan en los suyos. La peluca gris se ha caído descubriendo una parte del cráneo calvo.

—¡Hé! douin!

El doctor recuerda todo. Un crimen espantoso, inmundo, que le dió mucho que hacer hacia unos 15 años. Una anciana asesinada en Pue-

Un secreto

de

Francia



LAS FAVORITAS de los reyes se bañaban en crema para conservar la piel satinada, flexible y de lechosa transparencia. La mujer moderna ha descubierto el secreto de un substituto económico, pero igualmente eficaz, y cede su secreto a las encantadoras mujeres de la América.

Basta agregar al baño unos puñados de Maizena Duryea. Después, bañarse como de costumbre usando el jabón predilecto. Esto basta para que la piel quede tan suave y satinada como un pétalo de rosa.

Este verdadero baño de belleza le deja al cuerpo, además, una sutilísima capa de Maizena Duryea que lo protege del roce de la ropa y de la humedad del ambiente. Haga usted la prueba y deleitese.

WESSEL DUVAL Y Cía

Casilla 96-V

VALPARAISO

MAIZENA DURYEA



Crema Depilatoria Odorono

Para quitar el vello de un modo fácil y agradable. Es una nueva crema...suave...delicada...y sin embargo altamente eficaz. Deja la piel de una suavidad deliciosa y el nuevo vello sale después fino y sedoso. Practicamente carece de olor.

acaba con las molestias de la transpiración y con el olor del sudor.

THE ODO-RO-NO CO., INC.
Nueva York, E. U. A.



acaba con las molestias de la transpiración y con el olor del sudor.

THE ODO-RO-NO CO., INC.
Nueva York, E. U. A.

El Odo-Ro-No Regular, es para ser aplicado dos veces por semana, sobre una piel normal. El Odo-Ro-No suave es para la piel sensible y para un uso más frecuente.

—> LAPIZ



—> POLVO



—> COLORETE



Armonía Natural

El lápiz — de fama mundial — embellece y armoniza con el cutis individual de cada dama. El Colorete — poseedor de la misma magia — cambia de color al aplicarse. El Polvo — hecho en seis colores naturales distintos — se adapta también a su cutis. La combinación de estos tres productos dan una apariencia natural, elegante y modernista. Use la Crema Nocturna Tangee para limpiar y embellecer el cutis; la Crema Alba Tangee, como base para empolvarse. Pruebe el Cosmético.

Pídase en Farmacias y Perfumerías.

Representantes:

KLEIN & CIA. LTD A.

Santiago, Chile.



Por 20 c. oro americano enviamos una cajita conteniendo los seis productos principales.

THE GEORGE W. LUFT CO., D. de E.

417 Fifth Avenue, New York, E. U. A.

Nombre

Dirección

Ciudad

País

teaux. El victimario cortó el forro del colchón, donde debía haber unos 70.000 francos en títulos y en doblones. El mismo había tomado la huella sangrienta de un pulgar con una larga cicatriz.

La cabeza del herido se mueve de izquierda a derecha, a causa de los vaivenes del coche.

—No cabe duda, ¿es usted, no es verdad? — pregunta el médico.

El otro hace una señal de afirmación, moviendo los párpados.

La expresión de terror se ha esfumado de su rostro, cuyos rasgos se normalizan de súbito, indiferentes o resignados.

—Se os creía en el extranjero con el dinero.

Un movimiento que semeja una sonrisa de infinita amargura se dibuja en los labios exangües.

—¡El dinero! — dice el hombre apretando los dientes.

Hace un esfuerzo. Su pecho se alza moviendo la blusa.

—¡Dos francos y medio! Los muslos fracturados le arrancan un gemido. Se le crispa el rostro.

—¡Dos francos y medio! — repite. Luego la sangre, el insomnio, el miedo... ¡Quince años de miedo!

Apenas se le percibe la voz pero se obstina en hablar, en desahogar su odio.

—“La vieja fregonera”... la loza... las escaleras que barrer... la miseria... y siempre... el miedo... el miedo... ¡Qué vida en esos quince años!

La cabeza cae de nuevo sobre la almohada del coche. Se sonríe apenas, otra vez.

El auto penetra en el patio del hospital.

—Prefiero esto — murmura; el presidio, cualquier cosa! ¡No más temblor... no más miedo!...

—“Dos francos y medio” — se repite para si el médico, que se estremece.

JORGE SIM.

H I L O Y A L G O D O N

Muchas personas tienen una predilección especial por estas dos telas. Predilección muy justificada, porque no hay nada tan fresco, agradable y práctico como ellas para el pleno verano.

Y, año tras año, nos vuelven rejuvenecidas en sus formas nuevas.

Los grandes costureros patrocinan el hilo y el algodón en la variedad de sus tramas y colores.

Hay, además del hilo común: hilos “faconnés” con diseños entrelazados en la trama, hilo “imprimé”, hilo grueso y tosco y un algodón que imita hilo; voile de algodón, “shirtings” (tela chemisier) en algodón y en hilo; piqué organdie y variás muselinas. Chanel usa hilos y algodón “imprimés” con pequeños diseños que imitan tweed. Con ellos confeciona trajes sencillos sin mangas, con saquitos cortos hasta las caderas. A veces hace un bordado en ondas como orilla; o en vez de ondas los bordes dentillados. Chanel tiene también blusas en hilo muy fino, para estos “imprimés”. Se componen de un canesú del que bajan tablas muy finas, y en el escote se coloca un moño del mismo hilo “imprimé” del conjunto.

Para la noche, Chanel usa organdie. Tiene un modelo muy bonito en organdie rosa, con una falda larga y circular, adornada con incrustaciones del mismo organdie colocado doble.

Otro traje muy sencillo, con gran escote en la espalda y una falda larga y ondulante, es en broderie inglesa.

Bou Langer exhibe sencillos modelos, generalmente sin mangas, en piqué liso o en algodón “imprimé”.

Estos trajes tienen un plénum a la altura de las caderas o tablas a los costados. Algunos en hilo más armado tienen coloridos muy bonitos.

Jane Régy tiene un traje en mousseline amarilla con pequeños volados cayendo sobre cada hombro, con efecto de berta. Otros, estilo sastre son en algodón de tramas novedosas.

Un modelo de mucho éxito en esta casa es en hilo blanco, con un saquito que se ciñe al cuerpo, adornado con hilo azul

real. Sus encantadoras blusas son generalmente sin mangas.

Maggy-Rouff exhibe delicados ensembles en hilo blanco, todos con saquitos ajustados. Les pone corbatas en colores vivos. Los trajes en piqué fino tienen a menudo “cardigans” (saquitos en lana tejidos) en colores vivos.

Lanvin con su pintoresca idiosincrasia tiene deliciosos trajes de tarde en organdie. Algunos son con volados plegados sobre las caderas o incrustaciones de franjas angostas plegadas que forman diseños interesantes. Tiene también moldeos de noche en organdie negro, sobre un forro blanco.

Lelong se especializa en saquitos cortos en broderie inglesa que coloca sobre trajes lisos, del mismo color, finamente tableados.

Molineux también hace trajes en broderie inglesa. Son deliciosos en sus tonos delicados de rosa, azul, verde o color crema.

Irene Dana, exhibe modelos preciosos en algodón “imprimé” muy sencillos, por lo que resultan muy adecuados y es sabido el buen uso que se hace de ellos en vacaciones.

Las blusas en hilo grueso, blanco, son aquí sin mangas. Y otras con mangas tienen cuellos y puños en una forma nueva, que consiste en sus bordes enredados.

Chantal, siempre tan cuidadoso en sus detalles, tiene blusas encantadoras en un hilo muy fino y delicadamente trabajadas. Para la tarde exhibe un traje en organdie rosa sobre un viso amarillo, cuya falda muy amplia, llega hasta los tobillos.

Doeuillet-Doucet tiene trajes en algodón con diseños imitando tweed. Sus cuerpos son sencillos y las faldas en forma.

Chez Tollmann tiene un traje fascinante en organdie amarillo con cuello triple, uno sobresaliente del otro, y puños, en color blanco. En la cintura lleva un ramo de flores del campo. Para estas telas los detalles, como ser: cuellos, puños, voladitos, pliegues y moños son de una importancia capital.

LIBRERIA AL DETALLE TIENE



UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA
A.H.U.M.A.D.A. 3.2.
SANTIAGO - CHILE

“PARA TODOS”

LA BELLEZA DE LOS FONDOS

Al decorar y amueblar una habitación, la elección del fondo es de supremo importancia. Mucha de la belleza, en los interiores de los siglos atrás, era debida a la perfección del fondo. Para la dignidad, en cierto modo pesada de los escritorios, cofres y camas de caoba, ¿qué mejor fondo podría haberse aconsejado que los papeles con pequeñas flores, a menudo de estilo chino, algunos de cuyos ejemplares han sobrevivido hasta nuestra época? ¡Cómo resaltaba el rico color del damasco y el brocado, las delicadas esculturas de los marcos dorados, contra la severa y, sin embargo, alegre simplicidad de los papeles pintados de blanco! ¡Y cuán hábil era la disposición de los “ralls” espaciosos, pero con pocos muebles, de cuyas paredes colgaban tapices con escenas mitológicas, tales como la famosa serie de Cupido y Psyche!

Los métodos que seguían los decoradores de esos tiempos se basaban en sencillos principios. Los fondos eran de dos clases. Los que estaban destinados a hacer resaltar en todas sus ventajas el contenido de la habitación y a propósito se

hacían neutros y sencillos, y los que constituían en sí mismos el principal elemento decorativo.

La misma regla puede aplicarse en nuestra época. Antes de decidir el plan de decoración, la dueña de casa debe pensar si las paredes van a desempeñar un papel principal o subordinado. El uso a que la habitación se destina será casi siempre el factor determinado. En el “living-room”, por ejemplo, donde se reúnen tantos elementos de actividad o interés para la familia, donde se cuelgan los cuadros favoritos y los recuerdos valiosos, es lógico disponer un fondo liso, neutro, que dé lugar a añadir nuevo interés y proporcionar descanso a la vista. En los “halls” y comedores los muebles son generalmente menos complejos; hay menos cuadros y adornos y no están hechos para ocupaciones que demandan intensa concentración, tal como escribir, estudiar o leer. El fondo puede ser tan decorativo como se dese. Hay excepciones, sin embargo, y es cuando se usan telas ricas, con dibujos, para tapicerías y colgaduras. En este caso, una pared con adornos debe ser evitada. Hay

muchos tipos de decoración para las paredes, cada una admirable en un plan adecuado. Pintadas, estucadas, empapeladas, con paneles, etc. Conviene tener en cuenta al decidir el fondo de una habitación las siguientes reglas generales:

1. — Las paredes destinadas a hacer lucir los muebles serán sin dibujos y de tonos neutros.

2. — Cuando se usan dibujos en las paredes y se emplean a la vez colgaduras, éstas serán lisas; lo mismo que el tapizado de los muebles.

3. — El tamaño de los diseños que se usan, ya sea en la pintura, ya en el empapelado, será de acuerdo con el de la habitación. No se usen dibujos grandes en una pieza chica.

4. — Usese medios colores en las habitaciones claras y claros en las oscuras.

5. — En general, cuanto más pequeña sea la habitación, más claras y lisas serán sus paredes.

6. — Los paneles horizontales y las divisiones idem, como los frisos, hacen que una habitación pequeña parezca más alta.

Pasaba yo por una calle; un mendigo viejo y decrepito me detuvo. Tenía ojos inflamados y lacrimosos, labios azulados, vestía harapos sucios y mostraba asquerosas llagas... ¡Oh cuán horriblemente había corroído la pobreza a aquel ser infeliz!

Me alargó una mano roja, hinchada, sucia; y sollozaba, gemía, al implorar mi socorro.

Registré mis bolsillos: no hallé ni por-

El mendigo

tamonadas, ni reloj, ni siquiera un pañuelo.

Y el mendigo esperaba; y su mano extendida removíase débilmente.

Todo confuso, no sabiendo que hacer, estreché con fuerza entre las mías aquella mano sucia y temblorosa.

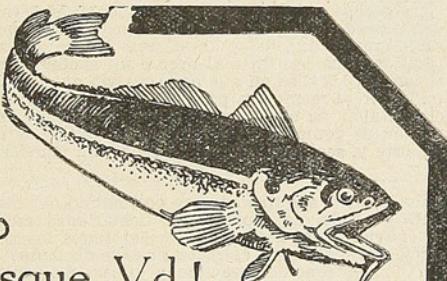
—Perdóname, hermano—le dije;—no llevo nada que pueda darle.

El mendigo fijó en mí los ojos enrojecidos, sonrieron sus azulados labios, y también estrechó mis fríos dedos.

—Bien, hermano—dijo con voz ronca—gracias; también esto es una limosna.

Entonces comprendí que yo tampoco acababa de recibir alguna cosa de aquel hermano mío.

IVAN TURGUNEF



No busque Vd!...

No encontraré reconstituyente más poderoso que la

PANGADUINE

M. R.

Bajo una forma agradabilísima encierra todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao.

Es el medicamento por excelencia de los Niños, de los Jóvenes Fatigados por el Crecimiento, Neurasténicos, de los Convalecientes. Obra maravillosamente en las afecciones pulmonares.

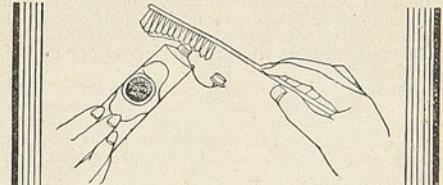
El Doctor Doyen, el gran cirujano de fama mundial ha escrito:

La PANGADUINA es un excelente reconstituyente. Desde que existe, ni una sola vez ha recurrido al aceite de hígado de bacalao bajo cualquiera forma que sea.

DOS FORMAS : Elixir, Granulado
de venta en todas las farmacias

Sucedáneo del Aceite de Hígado de Bacalao. A base de: Extracto de Hígado de Bacalao; Glicerina; Jarabe de grosellas y vino de Oporto.

Dos Auxiliares de la Belleza



... un cepillo para los dientes y un tubo de Pasta Dentífrica EUTIMOL. Estas son sus dos armas más poderosas contra las caries y la capa gelatinosa que destruye la hermosura de los dientes. La Pasta Dentífrica EUTIMOL—dos veces al día—le ayudará a conservar su dentadura sana... porque mata en 30 segundos los gérmenes de las caries dentales. Deja los dientes inmaculados, blancos y pulidos.

Fórmula: Carbonato de Calcio, Azúcar, Jabón, Raíz de Lirio de Florencia, Glicerina, Salicilato de Calcio, Agua, Aromáticos.

Pasta Dentífrica EUTIMOL
M. R.
♦ PARKE - DAVIS ♦

Mándenos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra de EUTIMOL. Parke, Davis & Cía. (Dept. 103), Casilla 2819, Santiago de Chile.

Nombre.....
Dirección.....
Ciudad..... Provincia.....



LAS EXCURSIONES

BLUSAS PARA LOS FUTUROS CAMPEONES

Ya como abrigo, cobertor, almohada y hasta equipaje, el tapado para viaje no deba temer, ni arrugas, ni tierra, ni lluvia. El legítimo "tweel" inglés, grisáceo o castaño del que se ha abusado un poco para la confección de trajes de todo uso, halla en esta ocasión su verdadero destino.

Se emplea, asimismo, a este efecto, un tejido de doble faz, o si no dos espesores de tela yuxtapuestos, que tendrán la ventaja, en ambos casos, de no necesitar forros, salvo en el interior de las mangas y en la parte superior del dorso, bajo la forma de pequeño canesú.

Un tapado de viaje hecho para durar varios años deberá ser en forma clásica, más bien amplio, con un cuello sastre o en piel gruesa (ardilla, castor, lobo, astracán de color). Si se poseyera una chaqueta forrada de pieles se llevará tal cual es, pues nada reemplaza para los paseos nocturnos el mullido calor de esos pelos. La mujeres que siguen la moda al pie de la letra echan sobre sus hombros, para viajar, una capa cortada en forma, larga y amplia.

Para llevar con el tapado, fiel compañero de todas las excursiones, la indumentaria es muy variada. En primer término está el traje de saco, en lanilla suave, "jersey", "jersey tweed", espeso crépe de lana.

La falda está hecha en secciones, ensanchándose hacia el ruedo; la parte superior termina en un cinturón de cuero o de tejido; el dobladillo es substituido por tres hileras de pestones, muy ajustados y aproximados entre sí. El saco, entallado, aunque siempre de líneas sueltas, cierra por un cinturón o un botón.

Debajo se lleva una blusita lisa, en "jersey" de seda, tusor, tela de hilo, o de seda brochada, tul de malla grande, "shantung" o espeso "crépe de Chine" blanco. Las de tipo más nuevo son de mangas cortas; el escote va ornado con un "écharpe" hecho en el mismo tejido que la blusa, si ésta es de "crépe de Chine".

El gorro o "cloche" en "shantug", tela pespunteada o en el tejido del traje, es de uso tan agradable que, a pesar de su boga demasiado generalizada, las grandes casas de modas continúan aconsejándolo.

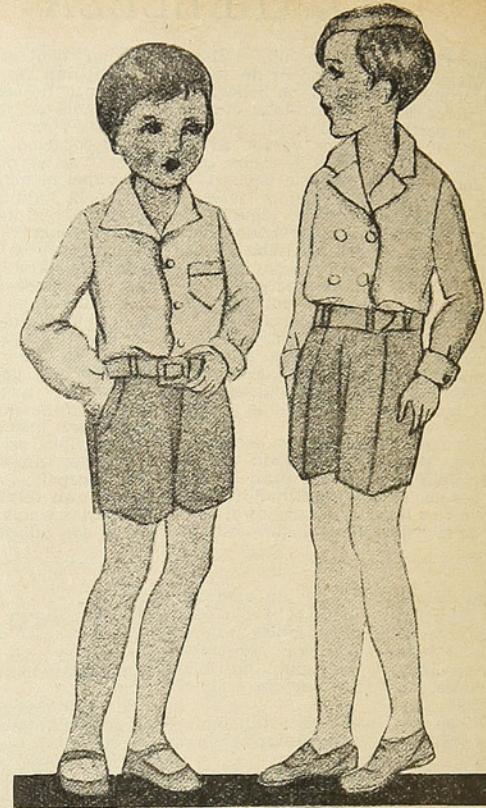
Finalmente, el vestido "chemisier" a tablas, hecho en una tela de seda brochada de filetes o de minúsculo punteado, rinde muchos servicios durante los viajes en el estío, acompañándose entonces con el sombrerito Panamá o de paja de tono muy claro.

COMO DEFENDER NOS DE LAS ENFERMEDADES INFECIOSAS

Estamos escasamente protegidos contra los millones de microorganismos que pretenden en todo tiempo y lugar, penetrar en nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo es un castillo fuerte, cuyas puertas de entrada no ajustan bien. ¿Quizás pensabais vosotros que la piel era una especie de coraza impermeable que detenia los microbios más virulentos? Y bien, se acaba de demostrar que ciertos bacilos pueden atravesar los obstáculos que les opone la piel sana, y si tenemos el menor rasguño en la epidermis, la invasión de gérmenes es todavía mucho más fácil.

A la verdad, las dos grandes puertas de entrada, son la nariz y la boca, siempre abiertas, dando acceso a las vías respiratorias y digestivas. La naturaleza se ha encargado naturalmente de colocar ahí algunos soldados para montar la guardia. De este modo, estas cavidades poseen una mucosa activa que sabe defenderse, pero a menudo la defensa sucede bajo el número de los invasores, y es conveniente ayudarla.

Atended a la limpieza de este vestíbulo. Preocupaos de su toilette. Recordad que por el tiempo frío y húmedo la vigilancia debe redoblararse, porque el frío y la humedad ponen a las mucosas en estado de menor resistencia. No dudéis en



El traje práctico para los niños, en invierno, se compone de un pantalón recto y corto o bien frunciado por debajo de las rodillas y de una blusa de mangas largas que se completa en días fríos con un pull-over o un suéter de punto hecho a mano. En los días en que es necesario que vayan elegantes, el pull-over se reemplaza por una chaqueta del mismo tejido que el pantalón. La blusa, que se frunce en el talle por medio de un cordón de goma, se hace según los modelos de las camisas de deporte y, según se quiera, de seda lisa, franela o hilo.

habituarios a adquirir ciertas costumbres de higiene, que después de todo, no representan demasiadas molestias.

Lavad y jabonad vuestra piel todos los días. ¿No tenéis circulación de agua caliente ni sala de baño? Usad un tubo. El tubo es sencillo, práctico y eficaz. Se debería habituar a todos los niños a tomar su tubo al despertar. Esto concluirá por hacerse en ellos, una necesidad física y la salud irá mejor.

¡Pensad en vuestra nariz! Pensad que está construida para acoger las buenas y las malas cosas y los microbios apartados por los granos de polvo y las gotas de agua, han entrado probablemente por ahí. Mucha gente usa aceites medicamentosos. Yo no tengo sino una confianza mediocre en ellos. Sonaos bastante. Sonaos muy a menudo por principio.

El arte de sonarse hace el aseo y la desinfección microbiana. Lavaos los dientes y la boca, a lo menos tres veces al día, y sobre todo por la noche al acostaros. La mayor parte de las gentes no cumplen esta importante formalidad, sino por la mañana, al hacer su toilette. Y, sin embargo, es por la noche cuando es más útil, porque durante la noche, los gérmenes contenidos en la boca van a aumentar su virulencia.

Estos pequeños cuidados os pueden evitar una gripe cuya gravedad no puede prevenirse. En todo caso, penetrarán en vuestro organismo menos gérmenes, o sea, vuestro hígado tendrá menos venenos que neutralizar y la salud estriba en el mínimo de trabajo que demos a estos organismos.

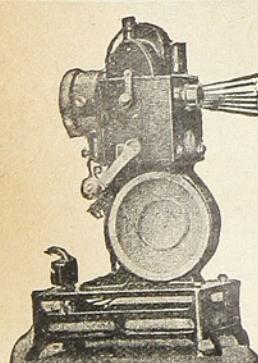
Dr. THIBAUT.

Proyector Pathé-Baby

CINE PARA EL HOGAR.
PELICULAS POR TODOS LOS ARTISTAS.

VISITE A

MAX GLUCKSMANN
AHUMADA, 91



MEDICINA Y BELLEZA

LA HIGIENE DEL ENFERMO

La presencia de un enfermo, requiere ciertas prescripciones higiénicas que son absolutamente necesarias y sin las cuales, las prescripciones del médico, corren el riesgo de no dar ningún resultado. Una buena enfermera es la colaboradora del médico. Yo he conocido un doctor muy experimentado que iba más lejos. "Poned, decía, un enfermo de una afección aguda, un enfermo joven, porque si se trata de un enfermo de edad es otra cosa, en condiciones de higiene moral y física, y si es curable, se curará solo.

En todo caso, he aquí algunos consejos, que os podrán servir útilmente cuando se trate de cuidar a vuestros pacientes.

El cuarto de un enfermo debe estar frecuentemente aireado. Si le da el sol, dejadlo entrar en las horas más cálidas. El sol, es microbicida. Mientras más grande es el cuarto, más vale esto. Nada de cortinas en el lecho, y ojalá nada de alfombras. La temperatura se mantendrá en 18°. La posición del lecho, en el medio, es la más favorable, porque se puede circular en torno del enfermo y atenderlo por todos lados. Nada de lecho de plumas. Salvo indicaciones especiales, la ropa del lecho debe ser cambiada lo más a menudo posible. Se elevará el momento en que se muda el lecho, para cambiar la ropa del cuerpo del enfermo. Esta ropa se calentará previamente.

Tomaréis la temperatura dos veces por día. En la mañana a las siete y en la tarde a las cinco. Esto es capital, porque sin estas noticias, el médico no puede actuar sino imperfectamente. No toméis la temperatura bajo la axila; este método es inexacto: sólo tomándola en el recto, se obtiene el grado justo de la temperatura del cuerpo. Este grado lo escribiréis sobre una hoja especial que mostraréis al médico en cada visita. En una enfermedad infecciosa, es la curva de la temperatura la que va indicando al médico el tratamiento que debe seguir.

Tendréis cuidado de limpiar dos veces al día la boca del enfermo. Si no puede hacerlo por sí mismo, colocaréis un trozo de algodón sobre una pinza, y después de empapar este algodón en agua de Vichy, se lo frotareis sobre los dientes y la mucosa de la boca. Esta, no lo olvidéis, es un nido de microbios y fermentaciones ácidas; estas últimas existen a causa de la absorción de leche.

Si el enfermo es contagioso, pensad en los otros. Desinfectad su ropa por una ebullición prolongada.

En fin, no os ocupéis solamente del cuerpo de vuestro enfermo: sabed obrar sobre su moral. Dadle confianza en los remedios. Aumentad su confianza en el médico por medio de los elogios que tributaréis a éste; no mostréis jamás descorazonamiento: al contrario, no mostréis vuestra inquietud, para hacerle creer que no dudáis de su mejoría. Recordad que el enfermo se convierte en un observador sagaz y atento, y que sigue en vuestra actitud y vuestro rostro, los progresos de su enfermedad. Es-

ta es sobre todo el gran defecto de las enfermeras tituladas, muy hábiles, sin embargo para ejecutar las prescripciones médicas. Indiferentes a las angustias morales de los enfermos, son enfermeras del cuerpo y no del alma. No dan mucha importancia a las palabras del confortamiento moral que valen a menudo más que una inyección o una droga. Conocí, durante el periodo de mis es-

tudios en los hospitales, una hermana de caridad notablemente desgraciada en la ejecución de los cuidados manuales, pero extraordinaria para dar ánimos y valor a sus enfermos. Y bien, todos sus enfermos mantenían su moral excelente y aunque mucho peor cuidados, sanaban muchísimo más ligero.

Dr. BOBARY.

CHISTES

—Mañana inauguramos nuestro campo de football.

—Me han dicho que es muy pequeño.

—Sí; no es muy largo, ni muy ancho, pero tiene una altura... ¡oh! qué altura, lo menos tiene diez mil kilómetros de alto.

—Lo creo!

Entre dos prestamistas:

—¿Fuiste ayer al Liceo?

—Pues la música es buena.

—Sí, pero el "Fausto" no me convence.

—No lo niego; pero fijate en el detalle de las joyas, ¿qué hacen de ellas? Nadie lo sabe; y la verdad, para mí es un detalle de gran importancia.

Un caballero, de visita, pregunta al niño de la casa:

—Oye, niño, ¿qué harás tú cuando seas grande?

—Yo... daré bombones a los niños.



Para
Ella
y para
El

Quinquina Jotaele

JOSE LAPLACE - TALCAHUANO

ENCUENTRO ANGUSTIOSO

(Continuación)

titrás años. Su familia nombró un buen defensor cuando se vió la causa; más, probada su culpabilidad, fué condenado a cinco años de cárcel.

Todavía se ignoraba el paradero de ocho o diez automóviles robados, aunque existía la convicción de que Luis Harding sabía donde estaban. Con objeto de encontrarlos, fui a ver al condenado mientras se hallaba en la cárcel de la ciudad, en espera de ser trasladado a la penitenciaría.

Cuando Luis Harding entró en la estancia donde yo le esperaba, al verme me increpó de mal humor:

—¿Qué demonio quiere usted?

A la manifestación de mis deseos respondió con toda clase de insultos y frases groseras, diciéndome al fin:

—Por su causa me veo condenado a cinco años de prisión; pero si consigo

vivir esos cinco años, le juro que al salir aprovecharé la primera ocasión que se me ofrezca para matarle.

Cuando salí de la cárcel aun resonaba en mis oídos la amenaza de Harding.

Siete años después, en mayo de 1922, mis ocupaciones me llevaron a la ciudad de San Pablo. En la primera mañana de mi estancia en la población, entré en una peluquería con objeto de afeitarme y cortar el pelo. Los dependientes estaban sentados en fila, esperando el turno para prestar servicio. De pronto, uno de ellos me saludó:

—Hola, Tomás.

Me senté en el sillón que le correspondía, sin fijarme gran cosa en él, pues en mis ocupaciones eran muchas las personas con quien había tratado y conocían mi nombre. Además, lo cierto es que no me importaba saber quien habría de servirme.

Mientras me cortaba el pelo, empezó a hablarme con familiaridad de cosas antiguas, sin que se me ocurriese pensar como las sabía, hasta que, cuando me hizo reclinar sobre el asiento para afeitarme, observé que aquel rostro no me era del todo desconocido, aunque no podía recordar donde lo había visto.

Si dejar su frívola conversación, comenzó a afeitarme. Yo contestaba con monosilabos a sus observaciones, pues mi pensamiento no cejaba un momento en la idea de recordar donde había visto aquellas facciones.

Me había rasurado ya media cara, cuando se entretuvo más particularmente en suavizar la navaja. Al deslizarse sobre la hoja de cuero, el vaivén de la acerada hoja empezó a producir un ruido especial y característico, como si quisiera decir: *Har-ding, Har-ding, Har-ding*.

Estas dos silabas, onomatopéicamente pronunciadas por la navaja en su acompañado vaivén, hicieron acudir a mi mente, con la repidez del relámpago, el recuerdo de Luis Harding y de su amenaza de muerte. Inmediatamente me di cuenta, con indecible espanto, de que me hallaba a merced de aquel hombre que había jurado matarme, sin que yo tuviera ni el recurso de echar mano de la pistola, que la tenía en el bolsillo de la chaqueta que me había quitado.

Entre tanto, Luis—ajeno al parecer a mis temores—continuaba afilando tranquilamente la navaja, cuyo roce con-

tra la correa, hiriéndome cada vez más los oídos, se adaptaba funestamente a los pensamientos que sobresaltaban mi mente, hasta el punto de parecerme que decía con su acompañado chirrido: *¡Te-vi!, ¡Te-vi!, ¡Te-vi!*

Estuve tentado de saltar del sillón y abalanzarme sobre mi chaqueta para coger la pistola; pero, dudando entre si lo hacía o no lo hacía, me fijé en la pacífica actitud del barbero, que no denotaba ninguna intención homicida, y acabé por quedarme en el sillón para no hacer el ridículo con mi conducta ante los demás parroquianos de la peluquería. Además, de haber querido cumplir en esta ocasión su juramento, podía haberlo hecho ya mucho antes mientras me afeitó parte de la cara. Decididamente, todas estas reflexiones tranquilizaron algo mi ánimo y resolví no moverme, aunque esperando preparado los acontecimientos.

Si embargo, pronto me arrepentí de esta resolución, pues cuando Luis se acercó de nuevo con la navaja en la mano para acabar de afeitarme, no pude menos de estremecerme interiormente.

Mientras duró la operación—unos minutos que me parecieron siglos—confieso que pasé los momentos más angustiosos de mi vida. A cada instante creía sentir la hoja de acero que se hundía en mi carne, y cuando me la pasó por la barba, sentí que materialmente me moría de espanto.

En cuanto terminó, me apresuré a levantarme, al salir del establecimiento, le di un dólar de propina, cosa que no había hecho nunca en mi vida. Por lo demás, Luis me cortó el cabello y me afeitó con exquisita perfección.

Más tarde volví al establecimiento y tuve una conversación con él, dándonos ya a conocer mutuamente.

Me dijo que la condena que cumplió en la cárcel le resultó beneficiosa, pues se había convertido en hombre de bien. Se casó y tenía ya una niña.

Algun tiempo después comí varias veces con Luis y su familia, pero nunca le recordé la amenaza de muerte que un día me hizo, ni le di cuenta de la terrible revelación que me había hecho su navaja al pasar por el suavizador. Y a menos que lea estas líneas, jamás sabrá que la emoción más angustiosa de mi vida fué la que sentí cuando me habló su navaja de afeitar.

CANOSOS

NO PIERDAN SU TIEMPO EN EN-SAYOS CUANDO TIENEN A LA MANO

LA TINTURA FRANCOIS INSTANTANEA

(M. R.)

La única que devuelve en algunos minutos y con una sola aplicación el color natural de la juventud, en negro, castaño oscuro, castaño y castaño claro, y que ha probado sus buenos resultados desde 20 años que se vende en todas las Farmacias.

Autorizada por la Dirección General de Sanidad, Decreto N.º 2505.

Lo venden las mejores farmacias, en la conocida botella azul.

Limpiese Ud. por Dentro

Su médico puede enumerarle los varios desarreglos que origina con frecuencia el estreñimiento.

Por eso es que tantos doctores especialistas, conociendo la eficacia y seguridad del *Laxol*, lo recomiendan a sus pacientes.

Laxol es finísimo aceite de ricino, pero grato al paladar mediante su mezcla con substancias aromáticas. Ni sabe ni huele mal.

LAXOL

A. J. WHITELIMITED, 70 W. 40th ST., NUEVA YORK, E.U.A.

Aceite de Ricino Purificado 89.96 gramos Sacarina 0.14 gramos
Esencia de Menta 0.90 gramos Total 90.00 gramos



¿Y tú crees que existe algo en el mundo que pueda hacerse sin dinero?

—Sí.

—¿El qué?

—Deudas.

Carta de una parisienne

La moda a la hora de bridge. — Los "écharpes"

Las reuniones de bridge han recuperado en la estación actual una gran boga. Confieso que lo comprendo perfectamente. La juventud tiene y tendrá siempre afición por el baile, cosa natural. Desde que se reúnen mozos y niñas y hasta señoritas jóvenes, solo se piensa en bailar, tanto más cuanto ya no es indispensable tener una orquesta o un pianista. Pocos son, hoy día, los hogares que no poseen un fonógrafo, piano eléctrico o radio, que tocan hasta la saciedad los "foxtrotes" y tangos.

¿Qué pueden hacer, entre tanto, las madres, las tías y las personas que no bailan? El bridge o cualquier otro juego resulta, entonces, indicado para ocupar sus ocios.

Los trajes de las jugadoras, en lugar de estar compuestos de fino encaje, de ligero "crêpe", de tul transparente, que con vienen tan bien a los movimientos del baile, serán en terciopelo, en "crêpe de Chine", en moaré y sobre todo en "crêpe satén", ese tejido tan flexible, que se presta espléndidamente a los recogidos y a los "godets" de las faldas actuales, tan bonito del inverso como del derecho, lo que permite las incrustaciones de diferente opacidad siempre elegantes.

Las mangas largas son de rigor en estos vestidos; el escote es reducido.

En la mayoría, los modelos son negros, ornados con blanco. El blanco y negro "hace furor". Los collares de cualquier naturaleza, en cristal, en "strass", en jade, en coral, se multiplican alrededor del cuello y agregan al conjunto de la indumentaria una bonita nota de elegancia. Nadie se quita el sombrero; es necesario hacer notar que éste se asemeja tanto a un tocado, que no puede molestar en absoluto a las que se reúnen alrededor de las mesas. Son gorritos ornados con trenzalla o cinta, o boinas de fieltro o terciopelo, encasquetadas en la cabeza, cinéndolas perfectamente.

Con los conjuntos en blanco y negro, una flor blanca, fijada sobre el hombro izquierdo, resulta de buen gusto; se ven grandes rosas o claveles y enormes crisantemos en tul y en organza.

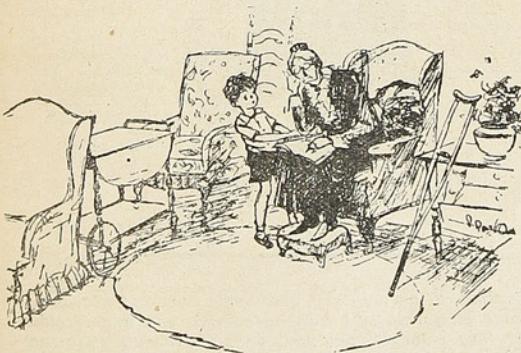
Para el invierno, es ciertamente más adecuado el vestido de terciopelo negro, ya sea recto o provisto de "godets". La forma "vaina", primeramente citada, requiere más bien un bello y pesado terciopelo de seda y un corte irreprochable, mientras que para el segundo estilo el terciopelo será muy suave, como por ejemplo, el terciopelo muselina, y su confección complicada con innumerables detalles: volantes en forma, quillas incrustadas, corpiño abluzado, abierto sobre una pechera de encaje, etc., se presta a mucha fantasía.

El "écharpe", que tanto nos agradaba y que, sin embargo, fué algo abandonado por cierto tiempo, vuelve ahora a acompañar los vestidos de día y de noche. En los modelos creados para veladas, solo se llevan ornados los dos extremos del "écharpe" con brillantes lentejuelas o arabescos correspondientes a los coloridos del vestido.

El tul liso es siempre deliciosamente favorecedor; esa nube ligera, que rodea el cuello y los hombros, esfuman los contornos, aumentando la gracia femenina. La muselina de seda en tonos graduados es también, muy linda.

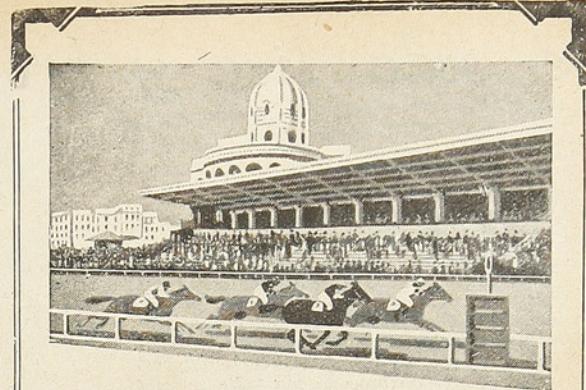
Los "écharpes" para diario se usan generalmente como abrigo, ya multicolores o simplemente en verde jade, rosa pálido o celeste para los días muy fríos se impone en agosto "écharpe" en pieles, con preferencia en armiño, o si no en topo, "petit gris", "loutre" o cibelina. La piel de pelo largo está excluida en este sentido; tiene mucho cuerpo y ocupa demasiado lugar en la abertura de un tapado.

Paris, 1930.



—Abuelita, ¿me quieras decir cómo eran en la época terciaria? Porque, seguramente, habrías nacido ya.

(De "Life", Nueva York)



LAS VACACIONES

DEL DEPORTISTA

En Egipto, país de misterio y poesía, el aficionado a los deportes halla amplias facilidades para dedicarse a sus pasatiempos favoritos en condiciones inmejorables. El golf, el tennis, las carreras de caballos, la natación y el yachting ofrecen todos felices e inolvidables horas de desahogo, bajo el saludable sol de Egipto, el punto más concurrido durante el invierno en el hemisferio norte.

VISITE EGIPTO OFERTA UNICA

28 DIAS de VIAJE Confortable por sólo £ 73-10-0 d (aproximadamente \$ 3,000 m/c.)

ó 35 DIAS por sólo £ 82-10-0 d (aproximadamente \$ 3,500 m/c.)

DESDE	POR	HASTA
Marsella	Alejandría	El Cairo
Tolón		Luxor
Génova		y
Venecia		Asuán
Trieste	Port Said	

Desde el 1.^o de noviembre hasta el 15 de enero

INCLUYENDO: PASAJE MARITIMO de primera clase, viaje en ferrocarril en primera clase, comidas en coches comedores o Pullman, coches dormitorios con lujosos compartimientos individuales y estadas en los mejores hoteles. PUEDEN OBTENERSE PASAJES EN LAS AGENCIAS MARITIMAS Y DE TURISMO.

También pueden adquirirse pasajes más económicos de segunda clase y pueden concertarse excursiones por el Nilo, en combinación con esta oferta.

Remitimos libre de gastos un Folleto Ilustrado a quien lo solicite a

LATIN-AMERICAN PUBLICITY SERVICE LTD.

Entre Ríos, 1334 - Buenos Aires.

Para mayores informes, escribase a

EGYPT TRAVEL BUREAU

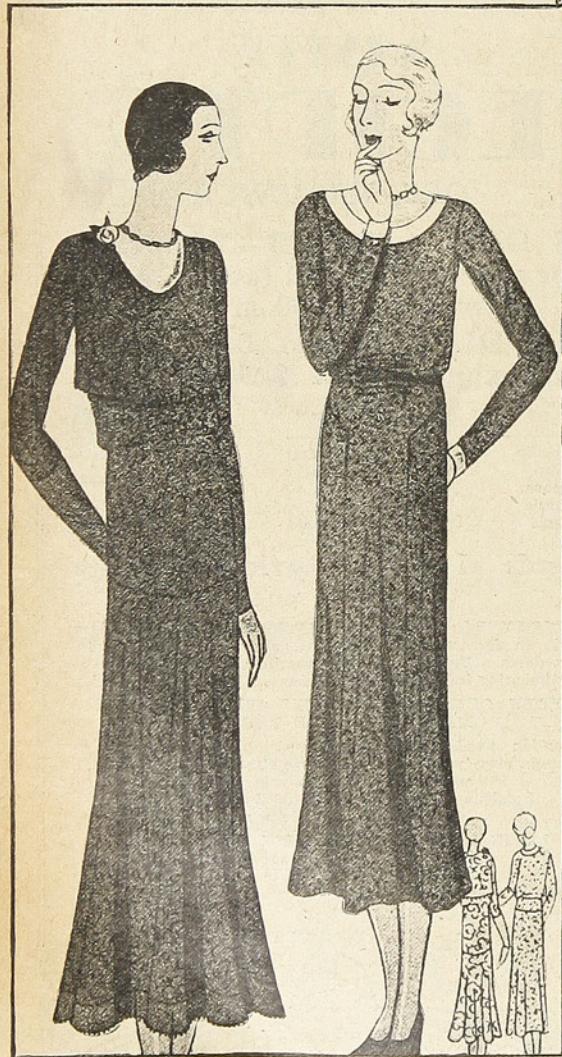
60, Regent Street - LONDRES, W. 1 (Inglaterra)



SELLS, LONDON.

De seda lisa y brocada

La seda lisa, las sedas labradas y los crespones labrados se emplean con igual éxito en la confección de vestidos negros. Los dibujados en esta página, hechos con seda fantasía, son más lujosos que los tocados de seda lisa. Debajo, a la izquierda, vestido de crespón brocado con falda cortada en forma y bolero sobre el cuerpo, muy largo. El vestido dibujado a la derecha tiene unas secciones en forma incrustadas a los lados que dan mucha amplitud a la falda; el escote y las bocamangas están ribeteados con un bies de crespón blanco.



Encima, vestido de moaré negro, cuya falda termina con un volante en forma; un bies de crespón de China blanca, ribetea el escote.

Encima, a la izquierda, vestido de seda labrada, cuya falda en forma se ensancha además con una sección de bies colocada delante; un gran cuello esclavina cubre los hombros y la espalda. A la derecha, vestido de forma muy nueva, con su faldón puesto sobre las caderas y su falda que forma numerosos godets.

Ruego a las feas que no me escriban. — H. B. L. Casilla 1736, Santiago.

Alma del Valle y Esperanza, Correo, Coemú, campesinas, desean correspondencia con jóvenes de la ciudad no menores de 25. No somos nada de peores.

A Corinita, de Chillán. — Me voy al África y tal vez no vuelva a verme más. No podré olvidarla mientras viva. Adiós para siempre único amor de mi vida. Mi último suspiro será para usted. — S. Rivera.

Maruja, 18, ojos verdes, familia y situación, deseas amistad con guardia marina de 20 a 25. Concepción.

A Dama de la Reina. Deseo saber si le soy indiferente. Mi cariño y mi admiración no pueden ser más grandes. — Cargante. Correo, Concepción.

Me encantaría correspondencia con joven de Valparaíso o Santiago. Lo quiero moreno, ojos verdes, 25 años y admirador de Greta Garbo. Tengo 17 años, sin pretensiones. — Luisa Leighton. Correo, Quillota.

La conoci en Antofagasta hace años. Si me recuerda conteste aunque sea para aliviar mi alma de una duda. — Aviador. Oficina Brac, Iquique.

Desearía tener correspondencia con joven mayor de 24. No admiro el físico; exijo seriedad y honorabilidad. Soy baja, más bien morena, entusiasta por la música y la poesía, estudios superiores, 20 años. Correo 13, Recoleto. Marina Cienfuegos.

Me muero por el jovencito parrálico Luis López, que en cierta ocasión me regaló una camelia lacr. Si su corazón está libre y no le soy indiferente, conteste por medio de esta revista a C. F. L., Correo, Parral.

Profesional, 28, delgado, moreno, desea conocer morena hasta de 25, seria, físico agradable, buena dueña de casa, familia honorable. Fines serios. Contestar por esta encuesta a Veramon Schering.

Estudiante, 16 años, regular estatura, siendo de un cariño sincero, lo busca entre las lectoras de esta simpática revista. Exige que sepa corresponderle. — Sédrav, Industrias 176, Angol.

Azucena, Coronel. Sería dichosa si encontrar entre los lectores de esta revista un corazón fiel que devolviera el reposo al mío herido. Tengo 26, sincera, fiel y abnegada.

Samuel Rojas, Talca. ¿Te acuerdas de la chiquilla que preparaste en Inglés, Contabilidad y Taquigrafía? Si no has olvidado las hermosas tardes que pasamos en el Parque Forestal, escribe al nombre y dirección que sabes. Santiago, Perfume de Rosas.

Mendigo de amor, sediento de un cariño sincero sueña mi alma con una mujer de 17 primaveras. ¿La encontraré? Si mi grito de socorro tiene acogida, escribir a Leunam Zepol. Correo, Talca.

Estela L., alta, simpática, buena familia, desea encontrar por medio de esta encantadora revista al compañero de su vida. Cree poder hacerlo feliz.

Mi vida se ha deslizado tristemente. En vano ha pedido cariño desinteresado, sincero y leal. Cansado de oír sólo palabras, sueño con la amistad de una buena mujercita que me haga olvidar los desengaños de la vida. — Pessimista, Correo, Talca.

Cansado de la soledad del alma impío corazón bondadoso que mitigue el dolor que me dejó la muerte. — J. Márquez. Teniente C. Traiguén.

Mi supremo ideal lo constituye Santiago

consultorio sentimental



nes, ojalá extranjero. Preferiría residencia en Valparaíso o alrededores.

Mi ideal es un joven alto, de ojos azules, que el domingo 12 a las 8.10 iba en carro 25 y se bajó en Libertad. — La chica de abrigo negro con piel ploma que lo miraba. Amada Steven, Correo Central, Santiago.

Mi ideal es la encantadora rubieca que vive en Esmeralda y toma góndola todos los días en Rosas esquina de Bandera para irse al Liceo, como a las 7.30. Soy el muchacho a quien sus ojos tienen cautivado y que la mira siempre que la encuentra. — Liceano P., Correo 6. (Se ruega escribir un poco mejor).

Deseo grandemente saber de Luis Saavedra, de Temuco. Si él o alguno de sus amigos lee estas líneas dígnese dar noticias a Cheila A. Rivas. Estación Batuco.

Amandita R. Z., será mi único ideal. Me ha robado el alma y la amo sinceramente. Le ruego contestar al marino que bailó con ella en la repartición de premios de la Escuela Naval. — Ricardo A. D.

22 años, muy práctica quehaceres de casa, educada, buenos sentimientos, desea encontrar hombre que la quiera intensamente y que reúna las mejores cualidades morales. Contestar por la revista a Lejana Estela.

Billie Browne, Correo, Quillota, morena, 22, regular porte, físico pasable, desea correspondencia con joven de 25 a 30, buena posición, aficionado al cine. (Para la otra carta falta cupón).

Luz G. G. se llama la bella rubieca que conoci en un malón, en el barrio Recoleta el año pasado. Vivía en calle Las Rosas y está de luto. Sé que es mucho aspirar, pero soy optimista y creo no haberle caído mal cuando la conoci. Ruégole contestar a esta sección, a Vagabond lover.

C. R., Correo Central, alta, delgada, 17 años, desea conocer joven serio, no mayor de 25, noble corazón, no importa físico.

Alfonso Poblete: Ruégole nuevamente la devolución de mis cartas y retratos a Curicó; ya sabe usted la dirección.

Chiquilla 22, familia honorable, aficionada a música y literatura, trabajadora, fortunata más o menos, desea correspondencia con lectorcito de Santiago al Sur, regular estatura, buena familia, serio, ojalá sin vicios. No importa físico, pero si amor puro y sincero. Escriba enviando foto a Mary Nolan. Correo, Nueva Imperial.

C. Araya R., Potrerillos, La Mina. — Joven económico, 22 años, sin vicios, desea tener correspondencia con fines matrimoniales con señorita que sepa querer, buena dueña de casa, físico agradable, 20 a 25. Prefiérese de La Serena o Coquimbo.

Edith Mac Iver, Correo 21, Santiago, morena simpática, regular estatura, honorable, comprensiva, sincera, desea correspondencia con profesional o marino.

B. G. A., marinero, 20 años, Cazatorpedo Almte. Lynch, Coquimbo, desea encontrar quien sepa quererle.

Mi ideal soñado es y será siempre el simpático mocoso caquenino Elizardo Coll. ¿Se habrá olvidado de sus promesas? Conteste por esta encuesta a — Una Penquista.

Aurora del Valle. — Procuraremos cuando nos topemos con un articolito sobre urbanidad, publicarlo en contra de esos malos educados que la torturan.

Contestando a Extranjero. — Señorita alta, joven, de físico agradable, desearía saber si

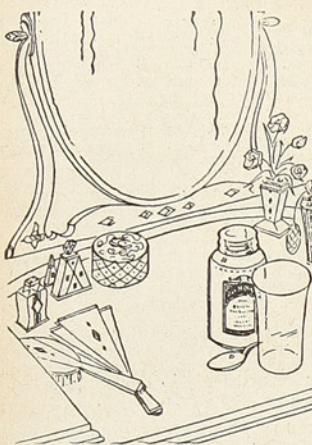
"MULSIFIED"

COCOANUT OIL SHAMPOO

\$ 1.00

\$ 4.00

PENETRA EN EL CUERO CABELLUDO Y FORMA UN EXCELENTE VIGORIZADOR DE LAS RAICES CAPILARES



Hay un nuevo elemento de belleza en el Tocador Femenino

LAS damas están descubriendo que existe una nueva ayuda para la conservación de sus encantos: *Sal Hepática*.

Sal Hepática es la colaboradora de esos frascos, pomos y botellitas que encierran cremas, lociones y coloretes. Porque Sal Hepática hace el aseo interior del cuerpo.

Sal Hepática es un laxante salino, y no hay mejor amigo de la hermosura que esta clase de laxante, cuya misión es eliminar del organismo las toxinas que causan el mal color y las manchas de la tez. Sal Hepática purifica la sangre, neutraliza la acidez y tiene la suprema ventaja de ser rapidísima en sus efectos.

Sal Hepática afecta la fuente misma de la belleza mediante su limpieza interna del cuerpo. Por eso resulta excelente para combatir el estreñimiento, la indigestión, la jaqueca y el catarro. Rara vez tarda más de media hora en hacer efecto Sal Hepática. De venta en todas las farmacias



Formulación: Bitartrato de sodio, Fosfato de sodio, Sulfato de sodio, Citrato de litio, Ácido tartárico, bicarbonato de sodio, cloruro de sodio. — M. R.

dirección para poder escribirle. — C. C. P. Correo 3, Valparaíso.

Raulito Pantoja G.: Si tu corazón está libre contesta a este pobre corazón de mujer enamorada que te sabrá comprender toda la vida. Quien te ama y te amará siempre. — Flor del Valle. — Correo, Concepción.

Estoy locamente enamorada del jovencito del almacén San Luis. Aunque él me desprecie no lo olvidaré jamás. Si su corazón está

sabes. — Potrerillos, La Mina, Ángel Martínez.

Janet Gaynor, Correo, Vallenar, desea correspondencia con José S. que estuvo en esta ciudad hasta febrero del año pasado y está ahora en Potrerillos.

Rosa del V., señorita distinguida, desea contrar a joven Honorable, 30 a 45, trabajador, serio, sin vicios, ojalá extranjero, que quiera formar hogar tranquilo y feliz. — Correo 3, Valparaíso.

Joven, 22, cariñoso, solicita correspondencia con chica sincera no mayor de 25, lo suficiente amante y cariñosa para que haga olvidar decepciones. — Osvaldo Prado, Correo, Potrerillos.

Mi ideal es tener correspondencia con un estudiante de Leyes o Medicina, pero más me encantaría con un cadete militar. Estudio actualmente en La Serena y soy harto simpática. — Elsa Frank, La Serena.

Mi ideal es un simpático teniente de cabinos de Valdivia, que se llama Juan Henríquez. — Una de las chicas que le hizo señas una noche desde un auto. (El teniente necesita ser adivino, la carta no trae firma ni dirección).

Deseo correspondencia amistosa con estudiante de 5.0 o 6.0 de Medicina, de Concepción o Santiago, simpático, serio, buenos sentimientos y carácter. Soy sincera, físico agradable según dicen. — Lejanía.

Deseo correspondencia con joven seria, 18, ojalá morena, buen carácter, cariñosa, comprensiva, capaz de corresponder con sinceridad. Ojalá envíe foto. Reserva absoluta. — Luis Zehnder M. — Linares.

Deseo comunicarme con la poeta Mimi Brieba. Asuntos profesionales. Escribir a Compositor Musical, Correo 3, Valparaíso.

Joven profesional, buena situación, corazonable, regular estatura, desea que corazonado se interese por él. Ojalá envíe foto. — Casilla 2 D, Talcahuano, Sonador Solitario.

Ellen Armestey, desea encontrar joven de 20 a 30, educado, nobles aspiraciones, buena familia. Ella, 18, familia honorable y sé bastante box, por lo que me creo con derecho al matrimonio. — Correo, Temuco.

Mi ideal es un hombre de 20 a 40, de 1.65 a 1.75, buena situación. Yo, morena, 19, cariñosa y capaz de hacer feliz a cualquiera que me sepa corresponder. — Elba Basaéz.

Dinko. — Se ruega escribir más claro.

Joven rubio desea mantener correspondencia con morena que no pase de 18. — Enrique Ponce, Casilla 390, Magallanes.

Eldy Olux, morenita de ojos negros, está loca por joven alto, simpático, de apellido Orellana. Si él se interesa, conteste a Correo 4, Playa Ancha, Valparaíso.

A. A. A., Casilla 4710: Sería feliz si me contestara. Siempre he deseado un hombre educado para que sepa comprender a una chica igual. — Nena Harrington, Correo, Ilapel.

Mi ideal es un chiquillo regular estatura, ojos verdes, alumno 5.0 de Medicina y que vive en Marcolta 445. ¿Se acordará de la chica de su calle con quien conversó varias veces? Conteste al nombre que sabe, agregando Correo, Ilapel.

Señorita L. F. M.: Me preocupa su carta por tener en contra su excesiva juventud que temo no le permita tomar la única determinación que pueda salvárla. De todas maneras voy a enviársela por si, a pesar de esa juventud, es usted lo suficientemente madura y lo suficientemente inteligente que pueda aprovecharla. Lo pasado es muy lamentable, pero aún será tiempo de salvarse si rompe inmediatamente y para siempre con un hombre que — dada su conducta anterior — no puede sino arrancar la ruina completa de su vida. El tiempo es el único remedio que no falla. Además, 18 años son dueños de su porvenir. Estudie, trabaje, hágase como pueda una situación, esto suele traer reales alegrías y cuando sea mujer sabrá elegir con más acierto. Esto será para usted mucho mejor que recuperarlo. Un hombre que ha procedido una vez así, no puede ser buen marido.

Jóvenes feos, 25, no figurines, solicitan correspondencia con chicas de Constitución donde pasarán el verano. Queremos amigas sinceras, no importa físico. — Oscar R. y Raúl P., Correo, Potrerillos.

L. H., 17, desea correspondencia con joven de Osorno, 20 a 30, buena familia. Contestar Portales 1489, Temuco.

A. Fernando M.: Te conocí en Victoria en las vacaciones de 1926 y desde que se me internó en el convento el mismo año no pude escribirte. Nuestras amiguitas Ort. me han olvidado. Si tú no has hecho otro tanto escribe a quien te espera como en épocas más felices. Dirígete a mí o a Luz Rosicler, Diego Portales 1489, Temuco.

H. U., Lota Alto. Aún no te olvido. Si me recuerdas junto con tu estada en una ciudad del Sur, febrero 1927, escribe a quien tú

Ideal Perdido, desea correspondencia con el joven Guillermo Barreto que hace algunos meses conoció en Santiago. Prometo recompensa a la persona que me dé su dirección exacta.

Estrella S. E., alta, delgada, pelo castaño, nada mal parecida, desea encontrar ideal con fines serios. Correo 2, Temuco.

Amo y amo siempre a la señorita Flora V., que vive al principio de la calle Prat. Sus bellas cualidades morales cautivan mi corazón. — José Rojas, Temuco.

Decepcionada del amor de un valdiviano busco entre los lectorcitos de esta simpática revista un corazón que me sea comprender y me haga olvidar el dolor producido por tan grande decepción. — Myrna Loy, Correo 2, Valdivia.

Sofía de Fontes Nerthan, Correo, Viña del Mar, desea correspondencia con joven simpático, familia distinguida, 17 a 24, regular estatura, nobles sentimientos. Yo rubia, simpática, 17. Poseo las cualidades más sublime que deben reinar en una mujer.

Freya Charteris, pide al Sr. Raúl Filippi tengan la gentileza de devolverle sus cartas. No es bueno apropiarse de lo que no le pertenece.

Marinero, 19, desea conocer jovencita 16 a 18, de Chillán o sus alrededores, bien parecida. — Fag. X, Casilla 71, Viña del Mar.

Deseo tener correspondencia con la señorita L. Seguel G. Me gustó desde el primer momento en que la vi. — Correo, Concepción. E. Concha.

Mi ideal debe ser rubio, de 20 a 25, ojala alemán o descendiente. Buena familia. Yo, rubia, de 17. Maruja. Correo 2, Valparaíso.

Mila González, morena, simpática, ojos negros, pelo ondulado, 27 años, buena dueña de casa, desea correspondencia fines serios, con joven buena ocupación. Florida, Concepción.

L. M. L., 16 años, desea correspondencia con jovencito moreno, de 17 a 18. Soy rubia, bonito cuerpo, regular estatura, Correo Central, Temuco.

Sofía Delux, ruega a los señores que siguen escribiéndole, sin obtener contestación, que no insistan.

Eliana Ramírez, desea correspondencia con joven de 30 a 35, nobles sentimientos, culto y sincero, trabajador, buena presencia. Ella, familia honorable y educada, amante del arte musical. Correo 5, Santiago.

C. C. P., Valparaíso, Correo 3, desea correspondencia con fines serios, con joven extranjero, de preferencia inglés. Ella de familia honorable, alta, buen cuerpo, según dicen, nada mal parecida, y no del todo pobre. Reúne las mejores cualidades de ser seria, cariñosa y muy amante del hogar.

Héctor Aguirre, Casilla 194, Parral, de 17 años, ojos azules, bonito cuerpo, moreno de cara amistad con chiquilla de 16 a 20.

Desearía saber la dirección de la señora Isolina Sánchez de Acuña. Si alguna persona amiga lee esto, sírvase dar datos a A. S. Casilla 94, Potrerillos. (Creo vive en Valparaíso).

Chiquilla talquina, familia honorable, desea correspondencia con joven instruido, buena posición, ojalá extranjero, no mayor de 32, que sepa apreciar y respetar a la mujer que llegue algún día a llenar por entero su corazón. Si hay alguno que posea estos requisitos, conteste a Odette, Casilla 18, Talca. Envíar foto, que será devuelta en caso de no agradar.

Morenita de 16, educada y honorable, desea correspondencia con chiquillo de 18 a 22, instruido y simpático, leal y constante en la correspondencia. Mabel, Casilla 18, Talca.

Deseo amistad sincera con joven nobles sentimientos, trabajador. Preferiría agricultor, hasta 35 años, no importa pobre, pero emprendedor. Yo, simpática, 22 años. Hellen, Correo, Talca.

Lella Henríquez C., desea mantener correspondencia con joven moreno, ojos verdes, no más de 18 años. Correo 1, Temuco.

Hace tiempo que guardo el misterio de mi amor, por Juan Calderón B. Vive en Villa Moderna. Lo conoci en casa de su hermano Pepe. ¿Tendré la felicidad de ser correspondida? ¡Sabrá quien es la autora de este parrafito? Si se interesa, conteste a Pastora del Guadiela.

Isabel Márquez, Correo, Polpaico, campesina, desea joven alto, moreno, delgado, de 24 a 28, serio, cariñoso y de buena familia.

Enrique Salazar T., Correo 3, Talcahuano, marinero, 25 años, próximo a dejar anclas de este puerto, busca una amiga que con su suave arrullo de su acento endulce mis horas de soledad. Y el fulgor de su mirada, sea la luz esplendorosa que en medio de las horribles tempestades guíe hacia seguro puerto mi bajeal. No la deseas hermosa, porque esto es algo indiferente; si, la quiero sincera, abnegada, que sepa ser una fiel esposa y una amorosa madre de mis futuros hijos.

Señorita distinguida, honorable, desea conocer joven chileno o extranjero, de 35 a 45, honorable, bueno y serio, que sepa amar y deseé casarse. Rosa Seves, Correo Central, Santiago.

Somos buenos amigos y deseamos ser correspondidos por dos estudiantas de 15 a 17. Indispensable foto, la que será devuelta en caso de no agradar. B. L. B. y A. S. P., Rancahuia, Sewell.

Para Héctor Donoso, de Potrerillos. Mina. ¿Por qué eres tan ingrato? Varias veces te escribí, con la esperanza siempre de mejor acogida, y nunca con suerte mejor. Aunque el destino nos separe, tu recuerdo jamás se aparta de mí. Flor de Hungría.

Flor de Opio, Temuco, desearía conocer al joven Reno Lamura, que vive en la Avenida Alemana. Si su corazón está libre, ruego contestar al correo de esta ciudad. Y si él no leyera estas líneas, ruego a quien las lea, se sirva trasmítírselas.

Limpia

Bañaderas	Azulejos
Espesos	Mármol
	Madera pintada
Cobre	Aluminio
Bronce	Esmalte
Lindámer	



Hace que el hogar resplandezca



El trabajo casero resulta juego usando Bon Ami. Por toda la casa este limpiador, como cosa de magia, hace desaparecer la suciedad y deja todo brillante, limpio. Es facilísimo de usar—no raya—no enrojece las manos.

Bon Ami

De venta por todas partes



ecran

LA
MEJOR
REVISTA
CINEMATOGRÁFICA

¡LÉALA SIEMPRE!!

UNIVERSO
SOCIETAD MODERNA LITOGRAFÍA

Joven de 20 años, moreno, educado, con pequeño dejo siglo XVII, desea amistad señorita 16 a 18. S. S. M., Correo, Viña del Mar.

Para Antonio Maury Rojas, Potrerillos, La Mina. ¿Qué es de ti? ¿Dónde estás? Ruego a los lectores de «Para Todos» se sirvan darme noticias de él. Deseo saber donde se encuentra, y a qué dirección puedo hacerle un envío. Caballero Audaz, Valparaíso.

Un soplo frío y pavoroso deshoja las rosas pálidas de mi juventud. Cada día que pasa se lleva en su cierzo inclemente, un petalo marchito del trémulo rosal de mi alma, sin encontrar el soñado ser cuya mano piadosa sea capaz de derramar la divina ternura que tanto necesita. Alma Sofiadora, Valparaíso.

Deseo correspondencia con joven 20 a 30, franco, sincero, leal. Prefiero extranjero, pero no me disgustaría si fuese chileno. No me importa el físico, pero si su cultura. Soy blanca, rubia, ojos verdes, 19, y quiero cambiar ideas por correspondencia. Edda Wiechmann W., Correo 2, Valparaíso.

Ovidio Rodríguez y Miguel de Hom, Servicio de Aviación Militar, Escuadra de Madrid, Plana Mayor, GETAFE, Madrid, solicitan madrina de Paz.

Mi único ideal es encontrar y casarme a la brevedad posible con Teresita P. M., que antes vivía en Providencia. Ya sabe mi dirección. Puede escribirme a mi casa o a mi oficina.

Mi ideal es J. A. S., ayudante del Ministro de Marina. Creo su corazón no le pertenece, pero quisiera de él su amistad espiritual. Si no viera estas líneas, ruegole a cualquier amigo enviársela. María Helena Weisse, Correo 6, Santiago.

El amor que llavaré hasta la tumba, es para Jorge Riderelli. La pasión es ciega, no contempla edades. Amor eterno y leal.

Mi único ideal lo constituye el estudiante del Instituto Comercial de Temuco, tercer año, iniciales S. M. L., (Chalo). Liana Schonfeld, Correo, Temuco.

Sueño tener correspondencia con simpático joven, 18 a 20. Yo 17, cariñosa, amante del hogar. Z. M. C. E., Correo 2, Valparaíso.

Mi ideal es mantener correspondencia con joven de más o menos 22, moreno, culto, que con sus cartas me haga olvidar esta triste vida de Melipilla. Yo 19, morena alta, simpática. Flor, Coquimbo, Melipilla.

Mi ideal es un empleado del Banco de Chile, iniciales S. A., chico gordito, parece no ser de aquí. La morenita que va al paseo casi todas las tardes. Claudio, Temuco.

Alvaro Tricalloty, 18, moreno simpático, desea encontrar en «Para Todos» su ideal. Ojalá rubia, no mayor de 25, con algún capital que juntar al mío. Ruego envíe foto. Parral, Casilla 194.

Deseo correspondencia con teniente de Ejército o estudiante de medicina, buena familia, 21 a 28, alto, buen mozo. Yo alta, pelo castaño, ojos negros. Intenciones solamente amistosas. Enviar foto. Silvia Solar, Valparaíso, Correo.

Joven 24 años, de buena presencia, no tiene vicios, serio, de buen carácter, trabajador, desea casarse con una señorita morena, buen carácter, ojalá tenga el pelo ondulado, lo que sería

mi mayor delirio. Que sea de familia honorable, y adjunte foto. Correo Central, a Millan 1.º Sin estos requisitos, mejor no escribir. No se verá defraudada si me da su nombre verdadero. Fínes matrimoniales.

Cuando la soledad invade mi alma, empiezo a divagar sobre el príncipe que me ha de llevar al país del Eden. Lo prefiero alto, delgado, simpático, 25 a 30 años, profesional o con porvenir, espiritual, sin vicios, sincero y honorable. Yo soy una muchachita simpática, de 19 años. Mido 1.59, y peso 48 kilogramos. Culta, hace n.º 0 a 20, seriecita. Elena Urioste S., Correo Central.

Militar ansioso de amar, desea saber si alguna jovencita de 16 a 20, se interesa por este humilde milicito. Alfonso Zúñiga, Casilla 120, Valparaíso.

Para H. D'Ossian. Correo Central, Santiago. Tu musa apasionada, rubia y sonadora, responde a tu llamado. En las tibias y perfumadas por nuestros placenteros pensamientos, voy a ti, y con voz muy queda, te invito a entrar en el maravilloso reino de la fantasía, donde unidos marcharemos al compás de una música lejana, que como un murmullo adormecerá nuestras almas. Diana Gontmerry, Correo 3, Valparaíso.

Buscó amigo espiritual que sepa consolarme y comprenderme. Prefiero que haya sufrido. Iva Vaskousky, Correo 2.

Para Eliana, y Graciela Correa R., sus amigos Juan y Paulino, deseán saber el por qué de su silencio de tanto tiempo. ¿No nos juraron amor eterno? Queda de manifiesto que los hombres cumplimos mejor los juramentos. Good by for ever.

Irma de la Paz, por qué continúas en silencio. ¿Dónde estás que no contestas al hombre que te ama desde hace seis años? Corazón Esperanzado.

Para ti, compasivo lector de esta revista, va este llamado de auxilio, nacido desde el fondo de un desgraciado corazón. Desgraciadita o María B., Melipilla, Casilla 29.

Deseo correspondencia con muchacho simpático, bueno, no mayor de 25. Soy morena, simpática. Correo, Talca, Casilla 18.

Mi ideal es Rodríguez, que estuvo en Coltauco, en septiembre. ¿Recordará a la chiquilla rubia a quien miraba tanto? Conteste a Lilia.

Dos amigos de 35 a 40, desean conocer amigas independientes, de Valparaíso, donde irán dentro de poco. M. O. Arcos. Correo, Coquimbo.

Mariposa. Correo 2, Valparaíso, agraciada rubia, de rizos y ojos soñadores, desea amar a un corazón cariñoso y sincero. Lo prefiero oficial, marino o aviador.

Pido al joven J. M. B., carnet 153239, Valparaíso, se sirva retirar carta del correo. Ray, Coquimbo.

A Dario Tomic. Si quieres una amiga para tu alma, contesta a R. V. Correo, Valparaíso. O a esta sección a Flor de Esolino. Es una chiquilla de 19 años. Amable, familia honorable, atractiva y muy seria.

Mi ideal es un joven alto, simpático, con buenas relaciones. Prefiero que sea porteño y ame mucho. Que tenga 20 a 22 años. Yo soy alta, simpática, segun dicen mis amigas. Soy estudiante. Si alguno se interesa, ruego con-

testar Correo 2, Valparaíso. Betty Garat.

Una sencilla lectura ha despertado en mi el deseo de encontrar un amigo con quien cambiar correspondencia, y ser para él, si es posible, una confidente. Me agradaría tuviese un defecto físico, que esté solo y desee un consuelo. No deseo que nos conozcamos, pero quiero que sepa que soy joven y simpática. Luz.

Deseo encontrar un hombre joven, de fuerte voluntad, de culto espíritu, o al menos, que posea el verdadero sentido de la vida. Optimista ante todo. Si se ha conquistado un porvenir seguro, mejor, para hallar la afinidad espiritual en su correspondencia. Yo, 18 años, carácter optimista, alegre, adoro el estudio, la lectura, y la ciencia de la felicidad. Leda Rosas.

Gladi Arias, desea correspondencia con lector no feo, dispuesto a amarla hasta darle su nombre y un paraíso lleno de ilusiones. Temuco, Correo 1.

Myrto. Correo, Quillota, honorable, dueña de casa, 24 años, agradable, muy buena, deseó caballero hasta 40, no importa físico, ni viudo con pequeñuelo, sólo pide un corazón grande y sincero, templado en el sufrimiento, incapaz de engañar, para que me guie y acompañe en mi existencia.

Fleur de Lys. Correo, Osorno, rubia, alta, espiritual, se interesa por Eugenio Thiers, Propiedad Austral. Es único, cruel, frío, indiferente, y siente el idealismo de la divinidad y el misterio del mundo.

A. H. R. del Banco de Chile. Puerto Montt, ¿se acordará de la chiquilla que conoció en esa? ¿Adivinaría quien soy? No lo puedo olvidar. Si no le soy indiferente, conteste por esta encuesta a Greta Garbo.

Mi ideal es el administrador de un teatro viniñamarino, de la bella y romántica Italia. Usa bigotitos a lo Ronald Colman. Según me han dicho, pololea con una chiquilla de Viña, que espero no será un idilio en que mi adorado haga el papel de Romeo. Ruego, si no es así, conteste por la revista a una apasionada chilena que él conoce y que lo adora. Natacha.

Joven ultra moderno, con fortuna y simpatía, busca chiquilla alta, que tenga bonitos los ojos, las manos y los pies, para intercambiar ideas sobre el amor. Luis Tapia C., Correo 6, Santiago.

Para Sarita M., Valparaíso. ¿Te acordarás de mí?... Sin embargo, yo te aliento, adoro, y te recuerdo frecuentemente con gran cariño y amor. Cuento con tu dije persona para mi futuro. ¿Me serás siempre fiel y constante como me eres ahora? Tu Peayín, Talcahuano. Contesta por la revista.

Estudiante, desea correspondencia con joven culto, serio, buena presencia. Ojalá 25 a 30 años. M. G. M., Correo 11, Providencia.

Al joven, según supe, de apellido Espinoza. ¿Recuerda a la joven de abrigo celeste que bailó tanto con él en un baile que se dió en la noche del 17 de septiembre último, en el local de la Sociedad de Empleados de Comercio. Correo 3, Santiago.

Busco jovencita aristocrática, delicada, pobre o fea, siempre que posea figura distinguida. Tengo 24 años, ilustrado, honorable, físico regular. Altura 1.69. Valliere, Correo 15.

Guillermo M. y Octavio C., Destructor «Orella», Talcahuano, marineros, desean conocer señoritas simpáticas.

Mi ideal es la maestrita, que en las pasadas fiestas primaverales, dirigió una comparsa, tan bulliciosa y alegre como ella. Hace años la sigue mi silenciosa adoración, pero sólo hoy, alentado por la tristeza que demuestra, me atrevo a preguntarle, ¿cuándo merecerá una mirada suya, el hombre que ansiosa la espera para formar un hogar? Mecánico, Constitución.

O. S. G., Crucero «O'Higgins», busco alma espiritual de mujer amante, que crea pueda hacer feliz a marinero que desea amar ardientemente. Ojalá fuera penquista.

Señorita de 18 años, desea encontrar joven mayor de 20, con fines seguros, que sea muy formal, y con buenas recomendaciones. H. M.

Ch., Territorio Río Negro, Pso. Limay, Estancia Chacabuco, Rep. Argentina.

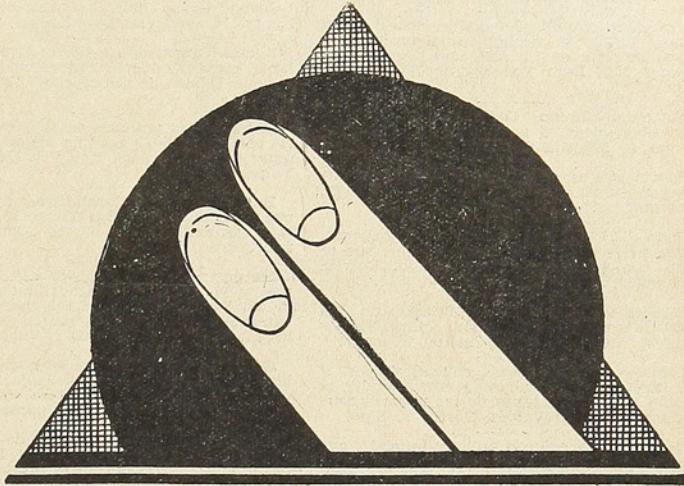
Chiquillo de 17, con 1.67 de altura, buena figura, desea conocer señorita simpática de 14 a 17. Correo 5, Santiago. H. A. C.

Deseo correspondencia con todo un caballero no menor de 25 años, instruido, nobles sentimientos, que endulce la vida de un alma buena y sincera. María Salamanca, Correo Central, Valparaíso.

Caballero joven, instruido, serio, desea conocer señorita o señora, prefiero francesa, no culta, con poco dinero, para impulsar negocio lucrativo y de gran porvenir. Absoluta garantía. Contestar a Idealista.

Raúl Vera G., Coquimbo, desea conocer señorita de 18 a 20, que sea simpática, cariñosa y amable. Se ruega enviar foto.

Flor de Saúco, H. R., Correo 2, Talcahuano desea correspondencia con un marinero.



Belleza en la Punta de los Dedos

DEDOS elegantes, aristocráticos, con uñas redondeadas, blanquísimas y de resaltantes medias lunas... ¡Y todo ese atractivo cuando se atiende a la cutícula! Nunca corte Ud. la cutícula. Manténgala bien formada con el sencillo método Cutex.

PRIMERO: Mójese un pedazo de algodón en CUTEX Removedor de Cutícula, pasándolo suavemente debajo y en torno de la uña, empujando la cutícula hacia atrás, dando así a las uñas una forma perfecta lo que hace resaltar la media luna. Observe como el Removedor de Cutícula remove cualquier mancha en las uñas. Enjuáguese las manos en agua pura y remueva la cutícula muerta que el Removedor haya desprendido.

SEGUNDO: Dé a las uñas ese natural brillo que solo CUTEX Esmalte Líquido puede darle, o si Ud. prefiere, pula las uñas con cualquiera de los famosos Brillos Cutex.

¡Es tan fácil este sistema de cuidar las uñas! Las preparaciones Cutex se venden dondequiero que haya artículos de tocador.



Removedor de
Cutícula

Cutex

NORTHAM WARREN
NEW YORK
PARIS

GUSTAVO BOWSKI, Mutual de la Armada, 7.º piso,
Oficina No. 10. Casilla 1793, Santiago

recién llegado al Hospital Naval. Sus iniciales son N. S. Si sus lindos ojos azules se posan en estas líneas, conteste a la dirección mencionada.

Marinero del buque «Araucano», M. U. B., desea correspondencia con la señorita Ana López D., de Santiago. Conteste por ésta, Talcahuano.

Lola, Correo, Concepción, desea saber de Mario Urrutia, de Cauquenes. Si sus ojos recorren estas líneas, escriba a la amiga que ya habrá olvidado.

Joven, 23, familia honorable, sobrio y sin vicios, pronto a recibir título profesional, busca señorita de 16 a 21, con fines matrimoniales. L. Dam Tolson, 219, I., Viña del Mar.

Antonio Moreno, Correo Tomé, declara por estas líneas, el ardiente amor que siente por la señorita O. M.

Mario Bustos, Correo 2, Chillán, desea correspondencia con la señorita Chita M. B., que salió retratada en un «Zig-Zag».

Para ti, Elvira, va dirigido este párrafo, para que sepas que hay un corazón que te ama con pasión. Un desgraciado. Correo, Los Sauces.

Violeta M. V., Correo 2, Talcahuano. Me gustaría correspondencia con Erardo Vargas de ésta. Conteste a la dirección indicada.

Deseo conocer señorita educada, de 17 a 20, buena figura, que sepa corresponder el cariño de un estudiante de las mismas condiciones. Ernesto Valdés, Correo 2, Stgo.

«Habrá un marino o militar, (oficial), que deseé conocer triguena de 17. Lo quiero alegre y conversador. Correo 11, Providencia. Gabriela Correa.

A Francisco V., Linares. Eres mi ideal desde hace tiempo, pero sé que todo es imposible. Tú bien adivinarás quién soy. M. Rodríguez.

Edmundo Smith Vargas, 19 años, buena posición, desea correspondencia con señorita no mayor de 20. Correo 3, Valparaíso.

Mirta del Valle, busca amigo trabajador, con nobles sentimientos, no mayor de 30 años. Yo, 25, morena, dueña de casa.

Señorita sin pretensiones, desea encontrar amor sincero. Conteste a Junini, 13, S. A.

Morena pasable, busca joven 21, profesional, fines matrimoniales. Yo, pobre, pero educada. F. P. S., Correo 5, Valparaíso.

Corazón solitario busca amistad con hombre de 30 a 37, viudo, con o sin hijos. Yo, 23, feita, morena, amante del hogar. Zaira Gabriela, C. A., Correo, San Fernando.

Yon Jwarz, Tocopilla, Of. «Maria Elena», Correo, 28 años, desea relaciones con señorita de Copiapo o Serena.

Deseo correspondencia con joven de 22 a 28, ojalá alemán. Teatinos 258, Santiago.

Joven decente, 18, desea correspondencia con señorita honorable, sincera, y que no tenga más de 18. Luis Leyton, Correo, Talca.

Esperanza W. Correo, Coelemu. Hacienda de la vida del campo, busca joven con quien pasar agradablemente el verano. No ha de ser menor de 22 años. Ojalá teniente de caballeros.

Me gusta un jovencito de 23, que se llama R. 2.0 M. F. Virgencita. Correo, Lastarria.

No sé cómo te llaman, vives en Viña, trabajas en Valparaíso, en la Tintorería Francis. El martes 11, a las 8.40, ibas en un tren salón, leyendo el Consultorio de «Para Todos». Te veo siempre en el tránsito. Yo subo en Avenida Argentina. Hace días te vi con un caballero, que al parecer, te trataba con mucha intimidad. Desde entonces, a más de admiración, tengo unos celos rabiosos. ¿Por qué? Si envías nombre y dirección a casilla 3014, lo sabrás. E. Vallister.

He visto morir mis ilusiones, porque he dado al corazón a coquetas gentiles. En mi afán de sobreponer el entendimiento a la belleza, no he podido encontrar una mujer que posea la inteligencia suficiente para llenar la vida

de un hombre del otro siglo, de muchas y casi cumplidas aspiraciones, apegado al trabajo, músico, poeta y soñador. A pesar de estas «antigüedades» soy deportista, ballo y me gusta el teatro y la música. Tengo 23, físico vulgar, sin llegar a feo. Deseo correspondencia con señorita de 18 a 20, buena, seria, e instruida. Intenciones nobles y discreción absoluta. Casilla 3014. Armando A. Santana.

Domingo Marcel, solicita madrina de guerra. La Legión Española. 8. a Bandera, 32 Compañía, Melilla, Marruecos Español.

Joven busca quien la consuele. Mireya Rencys. Correo, Lautaro, Llaima.

Elicina Opazo, desea, por motivos particulares, correspondencia con estudiante de la Escuela Dental de Concepción. Correo, Concepción.

Morena, ojos grandes, desea correspondencia con joven de 20 a 25, no importa de cualquier punto del país. Ketty A. Casilla 1617, Valparaíso.

Busco oficial de Carabineros, de 22 a 25, con fines matrimoniales. Tengo 16, pelo castaño, regular estatura, blanca. Alma que sufre. Correo, Sewell.

Me gusta un joven que trabaja donde Torres y Ward. Lo he visto al tomar el tren de 12. Vive en Miramar. Su apellido es Alvarez. Soy rubia, de ojos verdes, por cumplir los 17. Y. R. S. T. Correo 3, Valparaíso.

Ojo a los morenos que les gustan las rubias. Molly es una de ellas, alta, algo simpática, (por no decir simpática en extremo). Molly Vincent. Correo 2, Valparaíso.

Me gusta A. M. R., teniente de Carabineros, actualmente en Talcahuano. Era íntimo de Aquiles D. B. Conteste a Marieta M. Correo, Rafael.

Morocho y morecha, desean amistad con joven y señorita, rubios, ojos verdes. Ellos muy simpáticos, y familia honorable. Correo, Concepción.

Chiquilla de 20, rubia, alta, delgada, desea correspondencia con chiquillo alto, moreno, no más de 26. Tita Sally. Correo, Talca.

Me gusta Enrique T., vive en Tucapel al llegar a Freire, y es estudiante de medicina. Si corresponde a mi cariño, vaya a la plaza el domingo siguiente, al de haber leído estas líneas, con una flor en el ojal. Nena Guevara.

Me gusta el «poroto» Cruzat. Correo, Concepción. Eliana del Río.

Rafael X. Correo, Sewell, (Rancagua), desea casarse con señorita de 17 a 23, morenita, no alta, y con cuerpo fino. Indispensable foto.

Para la señorita Fresia Benítez, que actualmente quizás se encuentre en Coronel, le hago llegar el saludo cariñoso de un viejo amigo. ¿Se acordará de mí, Fresia? Conteste a José Alvear F. Correo, Concepción.

Joven de 17, cansado de desilusiones, lanza su S. O. S. a cualesquiera chica de corazón libre, y se convierte en verdadera amiga. Ha de ser sincera, arreglada y carirosa, 15 a 16. No se arrepentirá quien conteste, pero debe indicar dónde puedo conocerla. Rolando Alvear F. Correo, Concepción.

Sería feliz si una gringuita simpática me correspondiera. Soy joven, 22, pobre, pero con el corazón dispuesto a amar. Puerto Montt. J. A. Oyarzún.

Joven marino, porvenir, desea ardientemente correspondencia con niña de 15 a 20, rubia, ojos azules. Carnet 192.683. Radio Estación, Punta Arenas. Magallanes.

Quien quiera que seáis, llegarás a mí como una suave alborada, para un alma huérfana de afectos. Olivia Llorenty. Correo Central.

Desearía encontrar alma hermana, que sepa comprender la sublimidad de una amistad, y que respete a la mujer como quien ve en ella una hermana. Fedora. Correo 21.

Me ideal es y será siempre una señorita que conoci en el campo, (Colina), cinco años atrás. Se llama Elena Guajardo. Hugo Wast. Colina, Esmeralda.

Marinos, 20 a 22 años, corazones libres, de sentimientos puros. Blanco Encalada, Talcahuano. M. D. G.

Encontré mi ideal el lunes 13 de octubre, en el tren que corría de Talcahuano a la Alameda. Es un morenito sin bigote, que se bañaba en las estaciones a anotar el número del tren, y recordar los coches de tercera. Yo soy la chica que subí en San Rosendo, y me bajé en Longaví, donde residó. Tengo 19, físico agradable, buena herencia, y no he amado nunca. Ruego al idolo de mi vida me escriba directamente, diciéndome su nombre, a Violeta Valler. Correo, Longaví.

Morena, deseo conocerla. Remítame fotografía. J. Martinez. Concepción.

M. V. A., desea correspondencia con señorita dispuesta amar. Casilla 73, Potrerillos.

M. V. A., desea correspondencia con señorita dispuesta amar. Se ruega enviar foto, que será devuelta sin compromiso. Casilla 73, Potrerillos.

Juan de mi vida, te amo con locura. Siempre te veo en San Antonio 760-774. ¿Tienes el corazón libre?

Para ti, Enrique Weiss, dirijo estas líneas. Soy la morenita que conociste por casualidad un domingo en la tarde. ¿Te acuerdas? A pesar de tu ausencia, mi amor aumenta por ti. Morena Triste.

Hombre maduro, hastiado de la vida, si deseas la verdadera felicidad del hogar honorable y puro, ven a una alma grande y comprensiva que sabrá hacerte feliz por su visto criterio. Te deseo sano, culto, de buena presencia, situación holgada, no importa vivir. Inés Claro R. Valparaíso, Correo 3.

Mi ideal es un joven de 22 a 30, ojalá marino, delgado, alto. Yo tengo 20. Ruego enviar foto. Ana Pavez. Tinguiririca.

Mi ideal es el jovencito de la Joyería Trust, frente a la Intendencia, que atendió el 12 a las 7 1/2. Si tiene el corazón libre, ruega escribir a Elsa Maturana, Correo 4. Playa Ancha.

Joven con 23 años de edad, excelente posición y buena figura, desea mantener correspondencia con chiquilla de familia honorable, que sea capaz de corresponder al amor puro y sincero que puede brindarle su joven corazón. Casilla 20, Traiguén. Sergio B.

Suboficial de Ejército, sediento de beber el más puro cariño, ansía encontrar almita sonadora y comprensiva. Centinela. Correo, San Felipe.

Deseo correspondencia con joven serio. Soy rubia, ojos azules. Tengo 19 años. Foto.

Somos dos chiquillas de 16 a 17 primaveras, abandonadas, y deseamos encontrar dos jovencitos decentes y de nobles sentimientos, que nos hagan gozar de las delicias del amor. Preferimos de Sewell o Santiago. Indispensable enviar foto. Correo, Sewell, a «Desilusiónada» y «Mascotitas».

Victor Huguet, ¿por qué no retiraste mi última carta? Me la devolvieron del correo. Si no estás en Puerto Montt, mándame tu nueva dirección. Florencio.

Para señorita Olga Cortéz, P. Burgos. La amo y la amaré con ardor apasionado. No sea indiferente. Esperanzado. Valparaíso.

Mi único ideal es y será una simpática señorita morena que se llama Filomena San Martín L. Si su corazoncito está libre, le ruego conteste a T. A. Doro.

Somos tres chiquillas que venimos a establecer nuestra residencia en esta ruidosa capital, y deseamos conocer tres jóvenes amigos que nos hagan más amena la vida en ésta. Contesten a Norma Palacios G. Correo N.º 5.

Sylvia C. Casilla 935. Concepción. deseé mantener correspondencia con Luis Ugarie. Lo conocí el 18 de septiembre en Pinto.

A viuda sin rumbo. Correo 6. Me gustaría cambiar correspondencia con usted. Diríjase a Casilla 57, Puerto Varas.

Desearía correspondencia con joven de familia honorable, de 30 a 40 años. Yo, de 24. El que se interese, diríjase a Mavel Tudesca. Correo 2, Chillán.

Gringuita valdiviana, desea correspondencia con joven serio y educado, entre 25 y 30 años. Ella, 19, rubia y delgada. F. K. P. Correo, Valdivia.

Amigas inseparables, la una morocha, y la otra morena, desean correspondencia con jóvenes de cualquier punto del país, no mayores de 25, ni menores de 18. Contestar por separado a E. J. O. y M. Y. Q. Correo Central, Talcahuano.

Mi único amor el el simpático empleado del Banco de Chile de ésta, Ciro Holvoc. Nro. M. Correo, Puerto Montt.

Mi ideal es el cabo Fernández del Regimiento Coraceros, por su cuerpecito gentil y atractivo. Soy pobre, buena familia, morenita, alta y simpática, huérfana en el amor. Correo, Viña del Mar. B. M.

Para Ele A. Cárdenas, que trabaja en el Correo de Talca, siempre la recuerda el militar del Regimiento Maipo de Valparaíso. Conteste a la revista.

Para Manuel Sandoval, del Regimiento Chillán, ingrato, olvidaste ya a la F. U., a quién engañaste con tan dulces y prometedoras palabras? Acuérdate de mí, y del perro de goma frente al Centro Español. Contesta al correo, a Corazón Atormentado. Chillán.

Mi ideal es la señorita V. C. que vive en la calle Argomedo, de San Fernando. De todas sus buenas cualidades, su formalidad, es la que más me agrada. Yo soy el joven que el día del rodeo le gritó: «Adiós, Violeta!», en la esq. de la Plaza. Yo iba en mi auto, pero ella no me llevó ni en los tacos. T. A. L. Santiago.

Busco amiga o amigo instruido, inteligente, serio, cuya correspondencia me haga olvidar la monotonía de mi vida. Físico no me importa. Soy simpática y de buena familia. Si alguno desea ser mi amigo, puede escribir a Casilla 115, Viña, Sunshine.

M. N. Árabe, Casilla 44, Correo 10, desea conocer una compatriota hasta 22 años, nobles sentimientos y amante de las tradiciones de su gloriosa raza.

Cruzo el páramo incierto de la vida, sin más cariño que el que me proporcionan los míos. Pero quisiera encontrar una joven que sepa endulzar las horas amargas, o borrar las huellas dolorosas que a su paso han dejado en mi espíritu el amor falso de las mujeres. Soy joven, pero dentro de mi juventud, encierro ese pesimismo para con ellas, porque el daño que una me hizo, se lo atribuyo a todas. A la que venga hacia mí, no le pido amor, porque mi corazón ya no ama, pero sí, le pido su franca y sincera amistad, y que con sus palabras dulces y afables, borre esa impresión que ha tomado cuerpo en mi alma. Claudio de Alas. San Javier.

Dos jóvenes de Potrerillos, La Mina, de 18 y 20 años, solicitan correspondencia con señoritas de Santiago o Valdivia. Ellos 18 a 22, no feos y serios. Gus Min y Enry Ford. Potrerillos, La Mina.

Deseo formar hogar con señorita educada, muy simpática, ojalá rubia, cabello ondulado, hermoso cuerpo, de 17 a 22, cariñosa, y sobre todo, que tenga un concepto muy elevado del amor y la fidelidad. Sin perjuicio que reuniendo estas mismas cualidades, pueda interesarme una morenita, de esas que hay por ahí, muy encantadoras. Tengo una regular economía, desempeño puesto de confianza y gran porvenir, 24 años, 1 m. 64. Según creo, puedo hacer la felicidad de la que logre interesarme, en la seguridad que he de agradarle. Carnet 5410. Ojalá foto. Rancagua, Se-well.

Chiquilla de 16, desea correspondencia con joven extranjero, de 20 a 28, serio y trabajador. Contestar a Raquel Ojos Pardos. Correo 2, Valparaíso.

Joven profesional, desea correspondencia con señorita profesional, con fines serios. Se guarda reserva. Escribir Carnet 20842, Correo Principal. Valparaíso. Segundo González.

Mary C., Linares, Correo. Ha llegado la primavera, el tiempo de las flores. Busco joven jardiner, que venga a cultivar mi pobre corazón. ¿No habrá entre los lectores, quien quiera tomar el puesto? Lo deseo alto, moreno, y que no sea un D. Juan Tenorio. Ruego contestar en «Para Todos» a M. C.



¿Qué es lo
que toda mujer
exige de las medias?

EN primer lugar belleza... y perfección de estilo... pero, ¿piensa al mismo tiempo en la cualidad de duración?

Y, ¿no será precisamente ésta la razón por la que se han impuesto las nuevas medias Holeproof, que duran mucho más de lo que puede esperarse en medias de seda de tan fina calidad?

Media
Holeproof
(pronúnciese "Jolpruf")

Representante

O. H. MITCHELL
Casilla 1014, Santiago

rior, usa el pseudónimo de Dolores Costello, ruego pierda todas esperanzas, pues el corazón del teniente Díaz, pertenece a una chiquilla muy dije, que lo amará más allá de la tumba. Sewell. Mme. Pompadour.

Mi ideal es la señorita Nina, que vive o vivía en Avenida Ecuador. Ruégole escribir a Cruz, Correo Principal. Valparaíso.

Para Samuelito L. de Valparaíso. ¿Por qué eres tan indiferente? ¿No comprendes que hay una persona que te admira y desea tu amistad. Si tu corazón está libre y deseas saber quién es la que tanto de admira, contesta por el Consultorio a Kelly ½, y si contestas, cuando vayas a la oficina donde trabajo, te entregará en una sobre tu contestación, para que sepas quien soy.

Mi ideal es casarme con joven moreno, de 25 a 28, ojalá artillero o profesional. Soy pobre, buena familia, amante del hogar. Tengo 20 años, morenita, gordita, huérfana en amor. Correo, Viña. G. E. C.

Mi ideal es un jovencito alto, que vive en la Población del Río. Su nombre es José del T. S. S. Si lee estas líneas, conteste a una que lo adora. Mariita Z. V. Concepción.

Desearía conocer y tener correspondencia con la señorita Hilda Neira, de Concepción, que vive en Carreras 17 y tantos. Le ruego con todo mi corazón, conteste por medio de esta revista, a Joven de Plomo.

Deseo correspondencia con oficial de Ejército o Marina. Soy alta, delgada, buena familia, educada. Estrella Confidente. Correo, Concepción.

Señorita alta, buena presencia, desea correspondencia con joven educado y caballe-

roso. Golondrina de Invierno. Correo, Concepción.

C. Court, que vives en Santiago, calle Rancagua 133 y tantos, si te encuentras en esa y no has olvidado a Negra Regalona, te ruego contestes a la dirección que sabes. Si alguno de sus amigos lee esto, ruégole se lo haga saber. Talca.

Luis del Campo, extranjero, 38 años, alto, delgado, profesional, decente y sin vicios, desea conocer señorita soltera o viuda, sin hijos, rubia o morena, de 25 a 30, alta, simpática, alegre, buenos sentimientos, para formar hogar feliz. Estoy capacitado en todo lo que incumbe a mi propósito. Correo Central, Santiago.

Para ti, Olguita C. A., que resides en Nueva Imperial, dirijo estas líneas. ¿Por qué tan tanta indiferencia con tu temquense? Apídate de este corazón que sufre, y contéstame a la dirección que sabes. Tuyo A. L. Temuco.

Quiero correspondencia o amistad con chiquilla dije, cariñosa, 17 a 18, para que con la suavidad de sus caricias y la dulce ternura de su mirada, me haga feliz y digno de ser amado. Yo, rubio, alto, simpático, 17 años. Andrés Valenzuela V. Correo 3.

Mi ideal es y será toda la vida, un moreno que viste de negro y se llama D. C. O. R., a quien veo en el paseo Pedro Montt, acompañado de cadetes. Es entusiasta de malones y fiestas, en uno de los cuales tuve la dicha de conocerlo. Greta Garbo, Correo Principal.

Deseo correspondencia con lectora de 18 a 20. G. Molina, Potrerillos, La Mina.

Nelly G., familia, desea correspondencia con jovencito mayor de 20, serio, educado, familia, Traiguén, Casilla 18.

Elcira Delgado, San Diego 123, Parral, al señor L. Flores de Traiguén, le dice que ella es una morenita de 15, simpática, dispuesta a corresponderle.

Tresiente Alma, 17 años, busca mujer que sepa comprender su dolor. Correo, Angol.

L. K. B., Casilla 1263, Concepción, se interesa en señorita que viene de Chillán, en trein que llega a Concepción a las 11. Se acuerda del joven de café que se sentó al lado y que subió en Tomé?

Fanny Larenas, Correo 10, Núñez, 20 años, rubia, alta, buen cuerpo y familia, desea entregar su cariño a temerito o profesional, moreno simpático, ojalá con auto.

R. Martínez Salinas, Casilla 73, Viña del Mar, desea correspondencia con la familia del señor Daniel Salinas (Q. E. P. D.). Fue empleado en la Singer Sewing Machine Co. de Temuco. Agradeceré a la persona que me dé datos.

Mi ideal es la señorita Ena Vodnizza, a quien envío mis más sinceros saludos. Creo, Enita, que recibirás al marino que te regaló una rosa té, y te dije: «Hasta luego». Alejo.

«Rubia de 15 abrigos», Correo, Magallanes, busca amigo que consuele su corazón herido a tan temprana edad, por un cruel desengaño.

A Blanca Nieve, le ruego exponga más detalles de su persona, indicando su domicilio. A. M.

J. C. O., moreno, treinta años, profesional con fortuna, desea amistad seria con señorita bonito cuerpo, gordita, no fea, alrededor 25 años, profesional, o con fortuna.

tanto buscaba y no quería conocer, no por cobardía, sino porque su corazón no aceptaba la verdad arrancada y sorprendida de un modo indigno.

La mujer a quien tanto quería, la mujer por quien tanto había sufrido, la mujer que tantos celos le inspiraba había dejado su bolso, por un olvido sin duda, en el coche donde él la había acompañado hasta su casa.

Cuando se dió cuenta el hombre del olvido de su amada, ésta había desaparecido. No podía llamarla. Cogió el bolso. Lo llevó a su domicilio. Toda la noche—noche horrible y tortuosa!—lo tuvo delante de sus ojos. Una voz muy fuerte decía en su corazón que lo abriese, que registrase dentro de él, que buscase, porque seguramente hallaría un indicio, una prueba, algo que le sacase del tormento en que se hallaba, confirmando sus sospechas o disipándolas para siempre. Pero otra voz, la de su honradez y la de su heroísmo, le decía que no era digno de un hombre robar un secreto de aquella forma villana, de aquella manera indigna. Sobreponiéndose una vez más a su dolor y a su angustia, quiso ser fuerte, quiso ser lo que había sido siempre: un hombre, un hombre capaz de arrancarse el corazón y pisotearle antes de una cobardía de la que no era capaz.

¡Qué noche la que estamos comentando! Insomne y febril la pasó en una constante lucha, de la que salió al fin triunfante por un esfuerzo sobrehumano.

Y al día siguiente, cuando volvió a ver a su adorada, le dijo:

—Toma tu bolso. Ayer te lo dejaste olvidado en el coche donde íbamos. Toda la noche ha estado conmigo.

—Contigo?

—Sí. Pero...

—¿Qué? ¿Qué?

—No lo he abierto. Te doy mi palabra de honor—de honor!—de que no lo he abierto. Lleno de celos y de dolor como estoy, he tenido la fuerza necesaria para no violentar un secreto que no quería conocer. Aquí lo tienes. Y te repito que no lo he abierto, ¡que no lo he abierto!

—¿Has hecho eso?

—Lo dudas, acaso?

Por los ojos de la mujer pasó un relámpago que antes había pasado por su alma. Y dijo con voz firme, energética, decidida, hablándole como nunca le había hablado:

—Has hecho bien. Tan bien has hecho, que este detalle nos une para siempre, ¡para siempre! El hombre que hace eso, el hombre que tiene la abnegación suficiente para hacerlo, que me has dicho, es un hombre: ¡un hombre! Y así te quiero, ¿sabes por qué? Porque en este bolso hay algo que si lo hubieras visto te hubiera hecho morir de pena; pero ya no tengo miedo. Mi alma de mujer despierta al fin. ¡Ya ves por qué ntimidad! Pero despierta. El alma de la mujer siempre está llena de estos pequeños detalles que si los hombres los conocieran, nos daríais lugar a que nos separasen los abismos que nos separan muchas veces.

Y así se realizó el milagro de que aquellas dos almas tan distantes y remotas se unieran en un momento y para toda la vida.

AGONIA

(Continuación)

encontraba precisamente en su casa cuando llegaron a avisar a su esposa. Eran las ocho; a las nueve expiraba el infeliz, después de haber delirado unos instantes.

—¡Cómo debió sufrir!

—Yo creo, más bien, que estaba insensible.

La angustia hacia latir violentamente el corazón de Dolly. Se esforzó en dominar su turbación y dijo, aparentemente tranquila:

—He oido decir que cuando se está agonizando se abre el espíritu a horizontes nuevos, y que los moribundos tienen una especie de supervisión.

—No ocurrió eso con nuestro pobre amigo — repuso Morland. — Repetía sin cesar un grito incomprendible, como si quisiera articular una palabra: «Do-i, do-i, do-i...»

Al ver que Dolly se echaba hacia atrás, Santiago agregó un poco inquieto:

—Disculpe, señora; he sido un torpe al evocar ante usted esa escena penosa. Se ha impresionado, ¿verdad?

—No, — repuso la viajera con supremo esfuerzo; es que tengo sueño y voy a dormir.

Y acurrucándose, envolviéndose en su capa de viaje que le ocultaba casi todo el rostro, empezó a llorar silenciosamente, apretando contra su corazón la carta de aquel que había muerto con su nombre en los labios.

CHARLES BAYLE.

(Continuación de la pág. 18)

EL BOLSÓ

Protagonista de una de estas novelas contemporáneas que no se escriben porque son demasiado tristes, demasiado fuertes y demasiado hondas, tenía la única fuerza que cabía en su voluntad deshecha, fuerza que se traducía en una resignación callada que le hacia sonreírse tristemente, incluso de sus mismas amarguras.

Esta sonrisa—irónica y dolorida—florecía en sus labios como una de esas rosas blancas que vemos en un jardín y nos llenan de tristeza... cuando estamos tristes, y de una vaga inquietud cuando nos hallamos alegres.

—*

Con estos antecedentes, fácil es de suponer que el cariño de que hablamos era un martirio para el hombre, que un día...

—¿Qué momento aquél!

En sus manos la prueba de la verdad, que le habría sacado de las dudas en que se hallaba, fué el instante que pudo ser decisivo para su vida. Y no lo fué porque no quiso, porque deliberadamente no quiso arrancar violentamente la verdad que

Devuelta a la Vida

POR
HUGO CONWAY

La novela más célebre de Inglaterra es, seguramente, "Devuelta a la vida". Una pura obra maestra. Desafía "Para Todos" a cualquier lector que abandone la lectura una vez que la haya empezado...

EN TINIEBLAS Y EN PELIGRO

No escribiría yo esta historia, si no tuviera una razón para hacerla pública.

Una vez, en un momento de confinaza, relató a un amigo ciertas circunstancias curiosas de un periodo extraño de mi vida. Creo que le rogué queno las repitiese a nadie: él dice que no. Lo cierto es que se las dijo a otro amigo, y sospecho que con sus flores y adornos; y este amigo se las dijo a otro; y así siguió, de amigo a amigo, el cuento. Cómo llegaron a contarlo al fin es cosa que acaso no sepa yo nunca; pero desde que tuve la flaqueza de confiar a otro mis asuntos privados, mis vecinos me han considerado como un hombre de historia, un hombre que bajo un exterior prosaico y sereno lleva oculta una vida de novela.

Por mí mismo, no haría yo más que reírme alegremente de las versiones exageradas del cuento que sacó a luz mi propia indiscreción. Poco me importaría que un buen amigo creyera que yo había sido en otro tiempo comunista terrible, o miembro siniestro del tribunal de alguna sociedad secreta; ni que otro hubiese oido decir que la justicia había andado tras mí por un crimen patibulario; ni que otro me tuviera por un fidelísimo católico, favorecido con un milagro especial de la Providencia. Si yo estuviera solo en el mundo y fuese joven, me atrevo a asegurar que no me esforzaría en contradecir tales rumores: por lo contrario, es propio de la gente joven tener a gloria el ser objeto de la curiosidad pública.

Pero ni soy joven, ni estoy solo. Hay una criatura en el mundo que me es más querida que la vida misma; una de cuyo corazón—¡Dios sea bendito!—están desapareciendo ya rápidamente las sombras del pasado; una que sólo desea ser conocida como es, sin que la embellezcan o la afeen, y pasar su amable y noble existencia sin ocultaciones ni misterios. Ella es la que se aflige con las cosas extrañas y absurdas que andan contando de nuestros antecedentes; ella es la que se lastima de las preguntas tenaces de algunos amigos demasiado curiosos; por ella es por quien me decido a revolver los olvidados cuadernos del diario de mi vida, a repasar antiguas memorias de pesares y gozos, y a contar a cuantos quieran leerlo todo lo que puedan desear saber, y más de lo que tienen derecho a averiguar, de nuestra vida. Una vez hecho esto, sellaré mis labios sobre el suceso. Aquí está mi cuento: el que quiera saber más de él, pregúnteselo a él mismo; a mí, no.

Tal vez, después de todo, escribo esto también por mi propia cuenta: también yo odio los misterios. ¡Cierto misterio que jamás he llegado a explicarme, puede haber engendrado en mí esta repugnancia a todo lo que no tiene explicación fácil y pronta!

Para comenzar, tengo que retroceder más años de los que yo quisiera; aunque podría, si fuese necesario, fijar el mes y el día. Yo era joven: acababa de cumplir veinticinco años. Era rico: al llegar a la mayor edad entré en posesión de un caudal que me producía una renta anual de dos mil libras esterlinas: las podía gastar tranquilamente, sin comprometer la estabilidad de mi fortuna. Mi mayor edad no fué para mí, como para tantos menguados caballeretes, la señal de las más necias prodigalidades y locuras; y aunque desde los veintiún años fui mi único dueño, ni debilité mi cuerpo con una vida vergonzosa y precipitada, ni contraje deudas. No me dolía nada en mi cuerpo: ¡y yo revolvía, sin embargo, con angustia la cabeza en mi almohada, y me decía, con una voz tenaz que se prendía de mí como las garras de una fiera, que ya la vida sería para mí poco menos que una maldición espantable!

¿Me había acabado de robar la muerte a algún ser querido? No; los únicos seres a quienes yo había amado, mi padre y mi madre, habían muerto años hacía. ¿Me atormentaba acaso algún amor infeliz? No; mis ojos no se habían fijado aún con pasión en los de mujer alguna: ¡ni se fijarían ya jamás! Ni el amor ni la muerte causaban mi desdicha.

Yo era joven, rico, libre como el viento. Podía salir al

día siguiente de Inglaterra, a viajar por los hermosos países que deseaba tanto ver; ¡pero yo sabía que no los podía ya ver jamás! y me hacia estremecer mi pensamiento.

Yo era ágil y robusto. Ni el ejercicio ni la intemperie me abatían. Podría competir sin temor con los más bravos caminadores y los corredores más ligeros. La caza, las diversiones de campo, las que a tantos otros fatigan y vencen, nunca fueron mayores que mi capacidad de resistirlas: con mi mano izquierda me palpaba los músculos de mi brazo derecho, y los sentía firmes como siempre: ¡estaba, sin embargo, tan desvalido como Sansón en su cautiverio, porque, como Sansón, estaba ciego!

¡Ciego! ¿Quién, sino el que lo sea, puede entender, ni aun débilmente, lo que quiere decir: *ciego*? ¡Quién, entre los que esto leen, puede sondar la profundidad de mi agonía, cuando agitaba yo en la almohada mi cabeza, pensando en los cincuenta años de sombra que me restaban acaso por vivir—pensamiento que me hacia desear dormirme de manera que no pudiese despertar jamás?

¡Ciego! Al fin, después de revolotear año tras año sobre mí cabeza, el demonio de las tinieblas había puesto sobre mí sus manos; y después de hacerme creer, por un momento, que estaba libre de él, se había abalanzado sobre mí, me había apretado entre sus alas lugubres, y había oscurecido mi existencia. ¡Ya no habría para mí formas amables, espectáculos gratos, escenas alegres, brillantes colores! ¡Para si los quería todos el demonio sombrío; y para mí nada más que tiniebla, tiniebla, la eterna tiniebla! Mucho mejor era morir y, acaso, despertar en un nuevo mundo de luz: "Mejor", exclamaba yo en mi desesperación, "mejor las mismas llamas del infierno que la oscuridad en este mundo". Este amargo pensamiento mío revela el grado de agitación en que estaba mi mente.

La verdad era que, a despecho de cuantas esperanzas se me hacían concebir aún, yo vivía ya sin esperanza. Años enteros había estado sintiendo que mi enemigo me acechaba. A menudo, cuando contemplaba alguno de esos objetos o espectáculos de tal hermosura que nos llevan a pensar en el valor del don de la vista, sentía en mi oído como un cuchicheo: "Algún día volveré a caer sobre tí, y entonces todo eso se habrá acabado". Yo hacia por reír de mis temores; pero el presentimiento de mi desdicha nunca me abandonaba por completo. Si mi enemigo había caído una vez sobre mí, ¿por qué no podría caer otra?

Muy bien recuerdo su primer ataque: muy bien recuerdo a aquel estudiantillo alegre, tan entregado a su estudio y a sus juegos que no notaba la extraña manera con que se iba oscureciendo y cambiando la vista de uno de sus ojos. Recuerdo cuando el padre del niño lo llevó a Londres, a una casa grande y callada, en una calle grave y silenciosa. Recuerdo cómo estuvimos esperando en una antesala en que otros esperaban también, unos con vendas sobre los ojos, otros con pantallas: y tan penoso de ver era todo aquello que sentí un gran alivio cuando nos llevaron a otra habitación, donde estaba, en su silla alta de cuero estampado, un buen señor de modales amables, a quien mi padre llamó Mr. Jay. Aquel hombre eminentemente me puso en los ojos algo que por un intante aclaró mi vista de un modo prodigioso—belladona; con ayuda de espejos y de lentes me miró muy de cerca los ojos, y por cierto que deseé entonces que algunos de aquellos lentes fueran míos: ¡magníficos me parecieron para vidrios de aumento! luego me puso de espaldas a la ventana, y sostuvo una vela encendida frente a mi cara: todo aquello me parecía tan curioso que a poco más me echo a reír. De seguro me hubiera reido, a no notar la expresión de ansiedad del rostro de mi padre. Recuerdo que el buen señor, no bien acabó su examen, pasó a mi padre la vela para que la tuviese frente a mis ojos, al derecho primero, y al izquierdo luego, y dijese lo que veía: mi padre dijo que en mi ojo derecho veía tres velas, una de ellas, la del centro, al revés, brillante y pequeña; en el izquierdo no veía más que una, la grande. Aquella era la prueba catóptrica, casi abandonada, pero infalible. Yo decidía de catarata lenticular. Se curaría con una operación,

si; pero mientras no invadiese el mal el ojo sano, era mejor no hacerla. Recuerdo que no reía yo cuando oía esto.

Nos despidió afablemente el gran especialista, y volví a mi vida de escuela, descuidado de mi enfermedad, que no me hacia sufrir; verdad es que antes de un año apenas veía ya de un ojo: ¿qué me importaba?: con el que me quedaba veía bastante bien.

Pero yo no había olvidado una sola palabra de aquel diagnóstico, aunque pasaron años antes de que reconociese su importancia. No vine a meditar en el riesgo que corría hasta que un accidente me obligó a llevar una venda por unos cuantos días sobre mi ojo sano: ¡jamás desde entonces dejé de ver dando vueltas en mi torno, agitando sus lúgubres alas, a mi implacable enemigo!

La hora había llegado: el enemigo había vuelto sobre mi culpa. Nada dije durante muchas semanas, semanas de juventud y la fortuna, cuando todo lo que pudiera apetecer estaba aguardando obediente mis deseos. Había vuelto sobre mí rápidamente, más rápidamente que en otros casos de la misma naturaleza: pero tardé mucho en reconocer toda la extensión de mi desdicha; mucho tardé en confesarme que era algo más que una debilidad temporal aquella vista mía que se me apagaba, aquella bruma impenetrable que iba envolviendo en torno mío todas las cosas. Estaba yo a centenares de millas de Inglaterra, en un país donde se viaja muy despacio. Viajaba en mi compañía un amigo, y no quería yo disgustarlo interrumpiendo subitamente la expedición por mi culpa. Nada dije durante muchas semanas, semanas de indecible zozobra, cada una de las cuales me dejaba en mayor obscuridad y desconsuelo. Incapaz ya de ocultar mi mal, lo revelé a mi compañero. Y nos volvimos entonces a nuestra tierra; y cuando, al fin del triste viaje, llegué a Londres, todo estaba para mí nublado, informe, perdido, obscurcido. ¡Apenas podía ver la luz del mundo por entre las alas lúgubres de mi enemigo!

Acudi en seguida a aquel eminentе oculista. No estaba en la ciudad. Había estado enfermo, y a punto de morir. No volvería antes de dos meses, ni vería a paciente alguno hasta después de haber recobrado enteramente la salud. En él había puesto yo toda mi fe. Londres, París, otras ciudades tenían, sin duda, oculistas tan sabios como él; pero yo creía que, de poder alguien salvarme, sólo me salvaría Mr. Jay. Se concede a los moribundos todo lo que desean: el mismo reo que va a sufrir la pena de muerte puede escoger su último almuerzo; bien podía yo escoger mi propio médico. Y resolví esperar en mi tiniebla, hasta que Mr. Jay volviese a sus labores

¡Loco, loco! Mejor me hubiera sido confiar a alguna otra mano inteligente. Antes de un mes había perdido ya toda esperanza; y al fin de seis semanas, mucho de mi razón. ¡Ciego, ciego, ciego! ¡ya para siempre ciego! Tan decadido tenía el ánimo que empecé a pensar en no someterme a la operación. ¿A qué oponerse al destino? A la tiniebla estaba condenado por todo el resto de mi vida. Ni la más fina habilidad, ni la mano más delicada, ni los instrumentos más modernos podían volver a mí la luz perdida. Para mí estaba el mundo terminado.

¿Quién extrañará ahora que aquella noche, quebrado el espíritu, privados de su luz los ojos, después de semanas enteras de sombra, revolviese yo en la almohada mi cabeza, agitado e insomne, deseando acaso que me fuese dada la alternativa que rehusó Job,—maldecir a Dios y morir? El que estas cosas no crea, léalas a alguno que haya perdido la vista. El dirá los espantos que sintió cuando la calamidad visitó su cabeza. El entenderá la profundidad de mis lamentos!

Yo no estaba enteramente solo en mi cuita. Como Job, tenía yo mis amigos; pero no de la caterva de los Eliphaces, sino camaradas de buen corazón, que hablaban con seguridad consoladora de la certeza de mi cura. No agradecía yo estas visitas como hubiera debido: me sacaba de juicio el pensamiento de que alguien me viera en mi desvalida condición. Día a día se agravaban el desconsuelo y exaltación de mi ánimo.

Mi mejor amigo era, por cierto, muy humilde persona: Priscila Drew, antigua y leal criada de la familia de mi madre. Priscila me había conocido casi en la cuna. Cuando volví a Inglaterra, no pude soportar la idea de entregarme al cuidado de gentes extrañas, y rogué a Priscila que viniese: ¡ante ella al menos podía dar salida a mis lamentaciones sin avergonzarme! Vino; dió rienda por algunos momentos al llanto que le arrancaba mi infortunio; y en seguida, como mujer sensata, se dispuso a hacer todo lo que pudiese para mitigar las penas de mi condición. Me buscó habitación agradable, instaló en ella a su triste enfermo, y día y noche estaba al alcance de mi voz. En aquel momento mismo, en

que la almohada no ofrecía reposo a mi cabeza, Priscila dormía en una cama portátil al pie de la puerta que comunicaba la sala de recibo con mi alcoba.

Era una noche de Agosto sofocante. El aire pesado que entraba por la ventana abierta refrescaba poco la temperatura de mi cuarto. Parecía todo quieto, caliente y oscuro. No llegaba a mí más ruido que el de la respiración regular entreabierta la puerta que daba de su habitación a la mía, para poder oír mi voz, por muy suavemente que la llamase. Yo me había acostado temprano. ¿Para qué había de esperar a más tarde? El sueño sólo me traía el olvido; pero el sueño esa noche no venía. Busqué a tientas mi reloj, y toqué el resorte de repetición: había comprado un repetidor para saber al menos, en mi perpetua sombra, qué hora era. Acababa de dar la una. Invocando en vano el sueño, me dejé caer con angustia en mi almohada.

De pronto se apoderó de mí un deseo ardiente de estar al aire libre. Era de noche: debía haber en la calle muy poca gente. La acera de mi cuadra era ancha, y podía pasearme por ella sin riesgo alguno. Aunque no hiciera más que sentarme en la entrada de la casa, mejor estaría que en aquel cuarto ahogado y caluroso, llamando en vano al sueño. Tan vivo llegó a ser mi deseo que estuve a punto de llamar a la buena Priscila para decírselo; pero como sabía que estaba dormida, vacilé. Yo había estado durante el día muy áspero y exigente, y mi anciana enfermera—el cielo me la recoméndase!—me servía con cariño, no por dinero: ¿por qué iba a incomodarla? Alguna vez debía empezar a aprender a valerme de mí mismo, como se valen tantos otros ciegos. Por lo menos podía vestirme sin ayuda. Si me vestía y salía de la alcoba sin que Priscila me oyese, yo podría de seguro deslizarme hasta la puerta de la calle, salir, y cuando me pareciese bien, volver a entrar con la llave de noche. Me seducía la idea de aquella independencia temporal, y mientras más lo meditaba, más capaz me sentía de ella. Resolví al fin intentarlo.

Me bajé con cuidado de la cama, y me vestí despacio, pero sin dificultad, oyendo incesantemente la tranquila respiración de mi enfermera. Cauto como un ladrón, me escurreí hasta la puerta que salía de mi alcoba al pasillo; la abrí sin hacer ruido, y puse el pie sobre la espesa alfombra afuera, sonriendo al pensar cómo se azoraría Priscila si despertase y descubriera mi escapada. Cerré después la puerta y, guiándome por la baranda de la escalera, llegué a la puerta de la calle sin accidente alguno.

Había en la casa otros huéspedes, y entre ellos algunos jóvenes que no tenían hora fija para recogerse; de modo que la puerta de la calle sólo quedaba cerrada con el pestillo que cedia a la llave de noche, y no tenía yo que luchar con cerraduras ni cerrojos. En un instante estuve afuera, con la puerta cerrada detrás de mí.

Me quedé unos momentos indeciso, temblando casi de mi temeridad: era la primera vez que me aventuraba a salir sin guía. Yo sabía, sin embargo, que no tenía nada que temer. La calle, siempre tranquila, estaba a aquella hora desierta. La acera era ancha. Podía pasear por ella arriba y abajo sin obstáculo, guiándome, como otros ciegos hacen, con el bastón, para no caerme al fin de la acera o tropezar con las verjas de las casas. Pero antes de darme mi paseo, debía tomar algunas precauciones, a fin de estar siempre seguro de la distancia a que vendría a quedar mi puerta. Bajé los cuatro escalones que llevaban de ella a la acera, me volví a la derecha, y palpando la verja, me puse de modo que quedaba de frente hacia el extremo de la calle. Eché a andar en esa dirección, contando mis pasos, hasta que, cuando ya había contado sesenta y dos, di con el pie derecho en la calle traviesa, lo que me indicó que allí mi acera doblaba de aquel lado. Di entonces la vuelta, reconté los sesenta y dos pasos que había andado, y seguí andando y contando, hasta que a los sesenta y cinco pasos tropecé con el otro extremo de la acera. Ya sabía yo, pues, que mi casa estaba casi en el centro de la cuadra. Me sentí a mis anchas: había calculado mi paso; podía andar a un lado y a otro por la acera desierta, y, cada vez que lo desease, sin más que empezar a contar desde uno de sus extremos, detenerme frente a mi puerta.

Grandemente satisfecho de mi éxito, anduve por algún tiempo arriba y abajo. Oí pasar uno o dos carruajes, y una o dos personas a pie. Como no me pareció que estas últimas se hubiesen fijado en mí, me sentí contento al pensar que ni mi aspecto ni mi paso llamaban la atención: ¿Quién no gusta de esconder sus defectos?

La excursión nocturna me hizo un gran beneficio. El cer-

ciorarme de que no estaba yo tan desvalido y sujeto como imaginaba, produjo acaso el cambio súbito que en unos cuantos minutos exaltó mi mente. De la desesperación pase a la esperanza, a una esperanza extravagante, a la certeza misma de mi cura. Como una revelación, vino a mí la idea de que mi enfermedad tenía remedio; de que a despecho de mis presentimientos, lo que mis amigos me habían asegurado era verdad. Me embriagó aquella idea de tal modo que eché atrás mi cabeza, y comencé a andar con paso firme y rápido, olvidado casi de que estaba sin vista. En muchas cosas empecé a meditar, y mis pensamientos eran más gratos que los que por meses enteros habían estado agitando mi mente. Dejé de contar mis pasos; seguí andando adelante, adelante, imaginando lo que haría cuando la tiniebla hubiese levantado sus alas de mis ojos. No sé si a veces anduve guiándome por la pared o por el borde de la acera; mas si lo hice, fué instintiva y mecánicamente, sin que lo notara yo entonces ni pudiera recordarlo luego.

No puedo decir si es posible, para un ciego que logra desembarazarse del temor de tropezar con obstáculos que no ve, andar tan derecha y seguramente como uno que goza de la vista: sólo sé que, en aquella exaltada y absorta condición de mi mente, debí haber andado así. Fuera de mí con el súbito retorno de mi esperanza, pude haber andado como ando un sonámbulo o un embelesado. Ello es que olvidado de todo, menos de mis fogosos pensamientos, adelante anduve y anduve, sin cuidar del sentido perdido, hasta que un choque rudo con una persona que venía andando en dirección opuesta ahuyentó mis visiones y me volvió a la verdad de mi desventura. Senti como que el hombre con quien había tropezado se apartaba del obstáculo; le oí murmurar: "imbécil", y seguir rápidamente su camino: y yo me quedé inmóvil en el lugar del choque, preguntándome lleno de asombro dónde estaba y qué haría.

Era inútil pensar en volver a mi casa sin ayuda: ni siquiera podía saber cuánto tiempo había andado, porque no llevaba conmigo mi reloj. Podían haber pasado diez minutos, podía haber pasado una hora desde que cesé de contar mis pasos: una hora debía ser, a juzgar por el número de pensamientos que en aquel trance de venturosa exaltación cruzaron por mi mente. De vuelta ya en la tierra, no me quedaba más que aguardar en aquel lugar mismo hasta oír cerca de mí los pasos de algún policía, o los de algún otro transeunte que por azar anduviese fuera de casa en aquella inusitada hora, inusitada al menos en aquel barrio pacífico de Londres. Me recliné en la pared, y esperé con paciencia.

Pronto oí pasos cercanos, pero tan inseguirios, ondeantes y desiguales que por ellos pude caer en cuenta de la misera condición del tránschante, y reconocer que no era él el hombre que yo necesitaba. Lo dejaría pasar, y aguardaría a algún otro. Pero los pies se vinieron hacia mí, y cerca de mí se detuvieron, al mismo tiempo que una voz, vacilante como ellos, aunque gozosa, me decía:

—¡Ea, como yo! ¿con qué no puedes volver a casa, eh compañero? Bueno es pensar que a alguien le dolerá mañana la cabeza más que a mí.

—No podía Ud. indicarme el camino a la calle Walpole, dije irguéndome, para que viera que yo no estaba ebrio como él.

—¿A la calle Walpole? ¡vaya que si puedo! ¡cerca, cerca le andas! La tercera a la izquierda, me parece.

—Si Ud. va por ese camino ¡querría dejarme en la esquina? Soy ciego, y me he extraviado.

—¡Ciego! ¡pobrecillo! bueno estoy yo para llevar a nadie. Ciego que lleva a ciego, dan en hoyo. Ea, pues, dijo con gravedad cómica, cerremos un trato: yo te presto ojos, y tú me prestas piernas. Buena idea. ¡Adelante!

Y me tomó del brazo, y dando tumbos fuimos calle arriba. De pronto se detuvo.

—Calle Walpole, me dijo en un suspiro. ¿Te llevo hasta tu casa?

—No, gracias. Hágame el favor de poner mi mano en la verja de la casa de la esquina. Ya de allí yo sigo.

—Que llegues bien. Ojalá me pudieras prestar tus piernas para llevarte a casa, Buenas noches. ¡Dios te bendiga!

Mi guía siguió, taconeando, su camino; y yo comencé el mío hacia mi puerta.

No sabía yo en cuál de los extremos de mi cuadra estaba; pero esto importaba poco: con andar sesenta y dos pasos o sesenta y cinco, ya estaba frente a mi casa. Conté sesenta y dos pasos, y busqué la escalera de entrada entre las verjas: no la hallé, y anduve un paso o dos hasta encontrarla. Me sentí contento de haber podido volver sin tropiezo, y, para decir la verdad, me iba ya avergonzando un poco de mi tra-

vesura. Deseaba que Priscila no hubiese descubierto mi ausencia y alarmado la casa, y creía poder llegar a mi cuarto con el mismo sigilo con que había salido de él. A pesar de mis cuidadosos cálculos, no estaba yo muy seguro de que la casa a que había llegado fuese la mía; pero en caso de error, sólo sería de unos pocos pasos, y a una o dos puertas estaría mi casa: la que se abriese con mi llave de noche esa era.

Subí la escalera de la entrada: ¿fueron cinco o cuatro escalones los que conté al salir? Tanteé el agujero de la llave y di vuelta en él a mi llave de noche. La puerta se abrió sin dificultad: no me había equivocado. Me llené de satisfacción por haber dado con mi casa a la primera tentativa. "Debió ser un ciego el que descubrió que la necesidad es madre de la industria", me dije al cerrar tras mí suavemente la puerta, preparándome a buscar el camino de mi cuarto.

No podía darme cuenta de la hora que sería: sabía solamente que debía ser de noche, porque aun me era dable distinguir la luz de la oscuridad. Como el lugar en que había vuelto de mi éxtasis estaba tan cerca de mi calle, no debía haber andado mucho tiempo: de modo que yo calculaba que serían como las dos de la mañana.

Más deseoso aún de no ser oido que cuando salí, palpé el extremo de la escalera y empecé a subir a pasos callados. Pero, a pesar de estar ciego, aquella casa no me parecía la mía. La baranda no era como la de mi casa. La alfombra misma de la escalera me parecía diferente. ¿Sería posible que me hubiese equivocado? Es muy frecuente que la llave de una cerradura sirva a otra: ¿no podía yo, de este modo, estar entrando en la casa de un vecino? Me detuve: aumentaba el sudor en mi frente, con la idea de la extraña situación en que podía estar colocado. Durante un momento estuve resuelto a bajar, y a entrar en la casa inmediata; pero aun no sabía de seguro si estaba o no en la mía. Recordé entonces que en la pared de mi casa, al terminar el primer tramo de la escalera, había una repisa, que sustentaba una figura de yeso: conocía yo con exactitud el lugar, porque muchas veces me habían preaviso para no tropezar en ella con la cabeza. Todas mis dudas podían esclarecerse con ver si la repisa estaba en su puesto. Palpé. Mi mano, que recorría cuidadosamente la pared, nada encontró. La casa, pues, no era la mía. No me quedaba más que bajar, y tentar fortuna en la casa próxima.

En el instante en que me preparaba a bajar oí ruido de voces; tarde como era, había sin duda gentes que hablaban en el cuarto cuya puerta había estado palpando mi mano. Yo no podía distinguir las palabras, pero sí que las voces eran de hombre. ¿Qué hacer? ¿No sería mejor llamar a la puerta, y abadornarme a la merced de los que ocupaban la habitación? Podía excusarme, y explicarles mi presencia. Mi ceguera la explicaba suficientemente. Alguno habría bastante bondadosa para ponerme en el camino de mi casa. Eso era, sí, lo que debía yo hacer. Yo no podía seguir entrando en casas extrañas como un ladrón nocturno. Tal vez todas las casas de la cuadra tenían una llave común, y se abrían con la mía. Bien pudiera ser que todo aquello acabase con que un vecino alarmado me saludara con una bala antes de que hubiera yo tenido tiempo de explicarle mi inocencia.

Pero, en el instante mismo en que iba a llamar a la puerta, oí otra voz, una voz de mujer. Parecía que venía de una habitación interior, y que cantaba acompañada en tono bajo por un piano. Me detuve, y escuché.

Tan ocupado me ha tenido la narración de mi desdicha que no he dicho que tenía en ella un consuelo supremo: ese don compasivo, tan a menudo concedido a los ciegos, la música. A no haber sido por ella, ¿cómo, sin volverme loco, hubiese yo soportado aquellas semanas de oscuridad e incertidumbre? A no haber sido porque me era dable pasar tocando horas enteras, porque mi desdicha no me impedía asistir a conciertos y oír a otros tocar y cantar, insoportable me hubiese sido la existencia; y me estremeció al pensar en el recuso a que habría yo acaso acudido para hacérme la más llevadera!...

Me detuve, y escuché el canto. Era un trozo de una ópera todavía no muy conocida en Inglaterra; pero un trozo de tal dificultad que pocos aficionados podrían atreverse a él. La cantatriz, quien quiera que fuese, lo cantaba suavemente y en tono apagado, como si temiera dar a la voz toda su fuerza, lo que se explicaba por lo adelantado de la hora; pero no era posible que una persona entendida en música desconociese el mérito poco común de la que cantaba, la habilidad ejercitada, el poder reprimido, el vuelo que en condiciones favorables podía tomar aquella voz hermosa. Estaba yo como encantado. ¿No habría venido yo a dar en un nido de gente

de teatro, cuyas tareas acaban tan tarde, que tienen que robar al sueño las horas que dedican a las distracciones naturales de la noche? Nada mejor para mi situación: bohemios como eran, no se espantarian de mi inesperada invasión nocturna.

La cantatriz había comenzado la segunda frase: yo había puesto el oido junto a la puerta para no perder una sola nota. Queria oír sobre todo cómo vencía las dificultades del final, un final tan extraño como bello, cuando—oh contraste horrible a aquellas dulces perladas notas y ahogadas palabras de apasionado amor!—oí una boqueada, una tremenda boqueada convulsiva; luego un gemido prolongado y profundo; luego un sonido de líquido que brota, que me heló la sangre. Oí que la músicas e interrumpía de pronto; oí un grito, un terrible grito de aquella voz de mujer que cambiaba súbitamente de la melodía al horror; oí la caída de un bulto recio y pesado sobre el pavimento.

No esperé a oír más. Algo terrible acaba de suceder a pocos pasos de mi. Fiera y desordenadamente latía mi corazón. En el arrebato del instante olvidé que ya yo no era como cuando se socorre y se combate, olvidé que el valor y la fuerza ya a mí de nada me valían, todo lo olvidé, salvo el deseo de prevenir el crimen, el deseo de cumplir con mi deber de hombre y socorrer y salvar la vida de las que la tienen en peligro. Abri de un golpe la puerta, y me precipité a la habitación. Al punto, apenas me sentí rodeado de luz ¡una luz que de nada me servía!, comprendí el riesgo y la inutilidad de mi locura, y como un relámpago cruzó mi mente la idea de que, desarmado, ciego y desvalido, solo había entrado en aquella habitación para recibir en ella la muerte.

Oí un juramento, una exclamación de sorpresa: cómo de más lejos, oí el grito de la mujer, pero sofocado y desfallecido: parecía como si hubiera empeñada una lucha en la habitación inmediata. Impotente como estaba para prestar mi ayuda, dí, llevado de mi impulso, unos dos pasos en la dirección del grito; tropezó mi pie en algo, y caí de brúces sobre el cuerpo de un hombre. Aun en medio del horror que me aguardaba, temblé al sentir mi mano apoyada en el hombre tenido, humedecerse con un líquido tibio que fluía lentamente sobre ella.

Antes de que pudiera levantarme, ya me habían asido por la garganta dos manos vigorosas, que me retuvieron encorvado, mientras que a corta distancia oía distintamente el ruido seco de un golpe de gatillo. Montaban un revólver. ¡Oh, quién me diera luz por un segundo! ¡luz, aunque no fuera más que para ver a los que me arrebataban la vida, aunque no fuera más que para saber ¡deseo singular! el lugar de mi cuerpo en que debía hundirse la bala! Y yo, que una hora o dos hacia me había atrevido en la agitación de mi insomnio a desechar la muerte, sentí en aquel momento que la existencia, aquella misma existencia de sombras, me era tan cara como a todo ser vivo. Y en altísima voz, en una voz tal que a mí mismo me parecía la de un extraño.

—¡Respeten mi vida! dije: ¡soy ciego, ciego, ciego!

CAPITULO II

EBRIO O SOÑANDO

Las manos que me sujetaban no me abandonaron un solo momento, aunque hubieran podido hacerlo sin peligro. Mi única probabilidad de salvar la vida en aquella situación era mantenerme en paz y convencer, si podía, de mi ceguera a los que me rodeaban. Nada podía ganar, mas sí perderlo todo, con la resistencia. Yo era robusto; pero, aun cuando hubiese estado en plena posesión de todos mis sentidos, dudo que hubiera podido sobreponerme al hombre que me tenía sujetó. En la fuerza de su presión sentía el vigor de sus brazos. ¡Bien corta habría sido la lucha, ciego yo como estaba, y desvalido! Aquel hombre, además, tenía compañeros: cuántos, no lo sabía yo, mas todos estarían prontos a ayudarlo. Mi primer movimiento hubiera sido la señal de mi muerte. No hice esfuerzo alguno por levantarme; tan quieto y dócil me mantuve con el cuerpo que yacía a mis pies postrado. Una hora me parecía cada momento.

¡Qué situación la mía! Un ciego, en una habitación ajena de casa desconocida, sujeto por dos manos implacables sobre el cuerpo de un hombre cuyo último suspiro acaba de oír; sujeto, a la merced de aquellos que de seguro habían cometido un abominable crimen, sin poder mirar al rostro de los asesinos, y leer en sus ojos la sentencia de muerte o de vida; esperando a cada instante recibir en su cuerpo el golpe ardiente de una bala o la herida aguda de un cuchillo; sin ver mi sentir más que dos manos sobre su garganta, y un cuerpo

muerto a sus pies; sin oír más que aquel gemido ahogado lejano, comprimido! ¡Ideó nunca situación como la mía la más fantástica novela?

Desde aquella noche he dejado de creer que los cabellos encanecen en un solo día: ¡yo me hubiera levantado entonces de allí con la cabeza blanca! Solo puedo decir que todavía ahora, cuando tras largos años escribo esto; cuando en derredor mío está en calma dichosa y apacible; blanca la pluma, corre el frío en mis venas, mis fuerzas todas desmayan al asaltarme el recuerdo de aquellos terribilísimos instantes, con una vividez que intento en vano describir.

Fui afortunado en poder mantenerme quieto, exclamando sin cesar: "¡Soy ciego! ¡válelo! ¡válelo!" Mi sumisión el tono de mi voz, decidieron acaso de mi vida. De pronto, mi vista obscurcida percibió la luz viva de una lámpara, colocada tan cerca de mí que sentía su calor en mi rostro: comprendí que alguien se había inclinado o arrodillado junto a mí, y examinaba mis ojos. Me daba en la mejilla su aliento corto, rápido y excitado, el aliento del que acaba de cometer un crimen!

Se levantó por fin: un momento después, dejaron libre mi cuello las manos que me lo oprimían: ¡tenía por lo tanto, alguna probabilidad de vivir!

Aun no había hablado ninguno de los que me rodeaban: de pronto oí rumor de voces, pero tan contenidas y bajas que mis oídos, aguzados en mi infortunio, solo pudieron percibir que eran tres los que de aquel ahogado modo hablaban.

Y mientras tanto, como acompañamiento apropiado y lugubre, oía aquel gemido sofocado de mujer, ¡aquel incesante gemido! Todo lo que poseía hubiera yo dado, todo, excepto la vida, por poder durante un minuto, por entender lo que había sucedido y estaba sucediendo alrededor mío.

Los cuchicheos continuaban, precipitados, confusos y violentos, como de hombres empeñados en una discusión ardiente y reservada. ¡Poca inteligencia era menester para adivinar el asunto del debate! Cesaron los cuchicheos de pronto: no se oía más que aquel terrible, sofocado gemido, que continuaba con lugubre monotonía!

Alguien me tocó con el pie. "Levántese", dijo una voz. La exclamación que oí al entrar en la habitación me pareció venir de labios de extranjero; pero el que se dirigía a mí en este instante hablaba en correcto inglés. Yo estaba ya recobrando mi propio dominio, y anotaba en la mente estos detalles.

Agradecido porque me permitían apartarme de mi fúnebre compañía, me levanté del lado del muerto. Nada mejor podía hacer que quedarme inmóvil.

—¡Ande hacia adelante, cuatro pasos!—dijo la voz. Obedí. Al tercer paso dí contra la pared. Querían convencerte de que estaba ciego.

En mi hombro se posó una mano, y me llevaron a una silla.

—Con tan pocas palabras como pueda, dijo la misma voz, explíquenos quién es Ud., y por qué y cómo está aquí. Pronto: no podemos perder tiempo.

Bien sabía yo que no podían perder tiempo. Tenían mucho que hacer, mucho que esconder. ¡Oh! ¡quién me hubiese dado ver por un solo momento! ¡Lo hubiera yo pagado, aún a precio de años enteros de obscuridad!

Tan brevemente como pude, les dije cómo me veía en aquel lance. Sólo les escondí mi verdadero nombre. ¡Por qué habían de saberlo aquellos asesinos? Si se lo revelaba podían continuar vigilándome; y en cualquier momento en que su seguridad lo demandase, podía yo compartir la suerte de aquel que yacía a pocos pasos de mí. Les di un nombre falso, pero en todo lo demás les dije la verdad.

Y mientras les hablaba, oía incesantemente aquel lamento al otro extremo de la habitación. Me perturbaba el juicio aquel lamento. Creo que, a haberme sido posible en la oscuridad de mis ojos caer sobre uno de aquellos malvados y apretarle la garganta hasta que exhalase la vida, lo hubiera hecho sin vacilar, aunque semejante arrebato me acarrease mi propia muerte.

No bien, terminé mi explicación se renovaron los cuchicheos. El que hablaba me pidió la llave que había estado a punto de costarme la existencia. Supongo que la probaron, y vieron que era cierto lo que les había dicho. No me la devolvieron, pero la voz se dirigió a mí una vez más:

—Afortunadamente para Ud., hemos decidido creer lo que nos dice. Levántese.

Me puse en pie, y me llevaron a otro lugar de la habitación, donde me hicieron sentar de nuevo. Según el hábito de los ciegos, extendí mis manos y reconocí que estaba con el rostro vuelto hacia una esquina de la habitación.

—Si se mueve Ud. o mira alrededor, dijo la voz, cesaremos de creer que es Ud. ciego.

No podía yo esconderme la seca amenaza envuelta en las últimas palabras. No pude más que estarme inmóvil en mi silla, y oír con el mayor cuidado.

Si: tenían mucho que hacer. Se movían de un lado a otro rápidamente. Abrián alacenas y gavetas. Percibí el ruido de papeles que rompían, y el olor de papeles quemados. Oí que levantaban del suelo un peso muerto; oí un ruido como de ropa rasgada; oí sonar dinero; hasta el golpe de un reloj de bolsillo oí, que sacaron de algún lugar y pusieron en una mesa cercana a mí. Por la entrada súbita del aire fresco comprendí que habían abierto la puerta. Oí en la escalera pasos pesados, los pasos de hombres que llevan una carga recia; y temblé al pensar cuál sería la carga!

Antes de que estuviese rematada la última tarea, cesó el lamento de mujer. Había venido ya debilitándose, y en algunos momentos interrumpiéndose. Al fin dejé de oírlo. Esto alivió mucho mis nervios sobreexcitados, pero me llené de espanto al imaginar que acaso habían sido dos las víctimas.

Aunque dos hombres, por lo menos, debían ser necesarios para llevar aquella carga fuera, yo sabía que no me habían dejado solo. Oí que alguien se dejaba caer en una silla, con un suspiro de cansancio: aquél hombre estaba allí vigilándome. Yo anhelaba verme libre de aquella tortura; anhelaba despertar, y hallar que todo había sido un sueño. Mi situación se me hacia ya insoportable. Dije, sin volver la cabeza:

—¿Cuánto tiempo he de estar todavía entre estos horrores?

Oí que el hombre se movía en su asiento; pero no me respondió.

—No puedo irme? supliqué. Yo no he visto nada. Pónganme en la calle, no me importa dónde. Me volveré loco si estoy aquí más tiempo.

Tampoco obtuve respuesta: no hablé más.

A los pocos instantes los ausentes volvieron. Cerraron tras de sí la puerta. Cuchichearon otra vez, y oí que destapaban una botella, a lo que siguió un ruido de vasos. Bebían algo, después de la sombría faena de la noche.

Percibí entonces un olor extraño, un olor de droga. Sobre mi hombro se apoyó una mano, y me pusieron entre los dedos un vaso lleno de un líquido.

—Beba, dijo la misma voz de antes.

—No, exclamé; puede ser veneno.

Rompió uno de ellos en una risa breve y dura, y sentí sobre mi frente una fría boca de metal.

—No es veneno: es un narcótico que no le hará daño. Pero esto, añadió oprimiendo sobre mi frente el círculo de hierro, esto es otro asunto. Elija.

Apuré el vaso, y sentí con placer que apartaban el revólver de mi frente.

—Ahora, dijo el que hablaba, quitándose de la mano el vaso vacío, si Ud. es un hombre sensato, cuando se despierte mañana dirá: "He estado ebrio o soñando". Ud. nos ha oido, pero no nos ha visto; recuerde que nosotros le conocemos.

Se alejó de mí, y a los pocos momentos vencía mi vana resistencia un obscuro sopor. Mis pensamientos se turbaban y parecía abandonarme la razón. Mi cabeza cayó primero de un lado, y después de otro. La última que recuerdo es que un brazo vigoroso rodeó mi cuerpo, y me libró de caerme de la silla. Cualquiera que la droga fuese, su efecto había sido rápido y energético.

Hora tras hora me tuvo sin sentido; y cuando al fin, desvanecido su poder, batallando mi mente entre sombras por volver al juicio, logré después de muchas tentativas convencerme de que estaba tendido en una cama; más, cuando extendiendo el brazo y palpándola, vi que era mi cama propia, parecerá maravilla que me dijera a mí mismo: "He soñado el más terrible sueño que fatigó jamás a una imaginación atormentada?"

Después de este esfuerzo mental caí de nuevo en un estado semi-consciente; pero persuadido por completo de que no había abandonado mi cama. Inmensa fué mi alegría a este descubrimiento.

Mas si mi inteligencia volvía a su vigor, no así mi cuerpo. Parecía que mi cabeza se me partía en dos: mi lengua seca estaba pegada al paladar. Mientras más se me aclaraba el juicio, más visible era para mí mi estado. Me senté en la cama, y me oprimí las sienes adoloridas.

—Oh, mi niño! —oí decir a la buena Priscila; ya está volviendo en sí por fin! Entonces oí otra voz, una voz de hombre, suave y grata:

—Sí: su enfermo estará pronto bien. Permitame pulsarlo, Mr. Vaughan.

Senti sobre mi muñeca un dedo blando.

—¿Quién es? pregunté.

—El Doctor Deane, su servidor, dijo el hombre extraño.

—¿He estado enfermo? ¿Cuánto tiempo? ¿Cuántos días?

—Sólo unas cuantas horas. No tiene Ud. motivo de alarma. Recline otra vez, y permanezca quieto por algún tiempo. ¿Tiene Ud. sed?

—Sí; me muero de sed; dénm agua.

Me la dieron, y la bebí con afán: mi alivio fué grande.

—Ahora, enfermera, dijo el Doctor, prepárele un poco de té ligero; y cuando desee algo de comer, déselo. Yo volveré más tarde.

Priscila acompañó al Doctor Deane a la puerta, y, ya de vuelta junto a mi cama, batíó y ahuecó las almohadas para que me sintiese más cómodo. Ya para este tiempo estaba yo enteramente despierto, y los sucesos de la noche se reproducían en mi memoria con una claridad y precisión de detalles que no eran jay! como las que deja un sueño.

—¿Qué hora es? pregunté.

—Cerca del mediodía, Señor Gilberto, Priscila me hablaba con tono pesaroso de persona ofendida.

—¿Del mediodía? —pues qué me ha sucedido?

La anciana lloraba. Bien la oía yo. No me respondió, y repetí mi pregunta.

—Oh, Señor Gilberto, me dijo sollozando: ¿cómo pudo Ud. hacerlo? Cuando entré en la alcoba y vi la cama vacía, pensé que iba a dar al suelo.

—Cuando vió la cama vacía! Temblé. Los horrores de la noche eran ciertos.

—Como pudo Ud. hacerlo, Señor Gilberto, repitió Priscila. ¡Salir sin decirme palabra; echarse a andar por medio Londres, solo, con sus ojos enfermos!

—Siéntate, siéntate, y díme lo que me ha sucedido.

Todavía Priscila no parecía dar por satisfecho su agravio.

—Si quería Ud. beber su poco, o tomar alguna de esas picardías que le hacen a uno dormir y le quitan el sentido, bien pudo Ud. haberlo hecho en casa, Señor Gilberto: una vez que otra, no se lo hubiera tenido yo a mal.

—Como que estás hoy hecha una vieja loca, Priscila. Cuéntame todo lo que sucedió anoche.

Fué necesario que me viera ya montado en cólera para que la buena mujer se decidiese a hablar sin ambages; sentía como si me diese vueltas la cabeza mientras le oía su relato, que fué como aquí sigue.

A eso de una hora después de mi salida despierto Priscila, y puso el oído a la puerta para asegurarse de que yo dormía. Como no percibió el menor sonido, entró en la alcoba y vió mi cama desierta, lo que de seguro la aterró más de lo que me confesaba, pues ella conocía bien mi abatimiento y mis quejas de los últimos días, y sin duda imaginó en el primer instante que había puesto fin a mi existencia. Salió en mi busca, y dió al instante aviso a la policía, a la que logró interesar con sus ruegos tenaces y la descripción de mi estado. De la oficina a que acudió telegrafizaron al instante a todas las demás de Londres, y Priscila esperó, como sobre ascas, hasta eso de las cinco de la mañana, en que del otro extremo de la capital llegó por fin respuesta: acababan de depositar allí un hombre joven que parecía ciego, y que estaba ciertamente ebrio e incapaz de valerse.

Allá voló Priscila. Me halló acostado y sin sentido, y a la policía dispuesta a conducirme, en cuanto me repusiese, ante el juez de orden. Se mandó a llamar un médico, que certificó que mi desmayo no provenía de embriaguez. Priscila me hizo llevar en seguida a un carro, no sin decir sus verdades a la gente de la policía, por el abandono y mal tratamiento en que me había hallado. Partió triunfante con su carga, que no había vuelto aún en sí, y la depositó al fin en la cama que había abandonado incautamente. Noté con pena que, a pesar del sermón con que se había despedido de los policías, ella pensaba de mi condición lo mismo que ellos; por lo que estaba muy reconocida al Doctor, a quien me imagino que miraba como un curandero discreto y complaciente, que había sacado de un mal lance a un caballero con una explicación oportuna, pero falsa.

—No he sabido yo que se quedase uno después insensible tanto tiempo. No lo vuelva a hacer, Señor Gilberto, dijo Priscila, como fin de la plática.

No intenté desvanecer su sospecha. No era a Priscila por cierto a quien deseaba yo confiar mi aventura nocturna. Lo mejor era callar y dejar que dedujese para sí lo que, tal vez, no era lo menos natural.

—No volveré a hacerlo, le dije. Dame algo de almorcá. Té y tostadas: algo.

Salió a traermelo: no era que tuviese yo hambre, sino que quería estar solo algunos minutos para pensar,—en el grado al menos en que mi malestar lo permitiese.

Recordé entonces todo lo que me había sucedido desde que dejé la puerta de mi casa: mi paseo fantástico, mi guía ebrío, aquel canto que oí, y después, aquellos sonidos y contactos, horribles y elocuentes. Todo lo recordaba con claridad e ilación hasta el instante en que me forzaron a beber el narcótico: desde aquel momento, nada podía leer en mi mente. El relato de Priscila me hacía saber que durante mi sopor debí ser conducido a varias millas de distancia de la casa y abandonado en la acera, donde me encontró la policía. Entreví el hábil plan. Me habían dejado caer, insensible, lejos de la escena del crimen de que había sido testigo incompleto. ¿Quién creería, con aquella apariencia, mi extravagante e improbable historia?

Me asaltó entonces el recuerdo del horror que sentí cuando, encorvado a la fuerza sobre el cuerpo tendido, había estado corriendo sobre mi mano aquel líquido tibio. Llamé a Priscila.

—Mira, le dije, tendiéndole mi mano derecha como para que la examinase: está limpia mi mano, estaba limpia cuando me encontraste?

—¡Nada de limpia, Señor Gilberto!

—¿Pues cómo estaba? pregunté excitado.

—Llena de lodo estaba, como si se hubiera Ud. entretenido en jugar en el arroyo. ¡Lindas vinieron sus pobres manos y su cara! Lo primero que hice fué lavarlas. Dicen, ya lo sabe Ud., que eso vuelve pronto el sentido a los que salen de noche.

—Pero la manga de mi levita, la manga de mi camisa, la manga derecha. Mira si están limpias.

Priscila rompió a reír.

Lo que es aquí no vinieron las mangas derechas. A alguien le parecieron bien, y las desgarró por encima del codo. Su brazo estaba desnudo.

Se desvanecían, pues, todas las pruebas circunstanciales que hubieran podido confirmar mi relato. Nada había para sustentarlo, más que la afirmación de un ciego, que salió de su casa en la alta noche, y a quien se halló algunas horas después en tal estado que los guardas del orden público habían tenido que encargarse de él.

Pero yo no podía callar aquel crimen cuyo recuerdo me agobiaba el juicio. Al día siguiente, cuando ya habían desaparecido los efectos del narcótico, hice venir a mi abogado, que era un amigo fiel, y por cuyo consejo decidí seguirme. Pronto me convencí de que era inútil hacerle creer mi cuenta. Me oyó gravemente, diciendo de vez en cuando: ¡Bueno! ¡bueno! — “¿De veras?” — “Cosa más extraña!” y otras exclamaciones de sorpresa, pero bien vi que procuraba sólo no contrariarme, y creía que cuanto yo le relataba era simple imaginación. De seguro que Priscila le había dicho de antemano todo lo que sabía. Su incredulidad me desconcertó, por lo que allí mismo le dije que no volvería a hablar del suceso.

—Eso haría yo si fuese Ud., me respondió.

—No me cree Ud., pues?

—Sé que Ud. cree cierto lo que me dice; pero mi opinión es que Ud. echó a andar dormido y soñó todo lo que me cuenta.

Muy irritado para argüirle, tomé su consejo, en cuanto a él al menos, y no hablé más del caso. Probé después con otro amigo, con igual resultado. Si los que me conocían desde mi niñez no me daban crédito, ¿cómo habían de creerme los extraños? Todo lo que tenía yo que decir era vago e insostenible; ni el lugar del crimen podía fijar siquiera. Ya yo había averiguado que ninguna de las casas de mi cuadra se abría con una llave semejante a la mía. No había otra calle del mismo nombre en las inmediaciones. Los pies inseguros de mi guía me extraviaron sin duda, y me dejaron en una cuadra que no era la mía.

Llegué a pensar en invitarlo por un anuncio en los diarios a ponerse al habla conmigo; pero no pude frasear la invitación de modo que la entendiese él, sin que pudiera exaltar las sospechas de los criminales. Bien posible era que, todavía en aquel momento, estuviera alguno de ellos en acecho de mis actos. Una vez he hablado dejado vivo; pero en la segunda, me tratarían sin misericordia. ¿A qué iba yo a arrriesgar mi vida por revelar lo que nadie había de creer por acusar a hombres que me eran desconocidos? ¿A quién vendría provecho de esto? Ya los asesinos habían ocultado de seguro todas las huellas del crimen, y asegurado su reti-

rada. ¿Por qué había yo de arrostrar el ridículo que caería de seguro sobre un relato como el mío, cuya certeza me era imposible comprobar? No: sea en buen hora el horror de aquella noche como un sueño: desvanézcase y olvidese.

Tuve muy pronto algo más en qué pensar, algo capaz de alejar de mí aquellos recuerdos lugubres. Ya la esperanza era certidumbre. Mi alegría rayaba en delirio: la ciencia había triunfado: la ciencia había arrancado de mis ojos las alas sombrías de mi enemigo! De nuevo era ya luz el mundo. ¡Podía ver!

Pero mi cura había sido larga y tediosa. Me habían operado ambos ojos, uno primero, y cuando se estuvo seguro del éxito de la operación, el otro. Pasaron meses antes de que me permitiesen salir de la obscuridad. Me iban devolviendo la luz poco a poco y cautelosamente: ¿qué me importaba la dilación, si ya me tenía inundado de gozo la certidumbre de que todo estaría pronto a mis ojos vestido de claridad? Esperé agradecido y tranquilo. Sabía que mi obediencia a Mr. Jay me sería recompensada con la perfección de mi cura, y en todo le obedecí.

El método empleado en mi operación fué el más sencillo y seguro, el de solución o absorción, que se emplea siempre que la edad del enfermo y la naturaleza de la enfermedad lo permiten. Cuando todo había acabado, y no corría ya riesgo de inflamación; cuando, con ayuda de fuertes cristales convexos, podía ver ya cuanto necesitaba para los usos comunes, Mr. Jay se felicitó, y me felicitó a mí: aquella cura, me dijo, prometía ser la más afortunada de todas las suyas. Notable debió ser, en verdad; puesto que me dicen que todas las obras de Oftalmología publicadas después citan mi caso.

No olvidaré, por cierto, mientras viva aquella hora en que declararon mi cura terminada; en que desataron las vendas que cubrían mis ojos, y me dijeron que podía usar otra vez mis ojos libres. Sentía yo en mi interior toda la luz del mundo: ¡qué alegría, despertar de aquella noche que parecía no tener fin, despertar y ver el sol, las estrellas, las nubes! llevadas por el viento a través del hermoso cielo azul! ver las ramas verdes balanceándose a la brisa, reflejando su sombra móvil en mi camino! ¡observar cómo la flor, que era botón ayer, es hoy rosa abierta! ¡admirar el océano brillante, que inflama el sol poniente! ¡regalar la vista en los cuadros, en las gentes, en las montañas, en los arroyos! ¡conocer la forma, el color, los matices! ¡ver, no sólo oír, los labios vivos y la risa de los que estrechan mi mano y me dicen palabras bondadosas! ¡En aquellos primeros días de luz recién nacida, el rostro de cada mujer, hombre y niño me eran tan agradables de ver como el de un amado amigo, ausente ya mucho tiempo y al fin vuelto! Lo que me apeaba de mi éxtasis eran aquellos horribles cristales convexos que desfiguraban mi rostro.

—Y los tendré que usar siempre? pregunté con tristeza.

—De eso quería hablarle, dijo Mr. Jay. Sin cristales nunca podrá Ud. ver. Recuerde Ud. que yo he destruido, absorbido, disuelto en sus ojos los cristales que se llaman lentes cristalinos. Su lugar está ocupado ahora por el humor fluido, que es un cuerpo sumamente refractario. Es probable que si Ud. no cede a la naturaleza, ella ceda a Ud. Si Ud. puede dominarse y contenerla, ella vendrá a Ud. gradualmente. Nadie mejor que Ud. puede hacer esto: Ud. es joven, no tiene ocupación constante; su vida no depende de su vista. Cristales siempre tendrá Ud. que usar; pero si Ud. insiste en que la Naturaleza obre sin ayuda de ellos, lo probable es que la Naturaleza al fin consienta. Es un procedimiento tedioso: pocos han perseverado hasta el fin; pero mi experiencia es que en eso, como en todo, vence el que persevera.

Determiné vencer. Siguiendo su consejo, aunque con grandes molestias, usé unos lentes que apenas me dejaban entrever las formas vagas de los objetos, pero mi paciencia fué recompensada. Grado a grado, aunque con mucha lentitud, noté que mi vista iba siendo más segura, hasta que, al cabo de dos años, podía ver tan bien como las demás personas, sin más ayuda que la de unos cristales tan levemente convexos que apenas era posible percibirlo. Una vez más comencé a gozar de la vida.

No puedo decir que en esos dos años no volví a pensar en aquella terrible noche; pero nada hice para descubrir el misterio, ni para persuadir a nadie de que aquellos sucesos no habían sido imaginación mía. Sepulté en mi corazón la historia de mi aventura, y jamás volví a hablar de ella. Por si pudiese necesitarlos, escribí todos los detalles del suceso, y procuré apartar de mí la memoria de cuanto había oido. Todo lo pude olvidar, menos una sola cosa: no podía pasar mucho tiempo sin que me asaltara el recuerdo tenaz de aquel

gemido de mujer, aquella dolorosa transición de la voz de la dulce melodía a la desesperación irremediable. Aquel grito turbaba mi sueño, cuando soñaba en los acontecimientos de aquella noche; aquel grito me resoraba en los oídos, al despertarme trémulo, pero agradecido, porque aquella vez, al menos, sólo estaba soñando.

CAPITULO III

EL MEJOR MONUMENTO

Es primavera, la primavera hermosa del norte de Italia. Mi amigo Kenyon y yo andamos vagando por la ciudad rectangular de Turín, tan alegres y desocupados como en ciudad alguna anduvó nunca un par de camaradas. Hemos estado en Turín una semana, tiempo bastante para ver cuanto ha de visitar un viajero que conoce sus deberes. Hemos visto a San Giovanni, y los templos. Hemos subido, o las buenas bestias de carga nos han subido, por la Superga arriba, y contemplado allí el mausoleo de los príncipes de la casa de Saboya. Más de lo que deseáramos hemos visto el viejo y enojoso Palacio Madama, que mira como con ceño a nuestro hotel, del otro lado de Piazza Castello. La sencillez y vulgaridad del Palacio Real nos han maravillado, y los grotescos adornos de ladrillo del Palacio Carignano nos han movido a risa. Hemos murmurado a nuestro sabor de la pobreza de la galería de pinturas. No nos queda, en suma, cosa que ver en Turín; y, con el desdén que engendra la familiaridad, ya no nos miramos como míseros átomos perdidos, cuando nos detenemos en las plazas enormes o nos torcemos el cuello para mirar la sinmensas estatuas de bronce de Marochetti.

Nuestra tarea está terminada. Andamos ahora holgazaneando y divirtiéndonos, abandonándonos a la molicie del delicioso clima, y revolviendo perezosamente en nuestro pensamiento el día en que sacaremos de la ciudad nuestras alegres personas, y el lugar a dónde iremos a dar con ellas.

Seguimos calle abajo por la Via di Po, deteniéndonos acá y allá para curiosear en alguna de las tentadoras tiendas que adornan sus umbrosas arcadas; atravesamos la Piazza Vittorio Emanuele; cruzamos el puente cuyos cinco arcos de granito transponen el Po clásico; damos la vuelta al llegar frente a la iglesia abovedada, y a poco estamos andando por la ancha vía cubierta que lleva al Monasterio de los Capuchinos, cuya amplia terraza es nuestro refugio favorito. Allí podemos en calma grata dejar correr el tiempo, y ver el río a nuestros pies, la gran ciudad tendida en la orilla opuesta, el llano abierto en que Turin termina, y allá lejos, más lejos, en el vasto fondo, los magníficos Alpes coronados de nieve, y el Monte Rosa y el Gran Paradis levantándose por sobre todos sus hermanos: ¿qué mucho que nos sea más grata la vista que se disfruta desde aquella terraza que la de galerías, palacios e iglesias?

Nos regalamos los ojos descansadamente, y por nuestro camino nos volvemos con el mismo paso vagabundo que traímos a la venida. Luego que reposamos algunos instantes en nuestro hotel, cruzamos llevados de un vago deseo la gran plaza, del otro lado del palacio ceñido, entramos por la Via di Seminario, y por la vigésima vez fuimos a dar a San Giovanni. Andaba yo buscando, con la cabeza al cielo, las bellezas arquitectónicas de que pudiera envanecerse la gran fachada de mármol, cuando me sorprendió oír decir a Kenyon que iba a entrar en el edificio.

—Pero ¿no hemos hecho voto, le dije, de no volver a visitar interiores de iglesia, ni galerías de pintura, ni ninguna otra trampa de viajeros?

—¿Qué es lo que hace a los hombres mejores quebrantar sus votos?

—Supongo que muchas cosas.

—Pero una cosa en particular. Mientras tú andas cabeza arriba mirando ojivas y capiteles, con aire de sabihondo en arquitectura, el más bello de todos los monumentos, una mujer hermosa, acaba de pasar bajo tus narices.

—Entiendo, y te absuelvo.

—¡Oh, gracias! Ha entrado en la iglesia. Me acomete la devoción, y entro.

—Pero nuestros cigarros?

—Dáselos a los pobres. Librate de los hábitos de avaricia, Gilberto. La avaricia come.

Como yo sabía que Kenyon no era hombre que abandonase un buen habano sin razón poderosa, hice como decía, y entré con él por las naves oscuras de San Giovanni.

No decían misa en aquel momento. Los grupos habituales de viajeros yagaban de un lado a otro de la iglesia, tratando de parecer muy interesados en las bellezas, imperceptibles para

casi todos ellos, que los guías incansables les apuntaban. Acá y allá rezaban unos cuantos fieles. Kenyon buscó rápidamente con los ojos "el más hermoso de todos los monumentos", y lo descubrió a los pocos instantes.

—Ven de este lado, dijo. Sentémonos, y hagamos como que rezamos con mucha devoción. De aquí podemos verle bien el perfil.

Me puse junto a él, y vi a poca distancia de nosotros una italiana ya entrada en edad, que rezaba de rodillas con fervor, mientras que sentada a su lado aguardaba una joven como de veintidos años cuyo tipo no revelaba el país de su nacimiento. Por las cejas y las pestanas bajas se adivinaba que sus ojos eran negros; pero por su pura tez pálida, por sus facciones finas y precisas, por su espeso cabello castaño pudiera parecer hija de varios países, aunque, a haberla encontrada sola, hubiera yo dicho que era inglesa.

Llevaba elegantemente su sencillo traje, y comprendí por sus ademanes que no venía a aquella iglesia por primera vez: no miraba de pared a pared, y del pavimento al techo, como miran los viajeros, sino que esperaba inmóvil a que su anciana compañera hubiese terminado sus oraciones. No parecía que hubiese ido allí a rezar ni a ver, sino, probablemente, a acompañar a la anciana, que tenía aire de antigua criada de familia y, a juzgar por el ahínco de sus oraciones, debía estar muy necesitada del favor divino. Desde mi asiento podía yo distinguir el movimiento incesante de sus labios, y aunque no se percibían sus palabras, era evidente que le salían del corazón las demandas que encaminaba al cielo.

Su joven compañera no la imitaba, ni volvía a ella los ojos. Inmóvil como una estatua estuvo durante todo aquel tiempo, con la mirada constantemente baja, absorta en apariencia en una idea profunda, que me pareció había de ser triste: de su rostro no nos fué posible ver más que el perfil perfecto. Kenyon no había exagerado: aquel rostro tenía para mí un peculiar atractivo, y su completo reposo no era lo que menos me agradaba de él. Mi deseo de verla de lleno era ya vivo; pero como no podía satisfacerlo allí sin brusquedad, tuve que esperar a que por acaso volviese la cabeza.

Al fin, la anciana dió señas de haber acabado sus preces, y en cuanto vi que se preparaba a persignarse, me levanté precipitadamente y seguí a paso largo hacia la puerta, donde a los pocos minutos llegaron la anciana y su compañera. Pude ver a la joven a mis anchas, mientras esperaba a que la anciana se humedeciese los dedos en la pila de agua bendita: era indudablemente hermosa, pero había algo extraño en su belleza. Así me pareció cuando sus ojos tropezaron un momento con los míos: negros y espléndidos como eran, noté en ellos una mirada absorta y distraída, una mirada que parecía pasar a través de uno y alcanzar lo que había más allá de él. Causó en mí una impresión singular esta mirada; pero como nuestros ojos sólo se habían encontrado durante un segundo, apenas pude decirme si mi impresión había sido grata o desagradable.

La joven y su acompañante se detuvieron algunos momentos en la puerta, lo que nos permitió pasar delante de ellas a Kenyon y a mí, que decidimos esperar afuera. Bien puede ser que cometiésemos con esto una falta de cortesía; pero ambos estábamos ansiosos de ver salir a aquella criatura cuya aparición había despertado en nosotros tan vivo interés. Al atravesar la puerta de la iglesia, nos fijamos en un hombre de mediana edad y apariencia distinguida, que estaba cerca de los escalones de la entrada. Era de fuerte espalda y usaba anteojos. A haber deseado yo determinar su posición social, hubise dicho que seguía de seguro una carrera literaria. De su nacionalidad no cabía duda: era italiano hasta la médula. Evidentemente aguardaba allí a alguien; y cuando la joven, seguida de la rezadora ferviente, salió de San Giovanni, movió el paso y se unió a ella.

La anciana dejó escapar un grito reprimido de sorpresa, y le tomó la mano, en la que dió un beso. La joven no pareció conmovida: era claro que con quien tenía que hacer el caballero era con la vieja criada. Le dijo algunas palabras, y se alejó con ella a unos cuantos pasos bajo el toldo de la iglesia, donde, en toda apariencia, hablaban de prisa y con empeño, sin dejar de mirar en dirección de la joven.

Cuando la criada se apartó de ella, siguió la joven andando unos pasos; pero se detuvo, y se volvió hacia la anciana, como aguardando por ella. Entonces fué cuando, sin parecer indiscretos ni bruscos, pudimos ver de lleno su andar arrogante y acabada hermosura.

—Es hermosa, dije, más para oírme yo mismo que para que me oyese Kenyon.

—Sí; pero no tanto como creí. Falta algo en esa belleza,

—que me es imposible decir lo que es. ¿Es la animación o es la expresión?

—Yo no veo que le falte nada, dije, con tal entusiasmo que Kenyon se echó a reír.

—¿Es así cómo los caballeros ingleses se quedan mirando en Inglaterra a las mujeres de su país y calculando su valor en los lugares públicos, o es esa una costumbre adoptada para beneficio de los italianos?

Esta atrevida pregunta fué hecha por alguien que hablaba junto a mí. Kenyon y yo nos volvimos al mismo tiempo, y vimos a un hombre alto, como de treinta años, que estaba a nuestra espalda. Sus facciones eran correctas; pero de conjunto poco agradable. Bastaba una ojeada para adivinar que aquel recio bigote escondía una boca irreverente, y que a aquellas cejas y ojos negros subía punto la cólera. En aquel instante la expresión del hombre era de arrogancia altanera y ofensiva, que hiera siempre más cuando el que nos habla con ella es extranjero. Que nuestro provocador no era inglés era bien claro, por más que nos hubiese hablado en inglés muy correcto.

Ya tenía yo en los labios una respuesta viva, cuando Kenyon, que era persona de muchos recursos y muy capaz de decir en un apuro lo propio del caso, se puso en mi camino. Se quitó el sombrero, e hizo al hombre alto un saludo cortés, calculado con tal maña que era imposible decir donde acababa la reparación y empezaba la ironía.

—Señor, dijo: un inglés viaja por esta hermosa tierra para celebrar cuanto tiene de bello en el arte y en la naturaleza. Si nuestras celebraciones ofenden, pedimos excusa.

Frunció el ceño el hombre, que no sabía bien si mi amigo se burlaba de él o le hablaba en veras.

—Si hemos obrado mal ¿se servirá el señor presentar nuestras excusas a la señora? ¿su esposa, sin duda, o tal vez su hija?

Como el hombre era joven, el fin de la pregunta era un sarcasmo.

—Ni esposa, ni hija, dije bruscamente. Kenyon se inclinó.

—¡Ah! su amiga entonces. Permitame el señor que le felicite, y le dé también mi enhorabuena por su conocimiento de nuestro idioma.

El hombre no sabía ya a que atenerse: Kenyon hablaba con la mayor gracia y naturalidad.

—He estado muchos años en Inglaterra, dije en tono breve.

—¡Muchos años! Apenas puedo creerlo; pues veo que el señor no se ha hecho cargo de esa cualidad inglesa que es mucho más importante que el acento o el idioma.

Kenyon se detuvo, y miró al hombre con una expresión tan amistosa y sencilla que le hizo caer en el lazo.

—¿Se servirá decirme cuál? preguntó.

—No mezclaré en lo que no le importa, dijo Kenyon áspera y brevemente, volviéndole la espalda, como si allí hubiera tenido fin la discusión.

Se inundó de ira el rostro del hombre alto. No quitó los ojos de él, temiendo que cayese sobre mi amigo; pero se contentó con echar al aire un voto: y así acabó el suceso.

Mientras en esa conversación estábamos, la anciana se había despedido de su culto amigo, y echado a andar acompañada de la joven. Nuestro áspero italiano salió al encuentro del que había estado hablando con la criada, y tomándole del brazo siguió con él en dirección diversa, y a poco desapareció de nuestra vista.

Kenyon no me mostró intención de seguir a las dos mujeres, y a mí me dió vergüenza proponérselo; mas no sé por qué imagino que iba yo disponiéndome a volver al día siguiente a San Giovanni.

Pero no la vi más. No quiero decir cuántas veces volví en vano a la iglesia. Ni a la hermosa joven ni a la anciana criada volví a ver mientras estuve en Turín. Varias veces nos encontramos en la calle con nuestro impertinente amigo, cuyo ceño arrugado no mereció de nosotros atención alguna; pero aquella delicada criatura de la tez pálida, y los extraños ojos negros, no volvió a presentarse en mi camino.

Sería absurdo decir que me había enamorado de una mujer a quien sólo había visto unos cuantos minutos, a quien nunca había hablado, cuyo nombre y habitación me eran desconocidos; pero debo confesar que, por lo que hace a la hermosura, mujer alguna había hecho en mí hasta entonces la impresión que hizo ella. Hermosa como era, apenas podía decir que me atraía así y me fascinaba. Yo había conocido en mi vida a muchas mujeres hermosas; y sin embargo, por una leve probabilidad de volver a ver a aquella, me detuve en Turín, abusando de la paciencia del condescendiente Kenyon, hasta que, fatigado ya de mis esperas, me hizo saber que si al punto no partíamos, él se iría sólo. Consentí al fin. Diez días habían pasado aguardando en vano volver a ver a mi

desconocida. Recogimos nuestras tiendas, y salimos en busca de nuevas aventuras.

De Turín seguímos viajando camino del sur: a Génova, a Florencia, a Roma y Nápoles, y a otros lugares menores. Cruzamos de allí a Sicilia, y en Palermo, como lo teníamos concertado, nos embarcamos en el yacht de otro amigo. No habíamos andado con prisa en nuestro viaje, sino que en cada ciudad nos detuvimos cuanto nos pareció bien; de modo que cuando el yacht, terminada su excursión, nos devolvía a Inglaterra, estaba ya en sus últimos soles el verano.

Muchas veces, muchas, desde que salí de Turín, había pensado en la joven a quien vi en San Giovanni: tan a menudo pensaba en ella, que yo mismo me burlaba de mi locura. Nunca hasta entonces había persistido tanto tiempo en mi memoria el recuerdo de un rostro de mujer. Algun extraño encanto debía haber para mí en aquella hermosura. Yo recordaba cada una de sus facciones, y, a haber entendido de pintar, pudiera haberla retratado de memoria. Por extravagante que mi afición me pareciese, no podía yo ocultarme que, a pesar de no haberla visto más que breves momentos, la impresión que había causado en mí, en vez de debilitarse, se hacía más viva cada día. Me tuve a mal el haber salido de Turín antes de volver a verla, aunque para conseguirlo hubiese tenido que aguardar allí meses enteros. Me decía que mi salida de Turín me había hecho perder una oportunidad que sólo se presenta al hombre una vez en la vida.

Kenyon y yo nos sepáramos en Londres. El fué a Escocia a cazar codornices, y yo, que no había decidido aún lo que haría en el otoño, determiné quedarme, por algunos días al menos, en la ciudad.

¿Fué obra de la casualidad o del destino? En la mañana siguiente a mi llegada a Londres, tuve que ir por mis negocios a la calle Regent. Iba yo muy despacio por la ancha acera abajo, dejando vagar lejos de Londres el pensamiento; iba tratando de sofocar cierto deseo loco que se había apoderado de mi mente, el deseo de volverme en seguida a Turín; iba pensando en la sombría iglesia y en el hermoso rostro que desde hacia tres meses no abandonaban mi memoria. Y en el instante mismo en que con los ojos de la mente veía otra vez a la joven y a su vieja compañera en la sombra del templo, allí, en pleno Londres, levanté la vista, y en cuerpo y en alma las tuve delante de mí.

Grande fué mi asombro; pero ni un instante pensé que me engañaba. A menos que no fuera una ilusión o un sueño allí venía, caminando hacia mí, con su vieja criada al lado aquella en quien había pensado con tanta insistencia. Dijérase que acababan de salir de San Giovanni. Había un ligero cambio en la apariencia de la anciana, vestida ahora más al estilo de las criadas inglesas; pero ella no: ella estaba como cuando salió del templo de Turín. "Hermosa, más hermosa que nunca", se dijo mi corazón, que salió de quicio al verla. Pasaron junto a mí: yo me volví instintivamente y las seguí con los ojos.

¡Sí: era el destino! Puesto que había vuelto a hallarla de tan inesperada manera, cuidaría bien de no perderla de vista. No intenté esconder por más tiempo mis sentimientos. La impresión que sacudió todo mí ser al volver a hallarme frente a ella no me dejaba duda. Yo estaba profundamente enamorada. Dos veces, nada más que dos veces la había visto; pero bastaban para convencerme de que si mi suerte se había de ligar por fin a la de mujer alguna, a la de aquella mujer se ligaría, aunque su nombre, hogar y país me eran desconocidos.

Sólo una cosa podía hacer: seguir a las dos mujeres. Durante una hora o más, por donde quisiera que fueron, a respetuosa distancia fué tras ellas. Entraron en una o dos tiendas, y esperé afuera. Cuando reanudaron su camino, anduve cosido a sus pasos, pero con tal cuidado que mi persecución debía pasar desapercibida y no podía causar ofensa. Pronto salieron de la calle Regent y fueron a parar a una de las muchas hileras de casas que adornan a "Maida-vale". Observé bien la casa en que entraron, y al pasar por su puerta pocos momentos después la vi otra vez asomada a la ventana, arreglando en un vaso unas flores. Había, pues, dado con la casa en que vivía.

¡Era el destino! Enamorado como estaba, sólo lo que el amor me aconsejaba podía hacer. Debia averiguar todo lo que se refiriese a mi desconocida. Debia ponerme en relación con ella, y obtener el derecho de mirar de cerca aquellos ojos extraños y hermosos. Debia oírla hablar. Reí de nuevo, pensando en lo absurdo de enamorarse de una mujer cuya voz no se ha oido jamás, de quien no se sabe siquiera la lengua que habla; pero el amor está lleno de absurdos.

CONTINUARA.



... sí, Señora!

Vd. Tiene Una Sola Cabellera

Si en lugar de una cabellera, tuviera usted varias cabelleras, podría exponerlas a pruebas que pueden ser fatales para sus cabellos. Como solo tiene una, debe meditar muy bien antes de decidirse por un preparado para teñir sus canas. Un error de elección puede ocasionarle daños irreparables.

Si — por un desmedido afán

de lucro — algún comerciante poco escrupuloso le ofrece otros pretendidos sustitutos del Agua de Colonia "La Carmela", rechácelos sin vacilar.

Compre Agua de Colonia "La Carmela". Usela por las mañanas, como una loción, en el momento de peinarse y sus cabellos volverán a tener el color natural de los veinte años.

En venta en todas las farmacias y perfumerías. Precio del frasco \$ 18 m/l

Agentes exclusivos para Chile: DROGUERIA del PACIFICO S. A. — Suc. de Daube & Cia.

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION - ANTOFAGASTA

M. R.

CANAS

El Agua de Colonia
"LA CARMELA"

es un producto digno de toda confianza. Reúne las siguientes propiedades características que son las que la distinguen de todas sus imitaciones:

1. Devuelve al cabello canoso su color natural exacto: rubio, castaño o moreno.
2. Es absolutamente inofensiva.
3. Es de uso sencillísimo, pues no requiere lavados de cabello: se aplica al peinarse, como cualquier loción.
4. No engrasa ni mancha en lo más mínimo la piel ni la ropa.
5. Higieniza el cuero cabelludo y disuelve la caspa en 4 días.

CINZANO

VERMOUTH

